



Yaildrys Angulo

Yeleny Villalobos

D.J.57

LAS HIJAS DE LA LUNA

Yaildrys Angulo
Yeleny Villalobos
“Las hijas de la luna”

Síntesis

Brujas... hechiceras... o simplemente “hijas de la luna”; marcadas al nacer y dotadas por inverosímiles poderes mágicos, hermanas y desde niñas despreciadas y arrancadas de su hogar condenándolas así a vivir separadas hasta que la vida propició finalmente el ansiado reencuentro. En una época medieval, entre castillos, reinos y príncipes encantados, se narra la historia de Alía y Emma: toda una aventura fantástica llena de sortilegios, guerras de poder, intriga, maldad, bondades y amor. Cada una creciendo en entornos completamente distintos, lo cual influyó directamente en los pasos que dieron a lo largo de los años antes de coincidir por azares del destino; completamente ajenas a la identidad una de otra hasta que el poder de la sangre las unió nuevamente y las llevó a enfrentar juntas la magia del mal, haciendo honor a su naturaleza... como Hijas de la Luna.

Prólogo

El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte, el cielo había tomado un color vivaz... parecía que las nubes estuvieran prendiendo fuego. Dos niñas de edad cercana sentadas en la cima de una pequeña colina contemplaban ese maravilloso fenómeno de la naturaleza. Sus pequeñas mentes lejanas a cualquier preocupación. Las unía la sangre que corría por sus venas y el deseo de aventurarse en ese gigantesco mundo que veían más allá de las montañas, donde el sol se ocultaba cada día. El otoño había llegado y el colorido de los bosques había cambiado. Los árboles perdían las hojas, y ellas se tendían placenteramente sobre estas e imaginaban un mundo completamente fantástico.

Al ver que la noche se extendía sobre ellas echaron a correr velozmente loma abajo. Desde lo lejos divisaron su modesta casa de madera y su madre parada en la puerta que las llamaba para cenar. Entraron sonrientes y se sentaron alrededor de la mesa en el centro de la pequeña cocina, cerca de la chimenea, donde el fuego se estaba casi por extinguir. Rápidamente, Alía, la más pequeña, se alzó y metió otro tronco de leña para avivar el fuego. Ya se comenzaba a sentir la brisa gélida que entraba por las rendijas de las humildes paredes. La madre les sirvió un poco de sopa y Emma, la más grande, dividió un panecillo a mitad; una mitad para ella y la otra mitad, que era la más grande, para su hermana.

Mientras cenaban escuchando las historias que les contaba siempre la madre y que tanto les gustaban, el patrón de la casa abrió la puerta y entró, estaba visiblemente borracho.

Las dos niñas bajaron la mirada al instante.

—Ustedes dos vayan a su habitación —les ordenó la madre y ellas

obedecieron, sin objetar.

La madre miró por una rendija. Vio un carruaje aparcado y tres hombre de muy mal aspecto y bien armados fuera de su puerta. Se giró hacia su esposo y negó con la cabeza mientras sus ojos se inundaron de lágrimas, intuyendo lo que estaba por ocurrir.

Él le sonrió y le hizo ver la faltriquera llena de monedas de oro que los tipos le habían dado.

La mujer se secó los ojos. —No lo puedes hacer...

—¿Las has visto bien? Son dos pequeños monstruos. Es mejor que nos liberemos de ellas ahora... o será demasiado tarde —escupió él con desprecio en su voz, mientras las dos niñas, *sus hijas*, escuchaban aquella desagradable conversación detrás de una cortina que dividía la habitación—. Yo vi sus ojos... y sus pupilas se tiñen de rojo cuando están cerca del fuego. Son brujas. son hijas de la luna... Están maldecidas...

—Son tus hijas —le recordó ella con un hilo de voz.

—No, yo no quiero esas horrendas criaturas bajo mi mismo techo. Son pequeñas aún y me pagan por ellas una cuantas monedas de oro que nos permitirán de marcharnos de este pueblo para siempre —mover la faltriquera, haciéndola tintinear ante los ojos de su esposa—. No las matarán. Alguien muy potente las quiere vivas... De todas maneras, si las descubren los habitantes del pueblo las quemarán en una hoguera... Es hora de liberarnos de ellas de una vez. Son dos monstruos, ¿lo entiendes, mujer?

—¡Tú eres el monstruo! —gritó la madre desesperada—. ¡Son mis hijas y no permitiré que les hagan daño!

—¡Cállate, mujer! —Se le acercó velozmente—. ¡Deberían ahorcarte por haber dado a la luz dos seres inmundos!

Él dio otro un paso. Esta vez en otra dirección. Iba en busca de las niñas. La madre se interpuso en su camino para defender a sus dos hijas pero él la golpeó fuertemente haciéndola caer desmayada al suelo. Hizo a un lado la cortina y allí estaban Emma y Alía, abrazadas la una a la otra, con sus pequeños ojos aterrorizados. El padre las tomó bruscamente por el brazo y las arrastró hacia el carruaje que aguardaba fuera.

Los hombres reían a carcajadas mientras las dos niñas lloraban y gritaban, pidiendo piedad a su padre, el cual no las escuchó y las miró con asco. Las encerró en aquel carruaje que parecía una pequeña prisión. No tuvo alguna

piedad. Sólo las lanzó allí adentro y luego les dio la espalda, como si ellas fueran basura o algo similar. Deplorable de parte de un padre...

Emma abrazó fuertemente a su hermana Alía mientras veía que su padre se alejaba dejándolas allí, solas, en manos de aquellos hombres. La última imagen que vieron antes de abandonar aquel pueblo para siempre fue a su madre que corría desesperada detrás del carruaje, gritando sus nombres, y al animal de su padre parado en la puerta de la choza acariciando la faltriquera llena de monedas, con los ojos llenos de codicia y satisfacción.

Viajaron por casi tres semanas atravesando el reino de Ovelnor por los bosques. Lejos de cualquier civilización. Nunca las hicieron bajar del carruaje. De vez en cuando les lanzaban un panecillo o una fruta para que se nutrieran y se mantuvieran en fuerzas. Evitaban el contacto directo con ellas.

Por tres semanas no vieron la luz del sol ni el rostro de otra persona que no fuera el de ellas mismas y el de los tres contrabandistas. Por tres semanas estuvieron encerradas como bestias en aquel mugriento carruaje.

Cuando llegaron al confín con el reino de Krestus, se detuvieron. Emma miró por la rendija de la cerradura, curiosa. Vio acercarse otro carruaje, pero era diferente al carruaje donde viajaban ellas; aquel era majestuoso. Lo escoltaba más de veinte caballeros con la armadura plateada cabalgando sus corceles negros.

Unos minutos después uno de los tres hombres que las habían comprado abrió la puertecilla y tomó a Emma por el brazo, obligándola a descender y luego cerró nuevamente la puertecilla del carruaje.

—¡Emma! ¡Emma! —gritó Alía desesperada, golpeando el carruaje, viéndose totalmente sola.

—¡Alía! ¡No, no, suéltense!... ¡Alía! —Emma trató en todos modos de liberarse de aquellas asquerosas manos que la sujetaba con fuerza, pero todo intento fue vano—. ¡Alía..!

Uno de los soldados la cargó en sus hombros mientras ella pataleaba y gritaba viendo a su hermana pequeña que la llamaba. La encerró en el otro carruaje y rápidamente se marcharon.

Alía permaneció mirando desde la cerradura de su claustro, con los ojos llenos de gruesas lágrimas y vio aquel carruaje que se llevaba a su hermana, que la separaba de ella.

Ese día Emma y Alía tomaron caminos diferentes y no sabían si un día se volverían a ver...

Las dos niñas habían nacido con un don que no se manifestó rápidamente, el don inició a aflorar después que cumplieron los siete años de edad. El primer cambio que tuvieron fue el color de sus ojos, que al estar cerca del fuego o de los fuertes rayos del sol sus pupilas se teñían de un rojo intenso. Poco después apareció un dibujo en el hombro izquierdo de las dos; una media luna. Y todos sabían que poco a poco también sus mentes cambiarían, permitiéndoles hacer cosas humanamente imposibles. Con los años sus capacidades aumentarían desmesuradamente.

Eran muy raras estas criaturas en el mundo, y nadie se explicaba el porqué de esta transformación inesperada en algunas niñas - evidentemente eran especiales. Era un misterio para todos. Sucedió de la noche a la mañana, y era imposible detener aquella mutación. La humanidad les temía y las repudiaba. Algunos decían que al nacer la luna las besaba privándolas de sus almas y haciéndolas esclavas de la oscuridad, y por eso fue que a esas criaturas las llamaban "Las hijas de la luna ". Pero el nombre más común era Brujas. Ese era el nombre que usaban todos al verlas. Brujas...

Capítulo 1

En el reino de Krestus, en el palacio real, una joven de cabellos largos y oscuros parada en un enorme balcón contemplaba la puesta del sol. Su habitación se hallaba en la torre más alta y desde allí el panorama era estupendo. Su mirada se perdía en las nubes emanando una profunda tristeza, y su mente volaba más allá del horizonte.

Un sirviente entró y se le acercó, interrumpiendo aquel momento de meditación. Ella permaneció de espaldas, continuando a contemplar el sol que ya estaba desapareciendo detrás de las montañas. Era un espectáculo maravilloso.

—Lady Emma, su majestad quiere verla... La espera en la sala de reuniones —dijo el hombre del rey.

Ella se volteó lentamente, pero al hacerlo él bajó rápidamente la mirada. Emma suspiró y sonrió tristemente. Nadie osaba mirarla a los ojos, ni siquiera el mismo rey, el cual exigía que en su presencia ella debía llevar un velo que le cubriera el rostro.

Algunos decían que si mirabas fijamente a una bruja esta se apoderaba de tu alma. Otros decían que te perdías en sus ojos convirtiéndote en su esclavo eternamente. Todos tenían miedo de lo que pudiera ocurrirles si la miraban a los ojos y, teniendo en cuenta las infinidad de historias de *terror* que la gente contaba por ahí acerca de las brujas, preferían evitar el contacto visual... o cualquier tipo de contacto. Era mejor no arriesgar. Era mejor mantener la distancia de esas raras criaturas.

—Llévame ante el rey —exigió ella pausadamente, viéndolo concentrado en su vestido negro para no ceder a la curiosidad de mirarla a los ojos.

El sirviente caminaba en frente y ella lo seguía sin pronunciar palabra alguna. El silencio era su más preciada virtud. A su paso algunos servidores bajaban la cabeza, otros simplemente tomaban otra dirección, pero ninguno se

atrevía a mirarla no obstante ella usaba el velo cuando se mostraba en público. El sirviente le abrió la puerta y ella entró. Rápidamente hizo una reverencia ante el rey, el cual se puso de pie para saludarla.

En una esquina se hallaba el príncipe de manos cruzadas, apoyado a la pared, con aquella expresión de disgusto que todos adoptaban al verla. Ella lo saludó cortésmente y él ni siquiera movió un músculo.

—Querida Emma... —El rey ocupó nuevamente su puesto y sonrió.

—¿Qué puedo hacer por usted, su majestad? —preguntó ella mientras con el rabillo del ojo veía la sonrisa arrogante en los labios del príncipe.

El rey se acomodó en su butaca. —Alguien ha disparado una flecha contra mi hijo. Le tendieron una emboscada cuando regresaba de Ovelnor.

—¿Y usted quiere que yo use mis capacidades para descubrir el culpable? —Más que una pregunta fue una afirmación.

—Exactamente —dijo el rey mientras se alzó—. Mi hijo ha rechazado la mano de la princesa Eleonor, y pienso que el rey de Ovelnor no lo haya tomado muy bien. Quiero estar seguro del culpable del atentado contra la vida de mi hijo antes de tomar medidas drásticas.

Emma lanzó una mirada fugaz al príncipe. Continuaba apoyado al muro con sus brazos cruzados y su característica expresión indiferente. Ella rodó los ojos y volvió a centrar su mirada en el rey. —También el rey de Otrys puede estar en desacuerdo con vuestro hijo, considerando que el príncipe mató en una estúpida pelea cinco de sus soldados e hirió el príncipe Carlos...

El príncipe de inmediato tomó parte en la conversación. —El príncipe Carlos se lo merecía. No dudaría en tomarlo a puñetazos nuevamente —se volvió hacia su padre—. Y no necesito la ayuda de... ella, yo sólo puedo descubrir quién me quiere muerto.

—No puedo arriesgar —el rey miró a su hijo de una manera que para Emma era totalmente desconocida. Miró a su hijo con amor y con miedo a perderlo—. Eres mi único hijo y el único heredero al trono, de ahora en adelante Lady Emma te seguirá a donde vayas... En ella puedo confiar.

El príncipe abrió los ojos incrédulo. —Dispongo de la mejor escolta, no...

El rey lo interrumpió inmediatamente. —Lo sé, pero no tienen las capacidades que tiene ella, y no quiero encontrarte muerto delante de mi puerta —dijo, poniendo fin a aquella conversación.

El príncipe Bryan no dijo nada más. Sabía que era inútil discutir con su padre. Resopló como un niño malcriado y se marchó, tirando la puerta fuertemente tras de sí.

El rey miró nuevamente hacia Emma, la cual permanecía inmutable como siempre. Él era amable con ella y la trataba con respeto. Tal vez porque al igual que todos sentía miedo de ella o tal vez porque la vio crecer. Pagó una buena suma a aquellos traficantes para tenerla en su reino a su servicio. En ese entonces ella era pequeña y fácil de manipular. Era el tesoro más precioso que él poseía. Ella lo respetaba, después de todo, él le dio una casa y comida, y aún consciente que era solamente un objeto o una arma que tenía que servir el reino, aquel viejo fue el único que tuvo a su lado por muchos años. Era lo más parecido a un padre que tuvo en su vida, era su única familia. El la enseñó personalmente a pelear, a usar con destreza la espada y el arco, aun sabiendo que no las necesitaría para vencer sus batallas dada sus capacidades sobrenaturales.

La vida de Emma transcurría prácticamente por completo dentro de su habitación en la alta torre. No se le veía casi en los pasillos ni en el resto de los salones a no ser que su majestad solicitara su presencia, no porque estuviera prisionera ni obligada a permanecer en cautiverio; pues desde que arribó a la mayoría de edad se le había permitido el paso libre por todo el reino... sólo que a ella no le gustaba relacionarse con nadie, y tampoco podía soportar la actitud de las personas en su presencia. Prefería mantenerse aislada y en compañía de ella misma. Solía pasar casi todo su tiempo en su balcón. Adoraba contemplar el cielo, sobre todo en las noches y justo al amanecer. De vez en cuando salía a solas al bosque, en un hermoso caballo blanco que hubo de regalarle el rey en su último cumpleaños... Se sentía en paz cuando salía a pasear al campo; se estaba horas y horas a orillas del río o tendida sobre la hierba. Sus recuerdos se agolpaban en su mente todo el tiempo. Aunque habían pasado más de doce años desde que llegó a Krestus; conservaba intactos en su mente los rostros de su familia.

A veces pensaba que algún día volvería a ver a su madre y su hermana; luego su mirada entristecía y el pesimismo la hacía repetirse una y otra vez que era imposible, ni siquiera sabía si vivían aún. También recordaba a su padre, aquel que destruyó su vida cuando las arrancó a ella y a Alía de los brazos de la mujer que les dio el ser; y pues que era el causante también de que su hermana y ella hubieran crecido separadas... Su corazón se llenaba de rabia y algo en ella clamaba venganza.

Lejos del reino de Krestus, hacia el norte; donde el clima era frío y el suelo se cubría de blanco la mayor parte del año, el Rey Nicanor recibía ansioso los tres sujetos de muy mal aspecto que a juzgar por sus caras le traían buenas noticias.

—¿Y entonces? —preguntó el rey en cuanto los tuvo enfrente.

—Todo según su voluntad, majestad —respondió el que venía al centro mientras junto a los otros dos hacía una reverencia.

Nicanor sonrió satisfecho. Una sombra de maldad le cubrió los ojos. —¿Y están seguros que nadie los identificaría? Es muy importante que jamás asocien el atentado al príncipe Bryan con nuestro reino.

El tipo del centro, que al parecer era el líder de los tres rufianes, sonrió ampliamente, mostrando sus dientes. —Descuide, majestad, nadie supo de dónde llegó la flecha, ni siquiera nos vieron.

—Muy bien —el rey sonrió con la mirada perdida en el vacío, pensando en sus macabros asuntos futuros—. Pueden retirarse ahora —dijo al final y les lanzó una bolsa mediana de exorbitante peso.

Inmediatamente que los sujetos abandonaron el salón, Nicanor mandó llamar a su consejera; necesitaba su opinión cuanto antes respecto a la marcha de las cosas según las deseaba.

La joven consejera se presentó de inmediato. Vestía toda de negro y nadie la miraba a la cara; cosa que a ella le divertía. Se paseaba altanera con el rostro en alto, disfrutando el temor en cada persona que se cruzara con ella. Adoraba ser temida por todos. Adoraba aquella sensación de supremacía que sentía cada vez que alguien tartamudeaba en su presencia.

—¿Me ha mandado llamar, majestad? —Su voz llegó a los oídos del rey como un gélido susurro que lograba helar la sangre.

Nicanor se aclaró la garganta. —Sí... los hombres han vuelto, ya cumplieron mi encomienda; el trabajo está hecho. Y según tú, es sólo cuestión de días para que se dañen las relaciones entre Ovelnor y Krestus...

—Muy bien, majestad —dijo eufórica la muchacha con una sonrisa complacida en los labios pintados de color negro que le daba un aire más aterrador—. Lo cual significa que dentro de poco Antkar expandirá su territorio,

tomando posesión de esas tierras; seremos invencibles. Nadie podrá detener nuestro imperio.

Mientras sonreía, en los ojos de la joven se reflejó la maldad, la codicia, la ambición. Nada bueno crecía en ella. Era despiadada y capaz de hacer cualquier cosa por tal de obtener su objetivo. Todos la juzgaban a sus espaldas y se comentaba en cada rincón del reino acerca de su personalidad *oscura*; y de que pertenecía a las llamadas “hijas de la luna”... Pero pocos conocían su verdadera historia, ni el dolor que albergaba bien oculto en su corazón. El mismo dolor que la llevó a ser quien era, y a actuar de esa inquietante manera...

—¿Y entonces?... Ahora supongo que sólo resta esperar, ¿cierto? — preguntó el rey, quien comenzaba a irritarse al no recibir una respuesta inmediata —. ¿Alía? Te estoy hablando...

—¿Sí? —Ella volvió a centrar sus oscuros ojos en él—. Disculpe; estaba como ida, pero no debe gritarme... Ya ve que me pongo muy susceptible cuando eso sucede y no es bueno para nadie —sonrió, tomando una expresión un tanto intimidatoria.

Nicanor se retrajo un poco y cambió inmediatamente el tono de su voz. — Te preguntaba si debemos quedar quietos ahora a esperar que crezca la discordia entre ambos reinos.

Alía suspiró y cambió expresión. —Por supuesto, estaremos quietos y pacientes; en espera del momento justo a intervenir y apoderarnos de todo.

Nicanor confiaba ciegamente en Alía. Desde que la obtuvo siendo niña le había proporcionado todo lo mejor, aunque por ella no sintiera más que interés; el interés de usar sus habilidades para conseguir apoderarse de los reinos vecinos... Sin embargo, Alía era consciente de eso... sólo que ella también tenía sus propios intereses... Sólo con el poder de un rey podría dar con su familia. Era un propósito que alimentaba día y noche, sin perder la esperanza de volver a verles en cualquier momento, aunque hubieran pasado tantos años... ya existiría modo de reconocerles.

Una mañana, Nicanor hizo venir a Alía a sus aposentos; acababa de recibir una noticia muy importante y esto representaba un problema a sus planes.

Ella entró y de su expresión seria se podía claramente deducir que estaba un poco irritada. —Dirás... Espero no me hayas mandado a sacar de mi cama

tan temprano por una tontería —espetó de mala cara mirando el rey a los ojos; realmente no sentía mayor respeto por nadie, ni siquiera por su rey.

Nicanor desvió disimuladamente la mirada mientras terminaba de acomodarse sus prendas. —He sabido por uno de mis informantes que en Krestus cuentan con una bruja como tú...

Alía permaneció en silencio, digiriendo la noticia. Otra bruja como ella. En Krestus. Noticia interesante...

—El caso es que no podemos permitir que descubran nuestros planes, esto no nos conviene a ninguno de los dos —terminó de colocarse los pantalones de un salto—. Esa bruja es tu enemiga y quiero que acabes con ella.

Alía lanzó una carcajada que dejó el rey desorientado. Luego se puso muy seria y sus ojos brillaron rojos como el fuego. —No es un problema... puedo deshacerme de ella; basta que me des tu consentimiento y los de Krestus quedarán totalmente desprotegidos. Nada ni nadie frenará nuestros planes.

El rey sonrió. —Eso quería escuchar... He estado pensando, y decidí que deberás entrar a ese palacio hasta lograr deshacerte del estorbo.

La mirada de la joven consejera se cargó de pura maldad. —Cuenta con ello. ¿Cuándo parto?

Nicanor fue coronado rey cuando su padre murió, tenía sólo dieciséis años. Pero desde pequeño era ávido y deseoso de poder. Algunos decían que fue él quien asesinó a su propio padre para reinar... pero no encontraron pruebas. Cuando compró a Alía a aquellos traficantes tenía dieciocho años y desde entonces la tuvo siempre cerca viéndola hacerse mujer. Sí, él la deseaba poseer también en su lecho, pero ella nunca le cedió su cuerpo por más que él se lo pedía. Y ella se divertía a rechazar al *rey*, le gustaba que él la deseara, esto la hacía sentir importante. Ella lo convenció a tomar una esposa, y la reina Samanta era la mujer más infeliz del reino, pasaba la mayor parte del día encerrada en sus aposentos que no compartía con el rey, detestaba a su esposo y sobre todo a su consejera...

Por muchos años Alía había buscado a su hermana sin descanso. Cada vez que a sus oídos llegaba la voz de un avistamiento de brujas, ella rápidamente partía con la esperanza de hallarla. Nunca tuvo suerte. Aquellas que encontraba no llevaban su sangre y sentía tanta decepción y rabia que la llevaban a la desesperación y a cometer actos cruentos. Era un par de años que no sentía

hablar de ninguna mujer con capacidades sobrenaturales. ¿ Sería que finalmente encontraría a quién tanto buscaba? Y si así fuera... ¿qué cosa sentiría al tenerla enfrente?...

No quiso llenarse de esperanzas, y si aquella bruja no era su hermana la mataría como hizo con las demás que se había encontrado en su camino. Después de todo, nadie le echaría de menos a una hija de la luna. El mundo entero las despreciaba.

Partió poco después con una escolta de siete soldados y un plan bien estudiado. Anduvieron todo el día y al atardecer se detuvieron a las orillas de un río. Decidió refrescarse en aquellas aguas cristalinas, cosa que dejó sin palabras a sus hombres, porque aquellas aguas estaban heladas. La temperatura era muy baja en aquella zona y hacer un baño en aquel río significaba morir congelado.

Mientras nadaba completamente desnuda uno de los soldados cometió el más grande error de su vida. La vio y se escondió detrás de unos arbustos impulsado por su instinto masculino. Miró hacia todas partes para asegurarse que sus compañeros no lo vieran espiar a Alía, y cuando dirigió nuevamente la mirada hacia el río, ella ya no estaba... de repente, escuchó unos pasos firmes detrás de él y, asustado, se volteó.

—¿Te gustó lo que viste? —demandó Alía, encontrándose ante él que rápidamente bajó la mirada bajo el terrificante escrutinio de ella—. ¿Por qué bajas la mirada, qué no querías verme? Pues entonces... *mírame*.

La última palabra la escuchó como un eco en su mente. Un susurro aterrador que le atravesó el cerebro, obligándolo a obedecer. Su cabeza se movió sola. La miró. Sus ojos chocaron con los de ella inmediatamente.

Alía sonrió... y luego aquella sonrisa desapareció, dejando sus labios tiesos y fríos como su alma. Le dio la espalda sin decir nada más. No necesitaba usar la voz. Ya se había apoderado de la mente del hombre...

El soldado tomó el puñal que llevaba ceñido en su cinturón y, con un gesto veloz, lo penetró en su mismo pecho quitándose la vida.

Los demás soldados asistieron a la triste escena. Todos permanecieron serios y silenciosos. Petrificados ante tanta insensibilidad, ante tanta frialdad.

—¡Tú! —Alía señaló con un dedo a uno de ellos haciéndolo sobresaltar—.

Prepara mi caballo, continuaremos el camino, quiero llegar a Krestus cuanto antes.

Al anochecer, en el palacio de Krestus, el rey Adam caminaba por los pasillos junto a Emma. En realidad a él le gustaba su compañía y escuchar sus consejos.

Una sirvienta le avisó que la cena estaba lista y que lo esperaban para iniciar.

—¿Será que hoy cenarás junto a nosotros? —le preguntó él.

Ella bajó la cabeza. —Estoy mejor sola en mis aposentos... Con su permiso.

Emma se marchó luego de hacer una reverencia. Corrió por las escaleras, directa a su habitación, y antes de llegar ante su puerta se quitó aquel velo que la ahogaba. Odiaba esa situación. Odiaba ser el fenómeno que todos evitaban. Detestaba ser quien era... Pero no lo podía cambiar.

Entró en su cuarto y ya tenía la cena lista en aquella mesa con solo una silla en medio de la sala de estar. Se sentó y suspiró tristemente. Tomó un panecillo y lo cortó en dos pedazos. Miró las dos partes y entonces en su mente regresaron aquellos recuerdos que no la dejaban en paz.

Mientras tanto, en la sala de cenas, el rey conversaba con su hijo cuando inesperadamente llegó un invitado. El príncipe rápidamente se puso de pie y fue a saludar al recién llegado; era su mejor amigo.

—¡Evan, amigo mío! —exclamó contento de verlo—. ¿A qué debo esta agradable sorpresa?

Evan lo abrazó. —He venido a tratar algunos negocios. Estaré algunos días y luego continuaré a viajar de un reino a otro, me conoces... me gusta la libertad —sonrió—. ¿Pero cuéntame del atentado? En las cantinas no se habla de otra cosa.

El príncipe hizo un gesto exasperado, e ignoró la pregunta. Ya estaba cansado de escuchar hablar sobre eso. —Mandaré a prepararte una habitación...

—No te preocupes, buscaré una habitación en el pueblo...

—Ni lo digas —interrumpió rápido a su amigo, mirándolo extrañado—. Te quedarás aquí en el Palacio... Yo necesito despejar un poco la mente —se le acercó un poco y bajó el tono de voz para que nadie más lo escuchara—. Detesto estar solo, encerrado en estos muros inmensos... Mi padre me ha prohibido salir sin una escolta. Necesito un poco de distracción.

Capítulo 2

Dos días después, Alía arribó finalmente al confín. Justo allí, muchos años atrás, había visto por última vez a su hermana, Emma. A lo lejos pudo divisar la ciudad de Krestus y las altas torres del Palacio. Bajó de su caballo y corrió por varios minutos. Ninguno de sus hombres la siguió.

Se detuvo en un claro y se llevó las manos a las rodillas, respirando a fatiga. De sus ojos se desató una tormenta de lágrimas, y no las podía contener, tal vez porque las había retenido por mucho años... o tal vez porque detrás de toda aquella frialdad que mostraba en público no era más que muchacha que se sentía sola y desgraciada.

Su mente elaboró nuevamente aquella escena de aquel triste día que le era imposible olvidar, que se presentaba de continuo en sus sueños provocándole insomnio... Aquel día que la arrancaron de los brazos de su querida hermana, de su mejor amiga...

—¿Está... está usted bien, mi señora? —preguntó titubeante un soldado al verla en aquel insólito estado.

Ella rápidamente se limpió los ojos y fingió una sonrisa, se volteó hacia él. —Estoy perfectamente —adoptó su típica expresión fría—. Continuemos el camino, falta poco para llegar.

Caminó hacia su corcel, ocultando a los hombres el rojo de sus ojos por el llanto.

Al atardecer, Alía atravesó las puertas del Palacio de Krestus. Al hacerlo sintió una brisa gélida que irrumpió violentamente en su rostro; era la confirmación de que en esos parajes había otra bruja.

Lo mismo le sucedió a Emma, la cual no sabía lo que significaba puesto que ella nunca había entrado en contacto con otra de su especie en tantos años. Pero rápidamente se alzó y caminó hacia su balcón, sintiendo ese extraño efecto en su mente que llamó tanto su atención.

Un sirviente condujo a Alía hasta la sala de reuniones, donde el rey la recibió. Ella entró e hizo una reverencia ante su majestad. Luego se sentó ante él mientras los seis soldados permanecieron detrás de ella.

—Me ha mandado el rey Nicanor. Desea comprar algunos caballos para el ejército real de Antkar —inició ella, esbozando una radiante sonrisa—. Nos han

informado que los corceles de Krestus son los mejores.

El rey Adam la escrutó por algunos segundos. —¿Y ha mandado una mujer a tratar estos negocios? Debe confiar plenamente en usted..

Ella se sintió ofendida por su evidente machismo. —En Antkar las mujeres son independientes, y hacen los mismos trabajos de los hombres, no existe la desigualdad. Pero sí, mi primo Nicanor confía en mí, se cómo llevar a cabo una negociación... Soy su consejera.

—¿Lady..?

—Emverly —se presentó. No lo había hecho. Se dio cuenta que había sido maleducada. Aunque eso no le importaba. Esbozó una sonrisa—. Mi nombre es Emverly.

Adam sonrió a su vez. —Lady Emverly... ¿de cuántos caballos estamos hablando?

—Siete mil, o más... depende de cuánto usted pida por ellos...

Mientras la negociación se llevaba a cabo, Emma estaba en su habitación y se vestía para ir a cabalgar un rato. Bajó a los establos evitando las personas. No le gustaba lo que sentían al verla, y preferiría evitarlas...

Caminó hacia su caballo que al verla se acercó a la barandilla para que ella lo acariciara. Digamos que ese caballo era el único ser con el cual había establecido una relación afectuosa...

De repente escuchó unos pasos y se ocultó detrás del caballo.

—Sé que estás aquí, te vi entrar, debo sólo tomar mi espada que la olvidé aquí y me marcharé inmediatamente —dijo el príncipe Bryan.

Emma salió al descubierto, tomó la montura y ensilló su caballo en silencio, sin siquiera mirar al príncipe.

En vez, él permaneció a mirarla, apoyado en la pared con los brazos cruzados. Ella detestaba aquella postura de niño viciado que él tomaba en su presencia, o tal vez lo hacía siempre, en presencia de todos... El hecho era que ella no lo soportaba. No era más que un arrogante y presuntuoso niño de papá.

Cuando el caballo estuvo listo ella montó y se dispuso a abandonar el establo, pero el príncipe se interpuso atrevidamente ante el animal, logrando que

se detuviera. —¿Por qué no me diriges la palabra?... ¿Acaso la “bruja” se cree demasiado superior para hablar con un príncipe? —su voz burlona.

Emma lo miró un tanto molesta. —Apártate de mi camino y no seas impertinente, además... sabes tan bien como yo que no nos soportamos... por lo cual no estamos obligados a cruzar palabra; tú eres el hijo del rey, y yo, la “bruja” de su majestad.

—Por lo mismo; soy tu príncipe y me debes respeto y obediencia, por lo cual te exijo que me digas adónde vas —espetó él con esa sonrisa insoportable que Emma detestaba.

Ella lo miró muy seria, él la miraba también; pero no a los ojos. Hubo un silencio corto, luego ella soltó una carcajada y él quedó confundido.

—¿En serio crees esto que dices, *niño*? —ahogó una risita—. Pobre idiota —murmuró luego e hizo un leve movimiento con una mano, para luego azuzar su caballo e irse lentamente.

—¡Oye! ¡Espera! —Bryan intentó detenerla, pero sus pies no respondieron, parecía haber quedado plantado al suelo.

—Sea paciente “príncipe”... En tres minutos cuando ya yo me haya marchado podrá moverse... e ir a molestar a alguien más y no a “una bruja peligrosa” como yo —Emma rió y se marchó a todo galope.

Él quedó ahí, no le quedaba de otra; pero lejos de estar molesto, sonreía. Le divirtió discutir con ella, y mientras la veía alejarse, se sorprendió a sí mismo contemplándola; le pareció hermoso su cabello negro y largo al contacto del sol... Alejó rápidamente ese pensamiento que lo envolvió. Ella era una bruja, una criatura inmunda... desagradable... malvada... manipuladora... peligrosa...

El rey Adam, en tanto, había ofrecido hospedaje cortésmente a sus vecinos del norte por tres días; el tiempo que duraría la negociación, en lo que se recuperaban del viaje y él mandaba reunir los sementales que les vendería.

Alía fue conducida por una sirvienta a la habitación que ocuparía durante su estancia en el palacio. Le divertía enormemente que la trataran *normal*; sin saber quién era realmente, sabía que si conocían que era una hija de la luna no se atreverían a mirarla siquiera.

Una vez que quedó a solas, salió al balcón. Observó el horizonte y le

pareció hermoso, caía la tarde. El aire fresco golpeaba su rostro y le provocaba una sensación de gran placer.

Permaneció varios minutos disfrutando esa paz que sentía, hasta que divisó la joven que se acercaba en un bellissimo caballo blanco, desde el bosque. Era Emma, y sus ojos brillaban al rojo vivo con los últimos rayos del sol.

“Es la hija de la luna de Krestus. Al fin nos veremos las caras”. Pensó Alía y quedó observándola mientras la otra cruzaba por la amplia entrada.

Emma se sintió observada, y sin poder evitarlo dirigió su mirada hacia el balcón; y ahí halló la intrusa que la había inquietado con su mirada impertinente.

Se miraron por un pequeño intervalo de tiempo; Alía dio un paso al frente apoyando sus manos a la baranda del balcón y sonrió, con actitud retadora, mientras sus ojos tuvieron un destello rojo al estar bajo el sol; luego se volteó y abandonó el balcón.

Emma quedó inquieta, nunca se había encontrado con alguien más como ella de frente; a no ser su hermana a la que hacía ya más de doce años no veía. Dejó su caballo en el establo al cuidado de uno de los caballeros y subió inmediatamente a sus aposentos.

Llegó la noche... Adam y su hijo esperaban en la mesa a la huésped del norte para la cena. Cuando ella apareció, vestía de negro y se veía hermosa. Realmente se veía encantadora. Su cabello negro, largo y suelto, decorado con pequeñas trenzas le caía sobre los hombros. Sus labios rojos como las deliciosas fresas.

Los dos hombres se pusieron de pie al verla, estaban como encantados.

—Disculpen la tardanza, estaba arreglando mi cabello —dijo Alía y sonrió, tomando asiento con ayuda de uno de los sirvientes.

Los ojos de ella brillaron de repente a la luz de las velas. Adam y su hijo se miraron inquietos, sabían lo que eso significaba; no lo sospecharon antes, pero no dijeron nada, sería descortés, solo se limitaron a esquivar su mirada desde ese momento.

Su majestad tomó la campanilla que se hallaba a su derecha para mandar servir la mesa, pero en ese instante apareció una sirvienta trayendo otro plato y nuevos cubiertos, colocándolos a la derecha del rey, justo frente a la invitada.

—¿Por qué colocas otro puesto, Laila? —preguntó Bryan desde el otro extremo de la enorme mesa, sospechando de quién se trataba.

—Es para mí —Emma apareció y tomó asiento en el lugar que siempre le estaba reservado.

Adam sonrió complacido, la verdad le tenía gran aprecio a la muchacha y no le gustaba que se aislara hasta para cenar; aunque lo hiciera por decisión propia. —Qué agradable sorpresa.

—Decidí bajar esta noche... pues supe que teníamos visita en el palacio y no me privaría de conocer a nuestra... invitada —dijo Emma muy seria, acomodándose en su asiento.

Bryan quedó atontado mirándola. No lo pudo evitar. Además, le llamó mucho la atención que llegara vestida de blanco, nunca la había visto vestir completamente de blanco... Su pelo negro y sus ojos rojos que los dos hombres evitaban encontrar resaltaban enormemente en ella. Era hermosa.

El rey presentó a Lady Emverly, pero cuando fue a presentar a Emma, esta tomó la palabra, adelantándose. —Yo soy Lady Danna —dijo, alzando nuevamente su mano como lo hizo en el establo en la tarde, no sabía por qué; pero sentía la necesidad de no revelarse por completo ante aquella desconocida que al primer instante no le inspiraba alguna confianza.

Ambas quedaron viéndose, como si se retaran con la mirada. Alía buscaba algo en ella que le resultara familiar, pero a la vez no podía evitar sentir el deseo de retarla y de hacerla sentir amenazada; como si pretendiera medir sus fuerzas con una igual.

Emma, en cambio, hablaba poco, y la observaba constantemente, a cada movimiento; algo en ella le inquietaba terriblemente.

Mientras degustaban los exquisitos manjares, Bryan hizo un comentario un poco imprudente, tanto que su padre le lanzó una mirada de recriminación. —¿Qué sienten dos hijas de la luna al compartir la misma mesa?

Todos quedaron un momento en silencio, hasta que Alía respondió. —Para mí no es una experiencia nueva, he conocido otras... como yo... como nosotras —sonrió, tomando un poco de vino.

Emma permaneció muy seria. —Yo en cambio no tuve antes el placer de conocer otra hija de la luna.

—¿En serio, Lady Danna? —Alía sonrió de nuevo, le divertía el ambiente de rivalidad que sentía—. ¿Acaso no ha viajado a otras tierras nunca?

—No, toda mi vida... he permanecido aquí... en el palacio.

—Comprendo —murmuró Alía, fingiendo estar triste por ella.

Emma desvió la mirada. En realidad su sueño era viajar y conocer el mundo. Pero nunca había podido hacerlo.

Alía notó que Bryan no le quitaba los ojos de encima a “Danna” mientras esta no lo observaba, así que supuso que entre ellos existía algo; lo cual le pareció divertido para incomodar a la otra bruja. Movi6 un dedo y de repente el príncipe se desvivi6 en atenciones con ella. También usó su magia con el rey Adam. De repente fue como si Emma ya no estuviera en la mesa. Ambos hombres estaban atontados con la forastera...

Emma se dio cuenta y le molestó notablemente que aquella intrusa le jugara sucio y que usara la magia sin algún control. Bebió un último sorbo de vino y abandonó la mesa sin que nadie excepto Alía se diera cuenta.

—Bueno y... cuéntenme más acerca de Lady Danna, ¿cómo es? —preguntó Alía, mirando directamente a Bryan.

El hechizo de Emma no permitía siquiera que recordaran su verdadero nombre, y también había impregnado falsos recuerdos en sus mentes.

—Pues es... tal vez como tú; inquietante.

Ella sonrió divertida. Que la definieran “inquietante” no la molestaba para nada. —No entiendo, explícate mejor.

Bryan buscó las palabras adaptas. —Pues sí, son inquietantes ustedes... es como... como si fueran las dos caras de la luna; la que vemos y la que queda al otro lado, pero está ahí, oculta.

Alía permaneció en silencio por algunos segundos, después comenzó a reír como antes y a divertirse.

La cena llegó a su final y todos se retiraron a sus aposentos. Alía caminó hacia su balcón y dirigió la mirada hacia la torre más alta, sabía que allí se hallaba la habitación de la otra bruja. Y allí la encontró, parada en su balcón a observar la luna.

Se miraron, la distancia entre las dos era más de doscientos metros, más sin

embargo se miraban a la cara como si estuvieran una frente a la otra.

—¿Lady Danna, algo turba sus sueños? —preguntó Alía en voz baja que llegó a los oídos de Emma como un susurro.

—Me gusta contemplar la luna, según las leyendas fue ella a darnos la vida —respondió Emma de igual modo—. ¿Lady Emverly, puedo saber los verdaderos motivos que la trajeron a Krestus? No creo que sea una que solo compra caballos para su rey. Soy una persona curiosa.

Alía sonrió... No le podía decir que estaba buscando a su hermana y que si no era ella la mataría, ni tampoco que ella y el rey Nicanor tenían en mente apoderarse de cada reino en los alrededores y matar sin piedad a todo aquel que se interpusiera en su camino. No. Absolutamente no podía revelar los verdaderos motivos de su visita... La escrutó de arriba hacia abajo, en ella no reconocía nada familiar, y como reconocerla si habían transcurrido demasiados años. Ya no eran niñas. Ahora eran dos mujeres. Pero antes de tomar alguna decisión tenía que estar segura que aquella no fuera Emma.

—¿Entonces, Lady Emverly, qué busca usted en este reino? —preguntó nuevamente la otra al no recibir respuesta.

—En realidad soy todo lo que me pide mi rey... y esta vez soy una simple compradora de caballos —respondió Alía y luego, sin decir más, le dio la espalda y entró en su habitación. Aquella conversación la estaba aburriendo.

Al amanecer todos se reunieron para el desayuno, luego el rey llevaría a Alía a ver algunos ejemplares de raza para la negociación. Y esta vez también Emma se presentó a la mesa, y como la noche anterior no llevaba el velo, cosa que incomodó mucho a los sirvientes. Y aún más sabiendo que también la invitada del rey era otra de esas criaturas. Se sentían amenazados y en peligro, al menos a Emma la conocían desde siempre y ella los respetaba. En cambio, la otra tenía aquella expresión de superioridad y no le importaba decir quién era, se sentía orgullosa de su personalidad oscura.

El rey y Bryan estaban silenciosos, recordaban a mala pena la noche anterior y era mejor terminar cuanto antes aquella negociación, así aquella bruja se marchaba finalmente del Palacio. Se sentían extraños en su presencia.

Emma no le quitaba los ojos de encima a Alía, no le inspiraba confianza. Usaba sus capacidades sin límites y se divertía al hacerlo. Se veía claramente

que era un ser insensible sin humanidad.

Inesperadamente Alía comenzó a reír, atrayendo sobre sí las miradas sorprendidas de todos los presentes. —Disculpen, es solo que detesto el silencio —dijo mientras tomaba un panecillo y lo dividía a mitad, tomó la parte más grande y se la alcanzó a Emma, la cual quedó petrificada ante aquel gesto. Alía sonrió y luego miró hacia el rey—. Si le molesta negociar conmigo yo puedo marcharme inmediatamente, cierto... mi rey no será contento de cómo usted se ha comportado y tal vez no querrá hacer más negocios con Krestus, y todos sabemos que Antkar es el reino más rico... pero bueno, yo entiendo...

El rey se inclinó hacia la huésped. No podía perder aquella oportunidad. —Disculpe mi comportamiento, Lady Emverly... y le ruego de perdonarme si he sido descortés. Llevaremos a cabo esta negociación sin diferencias.

—Me alegro que ... —Alía pero fue inesperadamente interrumpida por Evan, el cual entró en el salón riendo con algunas doncellas que rápidamente al ver al rey se marcharon a continuar sus labores.

Evan saludó y luego se sentó al lado de su amigo. —Anoche regresé en la madrugada... tuve algunos *agradables* contratiempos —murmuró sólo para que su amigo lo escuchara y luego su expresión cambió—. He visto algunos soldados de Antkar cuando entraba...

—Sí, han acompañado la prima del rey Nicanor para comprar algunos caballos para el ejército real —le explicó Bryan, señalando Alía—. Ella es Lady Emverly.

Alía se percató de que el recién llegado se mostró un poco de inquietud. Él la miró directo a los ojos, aun viendo el rojo en sus pupilas, y le sostuvo la mirada.

Ella se sintió extrañamente incómoda de que él le sostuviera la mirada sin algún temor. Era la primera vez que alguien la miraba realmente a los ojos. No supo descifrar lo que sintió en aquel momento. —Tienes un no sé qué de familiar, ¿acaso eres originario de Antkar? —preguntó, forzando una sonrisa.

—No, yo soy originario de Otrys, aunque he estado tantas veces en Antkar —respondió él y rápidamente se puso de pie—. Me tendrán que disculpar... pero he recordado que tengo cosas que hacer... cosas urgentes.

Sin decir más se marchó, dejando a todos confundidos. Alía lo siguió con la mirada hasta la puerta donde él se volteó una vez más hacia ella y la volvió a

mirar a los ojos. Luego salió inmediatamente.

Alía quedó pensativa. Todo eso fue muy extraño. Ese chico era extraño. Y por algún motivo ella se sintió amenazada.

Por su parte, Emma jugaba con aquel pedazo de pan que le dio Alía. Ni siquiera se percató de lo que había sucedido en los últimos minutos. Le pareció un tanto extraño, aquel era un gesto que ella hacía de pequeña con su hermana Alía. La miró por un momento. No. Aquella que tenía enfrente no se parecía a su hermana. Era imposible. Su hermana era humilde y su mirada era llena de bondad. Al contrario de la mirada de la tal Lady Emverly que era llena de odio y ambición. ¿Pero por qué aquel gesto? ¿Acaso aquella podía ser Alía?...

—He sabido del atentado a su vida, príncipe Bryan —Alía rompió nuevamente el silencio, mirando al príncipe, el cual observaba disimuladamente a Emma.

Bryan apartó los ojos de Emma y los centró en la otra bruja. Se aclaró la garganta. —Sí, al parecer no se habla de otra cosa en todos los reinos.

Los ojos de Alía brillaron. —No quiero crear discordias... pero cuando estaba en camino hacia acá vi en los bosques de Krestus algunos soldados de Ovelnor, y... No, es mejor que no diga más.

El rey se mostró muy interesado. —No, por favor continúe.

—Es que he escuchado hablar a algunos de mis hombres que tienen familiares en Ovelnor y que trabajan para el mismo rey Klarck... dicen que está preparando un ataque sorpresa, no saben a quién o a cual reino... —se dio cuenta que tenía toda la atención del rey y del príncipe. Era eso lo que quería; “*crear discordia*”. Hizo un gesto de asombro y sus ojos tomaron un aire incrédulo y apenado. Era una buena actriz, de eso no cabían dudas—. Pero no creo que quieran iniciar una guerra... Tal vez el ataque sea para los rebeldes que se encuentran en las montañas de Ovelnor y crean el pánico en la ciudad saqueando las viviendas. Sería imposible pensar que lo que quiere hacer es una guerra contra... Krestus.

—Tenemos que estar atentos —gruñó el rey, mostrándose preocupado y al mismo tiempo su mirada se colmó de rabia—. Con permiso.

Se alzó y se marchó junto al príncipe sin decir nada más. Probablemente quería discutir con su hijo acerca del asunto. Si el reino de Ovelnor quería guerra, pues guerra tendría. Ciertamente el rey de Krestus no quedaría con las

manos cruzada mientras se organizaba un “ataque” a sus espaldas.

Alía sonrió calladamente y luego se centró en la bruja que tenía enfrente. Aún Emma jugaba ensimismada con aquel pedazo de pan en las manos.

Alía arqueó una ceja. —¿No tienes hambre, Lady Danna?

—¿Qué cosa..? —preguntó Emma, completamente ausente, perdida en algún recuerdo de su pasado.

—Te veo jugar con la comida. Mi madre siempre decía que era un pecado jugar con la comida... pero aquellos eran otros tiempos y éramos pobres —dijo Alía mientras se alzó de la mesa, con la intención de retirarse—. Pero ahora la pobreza es solo pasado y mi madre... mi madre seguramente está muerta.

La bruja de Antkar forzó una sonrisa y sin decir más se marchó. No se dio cuenta de que la otra bruja había permanecido inmóvil y en silencio por su comentario. En ese momento Alía estaba pensando a otra cosa que le había capturado su total atención. Aquel extraño joven de ojos castaños y profundos la dejó un tanto inquieta. Algo que no sucedía muy a menudo. Pocas cosas inquietaban la malvada bruja. Pero ese chico... el hecho que le sostuviera sin algún problema la mirada, la incomodó desmesuradamente.

Capítulo 3

Emma fue a los establos. Le gustaba pasar el rato allí. Pocas veces entraba alguien. Y a ella le gustaba peinar y acariciar la crinera de su hermoso caballo.

Eso la ayudaba a pensar y la calmaba cuando estaba triste. El animal le hacía compañía cuando más la necesitaba. Lo que había dicho la tal Lady Emverly la había dejado pensativa, había dicho que de pequeña había vivido en la pobreza. Recordó que Alía jugaba siempre con la comida y su madre le repetía que era un pecado, porque tantas personas no tenían nada para comer. Le parecía demasiada coincidencia todo aquello, primero el pedazo de pan y luego aquella frase. Se sintió sumergida en la desesperación. Tenía que descubrir más sobre el pasado de aquella bruja, porque si no era su hermana de seguro la conocía.

En ese momento entró el príncipe y ella se volteó. El bajó la mirada, pero se le acercó.

Emma resopló molesta. —¿Son ideas mías o últimamente me estás siguiendo?

—Necesito saber lo que piensas de esa otra... bruja —el príncipe se aclaró la garganta—. Mi padre confía demasiado... y ya el hecho que tenga que vivir junto a una bruja me basta, es inquietante sentirme siempre en p...

—¿Te sientes en peligro viviendo conmigo? ¿Qué no eres el grande príncipe Bryan que no le teme a nada y rompe los corazones de las doncellas? —ella se rió burlonamente.

Bryan frunció el ceño. —Escúchame bien, no te pediría tu opinión si no se tratara de mi padre, porque para mí tú opinión vale bien poco, yo no confío en ti ...

—Es mejor que me marche —lo interrumpió ella, sabiendo que no soportaría ni un segundo más su hostilidad y su arrogancia—. Ya sabes que detesto tu presencia, y no estaré aquí a sentir tus insultos. Es mejor que no te cruces más conmigo porque me sacas de quicio con tu insolencia... y no sé si seré capaz de contenerme la próxima vez.

Emma se dispuso a abandonar los establos dándole la espalda al príncipe.

—Qué estúpido pensar que podía tener una conversación normal con un *monstruo*...

Emma se volteó inmediatamente y lo abofeteó con fuerza. Podía soportar algunos insultos, pero que la llamaran *monstruo* la hacía perder la paciencia. Aquella palabra la escuchó decir a su padre, y la llenaba de rabia.

El príncipe no dijo nada, de hecho, permaneció inmóvil con la mirada baja. Y cuando ella se marchó, su rostro se llenó de arrepentimiento. No debió llamarla así. En realidad no pensaba que ella fuera un monstruo... Pero ya lo

había hecho, y el arrepentirse no borraría el desagradable incidente.

Emma estaba muy confundida, recuerdos del pasado atormentaban su mente; no tenía cabeza ahora para dar importancia al incidente con Bryan. Salió al bosque, su refugio de paz; esta vez iba sola sin su hermoso caballo... Quería caminar y correr y agotarse para tratar de conseguir un poco de sosiego. Se alejó bastante del palacio, adentrándose en la espesura, hasta llegar a orillas del río.

Contempló el agua y no pudo evitar sentarse en la orilla a jugar con ella. Hundió su mano y la movía lentamente; mientras su mirada se perdía en las piedras y pequeñas plantas del fondo. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Su pasado era un una daga que llevaba hundida en medio del pecho y la herida sangraba cada vez que removía sus recuerdos.

Estaba tan entretenida que no escuchó los pasos a su espalda y dio un salto cuando sintió una oscura presencia cercana.

Alía rió divertida. —Hubieras visto tu cara. ¡Qué susto que te diste!

—¡Muy graciosa!... ¿Y tú qué? ¿Me espías o qué? —demandó Emma irritada, poniéndose de pie de inmediato mientras sacudía sus ropas.

—Calma, Lady Danna... Sólo he salido a caminar un rato y al verte te seguí, pero sin ningún motivo en especial; solo pensé en... hablar un rato; no es normal hallar alguien... como yo.

—No soy como tú, eso es evidente. Y tu compañía no me es grata, así que mejor me voy. —Emma dio unos pasos apresurados, pero no se percató de un tronco levantado en la tierra y tropezó, cayendo sobre un costado y de su codo izquierdo comenzó a brotar un hilillo de sangre.

Alía corrió a ayudarla. Rápido limpió el codo de Emma y pronunció unas palabras en voz baja mientras sus ojos se tornaron intensamente rojos. La herida desapareció en pocos instantes y Alía se puso de pie de inmediato.

—¿Ya no te duele? —preguntó con un hilo de voz. Estaba un poco asombrada por aquel inesperado impulso de ayudar a aquella desconocida. No era algo que hacía a menudo, en realidad no lo hacía nunca. Ayudar a las demás personas no la gratificaba en lo más mínimo.

La otra sólo la miró muy consternada. Pues su hermana de pequeña también poseía el poder de la curación; y cosa que no poseía ni ella misma. Y aunque no hubiera conocido otras brujas en toda su vida, estaba segura que ya

eran demasiadas coincidencias con aquella extraña. Inmediatamente se puso de pie y la miró profundamente a los ojos, se concentró e intentó buscar en su interior algo que pudiera conectarla en algún modo a los recuerdos que conservaba de su hermana... pero no consiguió nada. No siempre funcionan los poderes entre las hijas de la luna.

—¿Quién rayos eres en verdad?

—¿A qué te refieres? —sonrió, adoptando su actitud indiferente—. Soy Lady Emverly... ya nos presentaron, ¿recuerdas? ¿Acaso has golpeado también la cabeza, Lady Danna?

Emma estaba convencida que aquella impertinente conocía muy bien a su hermana; y estaba dispuesta a todo por dar con ella, así que sin pensarlo se fue encima de ella y la tomó con fuerza por el cuello. —¡Podrás engañar a todos, pero a mí no! ¿Quién rayos eres en verdad y de dónde conoces a Alía?

¿“Alía”? ¿Había dicho Alía? ¿Había de verdad pronunciado aquel raro nombre?... La bruja de Krestus no tenía por qué conocer siquiera aquel nombre a nos que aquella fuera Emma. No habían dudas, estaba ahí frente a ella. Luego de tantos años finalmente se habían encontrado aún sin saber quiénes eran. Alía la miró con ojos inquietos, luego le tomó el brazo y la hizo a un lado, liberándose de la mano que aferraba su cuello.

—¡No sé de quién rayos me hablas! —exclamó Alía haciéndose para atrás sin saber si debía alegrarse o preocuparse, nada le aseguraba que realmente aquella fuera Emma aunque su corazón se aferraba con fuerza a una esperanza positiva.

Emma bajó la cabeza, esperaba que aquella le dijera algo que le diera razón de su hermana. Sus ojos se inundaron de lágrimas y Alía la miró, y vio la tristeza que se reflejó en sus ojos .

—Alía...

Emma sintió estremecerse al escuchar ese nombre pronunciado de la boca de la otra. —¿La conoces verdad? —preguntó con la esperanza reflejada en el rostro.

Alía desvió la mirada, evitando el contacto visual con la otra. —Sí, conocí una “Alía” en pasado. Buscaba desesperadamente a su... su hermana... ¿acaso eres tú? —preguntó, sintiendo que la tierra se derrumbaba bajo sus pies, esperando una respuesta inmediata.

La otra la miró y de sus ojos brotaron algunas lágrimas... — Sí... soy yo... mi verdadero nombre es Emma... —el llanto la ahogó.

Alía no sabía qué hacer ni qué decir. Aquella que tenía enfrente era su hermana. La había finalmente encontrado y estaba allí ante ella... ¡Era real! Su corazón comenzó a latir fuertemente y los deseos de abrazarla eran inmensos. El deseo de decirle que nunca había perdido las esperanzas de encontrarla, que nunca se dio por vencida. Que sufrió mucho cuando las separaron... Más sin embargo, dio un paso atrás y se volteó de espaldas. Respiró profundamente y contuvo las lágrimas como sólo ella sabía hacer.

—Alía murió... —soltó, no se atrevió a declarar su verdadera identidad. No era una persona por la cual su hermana pudiera estar orgullosa, era completamente diferente a la Alía que su hermana recordaba... Se había transformado en un verdadero monstruo, en una persona sin piedad que manipulaba los más débiles para alcanzar sus propósitos... en una asesina sin escrúpulos... —Murió hace algunos años.

La otra no dijo nada. No podía hablar. Tenía un enorme nudo en la garganta. Las lágrimas y el dolor la estaban ahogando. Se dejó caer de rodillas al suelo y lloró... lloró como nunca antes. Gritó, dejando salir toda aquella rabia mezclada con impotencia que sintió en aquel momento. No podía soportarlo. La única cosa que le había dado la fuerza para seguir adelante era el saber que un día encontraría a su querida hermana, y ahora había descubierto que estaba muerta... Pero tenía que ser fuerte, porque la vida continuaba y ella era fuerte. De las dos Emma siempre fue la más fuerte. No podía dejarse abatir.

—¿Cómo murió? —preguntó de repente, secando sus lágrimas.

Alía dio un paso hacia atrás. —No es el caso...

—Quiero saber todo —exigió Emma, mirando a la otra que se negaba a darle la cara. Caminó hacia ella—. ¿Ustedes eran amigas?

—Escucha... —Alía le dio frente, disfrazando su rostro con la indiferencia, y haciendo un gran esfuerzo para no ceder al llanto que la golpeaba en los más profundo. —La conocí en Antkar algunos años atrás... ella te estaba buscando. Estaba herida cuando la encontré... No me dijo que le había sucedido... Antes de morir me contó su pasado y sobre ti... hablaba sólo de ti, de cuanto eras fuerte y decidida, de cuanto te quería y que quería ser como tú... —Hizo una pequeña pausa, y respiró nuevamente. Era muy difícil continuar aquella falsa—. Bueno,

le prometí que si un día tu te cruzabas en mi camino te lo haría saber... te diría que ella nunca dejó de buscarte y que te quería con todo su ser... Eso es todo.

Ya no podía aguantar más, ya las lágrimas que retenía la estaban consumiendo sin piedad. Sin decir más se marchó apresuradamente, desapareciendo entre los árboles.

La otra quedó allí, entre lágrimas y desesperación.

Una vez que Alía se halló lejos de su hermana dejó libre aquellas lágrimas que la estaban devorando viva. Alía no quería que su hermana la viera como un monstruo, y prefirió que ella pensara que estuviera muerta y que conservara solo aquellos recuerdos de cuando eran niñas. Era mejor así.

Al atardecer, Emma volvió al Palacio, y mientras se dirigía hacia su habitación el rey la detuvo en los corredores.

—¿Qué te ha sucedido?

Ella se volvió hacia el soberano. —Nada, estoy bien —esforzó una sonrisa.

—Te conozco y sé cuándo algo te turba —dijo él y le sonrió levemente—. Por suerte aquella otra bruja se ha marchado... Sé que no te gustaba su presencia aquí.

—¿Se marchó? —preguntó con asombro.

El rey inició a caminar, invitando Emma a seguirlo. —Sí, dijo que tenía que regresar cuanto antes a Antkar... y sin decir más se marchó con sus hombres después que habíamos concluido la negociación... Pero ahora tenemos que hablar de un asunto que me preocupa tremendamente.

El rey la condujo hacia la sala de reuniones y al entrar cerró la puerta tras de sí. Le pidió consejos acerca de la amenaza que representaba Ovelnor y le contó que ya había mandado algunas espías para infiltrarse en el palacio de Ovelnor.

Emma no tenía cabeza para pensar también en aquellos problemas. Y mientras el rey le hablaba ella solo pensaba en su hermana y en aquella otra bruja, que de seguro no había venido solo para comprar caballos o para decirle que su hermana había muerto...

Dos días después, casi al anochecer, Alía llegó a Antkar. Su rey la recibió contento y esperaba ansioso buenas noticias. Sin embargo, ella lo ignoró por completo. No tenía deseos de hablar con él en ese momento. Se dirigió a su habitación sin siquiera mirarlo.

Una vez que se encontró sola, se despojó de sus vestidos y entró en la bañera. Allí recordó a su hermana, y una sonrisa se dibujó en sus labios. Ahora sabía que estaba bien, y que estaba rodeada de personas que la querían. Pues se había dado cuenta en los pocos días que estuvo en Krestus que el rey Adam trataba a Emma con respeto, y que el príncipe Bryan se moría por ella... Luego entristeció, y se preguntó a sí misma si había hecho bien a pasarse por muerta. Solo esperaba que Emma no indagara sobre la bruja de Antkar porque allí todos la conocían como Lady Alía...

En ese momento la interrumpió una sirvienta que con temor entró en su habitación siguiendo las órdenes del rey Nicanor. —¿Lady Alía..? —balbuceó, temblando.

Alía resopló molesta. —¿Qué no te he dicho que no soporto cuando alguien me interrumpe?

—Es que... su... su —decía la otra con la cabeza gacha y su voz era temblorosa.

—¡Habla de una maldita vez! —rugió Alía mientras se ponía de pie.

—Su Majestad la espera para cenar.

Alía tomó la túnica cerca de la bañera y se cubrió mientras. —Sí, dile que no se desespere... que ya voy. Ahora vete.

Transcurrieron muchos minutos. El rey Nicanor ya estaba por explotar al ver que Alía aún no se presentaba en la mesa. Cuando finalmente llegó, vestida completamente de rojo, con el cabello suelto y con la frente en alto como de costumbre, todos los sirvientes callaron.

Ella se sentó al otro extremo de la mesa y lo miró fijamente, ciertamente él bajó la mirada.

—¿Entonces?... ¿Qué sucedió en Krestus? Mis soldados me han informado que la bruja aún vive —Nicanor golpeó fuertemente la mesa—. No fuiste capaz de...

Ella lo interrumpió de inmediato. —No me hables con tono prepotente porque sabes que no lo soporto. Esa bruja no es un problema y no se interpondrá en nuestros planes.

—Si pero...

—¡Pero nada! —Esta vez fue ella quien golpeó molesta la mesa y el fuego de las velas se intensificó peligrosamente y los ojos de ella brillaron como dos rubíes—. ¡Esa bruja es mi hermana y es intocable, nadie le pondrá una mano encima!

—¿Tú hermana has dicho? Espero que esto no cambie las cosas...

Inesperadamente las velas se apagaron y el silencio fue total. Cuando la habitación se iluminó nuevamente Alía estaba frente a Nicanor, con su mirada inquietante sobre él. Rápidamente todos los sirvientes abandonaron la habitación dejándolos a solas.

—¿Te he fallado alguna vez, Nicanor? —demandó ella con voz suave y él negó con la cabeza. Ella sonrió—. No te preocupes, dentro de poco Krestus y Ovelnor se declararán guerra, y luego también Otrys.. Y yo buscaré el modo de que mi hermana esté de nuestro lado... Dos brujas son mejor que una... ¿no crees?

Ciertamente no era eso lo que Alía quería, pero eso era lo que quería que él pensara. En realidad Alía haría de todo por mantener a Emma bien lejos de toda esa historia. No haría nada para oscurecer el corazón de su hermana con la ambición. Cuando la vio en Krestus supo que era pura y llena de bondad y que no había dejado entrar en ella la oscuridad. Por ningún motivo dejaría que el alma buena de su hermana se corrompiera con el mal.

En Krestus; los días de Emma se habían tornado más grises y solitarios que de costumbre, era su manera de vivir el luto por la muerte de Alía. Ya no había vuelto a presentarse a cenar en la mesa y se le veía abandonar su habitación solamente para sus salidas al campo y cada vez que su majestad la solicitaba.

Una mañana salió en su caballo bien temprano. Quería sentir el amanecer en el bosque, recibir los primeros rayos del sol tendida en la pradera, respirando paz.

Cuando el alba sorprendió aquellas tierras, ya ella lo esperaba en el campo. Dio un salto al escuchar unos pasos sobre las hojas secas; se giró de inmediato y se llevó tremenda sorpresa.

—¿Tú?! —exclamó al ver a Bryan que se acercaba un tanto sobrecogido.

—Perdona que te interrumpa, pero llevo días queriendo hablar contigo y no conseguía acercarme —el príncipe se aclaró la garganta y agachó la cabeza.

—¿Y de qué sería que tendrías tú que hablar conmigo?... ¿Sabes que yo no te entiendo? Obviamente no me soportas; y de hecho yo a ti tampoco, entonces... ¿por qué siempre provocas que nos encontremos? —preguntó Emma mirándolo fijamente.

—Ya sé... ya sé que no me he portado bien contigo, te he molestado, te he dicho cosas horribles... como hace unos días cuando nos encontramos por última vez y terminaste pegándome.

Ella sonrió levemente. —¡Ah! Es eso... Tienes el *ego* herido porque te pequé y vienes a exigir una disculpa. Supongo que un niño como tú no comprende que alguien como yo lo ponga en su lugar, ¿verdad?

Hubo un pequeño espacio de silencio, en el cual Emma fue por su caballo; pero antes de montar, Bryan se acercó y la jaló un poco fuerte por el brazo, haciéndola voltear y en ese momento sus ojos impactaron en una mirada intensa y profunda. Era la primera vez que alguien en el reino le sostenía la mirada a la bruja y esto la consternó, por ser precisamente Bryan quien lo hiciera.

Ella quiso marcharse. No le gustaba lo que estaba sintiendo bajo la mirada del príncipe.

—¡Espera! —él apretó más fuerte su brazo, impidiéndole la retirada, y no apartó la vista—. No te marches aún, no te he dicho lo que debo... Quiero pedirte perdón, aquel día te insulté bien feo y dije cosas que... que realmente no siento y no creo... perdóname, por favor. Merecí tu cachetada y desde entonces me siento fatal.

—¿Y por eso ahora me miras a los ojos? —preguntó ella y sonrió, ocultando aquella extraña sensación que estaba sintiendo y a la cual temía—. ¿No sientes "miedo" de lo que te pueda hacer este... *monstruo*?

—Yo no te considero un monstruo, ya te pedí perdón... Y no... no tengo miedo.

—¿Conoces las leyendas y lo que se comenta acerca de nosotras?

Bryan sonrió, mostrando sus perfectos dientes blancos. —Pues sí, pero por tal me perdones no me importa correr el riesgo de convertirme en tu esclavo por el resto de mis días —él quedó mirándola, con una actitud que ella antes no le había visto.

Fue en ese momento que Emma se percató de lo hermoso que era aquel hombre. Se sorprendió a sí misma contemplando sus hermosos rasgos y sus músculos endurecidos perfectamente enmarcados en su ropa; pero como una chispa despertó de su ensueño y terminó trepando en su animal. Tomó las riendas y se marchó de prisa, dejando al príncipe ahí parado, sin dejar de contemplarla.

Emma tenía una idea dándole vueltas en la cabeza desde hacía varios días, exactamente desde que recibió la noticia de la muerte de su hermana; y no descansaría hasta llevarla a cabo, por ello le comunicaría a su rey cuanto antes.

Esa noche bajó a cenar junto a Adam y su hijo Bryan. Vestía totalmente de negro y no llevaba el velo...

El príncipe le sonrió al sentarse a la mesa. Ella lo miró extrañada, pero pareció no darle importancia, aunque en su interior se sintiera complacida. Él tenía una linda sonrisa.

De todos modos, ignoró lo que fuera que estuviera sucediendo con ella. — Me he presentado esta noche a la mesa porque necesito comunicarle algo, majestad —dijo ella muy seria, mirando hacia su plato, no quería que fuera Adam, quien había sido tan bueno con ella; el que tuviera que agachar la cabeza.

—¿Qué sucede, Lady Emma? Su tono me preocupa —respondió el rey, presentándole toda su atención.

Ella se aclaró la garganta. —Ya es de su conocimiento que alguna vez tuve una hermana, de naturaleza similar y de la cual fui obligada a separarme siendo muy pequeña; justo antes de llegar a su reino...

—Pues sí, me contaste tu historia hace años, y yo te prometí que si alguna vez necesitabas mi ayuda al respecto; no dudarás en pedírmela.

—Pues precisamente ahora necesito su ayuda y comprensión. Pues he conocido que Alía... que mi hermana ha muerto.

En la mesa se hizo silencio. Adam bebió un sorbo de vino y Bryan quedó expectante todo el tiempo, acababa de descubrir aquella parte del pasado de Emma y lo conmovió profundamente.

—¿Y qué piensa hacer? —preguntó su majestad.

—Pues es de mi conocimiento que murió en Antkar. No sé en qué condiciones y ni siquiera si fue asesinada; o si sus restos descansan en un campo santo como debe ser... Pretendo ir por respuestas y encontrar sus huesos para tenerlos conmigo —respondió Emma determinada.

—Es muy peligroso, cómo tú misma has dicho no sabes nada acerca de su muerte; si tu hermana tenía enemigos y ellos acabaron con ella, pudieran tomarla en contra tuya al conocer su parentesco.

—Lo siento majestad; pero esto que le comunico es una decisión tomada y me gustaría su consentimiento para abandonar el reino por unos días y encaminarme a Antkar... Le prometo que volveré una vez que haya conseguido lo que tanto necesito —respondió Emma con la irrevocabilidad reflejada en el rostro.

—Ni siquiera sabes cómo buscar, adónde dirigirte en Antkar...

—No se preocupe, sé bien quién puede ayudarme —Emma recordó la hija de la luna que había conocido días antes, aquella que le reveló lo sucedido con Alía.

El rey Adam respiró profundo, comprendiendo que no tenía cómo convencerla de desistir de aquella idea; y ciertamente un día le prometió ayudarla respecto a su hermana, él era un hombre de palabra.

—Muy bien, pero partirás escoltada por diez soldados y me prometes que te cuidarás siempre.

Emma sonrió y asintió con la cabeza, mientras tomaba la mano de su majestad que lo tenía a su izquierda. Aquel hombre era lo más parecido a un padre que había tenido en toda su vida.

—¡Yo iré en esa partida, padre! —exclamó Bryan sorprendidamente.

Emma lo miró sorprendida por su imprevista decisión. —No creo que quiera usted, será un viaje aburrido y carente de esas diversiones que tanto le atraen. Mejor quédese en Krestus al seguro, recuerde que alguien ha intentado hacerle daño y para serle franca tengo mi mente totalmente centrada en mi hermana como para tener que preocuparme por usted en todo el tiempo que dure este viaje.

No sería fácil hacerlo desistir. Bryan era un chico un tanto testarudo. —Insisto, padre —su mirada se centró en el rey Adam, su padre—. Este viaje me hará bien, además... en Antkar no corremos peligro puesto que es un reino

amigo; incluso hace poco cerramos negocios satisfactoriamente para ambas partes...

Parecía que tenía la respuesta ya lista en su mente. Miró a Emma y le sonrió, confundiéndola y asustándola un poco. Nunca lo había visto sonreír tanto en su presencia. ¿Qué diablos estaba sucediendo con él?

Adam guardó silencio un par de minutos al cabo de los cuales respondió. —Bryan tiene razón, y a decir verdad; me siento mejor si sé que él te acompaña... sé que te cuidará bien así como tú de él.

—¡Pero, señor! —replicó Emma.

—Es mi única condición para apoyarte en ese viaje... ¿y entonces?... ¿Cuándo quieres partir?

—¡Mañana a primera hora! —resopló Emma y se alzó, abandonando la mesa de mala gana.

En Antkar; Alía contemplaba el cielo desde su balcón, como solía hacer cada noche. La luna era llena y brindaba un espectáculo único, verdaderamente hermoso. Una lágrima rodó por su rostro al recordar a Emma, hasta la imaginó en ese justo momento; en el inmenso balcón de su torre altísima, contemplando el cielo como ella en aquel instante, y sonrió.

"Perdóname hermana, pero no tuve el valor, no me atrevía a hacerte ver en lo que me he convertido; no quiero que sientas decepción por mí... Pero ahora que sé quién eres y dónde estás, te juro que voy a cuidarte y no dejaré que nada te pase, aunque tenga que deshacerme del cerdo de Nicanor... Ahora me toca a mí cuidar de ti."

No imaginaba que dentro de pocos días se llevaría una gran sorpresa, y tendría que enfrentar su destino y comprender que la verdad, tarde o temprano nos alcanza a todos... por mucho que intentemos esconderla; por más que la neguemos y luchemos contra ella misma en nuestro interior.

Capítulo 4

El alba llegó potente y bellísima, Emma ya estaba lista y se presentó ante el rey Adam; besó su mano y la acarició dulcemente. En verdad sentía un gran afecto por aquel maravilloso hombre que la había tratado siempre como una hija.

Él se acercó y le besó la frente. Luego le entregó una espada con la empuñadura de oro y le habló como solo un padre sabía hacer. —Lleva esta espada contigo y jamás te separes de ella, lleva mi sello y todo aquel que la vea sabrá que eres una persona importante para este reino; lo pensarán dos veces antes de hacerte daño... sólo existen esta, y la de mi hijo que te acompañará.

Ella sintió las lágrimas que luchaban por salir de sus ojos. —Gracias —murmuró, mientras ceñía el arma a su cinturón.

En ese momento entró el príncipe al salón y quedó prácticamente pasmado al ver a Emma, no vestía esos atuendos que llevaba siempre en el palacio, llenos de telas y tan serios; llevaba pantalones como los suyos y camisa ceñida, con el pelo recogido sobre los hombros... Le pareció irresistiblemente atractiva.

—¿Lista, Lady Emma? —preguntó cuando se dio cuenta que ya eran algunos segundos que estaba allí, inmóvil como una estatua o como un imbécil.

—Naturalmente —respondió la joven bruja y partió rumbo a los establos por su caballo.

Por el camino del bosque, Bryan no hallaba motivo para comenzar una conversación con Emma; pero el deseo de hacerlo lo estaba consumiendo, así que no se contuvo más y acercó su caballo al de ella. Los soldados iban a unos dos metros de distancia hacia atrás, excepto una pareja que iba otros dos metros hacia delante.

—¿Cómo haremos al llegar a Antkar, Lady Emma?

Ella ralentizó un poco la andadura. —¿Puedo pedirte por favor que no me llames Lady? Sólo llámame Emma... Al menos por ahora, estamos lejos del palacio y no estamos obligados a formalismos —dijo, tajantemente.

Él sonrió. —Está bien... Pero no me contestas aún mi pregunta...

—Nos presentaremos en el palacio del rey Nicanor; ahí ha de vivir Lady Emverly, ella conoce lo que sucedió con mi hermana y estoy segura que sabe más de lo que me contó... Pude sentirlo... Y esta vez no podrá esquivarme después de haber atravesado tantas millas para llegar hasta ella.

—Debí suponerlo... Fue ésa bruja prepotente la que te contó esas cosas, ¿verdad? —preguntó él con un poco de desprecio en su tono de voz al hablar de la otra bruja.

Emma lo notó. —Pues sí; pero te pido que te controles una vez que lleguemos y me dejes hablar a mí... No quiero que con tus comentarios llegues a ofenderla y se niegue a colaborar.

—Está bien, tranquila... Te prometo que me comportaré bien... Pero no confío en ella.

—No me pareció eso cuando te vi soltar la baba en la mesa ante su presencia —le recordó con tono irónico Emma y sonrió divertida, pues sabía bien que aquella noche Lady Emverly había usado sus dones para embobecer a la realeza de Krestus.

El príncipe abrió extremadamente los ojos. —¡¿Yo?! ¡Imposible! Te juro que nada de esa mujer me atrae, al contrario, yo...

—¡Calma ya! —Emma sofocó una carcajada—. No te estoy pidiendo

explicaciones y no tienes por qué dármelas —dijo y sonrió, azuzando su caballo y adelantándose hasta donde estaba la pareja de soldados que encabezaban la expedición.

Poco más de dos días duró el viaje hasta Antkar. Desde que atravesaron los límites que dividían ese reino de Krestus, hasta la vegetación les pareció diferente, reseca, marchita.

Emma detuvo su caballo y su rostro denotó preocupación.

—¿Qué sucede? —preguntó el joven Bryan de inmediato, parándose junto a ella.

—No lo sé bien, pero algo me dice que no estamos al seguro en estas tierras, se respira maldad; puedo sentirla... Aquí ni el pasto es verde porque nada bueno crece en este reino... Debemos tener mucho cuidado a partir de ahora.

—No te preocupes, alertaré a los hombres. Calculo que en un par de horas más lleguemos al palacio del rey Nicanor, y estarás finalmente frente a su prima; Lady Emverly.

Emma miró circunspecta hacia todas partes. —¡Me urge hablar con ella! No respiro limpio en este sitio; y debemos marcharnos cuanto antes...

Justo al mediodía, cuando Nicanor almorzaba junto a su consejera, el mayordomo real se acercó a la mesa para informar la llegada de forasteros.

—¿Y quiénes son? —demandó Nicanor aún con la boca ocupada por un pedazo de carne.

—Majestad, dicen ser el príncipe de Krestus acompañado de una escolta, pero los motivos de su visita sólo los expondrán ante usted.

Nicanor lanzó una mirada fugaz a Alía, quien se encogió de hombros. — ¡Muy bien! Déjale pasar —ordenó el rey.

El mayordomo no anunció nunca la presencia de una mujer entre la partida que llegaba de Krestus, así que al presentar a Bryan junto a Emma en el salón de cenas, el rey quedó pasmado, pero mucho más Alía, la cual casi derrama el vino sobre la mesa del salto que dio al ver a su hermana aparecer.

—Majestad... Lady Emverly —saludó cortésmente Bryan mientras reverenciaba.

Emma sonrió mirando el rey. —Buenas tardes, majestad —luego sus ojos

se deslizaron sobre la mesa y fueron a centrarse en la otra bruja que había quedado sin palabras y su rostro había tomado un color blanco cadavérico—. Lady Emverly; es un placer volver a encontrarla.

Nicanor percibió el color rojo en los ojos de las dos jóvenes que se sostenían las miradas y un escalofrío recorrió su piel. Era muy cobarde para aquellas cuestiones. Su nerviosismo lo delataba y lo llevó a una indiscreción que puso a Alía en aprietos.

—¡Qué sorpresa! ¿En qué puedo ayudarles?... ¡Ah!... y... ¿quién es Lady Emverly?

Emma la miró sorprendida y Alía estaba visiblemente nerviosa. Por vez primera en su vida no sabía qué hacer ni qué decir. Tenía que pensar en una solución inmediata o sería demasiado tarde para seguir con aquella falsa...

Alía cerró los ojos por un segundo y al abrirlos comenzó a reír, obteniendo la atención de todos, los cuales la miraron interrogantes. —Nicanor se divierte a hacer estas bromas de continuo... sabe perfectamente que soy yo Lady Emverly... *su prima* —su voz resonó en la mente de todas las personas que se encontraban cerca, dejando aquel nombre implantado. Luego miró hacia el mayordomo—. Agrega dos cubiertos a la mesa, el príncipe de Krestus y Lady Emma son nuestros invitados.

Emma permaneció en silencio, había sentido la brisa inesperada que irrumpió ligera y fulminante en la habitación; Alía había apenas hecho un hechizo, y Emma lo sintió. Ahora desconfiaba aún más de aquella bruja. No cabían dudas que escondía algo y no descansaría hasta descubrir la verdad. Se sentó ante ella y no le quitó los ojos de encima ni un segundo.

—¿Puedo saber a qué se debe esta visita... sin preaviso? —preguntó Alía mientras se llevaba un pedazo de carne a la boca.

—Busco respuestas que sólo tú me puedes dar —Emma fue directo al punto.

La otra bajó la mirada inquieta. —Entiendo...

Alía sabía que sería difícil mantener aquel secreto oculto y más aun sabiendo que la otra no descansaría hasta saber más acerca de la "muerte de su hermana". Tenía que estar atenta a cada respuesta que diera. Pero era tan difícil, porque en realidad ella quería abrazar a su hermana y decirle que era ella Alía... pero tenía tanto miedo. Miedo de lo que pudiera suceder después. Miedo a que

su hermana no la quisiera. Miedo a ver en los ojos de Emma la decepción...

—¿Y la reina?... ¿Por qué no está aquí? —preguntó Bryan luego de un silencio prolongado.

Nicanor permaneció en silencio y fue Alía a tomar la palabra. Sabía que Nicanor no era un buen mentiroso. Era mejor si permanecía con la boca cerrada. —La reina Samanta no se siente bien, estoy segura que la veremos a cena.

Emma miraba a su alrededor, estudiando el sitio. Los sirvientes parecían marionetas, ni se movían sin pedir permiso. Hasta el mismo rey le parecía sucumbe de aquella bruja. Nunca había visto tanto miedo en su vida, aquel miedo con el cual miraban todos a Alía era inquietante. A ella la miraban con miedo en su palacio... pero no así. Aquellas personas estaban aterrorizadas.

El rey mandó a preparar dos habitaciones. Los recién llegados permanecerían allí por algunos días y fueron a acomodar sus cosas.

Cuando el rey Nicanor y Alía quedaron a solas, él aprovechó para tocar el delicado tema que lo inquietaba. —¿No le dijiste que eres tú su hermana?

—No tuve tiempo de hacerlo...

—No los quiero aquí, pueden descubrir nuestros planes y no nos conviene —dijo Nicanor nervioso—. Tienes que liberarte de ella o como habías dicho convencerla a pasar de nuestro lado.

Alía inició a caminar de un lado hacia el otro. —Lo sé... dame un poco de tiempo para pensar que hacer.

Nicanor la detuvo mientras le tomaba una mano, ella rápidamente lo miró muy seria y él la liberó de inmediato. —No me gusta verte así, en realidad nunca te he visto así.

—¿Así cómo? —exigió ella, perdiendo la paciencia.

El rey se tomó unos segundos para decidir si responder o no. Pero al final las palabras salieron solas de su boca. —Nerviosa... estás nerviosa, te ves nerviosa... No sé si es por tu hermana o por el... príncipe, vi que lo mirabas.

Ella rodó los ojos exasperada. —¿En serio?! ¡¿Crees que este es el momento para que comiences con tus estúpidos ataques de celos?! —soltó de repente una carcajada.

Nicanor hacía la misma escena cada vez que tenían un invitado en el Palacio. Detestaba que ella mirara otros hombres.

—Sabes lo que siento por ti...

Ella dejó de reír y caminó hacia él. —Sí, sé bien lo que sientes por mí... deseas mi cuerpo y cómo no lo puedes tener lo deseas aún más —contestó y - provocativamente - le acarició el rostro, alimentando los deseos del rey de poseerla. Sonrió—. Y sí, tienes razón, estoy nerviosa... Pero no por mi hermana y mucho menos por el príncipe, estoy nerviosa porque por tu culpa casi me descubren.

Luego de decir estas palabras, salió inmediatamente de la habitación. Recorrió todo el pasillo como una furia. Salió al jardín y se adentró en el laberinto de piedra que hacía de este un verdadero espectáculo. Ella transcurría mucho tiempo allí, lo conocía a memoria. La nieve iniciaba a descender con fuerza cubriendo sus huellas. Llegó al centro y se sentó en un banco al lado de una fuente, el agua estaba congelada, pero en verano era bello ese lugar... Se cubrió el rostro con ambas manos y lloró. Tenía que liberar aquellas lágrimas que comprimían bruscamente su pecho. Sintió el deseo de gritar fuerte. La presencia de su hermana la distraía de sus propósitos y sentía que perdía el control de sí misma. Nunca antes se había sentido así; desorientada.

Escuchó unos pasos y rápidamente se volteó, justo en tiempo para detener una daga que se dirigía velozmente hacia ella. Miró hacia todas partes. No vio a nadie. Luego dirigió nuevamente la mirada hacia el puñal que tenía en frente, inmóvil en el aire como si se hubiera detenido el tiempo, a pocos centímetros de su rostro. Lo tomó entre sus manos; el mango estaba decorado con diamantes negros y la hoja era de plata. Lo escondió en su vestido y se marchó inmediatamente. Alguien había atentado contra su vida y era la primera vez que alguien lo hacía. Todos la temían en el Palacio, y aunque desearan profundamente su muerte, ninguno tenía el coraje para hacer algo así. La única explicación era que se trataba de un forastero que estaba allí sólo para poner fin a su vida. Un forastero que llegó en un momento inoportuno, pues ya tenía que pensar en su hermana y no tenía tiempo para pensar también en alguien que la quería asesinar.

Llegó la noche y todos se encontraron en el salón de cenas. Alía había mandado preparar una cena fabulosa, pues pese a sus preocupaciones; en el

fondo de su corazón se sentía feliz de tener a su hermana en el palacio. Se encontraba también a la mesa la reina Samanta, pero a leguas se le notaba sobrecogida y con el miedo retratado en el rostro.

Emma percibió el estado de la reina que estaba lejos de ella, a la derecha de su esposo... Lo que le llamó mucho la atención fue que fuera Lady Emverly quien ocupara la otra cabecera de la mesa real. Era algo inusual. Aquel lugar pertenecía a la esposa del rey, a la patrona de la casa... en vez, ese lugar estaba ocupado por la bruja. Luego lanzó una mirada a Bryan y pudo percibir en su rostro que él también estaba inquieto.

—Bueno y... no es por ser descortés; pero... ¿cuánto tiempo piensan estar en Antkar? Obvio, son bienvenidos en el reino y demás está decir que mi palacio es su casa, es solo por curiosidad, nada más que curiosidad —dijo Nicanor para soportar luego la mirada recriminante de Alía sobre él como un puñal en su carne. Sintió escalofríos bajo su escrutinio.

—Bueno, ya conocen los motivos de nuestra visita —respondió Emma, mirando hacia la otra bruja—. Y en cuanto obtenga las respuestas que busco; el príncipe y yo nos retiraremos de inmediato de vuelta a Krestus.

Alía tomó inmediatamente la palabra. —Perdonen la curiosidad de mi primo... Obviamente vuestra presencia nos es grata y nos sentimos honrados de tenerlos acá en el palacio.

—Muchas gracias... Lady Emverly; pero aunque agradecemos su hospitalidad este no es un viaje de placer —dijo nuevamente Emma—. Por lo cual me urge que me conceda cuanto antes la oportunidad de que hablemos a solas... ¿podrá ser después de la cena?

Alía sintió cómo se le aceleraba el corazón dentro del pecho, como un bravío corcel que galopa sin frenos. Estaba a milésimas de ser descubierta, no se le ocurría cómo escapar de aquella situación... ¡Ni modo salir corriendo!, aunque era lo que tenía deseos de hacer. Respiró profundo y asintió con la cabeza.

La reina Samanta había permanecido en silencio hasta el momento, pero no evitó la pregunta tonta que desató aún más la desconfianza en los invitados de Krestus. —¿Y por qué le llaman a tu consejera “Lady Emverly”?

Nicanor la miró como si quisiera fulminarla, y Alía rápidamente volvió a usar la magia para dominar la situación, pero para Emma y Bryan ya eran

demasiados motivos para desconfiar. Se mantuvieron en silencio durante el resto de la cena, pero siempre atentos a cada cosa que cualquiera de sus anfitriones pudiera decir, visto que aquel palacio era una caja de misterios...

Cuando se terminó la cena, Alía le pidió a Emma de adelantarse con la excusa que debía hablar algo urgente con su rey, y esta se marchó a esperarla en el inmenso balcón donde moría el corredor en que estaba ubicada su habitación. Bryan se marchó a sus aposentos y Samanta desapareció, ciertamente no le gustaba estar en presencia de su esposo y menos de su consejera.

Alía contó a Nicanor lo que le había sucedido en la tarde y le habló del puñal; el cual conservaba en su poder, bien resguardado en su alcoba. Aquella era la única pista que la llevaría a la persona que intentó asesinarla.

El rey reaccionó coléricamente. —¿Pero quién rayos se atrevería a atentar en tu contra?! ¡Todos saben que eres intocable!... y te temen.

—¡No seas ingenuo Nicanor! Obviamente la persona que me quiere muerta y se atrevió a intentar matarme no es de este reino.

—¿Insinúas qué...?... ¿Tu propia hermana?... ¿O el príncipe de Krestus? ¡Ahora mismo mando por sus cabezas! —rugió él e iba a ponerse de pie inmediatamente pero ella lo detuvo.

Lo miró irritada. —¡No, idiota! Mi hermana no es una asesina, y menos actuaría de esa forma; lo sé... si mataría a alguien le iría de frente. Y el príncipe... no lo creo, no tenemos vínculo alguno que lo haga desear mi muerte... Esto se trata de otra cosa; ¡y créeme que lo averiguaré! —Los ojos de Alía parecían destilar fuego.

Luego se alzó y fue en busca de quien la esperaba ansiosa, Emma... Pero alguien se le adelantó a encontrarla.

La reina Samanta llegó silenciosa a la espalda de Emma. —¿Lady Emma, de Krestus? —susurró, haciendo sobresaltar a la otra.

Emma se volteó velozmente. —S-Sí... soy yo. ¿Usted es... la reina, cierto? Nadie nos presentó; pero así como usted supo quién yo era supongo saber quién es usted.

Emma quedó muy intrigada de la actitud temerosa de la reina que se le había acercado como si viniera en secreto y a escondidas. ¿Qué diablos estaba

sucediendo en ese lugar?

La reina miró a todas partes para comprobar que nadie más la veía ni la escuchaba. —Sí, soy Samanta; y no tengo mucho tiempo para estar aquí, sólo quería alertarlos...

—¿Alertarnos? —repitió Emma alarmada, tomando las manos de la reina—. Dígame majestad, ¿cuál es la amenaza? ¿De qué o quién tenemos que cuidarnos en este reino?

—De todos —volvió a mirar hacia todos lados y luego nuevamente a Emma—. Pero principalmente de mi esposo y esa bruja oscura. Ellos son malos, muy malos... Yo sé que también eres hija de la luna, pero no eres como ella; no dejes que te lastimen, nada bueno puedes hallar en este lugar, ¡huyan! ¡Huyan lejos y no regresen nunca más!

La reina Samanta se soltó de imprevisto de las manos de Emma y se alejó corriendo por el corredor; pero justo antes de que escapara de la vista de la joven, Alía le salió enfrente.

Samanta agachó la cabeza ante la penetrante mirada de la consejera de su esposo y echó a correr hacia su habitación, a encerrarse como siempre.

Luego Alía se acercó al balcón y contempló la luna... Estaba divinamente hermosa. La brisa gélida impactó en su rostro y ella cerró los ojos.

Emma había quedado pensativa con todo lo que le había dicho la reina; pero calló y se acercó a la barda donde la otra apoyaba las manos.

—¿Y entonces? ¿La estaba importunando su majestad la reina Samanta?... De ser así le suplico que la perdone y nos excuse por permitirle que se acercara. Siempre hay que tenerla vigilada... La verdad, no está bien de la cabeza como seguro habrás podido notar —dijo Alía, mirando la luna.

Emma respiró profundo. —No, no se preocupe; no me molestó... y no me lo tome a mal, pero prefiero que hablemos cuanto antes del tema que me trajo aquí y que verdaderamente me interesa... Alía.

—¿Cómo? —preguntó Alía casi delatándose.

—Sí, vine a que me digas todo lo que sabes de mi hermana; porque desde que te conozco me parece que ocultas algo, y luego cuando me hablaste de ella sentí que no me dijiste todo... Quiero saber la verdad, lo que guardas; quiero saber dónde quedó su cuerpo porque me lo llevaré conmigo.

—Eso no se va a poder —murmuró Alía, volteando la cara para disimular sus rasgos de inestabilidad.

Emma se volteó hacia ella y la miró muy seria. —¿Por qué? ¡Tengo todo el derecho! Es mi única hermana y aunque sea después de muerta, finalmente he de recuperarla y llevarla conmigo.

Alía sintió nuevamente las lágrimas pincharle los ojos. —Sucede que no sé dónde quedaron sus restos... eso sucedió hace años...

Emma ya estaba desesperando con las evasivas de la hechicera, así que perdió la cabeza y en un arranque de ira la tomó por el cuello con fuerza. — ¡Escúchame bien!... ¡Ya estoy harta de que me evadas todo el tiempo para mantener oculta la verdad que sé que conoces! ¡No tienes una idea del dolor que traigo en el pecho desde hace más de la mitad de mi vida; así que será mejor que termines contándome todo lo que sabes de una buena vez!

—Suéltame —exigió Alía con voz calma, liberándose fácilmente de las manos que la sujetaban fuerte—. Esta es la segunda vez que haces esto; y no pienso volver a tolerarlo... no te devuelvo la agresión sólo porque... porque comprendo tu incertidumbre y tu dolor.

—Te juro que no voy a descansar hasta arrancarte la verdad que sé que ocultas... como sea que deba hacerlo —dijo Emma en tono amenazante.

Alía la miró y no le gustó verla así. Emma no era así. Era obvio que la incertidumbre la estaba atormentando al punto de hacerla perder el control de sí misma. Se sintió culpable, y con unas ganas inmensas de verla a Los ojos y gritarle la verdad, decirle que era Alía; su hermana, y que al igual que ella llevaba todos esos años en su búsqueda... Pero nuevamente el miedo a ver el desprecio y la decepción en sus ojos le oprimieron el corazón.

—Tal vez no te guste conocer lo que deseas conocer... Tal vez no te guste saber de tu hermana lo que yo pudiera decirte... Tal vez la odies después y desees olvidar todo lo que te recuerde a ella —murmuró Alía dirigiendo una vez más la mirada hacia la luna.

Aquellas palabras acrecentaron la desesperación en Emma. —¿Es eso!?!... ¿Alía andaba en malos pasos y por eso encontró la muerte? ¡A mí no me importa eso!... Ella era mi hermana y sólo quiero recuperar al menos sus huesos para llevarla a descansar conmigo, y decirle que me perdone por no haber estado ahí para cuidar de ella. ¡No hay un segundo en que no me sienta culpable de que nos

separaran un día! —gritó Emma y luego cayó en un sollozo incontrolable, se hincó de rodillas y hundió su rostro en sus manos para que la otra no la viera llorar—. ¡Yo hubiera hecho lo que fuera por ella, y jamás hubiera dejado que torciera su rumbo!

A Alía se le partía el alma, estaba fraguando de acero sus nervios para no delatarse. —Cálmate por favor...

—¡Tú no sabes qué unidas que éramos! ¡Y así como fue mi culpa que nos separaran pues también lo es que ahora ella esté muerta, por no haber hecho más para encontrarla!... Tal vez la solución sea que me reúna con ella de una buena vez, igual ya no tengo propósitos —dijo Emma poniéndose de pie y tomando una daga que llevaba oculta en sus ropas...

Alía se abalanzó sobre ella y se la arrebató antes de que llegara a usarla en sí misma. —¡“Emmi” no!

Emma cayó contra la barda del balcón y sus ojos se quedaron fijos en aquella criatura que le había llamado como sólo le llamaba su hermana menor tantísimos años atrás... Su mirada se clavó en ella escrutándola por completo; y quedó enmudecida mientras su corazón latía desacompasado a gran velocidad y un escalofrío recorrió su piel...

Alía sostuvo su mirada por algunos segundos y luego se volteó dándole la espalda. La falsa había terminado. No tenía más sentido continuar a esconder quién era... Respiró profundamente y luego le dio la cara a su hermana, la cual estaba petrificada y la miraba asombrada. Emma no sabía que decir, las palabras se le agolparon en la garganta y la estaban sofocando.

—Nunca más vuelvas a hacer algo así —murmuró Alía mientras le entregó la daga con la cual quería quitarse la vida.

Emma continuaba a mirarla incrédula. No podía creer que aquella era su hermana, que finalmente estaban nuevamente juntas.

Alía no dijo nada más, sabía que Emma necesitaba tiempo para comprender y para aceptar aquella revelación... y esta vez las lágrimas la vencieron.

Algunos minutos después... minutos en los cuales el silencio fue el que dominó a las dos hermanas, Alía dio la espalda y se dispuso a marcharse. Detestaba la idea de que su hermana la repudiara como lo hacía la mayor parte de las personas que encontraba en su camino, pero al mismo tiempo entendía

aquella reacción de desprecio. Era consciente de que eran diferentes y esa diversidad entre las dos las separaría nuevamente... Dio algunos pasos sin mirar atrás...

—¿Por qué? —exigió Emma haciéndola detener—. ¿Por qué me mentiste? ¿Por qué te fingiste muerta acrecentando mi dolor?

Alía permaneció firme, pero no se atrevía a enfrentarla. —No todo lo que te dije fue mentira... la Alía que tu conocías murió hace años —se volteó, dándole finalmente la cara—. Murió aquel mismo día que nos separaron dando vida a un...

Los ojos de Emma parecían manantiales, caminó velozmente hacia Alía y la abrazó con fuerza. No la dejó terminar de hablar, porque sabía bien la palabra que su hermana usaría para describirse; aquella palabra que tanto detestaba.

Las dos iniciaron a llorar desenfrenadamente.

Luego Alía se separó de su hermana y enjugó sus lágrimas. La tomó por los hombros y la miró directamente a los ojos. —Al alba partirás para Krestus y no me buscarás nunca más, no te preocupes, te prometo que no te sucederá nada... ni a ti ni a las personas que amas... Yo haré todo el posible por tenerte al seguro...

Emma negó con la cabeza. —¿De qué rayos estás hablando? Yo no te dejaré nunca más...

—Emma yo... —decía Alía, pero en ese preciso instante fue violentamente interrumpida por un fuerte dolor, cayó al suelo y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué sucede, Alía?! —Emma se arrodilló junto a su hermana sin entender lo que estaba ocurriendo.

Alía contrajo sus músculos, soportando a mala pena el dolor terrible que le martillaba el cerebro. Miró a su hermana. —Ve a mi habitación... en un... cofre... Tráeme una... piedra... roja... está sobre la mesa... ¡Corre!

Alía perdió el conocimiento poco después.

Emma se alzó rápidamente. No sabía lo que estaba sucediendo. Sin perder tiempo corrió hacia la habitación de Alía. Al acercarse la puerta se abrió de golpe y ella entró. Era enorme aquella alcoba. Miró hacia todas partes y en una esquina se hallaba un cofre sobre una mesita noche. Inmediatamente lo abrió y en su interior se encontraba la piedra que le había pedido su hermana. La tomó y

rápidamente regresó al balcón.

Alía estaba completamente sin sentidos. Emma no sabía qué hacer con aquella piedra, así que la colocó en las manos de su hermana... Estaba paralizada, no sabía lo que había apenas sucedido. Esperó asustada varios minutos que le parecieron una eternidad. Aquellos fueron los minutos más largos de su vida... cuando de repente Alía abrió los ojos.

—¿Qué rayos sucedió? Yo... ¿Qué..? —Emma estaba al volverse loca—. Pensé qué...

Alía se puso de pie, y su rostro se llenó de rabia nuevamente. —Alguien me quiere muerta, el maldito puñal estaba envenenado... ¡Maldición! —rugió, caminando de un lado hacia el otro, sujetando fuertemente la piedra entre sus manos.

Emma la miró interrogante. —¿Qué puñal? ¿De qué estás hablando, Alía?

Alía se detuvo frente a ella. —Emma, tú debes marcharte cuanto antes, conmigo no estás al seguro. Mi vida no es como la tuya... yo tengo enemigos en cada reino de estas tierras... si descubren que tengo una hermana querrán usarte para llegar hasta mí. Es demasiado peligroso y yo no puedo permitir que te suceda algo por mi culpa.

—¡Te he apenas encontrado y no pienso abandonarte! Vendrás conmigo a Krestus. Este reino está envuelto en maldad, apenas entré aquí sentí la energía oscura... Ese tal Nicanor no te usará más...

Alía vio la preocupación reflejada en los ojos de su hermana. —Nicanor no me usa, Emma, soy yo quien se sirve de él —sonrió tristemente—. Él hace lo que yo le diga, sigue mis consejos a la letra... Y la energía oscura que percibes... soy yo, Emma... Yo soy el mal en persona. Tienes que alejarte de mí...

—No, no, no te...

—Emmi... —Alía se le acercó y tragó seco ante la mirada triste de su hermana—. Yo no cambiaré, yo tengo que continuar hasta obtener mi venganza contra el mundo... y todos pagarán por igual.

Emma secó una lágrima y continuó a negar con la cabeza. No la podía abandonar y no quería creer en la evidencia. No la quería abandonar... no de nuevo.

Alía le dio la espalda. Su mirada se tornó fría nuevamente. Caminó hacia la

puerta y luego se giró una vez más hacia su hermana. —Cuando despierte en la mañana no te quiero ver aquí.

Aquel reencuentro fue el peor de todos. Las personas normales hubieran pasado horas y horas a hablar de sus vidas. Pero ellas no eran normales...

Emma permaneció allí y miró hacia la luna mientras sus ojos se llenaban nuevamente de lágrimas. No se daría por vencida con su hermana, no la dejaría sola en aquel ambiente oscuro, con personas que atentaban contra su vida. La había perdido una vez y en ese mismo instante se prometió a sí misma, teniendo como testigo a la luna, que no volvería a suceder; que desde ese momento su hermana no estaría más sola. Nunca más.

Alía se dirigió hacia la habitación del rey Nicanor. Entró y lo encontró en intimidad con una doncella. Él rápidamente se puso de pie y bruscamente apartó a la joven de su cuerpo. Alía le lanzó el vestido y esta salió de la alcoba sin alzar la mirada. Nicanor estaba completamente desnudo y se paró frente a ella mostrándole su virilidad.

Ella permaneció inmutable; no era la primera vez que él se le presentaba así. —Vístete —le ordenó.

Él de mala gana obedeció. —Al verte entrar pensé que...

Alía no lo dejó terminar de hablar. —Y como siempre has pensado mal —rodeó los ojos—. El puñal que me lanzaron estaba hechizado, sabían bien que no sería fácil matarme, así que lo envenenaron y cuando lo toqué el hechizo entró en mí. Esta noche casi muero... de no ser por mi hermana en este momento no estaría aquí.

—¡Tenemos que encontrar el culpable y darle la muerte que merece!

—Quien lanzó el puñal era un humano, si hubiera sido una bruja la hubiera percibido.

—Seguramente el asesino fue mandado por una bruja que te ve como una amenaza —Nicanor se le acercó preocupado.

—O tal vez el asesino pagó a una bruja por el hechizo, no lo podemos saber —ella hizo un gesto de frustración.

El rey bajó la mirada, en realidad estaba preocupado por su consejera. —

Fortaleceré la vigilancia, de ahora en adelante no irás sola a ningún lugar.

—No estoy preocupada, Nicanor. Si mi hora ha llegado me iré con la frente en alto... pero no se la pondré fácil a quien quiera que sea que ha atentado contra mí —dijo ella con una sonrisa de pura maldad en sus labios y luego lo miró cambiando completamente su expresión—. Mi hermana se irá mañana, ella no pasará de nuestro lado y cambiaremos *ligeramente* los planes.

—¿De qué estás hablando? Me prometiste...

Alía siseó irritada, apoyando las manos sobre el pecho desnudo del rey. — Sé bien lo que te prometí —deslizó hábilmente sus dedos sobre su piel, haciéndolo estremecer—. Pero a ella la quiero fuera de nuestros planes por el momento.

Nicanor asintió, sintiendo los dedos de ella que se movían ligeros sobre su pecho. —Por el momento centrémonos en quién te quiere muerta y luego en nuestros planes.

Ella sonrió, alejando lentamente sus manos de él. Luego se dio media vuelta y caminó hacia la puerta. —A veces creo que en verdad sientes algo por mí —dijo sin mirar atrás. Y al abrir la puerta encontró aún la joven media desnuda que aguardaba en el corredor—. Entra, su Majestad necesita compañía.

Mientras tanto, Emma aún estaba en el balcón. Pensaba en todo lo que había apenas sucedido . Pensaba en aquella maldad que vio en los ojos de su hermana, y en aquel deseo de venganza. Pensó en las tantas veces que ella había detenido aquella oscuridad en su pecho, y se dio cuenta que tuvo suerte en encontrar al rey Ada , que aunque la había comprado para usarla nunca la dejó usar sus poderes para hacer del mal. Siempre que le pidió de usar la magia fue para una buena causa; salvar el ganado, para que las cosechas fueran abundantes, para detener la criminalidad que se adentraba en el reino... pero nunca le pidió de usarlos para imponer su dominio. Desde que vio al rey Nicanor percibió en él el deseo de supremacía. Su hermana había crecido junto a un hombre que la condujo por el camino errado y no la podía inculpar de las cosas que había hecho en pasado. A veces era mejor buscar otro culpable.

—¿Has obtenido las respuestas que buscabas? —preguntó el príncipe Bryan mientras se le acercó de repente.

Ella se dio la vuelta, sobresaltada. No lo había escuchado llegar. —Pues

sí... pero realmente hallé más de lo que esperaba —Emma desvió la mirada, notablemente preocupada.

—No entiendo, ¿a qué te refieres?

Emma tomó un profundo respiro, sus ojos perdidos en el firmamento. —Lady Emverly... ella es... ella es Alía, mi hermana.

Aquella revelación dejó boquiabierto al príncipe. No sabía si alegrarse por Emma o lamentarse por aquella noticia. Respiró profundo y la miró a los ojos, luego se acercó y le colocó un mechón de pelo tras la oreja con mucho cuidado...

Aquel inesperado contacto la hizo estremecer.

—Y... ¿Cómo estás? ¿Cómo tomas esto?

—Pues... no sé, me siento rara. Todo el tiempo estuvo aquí, en mi nariz, y yo engañada... Pero obvio que me alegra en el alma que esté viva mi hermana —dos lágrimas emergieron de sus ojos y rodaron veloces por sus mejillas.

—¿Aun cuando ella sea?... ¿sea quién sabemos qué es?

Una sombra de ira oscureció los ojos de Emma. —Escúchame bien, porque no voy a repetirte esto —se separó un poco de él y lo miró muy seria—. Yo no sé qué cosas habrá hecho Alía o Lady Emverly como se hizo llamar; sólo sé que para mí sigue siendo esa niña que tanto quiero, la persona que tanto amo y que voy recuperar a como dé lugar, cueste lo que cueste... aunque para ello tenga que hacer cualquier cosa... no me importa.

La afirmación de Emma no dejaba lugar a dudas; y él no la juzgó y menos la contradijo, al contrario, le respondió algo que ella no esperaba y la dejó atónita. —Bueno pues, aquí estoy, cuenta conmigo para ayudarte en lo que sea; si para ti significa tanto esto... pues yo estoy contigo. ¿Qué quieres hacer ahora?

Emma sonrió y tuvo el impulso de tocarle el rostro o algo así, pero su mano se detuvo justo a tiempo para detener su deseo, y se limitó a sonreírle levemente. —Por lo pronto... alista los hombres, saldremos de Antkar cuanto antes; y prefiero dormir en el bosque que pasar un minuto más en este palacio tan... lleno de mala energía.

—¿Estás segura?! Es casi medianoche y los soldados estarán descansando...

Emma movió la cabeza. —No me importa, entenderán.

—Está bien —consintió él y se dispuso a seguir la orden.

—¡Ah!, y otra cosa —Emma lo detuvo, haciéndolo voltear a mirarla otra vez—. No comentes con nadie que partimos, trataremos de no ser vistos, de los guardias de aquí me ocupo yo; pero al amanecer no hallarán ni rastro de nosotros.

Realmente la energía que Emma sentía en aquel lugar la aterraba, y aunque Alía le hubiera dicho que era ella, que todo el mal nacía de ella; no estaba convencida de tal cosa. Algo más podía percibir en aquel sitio y lo iba a descubrir, sólo que necesitaba salir de ahí con urgencia... aunque luego volvería por Alía; pero necesitaba fortalecerse.

Capítulo 5

La partida salió secretamente hacia Krestus poco después de medianoche. Emma utilizó un hechizo con los guardias que custodiaban el palacio y no fue difícil la salida. Avanzaron un par de horas, hasta alejarse por un buen trecho.

Bryan se acercó a Emma e intercedió por sus hombres, estaban notablemente agotados. —¿Podemos detenernos un rato? Hemos tenido un largo viaje hasta Antkar, y nuestros hombres no han descansado; sería injusto obligarlos al viaje de retorno sin que hayan al menos dormido unas tres horas.

Ella detuvo la andadura de su caballo. —Está bien... Sólo por ustedes; pero partiremos nuevamente antes del amanecer, tenemos que llegar a Krestus cuanto antes.

—¿Cuál es tu verdadera urgencia? —le preguntó Bryan curioso y preocupado por la actitud que estaba tomando Emma.

Ella tomó una bocanada de aire. —Tengo que darle la cara a tu padre y decirle lo que pienso hacer ahora que hallé a Alía, él ha sido muy benévolo conmigo.

—Me asustas, ¿qué... qué es lo que piensas hacer?

—Lo sabrás en su momento —le respondió evasiva.

No imaginaban que eran observados desde unos arbustos, oculto se hallaba alguien espiando cada uno de sus movimientos desde que salieron de Krestus y mientras estuvieron en Antkar; para quien ya no era un secreto el lazo entre la consejera de Nicanor y la hechicera del rey Adam, y aguardaba el momento preciso para aprovecharse de eso.

En la mañana, Alía estaba en su habitación. Contemplaba el puñal con el

cual intentaron asesinarla en el laberinto, el cual se encontraba sobre una mesa, al lado del cofre de la piedra roja. Debía descubrir cuanto antes quién se había atrevido a semejante osadía; antes que fuera demasiado tarde o antes de que ese oculto enemigo descubriera que ya tenía un punto vulnerable en Emma. Escuchó que alguien tocó a su puerta y con un leve movimiento esta se abrió; era Nicanor.

Él entró de inmediato y cerró la puerta tras de sí. —Nuestros huéspedes de Krestus se han marchado. ¡Pero qué insolencia! ¡No se han despedido ni han dicho nada tan siquiera!

Ella puso sus ojos en blanco. —Ya basta Nicanor... No estoy de humor para tus estupideces. Ya sé que se fueron... yo misma le pedí a mi hermana de marcharse cuanto antes de este lugar.

Nicanor la miró contrariado. —Pero, no entiendo; ¿no estabas contenta por su presencia?

— ¡Verdad que eres idiota! —ella caminó hasta otra mesita junto a su cama donde había un gran frasco oscuro, se sirvió una copa de aquel líquido y señaló sobre la otra mesa donde estaba el puñal—. ¿Olvidas que alguien quiere matarme? Si se descubre que Emma es mi hermana intentarán acabar también con ella y no puedo permitirlo... Ya me estoy ideando algo para descubrir la sabandija que me quiere muerta y acertar yo el golpe primero.

Nicanor quedó petrificado cuando sus ojos se posaron sobre el puñal de plata con el mango negro de diamantes incrustados...

Alía percibió su sorpresa, y lo siguió con la vista mientras él se acercaba a la mesa y lo tomaba entre sus manos.

—¿Qué es esto? —el rostro de Nicanor se tornó blanco como el de un cadáver.

La bruja posó la copa sobre la mesita y caminó hacia el rey. —Es el puñal que lanzaron en mi contra... ¿Por qué lo ves así? ¿Acaso lo conoces?

—Sí —murmuró él dándole vueltas en sus manos y contemplando cada detalle de la hermosa arma—. Es un puñal real; es único, fue de... de mi padre. Recuerdo que yo era niño cuando le acompañé a mandarlo a forjar.

—¿Estás seguro? ¿Y cómo se supone que llegó este puñal hasta mí?... Tu padre está muerto... ¿quién poseía esta arma entonces?

—Días antes de morir... se lo obsequió a... a mi hermano; pero él también está muerto —respondió Nicanor sin poder explicarse lo que sucedido.

Alía quedó pensativa por algunos segundos. —Evidentemente entonces esta guerra es más contra ti entonces, pero obviamente quieren quitarme a mí de en medio para llegar hasta ti.

—¿Y entonces? ¿Qué haremos?

—Lo primero será encontrar la persona que preparó el hechizo que lleva el puñal consigo; y una vez que descubra quién ha sido... le arrancaré a mi manera quién le ha pagado para asegurar mi muerte —Alía dirigió la mirada hacia el arma en las manos del rey; la daga era realmente preciosa. Luego sonrió espeluznantemente—. Llama a nuestro joyero, quiero que convierta esa daga en un collar. En mi cuello se verá divina... Y que lo haga antes del mediodía... Sé quién me dirá donde encontrar a la bruja que cometió el peor error de su vida.

Era más que evidente que Alía haría de todo por descubrir al asesino y no descansaría hasta hallarlo, no descansaría hasta tenerlo enfrente y tomarle la vida con sus propias manos. Tomó la piedra roja y la pasó sobre el puñal quitando de éste el hechizo que aún permanecía vivo. Luego apretó fuertemente con sus manos la piedra, murmuró algunas palabras y esta se iluminó levemente al igual que sus ojos.

Nicanor le había dado la espalda, pues la magia era algo que lo impresionaba y preferiría estar a una distancia adecuada cuando ella la usaba. —¿Qué has hecho con esa piedra?

Alía sonrió, viendo el temor en Nicanor. Sabía que la magia lo aterrorizaba. —Esta piedra la encontré en el bosque el primer día que llegué a Antkar. No era así, era una simple piedra. En ella conservo los hechizos más potentes que he robado de otras brujas... que me han lanzado otras brujas... La he transformado en un arma que un día usaré contra la humanidad.

El rey se sobresaltó. —Cuando hablas así me asustas.

—Era broma —ella lo miró fijamente y sonrió mientras su mirada se tornaba oscura, envuelta en las tinieblas—. Esta piedra es un talismán que puede absorber la magia, pero solo dos personas en el mundo la pueden tocar... yo... y mi hermana.

—¿Y qué sucede si alguien más la toca?

—Cuantas preguntas, Nicanor —ella rodeó los ojos mientras colocó la piedra en el cofre u lo cerró. Volvió a mirar hacia el rey—. Es mejor que no la toques nunca.

Emma y el príncipe ya se estaban acercando a Krestus. Habían viajado por horas sin descanso. Los guardias y los caballos estaban exhaustos. El príncipe ordenó que se detuvieran y ella lo miró encabronada.

—¡Nos falta poco para llegar! —jadeó enfadada.

—¿Qué no ves que tu caballo se está cayendo como el de nosotros?... Descansaremos al menos por una hora y luego continuaremos —dijo él, sosteniendo una vez más la mirada de ella.

Era la segunda vez que él la miraba directamente a los ojos sin mostrar aquel miedo profundo. Emma se sintió extraña al contacto de sus ojos, los cuales eran verdaderamente intensos, parecían cristales. Había quedado sin palabras mientras se perdió en su mirada.

Permanecieron en silencio sin darse cuenta que se estaban acercando lentamente el uno al otro. Repentinamente no existía nada más a sus alrededores. Una fuerza mayor a la magia los atraía... Era inexplicable aquella sensación que Emma estaba sintiendo en su interior. No pensaba a nada más sino a dejarse llevar por aquel deseo que en un segundo dominó su mente y su cuerpo, que la envolvió hipnotizándola y haciéndola esclava de aquella mirada...

—¿Príncipe? —la interrupción inesperada de un soldado los hizo reaccionar.

Rápidamente se separaron y cambiaron la dirección de sus miradas.

El príncipe se puso nervioso. Si no hubiera llegado aquel soldado sólo las estrellas sabían lo que hubiera sucedido poco después... Fue mejor que llegara.

¿Qué rayos le estaba sucediendo? —¿Sí?

—Hay un río a unos cincuenta metros, los caballos tienen que beber.

—Sí... sí, vamos entonces —el príncipe se alejó junto a su escolta.

Emma esperó algunos segundos para alcanzarlos. Quedó pensativa... Nunca en su vida se había sentido tan confundida y al mismo tiempo asustada... En aquellos pocos segundos había perdido completamente la conexión del tiempo y del espacio y su corazón había latido a un ritmo inigualable.

Al atardecer, en Antkar, Alía corría sobre su corcel negro adentrándose en la profundidad del bosque, alejándose por completo de la civilización. Llegó ante una enorme roca y bajó de su caballo. Miró hacia todas partes, luego tocó la pared rocosa y repentinamente esta comenzó a moverse hasta dejar visible una entrada. La hija de la luna entró y la piedra se selló tras ella.

Caminó por el lúgubre túnel hasta entrar en un enorme salón con forma circular y la poca iluminación de las velas le daba un aspecto un tanto tétrico y deprimente.

—¿A qué debo esta inesperada visita? —retumbó entre los muros una voz que provenía de detrás de un inmenso librero.

Alía escrutó el lugar con una mala mirada. Se deslizó con familiaridad hasta llegar al librero en el lado más oscuro del salón. —¿Cómo estás, Juliette?

Los ojos verdes de la habitante del lugar se encontraron con los de Alía. —Que hermoso collar que llevas —sonrió con sarcasmo.

Alía arqueó una ceja y sonrió a su vez. —Sí, es hermoso. Digamos que me lo regaló un *admirador* secreto...

—¿Y supongo que estás aquí para descubrir quién es ese *admirador*? —preguntó Juliette mientras extendió su mano y tocó el collar, cerrando instintivamente los ojos—. Te costará cara esta información.

Alía rió y luego su mano rodeó el cuello de la otra, apretando enérgicamente. —¿Qué te parece si te dejo con vida?

La otra rápidamente cambió su expresión y le devolvió una mirada de sumisión. —Me parece muy generoso de tu parte —dijo y Alía la soltó lentamente. Juliette tragó seco—. Su nombre es Lisa, es una de las pocas brujas

que aún conserva las fuerzas como para hacer un hechizo como este...

La otra rió haciendo un enorme gesto con la mano. —Es una de las pocas brujas que aún no se ha tropezado en mi camino y por eso conserva aún las fuerzas... ¿Dónde puedo encontrarla?

Juliette colocó un libro que se había caído en su lugar. —En Krestus, allí es donde se esconde en estos momentos.

—Tendrás que hacer algo más por mí... tendrás que ayudarme a teletransportarme a Krestus, el viaje sería demasiado largo y yo no tengo tiempo que perder.

Juliette se volvió hacia ella y la miró seriamente, negando todo el tiempo con la cabeza. El hechizo de la teletransportación era el más grande de todos. Ninguna bruja lo ejecutaba porque podía perder la vida en el intento o perder todos sus poderes.

—Estás completamente desesperada si quieres hacer algo así, en tres días estarás en Krestus. ¿Por qué arriesgar tu vida?

Alía le sostuvo la mirada. —A ti no te sucederá nada, tú sólo tienes que ayudarme a pronunciar el hechizo... Las consecuencias las sufriré yo.

—Hay algo que yo no sé —murmuró la otra bruja mirándola fijamente, buscando en su interior—. No temes por tu vida... En realidad temes por la vida de alguien más, y serías capaz de sacrificar tu propia vida por ese alguien... No sabía que en ese pecho existiera un corazón.

Alía desvió la mirada e ignoró por completo el comentario de la otra donde insinuaba que era un ser exánime. —Me estás haciendo arrepentir de haberte dejado con vida... Hagamos este hechizo de una vez.

Alía conoció a Juliette cuando llegó a Antkar. Era solo una niña en ese entonces y Juliette le enseñó cómo usar las artes magias con habilidad. Fue su maestra... Y al pasar de los años, la alumna superó la maestra... Venía a visitarla sólo cuando necesitaba su ayuda para uno de sus oscuros planes...

En el Palacio de Krestus, Emma se presentaba ante su rey luego de haber cambiado sus vestimentas sucias por el largo viaje.

Él estaba como siempre en la sala de reuniones revisando la infinidad de

pergaminos en su enorme escritorio. Al escucharla entrar alzó la cabeza. —Lady Emma... ¿cómo le fue el viaje? ¿Encontró los restos de su hermana? De ser así, reposará en la cripta de la familia... tú eres parte de la familia.

Emma sonrió. — En realidad, su Majestad... mi hermana no ha muerto, es Lady Emverly.

—¿Cómo? Creo que no entiendo —el rey se pasó una mano por la cabeza.

La bruja se acercó de algunos pasos. —Sí, se hizo pasar por otra persona... es complicado. Pero es ella y su verdadero nombre es Alía.

Adam se alzó y caminó hacia ella. Le tomó las manos. —Estoy contento que finalmente te hayas reunido con ella. Sé que era lo que más deseabas... Pero no te veo muy feliz. ¿Qué sucede? ¿Estás así porque no es como pensabas que fuera?

Emma bajó la mirada, era increíble como aquel viejo rey lograra leerle dentro. Una sombra de tristeza envolvió su mirada. —Tengo que... que ayudarla. Sea quien sea es mi hermana y no le daré la espalda. Ella me necesita.

En el bosque de Krestus apareció de repente un remolino de niebla oscura que parecía un tornado. Alía emergió de este y cayó bruscamente dando vueltas en el suelo. Poco a poco el torbellino fue desapareciendo. La bruja permaneció inmóvil sobre la tierra...

Minutos después abrió los ojos y tosió. Lentamente se puso de pie, pero cayó nuevamente. Se arrastró hasta un árbol y se recostó. Cerró los ojos. Todo a su alrededor daba vueltas. Esperó varios minutos... hasta que finalmente se sintió mejor. Se alzó y se tocó todo el cuerpo constatando que estaba viva. Respiró nuevamente y extendió su mano. Un ramo voló cayendo contra un árbol afirmando que también sus poderes estaban intactos.

—Ok... Es hora de encontrar esa bruja y descubrir quién es el dueño del puñal —murmuró, esbozando una pérfida sonrisa.

En tanto, Bryan paseaba a caballo por el campo con su amigo Evan y una pequeña escolta de cuatro soldados. Era imposible para él salir de palacio sin la protección que su padre le exigía para dejarlo ir en paz.

—¿Y entonces? ¿Cómo te ha ido en ese viaje tuyo querido amigo? —preguntó Evan con una sonrisa en los labios.

Bryan detuvo la marcha y miró a Evan a los ojos. —Agotador, eso sí... Pero... lo disfruté —se pasó una mano por el cabello y una extraña sonrisa se diseñó en sus labios—. Es que...me está sucediendo algo que ya no puedo callar más, Evan.

—Esa cara es de... ¡Te gusta una mujer! —rió divertido—. Es inconfundible cuando haces esa cara... se entiende inmediatamente que se trata de una mujer.

Bryan asintió. —¡Pues sí! Contigo no tengo secretos, amigo mío. Pero créeme que ni yo mismo me había dado cuenta, o no lo quería aceptar... hasta hace muy poco que comprendí que soy un estúpido si continúo negándome a lo que crece en mi pecho.

Evan sonrió retorcidamente, luego hizo la pregunta definitiva. —¿Y quién es la afortunada esta vez para obtener la atención momentánea de nuestra majestad?

—No, Evan, no —el príncipe se puso muy serio—. Esta vez es diferente, no es atracción solamente; esta vez siento que me... enamoré, poco a poco, desde hace tiempo, tal vez desde siempre y ahora es que lo acepto... y es que es tan descabellado a los ojos de los demás amar a alguien como ella pero... para mí es la mujer más especial que existe y me sentiría dichoso de que se fijara en mí...

La curiosidad creció en Evan. —¡Oh!... no no no... espera, que me estás asustando; ¿qué diablos te ha sucedido, amigo mío? ¡¿Pero dime ya quién es esa mujer misteriosa y tan especial que te ha cautivado?!

Bryan respiró profundo y miró a todas partes. Los soldados se hallaban a unos metros de distancia. Se acercó un poco más a su amigo y le susurró. —Es... Lady Emma.

Los labios de Evan se cerraron en una línea dura y sus ojos se oscurecieron. —¡¿Qué?!—exclamó luego varios segundos en los cuales digirió la noticia—. ¡¿Estás loco, hermano?! ¡¿La bruja de tu padre?! ¡No no no no; ahora sí que has perdido la razón!

Bryan se puso muy serio. Bajó de su caballo y miró a Evan con ira. —¡No vuelvas a llamarla así! Lo siento pero te exijo la respetes, o nuestra amistad estará en problemas.

Evan le devolvió una mirada incrédula mientras también bajó de su corcel. —¡Ja! ¡No lo puedo creer! ¡¿Ahora te incomodas conmigo por esa bru..?! Bueno, por esa *mujer*... Debe haberte hechizado, hermano, porque la verdad es que no te reconozco; ¡¿qué demonios pasa contigo?!

Bryan movió la cabeza y se montó nuevamente en su caballo. —Por lo visto hice mal en contarte, evidentemente no debí; así que olvídalo, mejor volvemos al palacio —azuzó su caballo de vuelta al palacio sin esperar más respuesta.

Evan quedó muy preocupado mientras su Bryan se alejaba velozmente. El hecho de que su mejor amigo le confesara que estaba enamorado de Emma dificultaba ligeramente sus planes; más sin embargo no estaba dispuesto a abandonar sus propósitos... aquellos propósitos oscuros y tan ocultos que ni siquiera Bryan conocía, y que lo tenían sediento de venganza. Odiaba las llamadas “hijas de la luna”... y su único pensamiento era liberar al mundo de esa raza innatural.

Un poco apartada de palacio, Alía salía del bosque y se adentraba en una de las pequeñas aldeas del reino. Le llamó la atención el rostro de los campesinos, no tenían vestigios de miedo ni odio en sus caras; no se veían oprimidos ni amenazados por nadie... Le pareció tan distinto a lo que veía en Antkar... Continuó avanzando y al contacto con el sol sus ojos resplandecían hermosamente rojos. Algunos habitantes que se cruzaban con ella sólo se limitaban a agachar la cabeza, otros simplemente dirigían la mirada a otra dirección; pero no mostraban ese miedo que estaba acostumbrada a sentir en su reino.

Luego de caminar un poco entre los senderos de aquella comuna, se acercó a una anciana que vendía frutas en una esquina; se notaba que estaba ciega y sus ropas eran tremendamente humildes, aun así... sonreía. A Alía le causó admiración cómo una persona que no puede ver el color de la vida ni posee más riquezas que una cesta de frutas podía sonreír. Sin darse cuenta en su corazón se había despertado esa parte sensible que creyó muerta desde hacía tantos años. El contacto normal con la gente, caminar sin percibir que le temían, saber que su hermana estaba cerca... todo provocaba en ella una sensación tan placentera que la hizo sonreír momentáneamente. Luego entregó un par de monedas de oro a la anciana y tomó una manzana del cesto...

Inmediatamente la vieja mordió graciosamente la moneda y sonrió de felicidad. —¡Gracias! ¡Muchísimas gracias!

—Necesito una información —le dijo Alía, cambiando su expresión y regresando a esa versión oscura de ella misma que a veces ni ella soportaba más.

—Lo que desee, señorita... ¿En qué la puedo servir?

—Vengo desde muy lejos, de otro reino. Estoy busco a mi hermana, su nombre es Lisa y es una... bruja —dijo Alía temiendo la reacción de la anciana.

Pero en contra de lo que la bruja esperaba; la vieja sólo se limitó a sonreír y negar con la cabeza. —Lo siento, me hubiera gustado poder ayudarle; pero en este reino sólo hay una bruja, hija de la luna, su nombre no es Lisa y vive en el palacio real... Me temo que está buscando en el sitio equivocado.

Alía creyó que la señora no sabía nada y supo en aquel momento que sería complejo dar con la tal Lisa, pero no se amilanó. Se volteó y echó un vistazo por unos segundos al entorno, luego giró nuevamente para hablar con la anciana y se sorprendió enormemente al darse cuenta que ya no estaba. Era imposible que hubiera desaparecido en unos segundos. Era un calle recta y sin más vías que tomar... ¿Sería posible?... ¿Aquella anciana era la misma Lisa? Alía se maldijo a sí misma llamándose idiota por dejarse engañar y comprendió que no sería fácil dar con la bruja que fabricó el hechizo para deshacerse de ella. Entonces pensó que la única manera que tenía para hallarla, en vista a que ya estaba sobre aviso acerca de su presencia, era contar con su hermana...con Emma; puesto que era “la única bruja conocida en el reino”, tal vez Emma supiera algo de alguien más con dones similares.

No quería involucrar a Emma en todo aquello... pero no tenía otro remedio. Y una parte de ella, una parte enorme de ella deseaba encontrar nuevamente a su hermana.

En el palacio, Bryan estaba muy serio y pensativo. Odiaba discutir con su mejor amigo. Pero no le gustó que hablara de Emma en aquel modo. Por otra parte, no lo podía culpar del todo, porque si hubiera sido al revés, si hubiera sido Evan el que estuviera enamorado de una bruja, tal vez él hubiera reaccionado igual o peor.

Paseaba por el jardín, pensando si aclarar las cosas con su amigo o no, cuando sintió unos pasos tras de sí. Se volteó de inmediato y ahí estaba ella.

Emma... Parecía un ángel. Su mirada estaba repleta de bondad... y una profunda tristeza. ¿Cómo alguien podía pensar que aquella criatura fuera la prole del demonio?

—¿Te asusté? —preguntó Emma y sonrió levemente.

Bryan se perdió en aquella sonrisa. —No, ¿cómo crees?... Sólo que no te esperaba.

Ella desvió la mirada y su voz sonó tímida. —Te vi desde la torre.... ¿Qué te atormenta?

Él sonrió y se sentó junto a la hermosa fuente. —Es que... creo que tengo problemas con mi mejor amigo.

Emma se preguntó si sentarse junto a él o no. No tenían mucha confianza. Tal vez él no deseaba su compañía... Ignoró todas las voces de su cabeza e hizo lo que creyó mejor en aquel momento... se sentó a su lado. —¿Has discutido con Evan? —pareció sorprendida—. ¿Por qué? Ustedes son grandes amigos, lo he percibido siempre.

—Pues es que... es que amo a alguien que a Evan no le parece bien, pero él no la conoce. Él no sabe cuánto de especial es esta chica, a mí me encanta, me tiene embobado en realidad Y descubrí que esto me sucede desde hace tiempo sólo que tal vez me negaba a aceptarlo —la miró de repente, directamente a los ojos.

Emma sintió celos, sin saber exactamente por qué, encontraba totalmente descarado que el príncipe viniera a hablarle de alguna de sus conquistas de niño consentido. Estaba irritada y a cada palabra de él ella sentía como la sangre le hervía en las venas... Pero así como él le decía haberse negado a aceptar que amaba a aquella misteriosa mujer que lo había hecho enojar con su amigo; pues ella se negaba a aceptar que lo que sentía eran celos... Sin imaginar que era ella aquella mujer de la que le hablaba.

Ella forzó una sonrisa y se ordenó a sí misma de decir algo porque el silencio podría ser muy embarazoso en aquel momento. —Pues... entonces no tiene caso que estés aquí perdiendo el tiempo... conmigo. Ve por ella y hazle sentir cuán de importante es para ti.

—¿En serio crees que debería decirle lo que siento? —sus ojos aún en los de ella—. Es que, pienso que tal vez no soy de su agrado... y tengo miedo ver desprecio en sus hermosos ojos.

Ella siguió forzando aquella sonrisa mientras lo único que deseaba era probar el sabor de aquellos labios perfectos. Luchó arduamente contra aquel deseo. —Si te interesa tanto como dices, pues te tienes que arriesgar.

Él iba a lanzarse y a confesarle lo que tenía atravesado en la garganta y que le llenaba el pecho; pero en ese instante llegó una de las sirvientas y estropeó el momento.

—Perdón, Lady Emma; una visita para usted aguarda en el gran salón. ¿Qué le digo?

—¿Para mí? —preguntó ella sorprendida. No era que recibiera muchas visitas. En realidad nunca había recibido alguna visita en toda su vida. Miró extrañada a Bryan, que estaba tan asombrado como ella. Luego se volvió hacia la sirvienta—. Hum... ¿Se ha presentado por nombre?

—Ha dicho que es su hermana y que viene de Antkar.

—¡Es Alía! Dile que iré de inmediato, y cuida de que esté bien atendida, por favor.

Emma sonrió y miró al príncipe. Se sentía inmensamente feliz de tener a Alía en el reino, y olvidó momentáneamente la incomodidad que sentía un momento antes con lo que le confesó Bryan. Inmediatamente salió corriendo rumbo al salón y él quedó ahí, observándola alejarse.

Alía aguardaba en uno de los tantos salones del palacio. Estaba nerviosa. Continuaba a repetirse que pedir ayuda a Emma no era una buena idea. Si algo le sucedía por su culpa no se lo perdonaría jamás... Pero ya estaba allí, no había vuelta atrás.

Cuando advirtió la presencia de Emma inmediatamente volteó a verla. —Perdona que haya llegado así sin... sin preaviso.

Emma se le acercó sonriendo. —No hay nada que perdonar, aquí eres la bienvenida.

Alía desvió la mirada y caminó hacia enorme ventana desde donde se veía el inmenso y bello jardín. Su mirada se perdió en el entorno.

Emma sintió aquella frialdad en la otra. Sabía que sería difícil establecer nuevamente aquella amistad que tenían de niñas, pero no descansaría hasta

lograrlo. —¿Has viajado sola? Y por lo que veo no has reposado. ¿Cómo has hecho a llegar así tan rápido?... Mando a que te preparen una habitación inmediatamente...

—Emma... —Alía tomó un respiro profundo y se volteó, enfrentando su hermana—. No estoy aquí para quedarme... He venido porque necesito encontrar a alguien. En este reino hay otra hija de la luna, es fuerte, muy fuerte... ¿Tú no has escuchado hablar de ella?

Emma desvió por un momento la mirada. —No, nunca he oído hablar de otra como yo. ¿Es la bruja que ha atentado contra tu vida?

Alía lo pensó dos veces antes de responder. *No. No la debes involucrar en este asunto. Su vida es perfecta sin ti, sin tus problemas...* Ignoró la voz en su cabeza. —Sí, su nombre es Lisa y ha ayudado a alguien que me quiere quitar del camino...

—No sé si te pueda ayudar pero ahora que recuerdo... una vez yo estaba cabalgando en el bosque y sentí una extraña sensación, y no sé cómo llegué ante una cabaña... pero no había nadie... pero sentí la magia en el aire...

Alía se le acercó y la tomó por las manos viendo lo que Emma había visto aquel día en el bosque. Segundos después la soltó y se dirigió hacia la salida sin mirar atrás

Emma fue tras ella sin entender. —¡Alía espera!

Alía se detuvo. —Ya tengo lo que me hace falta —dijo volteándose—. Este no es un problema tuyo.

—Yo te quiero ayudar. ¿Por qué rechazas mi ayuda?

—No meteré tu vida en peligro por mis errores ...

—A mi no me importa lo que has hecho en pasado. Eres mi hermana y enfrentaré contigo lo que sea... sólo tienes que dejar que yo forme parte de tu vida. ¡No me alejes de ti! —Emma sintió aparecer lágrimas de frustración en sus ojos.

Alía la vio a los ojos y lentamente se le acercó. Una lágrima corrió por sus mejillas. No quería alejarla de ella, lo que Alía quería era mantenerla al seguro. No quería que Emma pagara por los tantos errores que había cometido en todos esos años.

—No eres una que se da por vencida, ¿verdad? —preguntó Alía y la otra sonrió, respondiendo a su pregunta—. Cualquiera cosa que te diga no te hará cambiar idea, ¿verdad?

Emma limpió el llanto de sus ojos. —No te dejaré nunca más sola, hermana. Tus problemas ahora son también míos. —La firmeza en la voz de Emma era palpable.

Alía entendió entonces que había solo un modo para marcharse y enfrentar sola el problema. —Entonces no me dejas otra opción, hermana mía —pasó su mano delante del rostro de Emma—. Lo siento, pero no puedo permitir que me sigas.

—¡No! —gritó Emma mientras trataba con todas sus fuerzas de moverse pero era imposible, estaba paralizada en el lugar.

—Durará algunas horas, el tiempo necesario para hacer lo que tengo que hacer —dijo la otra y rápidamente se marchó.

Capítulo 6

Alía corrió hacia los establos. Tomó el corcel de Emma que era el más veloz y fuerte y echó a correr adentrándose en el bosque de Krestus. Siguiendo las indicaciones que había obtenido de la mente de su hermana arribó ante aquella cabaña desolada en el vientre de la foresta. Descendió del caballo y caminó hacia la puerta, la cual estaba entreabierta. Al entrar sintió aquella brisa irrumpir en su rostro, más sin embargo no halló ningún señal de vida en su interior. Por vez primera Alía se sintió en peligro. Se dio cuenta que aquella que buscaba no era una presa fácil, y que sus poderes eran superiores a los de ella... Pues esta podía mezclarse entre los humanos y esconder su energía mágica para no ser descubierta por sus semejantes.

Sintió unos pasos y rápidamente se giró, su rostro se llenó de preocupación... no había nadie detrás de ella... no había nadie en los parajes... —¿Qué diablos..?

De repente Alía voló bruscamente cayendo contra la pared de madera. No tuvo el tiempo para alzarse. Se elevó mágicamente en el aire de nuevo y luego impactó contra el suelo. Alía no veía a su agresor. La cosa la aterraba. Se alzó en pie, mirando hacia todas partes e inmediatamente una fuerza la haló fuera de la cabaña llevándola hasta un enorme árbol, del cual emergieron algunos ramos que la sujetaron fuertemente. Se encontraba completamente inmovilizada. Todo había sucedido velozmente que no había tenido ni siquiera el tiempo de reaccionar al ataque. Los ramos la apretaban fuertemente, uno le rodeaba el

cuello y no podía casi respirar. Intentó liberarse con sus poderes, pero fue en vano.

—¿Quién rayos eres? Cuando me liberaré de aquí juro que... —decía Alía llena de rabia...

Pero una estruendosa carcajada la hizo callar de inmediato. —No creo que podrás liberarte, querida.

—¡Muéstrate ante mí maldita perra! —exigió Alía, la cual aún no veía el rostro de aquella que le hablaba.

Escuchó nuevamente una carcajada... Alía no sabía por qué sus poderes no funcionaban. Era como si hubieran desaparecido. No podía defenderse. Los ramos continuaban a apretarla. Sentía su piel que se desprendía en algunos puntos y la sangre caliente mojarla. El dolor inició a hacer presa de ella...

Inesperadamente vio aparecer una silueta, que poco a poco fue tomando forma. Alía quedó impresionada al verle el rostro. Estaba completamente quemado como todo el cuerpo... Era horrenda.

—Es por esto que no me muestro en público —dijo Lisa, estando cara a cara con la otra, la cual estaba disgustada. Lisa deslizó un dedo, acariciando la mejilla de Alía—. Pero dentro de poco tomaré nuevamente mi belleza y reuniré a todas mis hermanas y nos vengaremos de los humanos por habernos quemado vivos... Todos pagarán por igual.

Alía bajó la cabeza y se vio reflejada en aquella bruja. Pues aquellas palabras las había pronunciado ella también en varias ocasiones. La venganza era un punto fijo en su mente.

—¿Acaso no es eso lo que tú también quieres? —El dedo de Lisa bajó hasta la barbilla de Alía y le alzó la cabeza, obligándola a mirarla—. Has creado un arma que hará que los humanos caigan en una era de oscuridad.

—¿Todo esto es por la piedra? —preguntó Alía luchando contra el deseo de vomitar a causa de la peste a carne descompuesta que provenía de la otra bruja.

—Pero ahora que has encontrado a tu querida hermana has cambiado... y me ha dado la ligera impresión que no quieres usar más esa piedra, pues entonces la tendré que usar yo —dijo y se volteó encabronada, dándole la espalda—. ¡Yo no puedo permitir que estropees mis planes! Te había elegido

porque confiaba en ti, en tu deseo de venganza... Ahora tendré que hacer todo sola.

—¿De qué estás hablando?

Lisa se volteó y se le acercó peligrosamente. —Sólo tú y tu hermana pueden tocar la piedra... pero si mueres la piedra puede tener otro propietario. Desgraciadamente yo no te puedo matar, porque perdería un poco de mi magia al hacerlo... Es por eso que he buscado a alguien que te deseara muerta y que no te temiera, y encontré un príncipe... un delicioso joven deseoso de venganza y dispuesto a todo por obtenerla... y lo usé...

En ese momento emergió de la oscuridad Evan con una espada en su mano. Alía lo miró mientras este se acercaba decidido a usar el arma sin mostrar ningún tipo de escrúpulo.

Lisa rió complacida. —Su hermano dio fuego a la habitación donde su madre y él estaban. Los humanos son seres oscuros. Tu rey quemó viva a su madre, pero su hermano logró escapar a tiempo. Desde ese entonces se prometió de vengar a su madre matando a su hermano, el rey Nicanor... Un día lo encontré y le ofrecí mi ayuda ...

—Y ayudándole obtendrás lo que tú quieres... mi hechizo —murmuró Alía aterrorizada.

Las cosas estaban tomando un rumbo un tanto macabro. La piedra que Alía había creado era el mal más oscuro que existía. En su interior se hallaba un hechizo capaz de exterminar la entera raza humana.

Lisa asintió. —Te he seguido por años, y supe de tu plan... hasta quise unirme a ti. Pero me di cuenta tú prefieres estar sola... No puedo permitir que te interpongas en mi camino —desapareció al instante, dejando un espeluznante silencio detrás de sí.

Alía miró a Evan. El muchacho había quedado por un momento como hipnotizado. Tal vez porque Lisa no quería que él conociera su verdadero plan. Cuando la malvada bruja desapareció, él reaccionó y nuevamente inició a caminar hacia Alía.

Ella permanecía inmovilizada y con los ojos exorbitados, presintiendo lo peor. —No es esto lo que quieres hacer. Mi muerte no te devolverá a tu madre —dijo, sabía que el deseo de venganza ciega a las personas y las transforma. Sabía que no era eso lo que el chico deseaba realmente.

Evan llegó ante ella. —Mi hermano merece morir, y tú también. Tú lo has ayudado a realizar su imperio matando todo aquel que se cruzaba en vuestro camino —alzó peligrosamente la espada—. Eres malvada, eres una asesina, eres una criatura del infierno... El mundo será un lugar mejor sin ti... sin tu maldad.

Ella no podía negar. El joven tenía razón. Ella era todo eso... Y seguramente el mundo estaría al seguro sin ella. Pero ya era demasiado tarde, porque el mundo estaba en peligro aunque ella muriera. Por un momento pensó que eso era la mejor opción, morir, así no vería cuando el grande hechizo abrazara la humanidad, y no se sentiría en culpa por haber creado algo así tan malvado. Lo había creado hacía muchos años atrás, y luego lo quiso destruir cuando se dio cuenta que era demasiado peligroso hasta para ella misma, pero no lo logró. No pudo destruir su mismo sortilegio... lo había creado indestructible.

—Hazlo —dijo ella, mirándolo fijamente a los ojos—. Pero tienes que saber que mi muerte no te hará sentir mejor... créeme, yo lo sé. La única cosa que lograrás es manchar tu alma y te sentirás culpable por el resto de tu vida... porque tú no eres un asesino. Lo veo en tus ojos.

Él le sostuvo la mirada, y lentamente bajó la espada. Él no era un asesino. Quería solo justicia para sus padres. Quería solo aliviar el dolor que envolvía su pecho...

Ella entendía como él se sentía, porque todo el sufrimiento de lo sucedido cuando era niña fue lo que la llevó a transformarse en el monstruo que era.

Evan retrocedió de algunos pasos. La espada colgaba en su mano y se decidió a soltarla de una vez y marcharse... Pero de repente Lisa apareció nuevamente y la mano del joven se movió sola, penetrando la espada en el pecho de Alía, arrebatándole la vida.

El chico extrajo rápidamente la espada, y vio a los ojos de la chica, ojos que poco a poco perdían el brillo vital. Con sus manos intentó detener la hemorragia. — No, no... ¿Qué hice? No, no, no...

Ella cerró los ojos y en pocos segundos su corazón dejó de latir para siempre.

Evan no sabía qué hacer. Desesperado, se alejó del cuerpo y comenzó a correr lejos de allí. El olor de la sangre que manchaba sus manos le recordaban a cada paso lo que había hecho. Quería solo desaparecer y olvidar todo aquello...

¿En serio? ¿dejarás mi cuerpo a merced de los animales salvajes?.

Escuchó una voz y rápidamente se detuvo mirando hacia todas partes, buscando la fuente de esa voz.

Estoy dentro de tu cabeza, dentro de ti.

—¿Qué cosa? —preguntó él asustado y confundido.

Es un hechizo que hice algunos años atrás, para atormentar eternamente a quien osara matarme, y al parecer funciona. Dijo la voz de Alía, haciendo eco en la mente del muchacho.

Evan se llevó las manos a la cabeza desesperado. —¿Qué diablos está sucediendo? Esto es imposible, es una locura... No es real...

Lamento informarte que soy muy real... Todo esto es real... ¿Y sabes? Aún puedo resucitar. Hay un hechizo que puede sanar mi cuerpo y luego hacer que mi alma entre en él de nuevo. Pero me tendrás que ayudar y llevarme ante mi hermana y yo le explicaré como hacer.

—Esto es una locura... yo.. yo no quería matarte...

Pero lo hiciste. La voz de Alía se escuchó fuerte y dura. *Y ahora tendrás que ayudarme a volver a mi cuerpo, no sabes en que peligro se encuentra el mundo y mi hermana sola no podrá detenerlo...*

Evan inició a caminar de un lado al otro. —Todo esto es mi culpa, por confiar en una bruja, ustedes son seres...

Un dolor imprevisto en la cabeza lo interrumpió y volvió a escuchar la voz de la bruja...

Te recuerdo que en estos momentos tengo el control absoluto de tu mente y puedo provocarte un terrible dolor de cabeza cada vez que lo desee. No vuelvas a hablar así de mi especie. ¿Entendido?

—¡Está bien, está bien! Haré cualquier cosa por sacarte de mi cabeza. —El dolor desapareció inmediatamente.

Ajena a todo lo que estaba sucediendo, Emma estaba aún paralizada en medio del salón. De repente el hechizo desapareció. Finalmente tuvo el control de su cuerpo. Estaba visiblemente encabronada.

Al voltearse vio a Bryan apoyado a una columna con las manos cruzadas y sonreía. —¿De qué te ríes? ¿Desde cuando estás ahí?

—Lo suficiente como para saber que el encuentro con tu hermana no tuvo buen fin... y río porque te ves linda cuando estás enfadada —le respondió, caminando hacia ella.

Las mejillas de Emma se pusieron al rojo vivo. ¿Había escuchado bien? ¿Él le había dicho que la veía "linda"? Emma se sintió nerviosa y quedó en silencio. Sin decir nada se marchó inmediatamente. Se sintió estúpida al haber quedado sin palabras.

Bryan corrió tras ella y la detuvo tomándola por un brazo. La volteó hacia él y le vio a los ojos.

Ella quedó paralizada ante su profunda mirada...

—No terminamos de hablar —él sonrió y sus ojos tomaron un brillo casi embriagador—. No te dije quién es la mujer que se adueñó de mi corazón.

Emma sintió que todo a su alrededor desaparecía. Esperaba vivamente que aquello no sucediera cada vez que él le sostuviera la mirada. Sería embarazoso quedar siempre petrificada ante su mirada.

Él bajó el tono de voz con aire seductor. —Esa mujer...

En ese momento, en el preciso instante en que él estaba por declarar su amor, una sirvienta los interrumpió nuevamente. —Príncipe, su amigo Evan lo está buscando, dice que es urgente.

Él la miró y sonrió y maldijo mentalmente. —Sí... ya voy —volvió a mirar hacia Emma—. Hablaremos luego.

Bryan se marchó y ella permaneció allí, con el corazón que latía fuertemente. Se recostó a la pared y suspiró. Se dio cuenta que estaba temblando y que había contenido la respiración. Alzó la mirada y se tornó seria de repente... ¿Sentía algo por él? No podía ser posible. Él era arrogante, prepotente... insoportable, viciado... No podía sentir nada por un tipo como él. Ni aunque fuera el último hombre sobre la faz de la Tierra... No.

Evan estaba en su habitación cuando Bryan entró. El príncipe quedó petrificado al ver sobre el lecho de su amigo a Alía completamente sin vida.

Lo miró asustado. —¿Qué ha sucedido? ¿Por qué está muerta? ¿Tú...?

Evan inició a caminar de un lado al otro. —Es muy complicado, Bryan,

yo...

La voz de Alía retumbó en la cabeza del joven. *Te dije de llamar a mi hermana, no a este otro estúpido... Dile la verdad.*

Evan se detuvo y miró al amigo. —La he matado y ahora...

Bryan dio un salto en el lugar. —¿Qué has hecho?! ¡Estás completamente loco! ¡Cuando Emma descubra que has matado a su hermana..!

—No es como piensas, la bruja aún puede resucitar... Ella... ella está dentro de *mi* mente o algo así.

¡Llama rápido a mi hermana, Evan! ¡Tengo solo cinco días para volver a mi cuerpo antes de que comience a descomponerse, sino ya será tarde y yo te atormentaré por el resto de tus días... y te recuerdo que tus días serán pocos porque una bruja sedienta de venganza acabará con el mundo!

Solo Evan podía escuchar la voz de Alía. El chico estaba volviéndose loco. Sabía que cuando Emma viera el cuerpo de su hermana no reaccionaría amigablemente. Detuvo su mirada en un enorme espejo y se acercó. Quien veía era a Alía, que lo miraba sonriente.

En realidad ella se estaba divirtiendo un poco a atormentar al que atentó contra su vida. La bruja tenía una mente un tanto retorcida.

—¿La ves tú también? —Evan se volvió hacia el amigo y señaló el espejo —. ¿La puedes ver?

No, Bryan no la veía. Su mirada asustada estaba incrustada en Evan. Pensó que el joven estaba loco.

—Te estoy diciendo la verdad, Bryan , ella está dentro de mí...

Bryan se le acercó un poco vacilante. —Evan... has cometido un homicidio en mi reino, yo tengo que tomar medidas...

Qué lástima que tu mejor amigo te crea loco. En realidad no le daba ninguna lástima, su voz sonó fastidiosamente burlona. *¡Llama a mi hermana!*

—¿Y crees que tú hermana me creerá? ¡Todo esto es solo culpa tuya y de la maldita piedra que creaste, todos estamos en peligro por tu culpa! —gritó Evan mirando hacia el espejo.

Bryan retrocedió de algunos pasos. Su mejor amigo se había vuelto loco.

Mientras tanto, Emma había ido a los establos en busca de su caballo para ir a buscar a su hermana. Pero no lo halló. Se extrañó mucho al encontrar el recinto desolado. Se volteó hacia la salida, y fue en ese momento que su hermoso caballo entró como un rayo.

El corcel estaba agitado y manchado de sangre - Evan lo había usado para transportar el cuerpo de Alía. Emma se le acercó y extendió su mano acariciándolo, con la intención de sedarlo. Poco a poco el caballo se fue tranquilizando. Miró el pelaje cubierto de sangre y pasó su mano sobre este. En su mente se reflejó la imagen de su hermana muerta y la de su asesino... La oscuridad de la rabia la envolvió peligrosamente.

Las puertas del establo volaron bruscamente al ella sólo mirarla. Salió de allí como una furia y con una tremenda sed de venganza...

En la alcoba los dos chicos escucharon un fuerte viento gélido y se asustaron. La luz de las velas se intensificaron y la puerta se abrió de golpe.

—¡Emma, por favor, no! —gritó Bryan al verla aparecer.

Ella ignoró su súplica. Movié la mano y Bryan cayó al suelo desmayado. Luego el cuerpo inconsciente del príncipe resbaló por el suelo hasta salir de la habitación.

Evan estaba aterrorizado al ver la expresión inquietante en el rostro de la bruja, la cual entró y miró hacia el lecho donde yacía su hermana. Luego dirigió la mirada hacia el joven que retrocedía lentamente...

Evan, es mejor que hables rápido porque creo que mi hermana te matará. Nunca antes he visto esta mirada en sus ojos.

—¡No es lo que crees! Ella está viva, está dentro de mí —dijo él, retrocediendo aún.

Pero quién podría creer a semejante locura. Lo que decía no tenía sentido.

De repente Evan inició a elevarse lentamente. —Es la verdad, Emma... te estoy diciendo la verdad.

Repíte lo que yo te voy diciendo, sólo así te creerá. Dijo Alía, esta vez su voz era calma.

Evan asintió con la cabeza mientras sus pies colgaban en el aire. Miró a Emma. — Emmi... —dijo él, siguiendo lo que le decía la voz en su cabeza—. Recuerdas aquella vez, el día que nuestro padre nos vendió a los mercantes...

Los ojos de Emma se inundaron en lágrimas y su expresión cambió ligeramente.

El chico continuó. —Antes que eso sucediera tú y yo nos encontrábamos en una colina cerca de nuestra casa, contemplando la puesta del sol... ¿recuerdas lo que te dije aquel día?

Evan inició a descender lentamente y Emma lo miraba con cierta ternura.

—No puede ser... es ella —susurró Emma sin dejar de mirarlo.

—Te dije...

—Dijiste: “Esta es la cosa más bella que he visto en mi vida, y espero vivir muchos años para disfrutar este momento por el resto de mi vida... junto a ti, hermana mía” —terminaron diciendo ambos a la vez.

El rojo en los ojos de Emma se fue aclarando poco a poco hasta que tomaron su color humano y su mirada se llenó de tristeza, pero la rabia había desaparecido del todo. Evan se le acercó y le sonrió. Sabía que aquella sonrisa provenía desde su hermana.

—La puesta del sol es algo que vengo presenciando día tras día; desde aquella última que vimos juntas hace tantos años —Emma sonrió con dolor. Un dolor sin igual. Aún el cuerpo de su hermana estaba sin vida, tendido en el lecho. Ella estaba hablando con su espíritu... y no era lo mismo, ella quería de regreso a su hermana en carne y hueso—. Pero aún quedan muchas puestas más y no te me puedes morir ahora.

De los ojos del chico brotaron dos gruesas lágrimas, luego las limpió y Alía continuó hablando a través de él. —Tengo muy poco tiempo, Emmi... si no consigues traerme de vuelta a mi cuerpo en menos de cinco días... me temo que no volveremos a vernos.

Emma inició a caminar nerviosa de un lado hacia el otro. —¡No no no no! ¡¿Dime cómo le hago?! ¡Maldición! —se acercó al lecho y le acarició la frente al cuerpo de su hermana, luego se dirigió hacia Evan—. No tengo el poder de la resucitación, ¿acaso tú..?

—No, yo misma tampoco lo poseo; pero está entre esos que conservo en

mi piedra roja... Tienes que ir por ella personalmente porque sólo tú puedes tocarla, Emmi, nadie más ha de tocar esta piedra.

—¿Dónde está?! ¡Iré por ella inmediatamente! —dijo Emma decidida.

—Ya sabes dónde la guardo, pero el viaje a Antkar es largo; deberás partir ahora mismo porque cuentas con el tiempo justo, y no has de perder ni un segundo en el camino... o no volverás a tiempo —de repente Evan se llevó las manos a la cabeza mientras sus rodillas se doblaron por un momento y se quejó cerrando fuertemente los ojos. Luego se incorporó y miró a Emma nervioso—. No te mentí, Emma, ella está en mí; y te juro que no quería hacer lo que hice pero....

Emma lo hizo callar de inmediato. —¡No tengo tiempo para explicaciones ahora! Avísale a Bryan y su padre que he partido a Antkar; estaré de vuelta antes que se venza el quinto día. —Luego se acercó al cuerpo inerte de Alía y le tomó una mano—. Regresaré a tiempo, te lo juro, hermana.

Emma salió de la habitación y las puertas se azotaron tras su salida. Estaba muy nerviosa, y en su pecho llevaba una mezcla de emociones juntas... Sentía rabia, impotencia, miedo; pero no perdía la esperanza.

Corrió al establo y trepó a su caballo; aún estaba ensangrentado, y su vestido se manchó con aquella sangre. Partió a toda la velocidad que podía alcanzar aquel animal sin mirar atrás siquiera.

Un rato más tarde, Bryan despertó, estaba en su habitación. Inmediatamente recordó lo sucedido y corrió a la habitación de Evan. Llevaba un frío en el pecho y temía que hubiera sucedido una desgracia; pero se tranquilizó al encontrarlo sentado en el suelo, en una esquina, con las rodillas sobrecogidas y rodeándolas con ambos brazos mientras se balanceaba lentamente.

—¿Qué sucedió? ¿Dónde está Emma? —demandó el príncipe al ver aún el cuerpo de Alía sobre el lecho y no hallar rastro de la mujer que amaba.

Evan no alzó la mirada, quedó con la vista fija en un punto perdido de la habitación. —Emma está bien, me ha pedido decirles que partió a Antkar y que estará de vuelta antes que se cumplan cinco días.

—¿Se ha marchado sola?! ¡Iré por ella de inmediato! —exclamó el

príncipe y se volteó hacia la puerta decidido a ir tras Emma.

La voz ronca de Evan lo hizo detener. —”Ella” dice que no lo intentes, es peligroso porque Nicanor es quién está detrás de tu atentado... si vuelves a Antkar puede matarte...

—¿Cómo?! ¿“Ella” quién?!

Evan se alzó y respiró profundamente. —Ella... la hechicera de Antkar, la hermana de Emma; te dije que estaba dentro de mí y no me creíste... pues es verdad y ya su hermana lo ha comprobado; por eso partió a Antkar para devolverle la vida.

Bryan caminó desesperado por todo el aposento con una sonrisa nerviosa en los labios. —¡Esto es!... ¡Es una locura!

—Lo sé, hermano, que te parecerá incierto todo lo que está sucediendo pero es real, y es cierto lo que te dice de Nicanor; ese desgraciado es un asesino. —seguidamente Evan le contó la verdad acerca de su vínculo con el rey de Antkar. Le contó todo su pasado—. Por eso comenzó todo esto. Ese profundo deseo de venganza fue lo que me llevó a hacer lo que hice... y cuando quise hacerme atrás fue demasiado tarde. Ahora sólo resta suplicarle al cielo que Emma vuelva a tiempo para remediar el mal que hice.

Bryan se detuvo ante su amigo. —Pues sabiendo todo esto con más razón debo ir por Emma. Si ese desgraciado de Nicanor le pone un dedo te juro que...

—Él no le hará daño —dijo Evan de prisa—. Sabe quién es y el vínculo que tiene con su hechicera, a la que tanto teme; no debes preocuparte... además de que a Emma no le gustará que vayas tras ella.

A tantas excusas que le dio, lo convenció de aguardar los días acordados para que Emma regresara.

Capítulo 7

Emma proseguía su marcha a toda velocidad. Llegó la noche y no se detuvo... La sorprendió una lluvia fría atravesando las colinas y tampoco amainó su avance... Llegó el segundo día y ella continuaba, ya se estaba adentrando en territorio de Antkar. Su caballo expiraba fatigosamente; pero por más que quería al animal tampoco eso la hizo detenerse.

Finalmente en la tarde del segundo día divisó las torres más altas del palacio de Nicanor. Azuzaba su caballo mientras el corazón le latía a la par de los pasos de la bestia. Ya estaba muy cerca. A todo galope continuó y al estar a punto de entrar en el palacio alzó su mano y susurró unas palabras; e inmediatamente todos los seres vivos que se hallaban al interior de aquellos muros quedaron dormidos... Permanecerían así por un buen rato, el tiempo

suficiente para entrar hasta la alcoba de Alía y tomar la piedra mágica.

El corcel exhausto quedó en la puerta, y ella corrió desesperada por los corredores. Al cruzar por el salón del trono vio a Nicanor; rendido sobre su majestuoso asiento real. No se detuvo, continuó corriendo hasta subir a la habitación de Alía. Extendió su mano y la puerta se abrió abruptamente. Entró como un torbellino y enseguida divisó el cofre. Lo abrió y tomó la piedra, la cual se iluminó ligeramente al contacto con sus manos. La contempló por unos segundos y luego la guardó muy bien en uno de sus bolsillos. Antes de partir de vuelta, rasgó un poco su vestido en la parte inferior, pues le dificultaba para correr. Descendió las escaleras ciega de los nervios, sólo tenía una idea en la cabeza: volver de inmediato a Krestus... No pensó en su cabalgadura que estaba al desfallecer, tampoco pensó en ella misma cuyas piernas dolían a más no poder; todo eso estaba en segundo plano en comparación con Alía.

Cuando salió al jardín y trepó nuevamente en su agotado corcel; percibió que comenzaba a nevar y caía casi la noche. Por un momento pensó en tomar uno de los caballos del establo del palacio, pero luego recordó que también estaban dormidos. No tenía tiempo para esperar que despertaran, si se aproximaba ventisca ya eso era un retraso más que le impediría avanzar veloz, así que no lo pensó más y partió de vuelta a casa...

La noche cubrió el campo con su lúgubre manto, y la nieve arreciaba a caer. De repente el caballo de Emma se detuvo de golpe y cayó al suelo, haciéndola rodar por el terreno ya completamente blanco. Un poco aturdida se puso de pie y caminó hasta donde el animal se retorció en horribles espasmos, le acarició la cabeza y percibió su dolor... La fatiga lo venció y no sobreviviría, pronto su corazón dejaría de latir para siempre. Lo miró con ternura y le susurró algo al oído; luego le posó una mano sobre su pecho y terminó el calvario del noble animal. Una lágrima rodó por su rostro casi congelado.

Se alzó con dificultad y comenzó a avanzar dificultosamente entre la nieve que cada vez caía más y más. Sentía el rostro congelado, hasta sentía como sus lágrimas se congelaban apenas asomaban a sus ojos... Sus piernas comenzaba a dormirse y casi no sentía ninguno de sus músculos; estaba próxima a morir de hipotermia grave. Sus pupilas se dilataron y sentía muy leves los latidos de su corazón. Se sintió desorientada y semiinconsciente. Sin darse cuenta su pierna cayó en un hoyo cubierto por la nieve y rodó cuesta abajo, mientras su mente quedaba en blanco...

Al tercer día, Evan contemplaba caer la nieve desde la ventana de la habitación que ocupaba en el palacio de Krestus. Realmente no salía de aquella alcoba prácticamente para nada. El cuerpo de Alía tendido sobre el lecho y Bryan que de vez en cuando venía a verle y a contarle su aflicción y preocupación... además de aquella voz en su cabeza que no le dejaba ni día ni noche.

No sé por qué, pero estoy demasiado preocupada por Emma; es como si... como si sintiera que no está bien... Si algo le sucede por mi culpa no me lo perdonaré nunca. La voz de Alía resonaba su en la mente del joven, que ya parecía haberse acostumbrado a su presencia en él.

—No digas eso, no le sucede nada. Ella estará bien y regresará a tiempo, debemos confiar —de repente sintió lágrimas brotando de sus ojos, y corrió ante el espejo; viéndola llorar y ahora sin aquella expresión divertida que tenía siempre que él la veía. Se sintió inevitablemente conmovido y con un dedo acarició el rostro de la imagen en el espejo—. No llores... Verás que volverá, si alguien podía hacerlo; es ella, y estoy seguro que no te fallará.

¿Por qué me consuelas y te apiadas de mi sufrimiento? Lo veo en tus ojos... y no entiendo. Te atormento y te molesto constantemente; ¿por qué aun así me tratas bien?

Alía no hallaba explicación a la actitud noble del joven; y comprendió que él no tenía maldad en su interior, sólo que fue víctima de la maldad desde muy chico...así como ella misma y su propia hermana Emma.

Evan sonrió y respondió a la pregunta de la chica en lágrimas. —Porque en el fondo entiendo los motivos que has tenido para comportarte así como hasta ahora... para fabricar hechizos que hagan daño y así sentirte a salvo de cierto modo...

El reflejo de ella bajó la mirada. *Tal vez sí tengamos algo en común tú y yo, Evan; y espero sinceramente que Emma regrese pronto, no sólo por recuperarme... sino para devolverte tu control. No mereces este tormento.*

Él quedó en silencio y se dirigió nuevamente a la ventana, con la esperanza de milagrosamente ver aparecer la otra hechicera.

Las horas transcurrían implacables. El tiempo es algo que no se detiene con ningún hechizo y termina aplastándonos a todos sin poder hacer nada para evitarlo...

Llegó finalmente la noche del quinto día desde que partiera Emma, cuando de repente; ella abrió los ojos y miró aturdida a todos lados.

—¿Dónde diablos estoy?! —exclamó y se incorporó en el camastro, observando detenidamente el lugar rústico en que se hallaba.

—Estás en mi humilde morada, Emma —dijo la mujer que se acercó inmediatamente que la vio abrir los ojos.

Emma se puso de pie de un salto, sintiendo un leve dolor en sus músculos entumecidos. Emma y se puso de pie de un salto, sintiendo un leve dolor en sus músculos entumecidos. —¿Tú quién rayos eres?! ¿Y por qué me conoces?

—Calma —sonrió—. Mi nombre es Juliette... Y sé quién eres porque has delirado mucho estando inconsciente... por eso sé que eres la hermana de Alía.

—¿Alía?! ¿La conoces?! —preguntó Emma llevándose las manos a la cabeza, sentía un leve mareo.

—Pues sí, somos.... *conocidas*. De hecho le ayudé para ir por ti.

—¿Tú...?...Yo... ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Casi tres días.

Emma calculó inmediatamente el tiempo que llevaba fuera de Krestus y se alarmó notablemente. —Tengo que volver cuanto antes, tienes que ayudarme, por favor. Dijiste que tú le ayudaste a Alía a ir a Krestus. Quiero que hagas ese hechizo también conmigo, me urge volver a Krestus inmediatamente.

Emma desesperada se acomodó su vestido y revisó rápido en su bolsillo, constatando que la piedra permanecía intacta, en su poder.

—No puedo, es muy peligroso, es un riesgo y....

Emma la tomó súbitamente por el cuello dificultándole la respiración.

—Está bien, está bien —balbuceó Juliette con dificultad porque le faltaba un poco el aire—. Es obvio que eres la hermana de Alía.

—¿Me vas a ayudar sí o sí! —Emma la liberó rápidamente.

—Sólo debes estar consciente del riesgo que tomas... ¿Estás lista?

—¡Totalmente consciente y más lista que nunca! —respondió Emma y quedó ansiosa, mientras la otra tomó sus manos y comenzó a murmurar unas palabras.

En Krestus, luego de la cena, Bryan subió inmediatamente a la habitación de Evan. Él permanecía de pie en la ventana, parecía como si no se moviera de ahí.

—Cada vez que vengo estás en el mismo sitio —Bryan se paró a su lado y le dio una palmada en el hombro—. No pierden la esperanza, ¿verdad?

Evan se volteó hacia el amigo y lo miró a los ojos. —¿Acaso no la conservas también tú?

Aunque si la voz que escuchó fue la del amigo, Bryan sintió que quien le hablaba esta vez no era él; sino Alía.

El príncipe fijó su vista en el bosque que se extendía fuera de aquella ventana. —Pues sí, y la conservaré hasta el último segundo de este día, porque de esto depende en gran parte la felicidad de la mujer que amo... no quiero que la tristeza y el remordimiento por no haber conseguido salvar la persona que más ama la atormente de por vida.

—Príncipe... estoy feliz de que mi hermana cuente contigo —dijo Alía a través de Evan, su voz era sincera—. Sé que la vas a cuidar siempre y si me toca irme para siempre; pues estaré tranquila porque sé que contigo estará al seguro, y que no la dejarás correr peligro alguno.

Bryan comprendió y se sintió conmovido, sus ojos se humedecieron. —Puedes tener la plena seguridad de ello, porque la cuidaré con mi vida. No obstante, no hables como si ya supieras que no lo conseguirá.

—Es tarde ya, en un par de horas será medianoche y todo habrá terminado.

—Ya lo has dicho... quedan un par de horas; aún queda esperanza —dijo el príncipe y abandonó nuevamente la habitación.

Pasó algún tiempo. Cada vez estaba más cerca la hora decisiva. Evan permanecía en la ventana, cuando de repente divisó una sombra que a cierta distancia avanzaba con dificultad entre la nieve, desde el bosque y en dirección

al portón. Gritó el nombre de Bryan pero ya este salía a todo galope en su caballo; al parecer él también la había visto y pensó lo mismo... ¿Sería Emma? ¿Finalmente lo habría logrado?... faltaban solo minutos para que el enorme reloj de la torre diera la medianoche. Si eso sucedía, si el reloj sonaba la medianoche, Alía no podría regresar más a su cuerpo, y su alma quedaría prisionera en la mente de Evan.

Los minutos de espera eran terribles. Bryan se perdió en la oscuridad y al cabo de un rato Evan lo vio retornar a palacio a toda velocidad... con Emma. Inmediatamente subieron a la habitación y ella corrió al lecho, arrodillándose junto a su hermana.

—Dice ella que sabrás qué hacer... tú como ella tienen el don y el poder de controlar la magia de la piedra roja... Sólo debes tomarla en tus manos y concentrarte, así sentirás lo que debes hacer —Evan se colocó al otro lado del lecho.

Emma asintió con la cabeza, luego miró a Bryan y sonrió, por último miró a Evan y movió la cabeza afirmativamente. Metió una mano en su bolsillo y sacó la piedra... Luego cerró los ojos y se mantuvo inmóvil por unos pocos minutos, arrodillada aún frente a Alía. Emma abrió los ojos de golpe y estos eran totalmente rojos, como la sangre, se hirió en la muñeca y untó la piedra con su sangre, la colocó después sobre el pecho de su hermana y comenzó unos rezos en voz tan baja que era imposible entender lo que decía.

Bryan y Evan se miraron nerviosos cuando resonó la primera campanada que indicaba la medianoche, luego la segunda, y otra... pero antes de dar la última, el cuerpo de Alía se estremeció y se alzó grotescamente mientras aspiraba aire en un gesto estremecedor...

Emma sonrió y en ese momento sonó la última campanada; abrazó a su hermana y la apretó con fuerza.

—¡Gracia al cielo lo logró! —exclamó Bryan al ver la conmovedora escena.

—¡Estoy libre! ¡Lo puedo sentir! —gritó Evan sin poder dejar de sonreír.

Alía miró a su hermana a los ojos con cariño, como no lo había hecho desde que se reencontraron y su maldad desmedida se lo impedía. —Gracias Emmi... estoy de vuelta gracias a ti.

—No, lo hicimos juntas... porque ahora somos como una; tú tienes parte

de mí y yo absorbí parte de tu energía negativa cuando usé la piedra... Ahora estamos más unidas que nunca, hermana... y de una vez te advierto —dijo Emma sonriendo—. Ya estoy al tanto de todo lo que sucede y será en vano que intentes dejarme fuera de esta guerra; porque será inútil, como dijiste: no soy de las que se dan por vencidas... Y como te dije: no te dejaré nunca más sola, tus problemas ahora son también míos; y será en vano que intentes volver a usar otro hechizo conmigo porque ahora nuestros poderes se han unido y no podemos usarlos entre nosotras mismas.

Alía sonrió. —Descuida, me quedó claro que sólo juntas conseguiremos vencer esta tal Lisa y cambiar el oscuro destino que pretende ofrecer a la humanidad... Ya no siento la misma rabia, siento que algo dentro de mí cambió, es como si...

Emma le tomó las manos. —¿Como si al compartirlo conmigo pese menos tu rabia y tu dolor?

Alía asintió.

—Pues acostúmbrate, hermana, porque así será siempre —Emma la volvió a abrazar.

Bryan no podía dejar de mirar aquella mujer, y cada vez se sentía más enamorado, de ella y su coraje; de sus sentimientos y su espíritu... No cabían dudas que era la mujer de su vida y no tardaría mucho en hacérselo saber.

Todos salieron, Emma llevó a Alía a su alcoba en la alta torre y ordenó le prepararan una habitación muy próxima a la suya en lo que su hermana se daba un baño.

Evan se dirigió al balcón y observó el cielo, sonrió; y fue sorprendido por Bryan que se acercó sonriendo también.

—¿Y tú de qué te ríes?

Evan respiró profundamente, el aire frío llega fulmíneo a sus pulmones. —Nada, hermano, que ahora entiendo por qué me hablaste así aquel día de Emma, cuando me comentaste lo que sentías por ella... son especiales en verdad.

—¿Y esa mirada?! ¿Qué te sucede, hermano? ¡A mí no me engañas! —Bryan le dio una palmada fuerte en el hombro y exorbitó los ojos dirigidos al amigo—. A ti.... Te gusta Alía, ¿verdad?

—Creo que será imposible sacarla para siempre de mi cabeza... siento que

dejó una huella indeleble —respondió, mirando a los ojos de su amigo.

Alía terminó de hacer su baño y luego se reunió con su hermana que estaba en su balcón, mirando el cielo sin hallar ni siquiera una estrella. La nieve había cubierto la tierra. El invierno había llegado a Krestus.

—Que lástima que no se puede ver bien la luna —Alía se apoyó a la baranda del balcón—. La niebla cubre todo.

Emma se volteó a verla. —Alía tienes el cabello mojado... te enfermarás.

La otra no pudo contener una carcajada, viendo la preocupación de su hermana.

—¿Por qué ríes? —exigió Emma con tono casi molesto.

—Porque yo no siento frío, y no me enfermaré... no te preocupes. En Antkar la temperatura es siempre así e hice un hechizo para no sentir frío... En realidad hago un hechizo para cualquier cosa... No podría vivir sin mis poderes —de repente los labios de Alía se tornaron serios—. Casi mueres por mi culpa...

—No pienses más en eso, haría cualquier cosa por ti, hermana...

—Es por eso que quería dejarte fuera de todo esto... Lamento mucho que hayas perdido tu caballo... lamento que ahora todos nos encontremos en peligro por mi culpa —murmuró Alía con los ojos aguados, luego dirigió la mirada hacia la piedra que llevaba entre sus manos.

—La tenemos que destruir.

Alía sonrió desesperada. —Es imposible. La piedra es indestructible...

—Entonces tenemos que cancelar ese hechizo —propuso Emma firmemente.

—Es ese el problema, Emma —su mirada se perdió en el entorno—. El maleficio que he creado va más allá de cualquier magia, no existe manera de romperlo mientras se encuentre en el interior de la piedra.

Emma le lanzó una mirada interrogante con un poco de pavor también. —¿Me estás diciendo qué... qué la única manera de romper este hechizo es lanzarlo?... Eso no no tiene sentido, si lanzamos este maleficio... antes de que logremos romperlo morirán millones de humanos de igual manera...

Alía permaneció en silencio. No había modo de cancelar aquel error sin tener víctimas. La única manera era tener la piedra al seguro, y no dejar que ese hechizo saliera a la luz por ningún motivo. Por suerte la piedra podía ser tocada sólo por ellas y ninguna de las dos tenía la intención de liberar la maldición... Aun así, Alía sabía que aquella bruja haría cualquier cosa por poner sus manos sobre la piedra maldita. Antes o después encontraría el modo... Era cuestión de tiempo.

El cielo se despejó y finalmente las dos hermanas pudieron contemplar el esplendor de la luna.

A la mañana siguiente las dos brujas se presentaron juntas a la mesa para el desayuno. El rey, Bryan y Evan se pusieron de pie para saludarlas. Ellas hicieron una reverencia y luego se acomodaron, seguidas en la acción por los hombres.

Alía miró hacia todas partes, allí todo era tan diferente que le causaba admiración. —Su Majestad —dijo con una timidez que no sabía poseer—. Quiero agradecerle su hospitalidad y sobretodo el hecho que le haya dado un hogar a mi hermana por todos estos años.

El rey Adam esbozó una amplia y sincera sonrisa. —Emma es de la familia y tú eres su hermana... pues esta también es tu casa.

La respuesta del rey dejó a Alía asombrada y sin palabras. Nadie nunca la había tratado en aquel modo.

Emma tomó la mano de su hermana y le sonrió.

—De igual modo no pienso estar aquí por mucho tiempo —dijo Alía, bajando la mirada.

Emma le soltó la mano. —¿Qué quieres decir?

—Emmi, yo tengo una casa y cuestiones que resolver en Antkar... no puedo simplemente dejar todo y venirme aquí contigo.

—Pensé que... —empezó a decir Emma pero Alía la miró directamente a los ojos y esta cayó, entendiendo que no era el momento de hablar de esa cuestión.

En ese momento entró un soldado y le murmuró algo al oído del rey, luego se marchó inmediatamente.

El rostro del rey se tornó preocupado.

—¿Qué sucede, padre? —preguntó Bryan.

—El rey Klarck tiene prisionero dos de mis espías...

Alía rápidamente tomó la palabra. Pensó que había llegado el momento de decir la verdad. Respiró profundamente, buscando las fuerzas dentro de sí. —Es culpa mía... Soy yo la culpable de toda esta discordia con el reino de Ovelnor. Iré yo personalmente a aclarar la situación con el rey Klarck.

—¿Qué quieres decir, Lady Alía? —el rey Adam la miró muy serio.

Alía posó los cubiertos y se enderezó. —Mis planes eran que se formara una guerra entre los reinos y luego yo los tomaría para Nicanor expandiendo nuestro poder... pero ahora no tiene más sentido visto que el peligro que se acerca es de naturaleza oscura y tendré que concentrarme sólo en eso —confesó, dejando a todos boquiabiertos—. Le pido mil disculpas, Majestad, por mi actitud y por haber sido yo quien mandó a matar a vuestro hijo...

Bryan no pronunció palabra alguna.

—Agradezco... tu... *sinceridad* —se esforzó a decir el rey y permaneció en silencio por algunos minutos. Luego se puso de pie —. Yo partiré para Ovelnor a pedir disculpas al rey y a resolver todo este malentendido, ustedes piensen en mantener esa... piedra... lejos del alcance de esa bruja. Convocaré un encuentro que se tendrá a mi regreso con el rey Nicanor para llegar a un acuerdo de... paz.

—Me parece bien. De todas maneras Nicanor sigue mis consejos, le haré cambiar idea y estableceremos la paz con este reino y con los demás. Por el momento es mejor no pensar en guerras ni en expandir nuestro dominio, ni... — Alía se dio cuenta que era mejor callar. Miró hacia su hermana, que como los demás estaba en silencio. Se inclinó hacia ella y le susurró—. Esta es una de las cuestiones que tenía que resolver.

El día transcurrió tranquilo. Emma y Alía hablaron por horas mientras paseaban en el inmenso jardín. En ese tiempo no pensaron en nada. Se contaron todo sin dejar fuera ningún detalle de lo que fue sus vidas en los últimos años. Luego una sirvienta se les acercó e informó a Emma que el príncipe deseaba su presencia en los establos. Ella sonrió levemente y apresuró su paso.

Las puertas del establo se abrieron y en el centro estaba Bryan con un

hermoso corcel pinto; blanco y negro. Ella quedó asombrada ante tanta belleza, y no se refería a la belleza del caballo, pues a quien miró primero fue al príncipe. Era tremendamente apuesto con aquella pose de niño malcriado y aquella sonrisa de seguridad en los labios.

Alía permaneció fuera y vio la alegría de su hermana; el amor se respiraba en el aire.

Emma se acercó al caballo y extendió su mano para acariciarlo. Mientras lo hacía cerró los ojos y murmuró algunas palabras; era un modo para establecer un legado con el animal.

—¿Es para mí? —preguntó ella con voz tímida, dirigiendo la mirada hacia el príncipe.

—Perdiste tu caballo y pensé que... bueno, que querrías otro.

Ella sonrió. —Es un gesto muy bonito de parte tuya gracias.

Emma desvió la mirada. En ese momento quería saltar encima del príncipe y tal vez hasta besarlo.

Estuvieron en silencio por varios segundos. Fue un poco embarazoso.

Luego ella montó sobre el corcel, miró hacia Bryan una vez más y echó a correr a todo velocidad dirigiéndose hacia el campo.

Alía la vio y rápidamente se acercó al príncipe que había quedado allí, viéndola alejarse y le parecía hermosa...

—¿Qué esperas? —preguntó Alía sonriendo.

Bryan reaccionó. —¿A qué te refieres?

—Qué esperas a decirle lo que sientes por ella... Ve tras ella y dile que la amas antes que sea demasiado tarde —le dijo Alía, llenándolo de coraje.

El montó sobre su caballo y miró hacia Alía, la cual sonreía.

—De más está decirte que si le haces daño yo te mataré con mis propias manos —le hizo notar ella.

El príncipe se puso serio ante la mirada intimidatoria de la bruja. —La cosa inquietante de esta conversación es que... que tú no estás bromeando.

Ella sonrió. —No suelo bromear con estas cosas.

—No te preocupes, yo la amo.

—¡Entonces corre!

Alía permaneció sonriendo mientras veía el príncipe alejarse hasta perderlo de vista completamente. Luego se puso a explorar un poco el lugar, en soledad... sumergida en sus pensamientos. Mil cosas le pasaban en aquel momento por la mente...

—¿Bryan?! —llamó Evan entrando en el establo.

Ella salió de detrás de algunos fardos de heno al escuchar al chico. —No está aquí, salió a pasear en su caballo y creo que no volverá pronto.

—Entonces... lo esperaré... en el Palacio —él se dispuso a marcharse, pero luego se volteó hacia ella nuevamente. —No hemos hablado de lo ocurrido... ¿cómo te sientes?

—Ah... estoy bien. Mi cuerpo está tomando nuevamente las fuerzas, dentro de poco podré usar nuevamente mis poderes —respondió ella sonriendo ¿tontamente? No sabía por qué demonios sonreía. Luego extendió su mano y un fardo de heno se elevó de algunos centímetros, pero rápidamente cayó. —¿Ves? Todo está volviendo a la normalidad. ¿Y tú, cómo te sientes sin mí en tu cabeza? Seguramente mejor. Que pregunta estúpida... ¿Tu verdadero nombre es Evan o tienes otro? Eres un príncipe... ¿Has pensado en lo que harás cuando verás a tu hermano? Lo sé, será difícil, porque Nicanor hizo algo imperdonable, y seguramente tú... —se dio cuenta que había llegado el momento de cerrar la boca—. Disculpa, a veces hablo demasiado.

—Lo sé, te tuve cinco días en mi cabeza —le dijo él sonriendo y haciendo la reír. Había algo lindo en su sonrisa. Se aclaró la garganta y continuó a responder sus preguntas—. No he pensado a nada más, quiero solo que mi hermano se arrepienta de lo que ha hecho y lo confiese, quiero que se haga justicia en nombre de mis padre. Nicanor pagará lo que ha hecho... pero no seré yo a decidir cuál será su condena. Dejaré todo en manos de la justicia... Y mi verdadero nombre es Evander... Príncipe Evander...

—Creo que continuaré a llamarte Evan...

Él sonrió divertido. —Sí, “Evander” es un nombre horrendo —dijo y la miró luego a los ojos, serio—. Disculpa por lo que te hice...

—No importa, no eres el primero que intenta matarme... pero eres el primero que dejó vivo y el primero que lo ha... logrado, en realidad —esbozó una sonrisa que no supo descifrar... y sin decir más se marchó.

Él quedó ahí parado, contemplándola mientras se alejaba. No entendía cómo le había sucedido ni en qué momento; pero se sentía atontado por aquella mujer. Jamás pensó que el odio que sintiera hacia ella en un inicio, ahora pudiera convertirse en... ¿amor tal vez?, y se dijo estúpido a sí mismo por no haberla visto antes aun teniéndola en frente. Sonrió y se prometió que intentaría conquistarla.

Emma le daba de beber a su nuevo animal cuando vio en el reflejo del agua a Bryan. Sonrió y bajó de su cabalgadura, dándole la cara.

—Te agradezco inmensamente tu regalo, me ha encantado.

El príncipe descendió de su corcel. —Me alegro mucho. Sé cuánto cariño le tenías al que te regaló mi padre; pensé que también te gustaría tener este y pues en cuanto lo vi pensé en ti... ¿Cómo le llamarás?

Ella sonrió y miró su caballo. —Ya lo pensé, se llamará “Cielo”.

—Bonito nombre.

—Pues sí...

De repente él comenzó a acercarse más sin dejar de verla a los ojos, hasta que estuvo a solo un paso de ella. —Emma, yo... Dios, es difícil, muy difícil en realidad... —comenzó a decir mientras se le enchinaba la piel.

—¿Qué es tan difícil?

Él tomó un respiro profundo. —Pues es que... ¿recuerdas cuando te hablaba de una chica en especial a la que no me había atrevido a decirle cuánto la amo? —se acercó mucho más aún, perdido en aquellos ojos.

—Pues sí... recuerdo. ¿Ya le has dicho?

—No, digo; lo he intentado pero... bueno, es que... esa mujer especial... eres tú. —Cuando finalmente lo dijo se alejó unos pasos y dejó de mirarla. Caminó nervioso de un lado a otro y comenzó a hablar tan rápido que ella sonrió porque le pareció divertido—. Sí, ya sé que he sido un idiota contigo en el pasado y que por eso me has de detestar, que no he sido responsable y que me la he pasado siempre de juerga con mis amigos y que he jugado con los sentimientos de las demás y... —de repente la miró y ella tenía sus ojos clavados en él—. Yo te amo.

Emma caminó unos pasos y le acarició el rostro. No lo pudo evitar... Sintió unos deseos enormes de besarlo y sucedió. Fue un momento increíble para ambos, y hasta les pareció gracioso decirse ahora tantas cosas lindas al oído recordando la cantidad de insultos que hubieron de decirse en el pasado. El tiempo parecía que se había detenido mientras ambos se demostraban ese amor que había nacido en sus corazones y que ahora era imposible contener...

Capítulo 8

Llegó la hora de cenar y Emma y Bryan irrumpieron corriendo hasta la mesa. Se les notaba la felicidad en el rostro.

Alía y Evan se miraron, y sonrieron, como si se dijeran que cada uno sabía el motivo de tanta felicidad.

—¡Has tardado tanto, Bryan! —lo regañó su padre, con la mirada molesta—. Estaba por mandar a servir ya, morimos de hambre todos... ¿Y tú dónde estabas, Lady Emma?

Ella se estremeció al escuchar su nombre. —¿Yo?... eh, pues salí un rato en el caballo que Bryan me regaló el mediodía y se me ha ido volando el tiempo.

—¡Ah!... ¿Bryan te ha regalado otro caballo? —el rey pareció sorprendido de eso y se percató de las miradas de complicidad que se lanzaban los cuatro jóvenes sentados a la mesa—. Bueno pues, me alegro mucho pero saben que el horario de la cena en este palacio es inquebrantable y me gusta que estemos todos reunidos a esta hora.

Bryan sonrió. —Lo sé, padre, perdón. Realmente ha sido mi culpa, yo hice que Emma se entretuviera y por eso ella también llegó tarde.

—No es cierto, asumo que fue por voluntad propia que... —empezó a decir Emma.

Adam los interrumpió muy serio. —¿Acaso hay algo que deba saber? Los noto a los cuatro muy extraños.

—Padre —Bryan se aclaró la voz—. La verdad es que hay algo que quiero anunciar y espero que usted me dé su bendición... —comenzó a decir, dispuesto a declarar su amor en público, pero no pudo hablar más, pues sentía algo en la garganta que le prohibió proseguir. Miró rápidamente hacia Emma dándose cuenta que era ella quien no lo dejaba hablar.

Ella negó ligeramente con la cabeza.

—¿Entonces... qué es lo que debes anunciar? —demandó el rey, esperando impaciente.

Bryan tuvo finalmente el control de su voz. —No es nada, padre. Era sólo una tontería.

El rey Adam miró hacia Emma y la notó muy seria. Luego dirigió la mirada hacia su hijo dándose cuenta de cómo miraba a Emma. Le fue fácil comprender lo que estaba sucediendo entre los dos chicos, pero no dijo nada; eran ellos los que debían hablar del asunto.

En pocos segundos se creó un silencio insoportable en aquella sala de cenas. Alía se sentía incómoda, pues se percató de que Evan no le quitaba los ojos de encima y le sonreía de continuo. Ella no estaba acostumbrada a que le sonrieran o a que la miraran. En realidad no entendía aquella actitud inusual ante sus ojos. Alía era demasiado ciega en cuestiones de amor para descifrar el significado de aquella mirada. Y la verdad, se sintió un poco amenazada.

Al terminar la cena, Emma y Alía se dirigieron hacia un pequeño salón donde pudieran estar a solas y conversar libremente.

—¿Ahora me cuentas lo que sucedió con el príncipe Bryan? —Alía miró a su hermana con aire curioso.

Emma sonrió. Se veía feliz, pero una pequeña sombra de preocupación le envolvía la mirada. — Me declaró sus sentimientos y yo también a él... fue maravilloso —se sentó cerca de la chimenea y sus ojos brillaron rojos a la luz de ésta—. Nos besamos. Sentí algo inexplicable dentro de mí... fue mágico, nunca antes sentí algo así —terminó de hablar con un suspiro.

Alía sonrió y luego se sentó delante de Emma. Se había dado cuenta de aquel pequeño rastro de inquietud en sus ojos. —¿Tienes miedo que el rey no les dé su bendición, verdad?

—Sé que no lo hará, soy una bruja y me teme como todos... No creo que aceptará la unión entre su hijo y una hija de la luna...

Alía se inclinó hacia su hermana. —Si quieres yo puedo obligarlo a que les dé su bendición. Con uno de mis hechizos el viejo rey dirá rápidamente que sí...

Emma la miró muy seria, casi regañándola.

—Está bien —Alía alzó las manos sonriendo—. No lo haré... pero si quieres lo puedo hacer.

Las dos rieron. Era lindo poder estar juntas nuevamente y tener a alguien con quien hablar de esas cosas; de las cosas personales.

—Partirá mañana para Ovelnor, a su regreso yo misma se lo diré, no quiero tener que estar escondiendo mis sentimientos —dijo Emma firmemente.

—Mañana iremos a controlar la choza en el bosque. Tenemos que descubrir más acerca de esa bruja —Alía cambió argumento y su rostro se puso serio—. Me dijo algo acerca de reunirse con sus hermanas...

—¿Crees que se trate de una secta?

—Temo que así es... lo cual me preocupa aún más, pues si las demás son como ella será difícil derrotarlas —respondió Alía mientras colocaba otro tronco en el fuego para avivarlo—. Cuando las brujas están en grupos son más fuertes y juegan sucio. Tenemos que adelantarnos y dar el primer paso o será demasiado tarde.

A la mañana siguiente, Emma y Alía se adentraron en el bosque. Llegaron ante la choza y descendieron de sus caballos. Alía cerró los ojos y no percibió ninguna presencia sobrenatural, pero sabía que no podía confiar. Emma se colocó a su lado y juntas cerraron los ojos, se tomaron las manos y pronunciaron en un susurro algunas palabras que retumbaron entre los árboles y se fueron extendiendo lentamente por todo el bosque... Varios segundos después abrieron los ojos confirmando que estaban solas.

Entraron en la humilde casucha. Parecía deshabitada. La telaraña y el polvo cubrían el lugar dando una atmósfera aún más lúgubre e inquietante. Escudriñaron cada rincón de aquella cabaña sin encontrar nada que las pudiera ayudar.

—Aquí no hay nada, solo caladeros y cucarachas —resopló Emma, cerrando molesta las puertecillas de un estante y con el pie aplastó una cucaracha.

Alía se dispuso a abandonar la habitación. —Sí, es mejor que nos marchamos.

Emma rompió a reír. —¿Aún le temes a las cucarachas?

—¡Cierto que no! —Alía negó nerviosa y dio un paso al frente pero rápidamente se detuvo.

Emma continuó a reír. —En vez yo creo que...

La otra siseó. —¿Has escuchado eso? —movió su pie sobre una pequeña alfombra que cubría el suelo en medio de la habitación, sintiendo un crujido.

Rápidamente hizo a un lado la alfombra polvorienta, encontrando un pasaje secreto. Miró hacia Emma y sonrió. Abrió aquella puerta en el piso descubriendo una oscura habitación. Las dos bajaron por unas pequeñas y peligrosas escaleras.

Emma susurró un hechizo y las velas se encendieron iluminando el cuartico. —Esta es su guarida —afirmó, tomando un libro de un estante.

—¿Es un libro de hechizos? —preguntó la otra que exploraba curiosa el lugar lleno de objetos raros.

—No, creo que es un diario... Sobra está escrito "Primum"...

—Las primeras... —murmuró Alía quedando en silencio y pensativa, su rostro se llenó repentinamente de preocupación.

Emma la observó. —¿Qué sucede?

—Primum es la primera secta que existió, fue fundada por tres gemelas; las primeras hijas de la luna, las más potentes de todas...

Emma sintió un repentino escalofrío al ver la inquietud en el rostro de su hermana. —Pues si fueron las primeras brujas que existieron creo que ya están bien muertas... ¿o no?

—Sí, pero de igual modo sólo las más potentes pueden formar parte de esta secta y no sabemos de cuantas brujas estamos hablando... nosotras somos sólo dos...

En ese momento escucharon un ruido provenir del piso superior. Las dos hermanas rápidamente hicieron silencio y se pusieron en guardia. Escuchaban los pasos pesados sobre la madera y se dieron cuenta que eran dos personas.

—¡Emma! ¿Estás aquí?

Era la voz profunda del príncipe.

Las dos chicas suspiraron y salieron al descubierto.

—¿Qué haces aquí? —demandó Emma.

—No te vi en el Palacio y me preocupé, luego Evan me dijo donde podrían

estar y me trajo hasta aquí... y pues tenía razón —Bryan se abalanzó hacia ella y luego la besó inesperadamente.

Ella quedó un poco apenada, pues estaban frente a su hermana y a Evan. Pero de igual manera le fue difícil desprenderse de los magníficos labios del príncipe.

—Ok, nosotros los esperamos fuera —dijo Alía sonriendo y rápidamente salió.

Evan la siguió de inmediato, dejando los dos enamorados en privado.

Alía se acercó al árbol donde la había literalmente asesinado Evan algunos días atrás. Tocó delicadamente el tronco, aún se veía la marca de la espada en éste y también su sangre incrustada en la madera. Cuando se volteó él estaba frente a ella.

—¿Por qué rayos me miras así? —demandó ella sintiéndose incómoda bajo la intensidad de aquellos ojos.

Evan sonrió. —El collar que llevas...

—Sí, es tu puñal y no te lo devolveré. Me hace recordar que lo que no te mata te fortalece —respondió ella secamente, sosteniendo la mirada del joven.

Él tocó - atrevidamente - el collar. — No quiero que me lo devuelvas, se ve mejor en tu cuello que en mi cinturón —le rozó - descaradamente - con los dedos el cuello en forma de caricia.

Ella rápidamente se alejó dándole la espalda y él la detuvo tomándola por una mano. Alía se volteó y Evan voló por algunos metros hasta estar como pegado al árbol.

La mirada de ella se encendió. —No sé cuál sea tu problema conmigo, pero es mejor para ti que mantengas la distancia.

Él sonrió, lo que la hizo encabronar aún más. Lo liberó y entró rápidamente en la cabaña donde Emma y el príncipe “conversaban” muy cercanos.

Alía se aclaró la voz, logrando que los dos tortolitos se separaran. — ¡Vámonos! Este lugar no me gusta.

Bryan salió rápidamente de allí sin decir nada. Vio a Evan que sonreía mientras montaba en su caballo, listo para retirarse.

Emma quedó junto a Alía, la cual se veía molesta.

—¿Ocurrió algo? —le preguntó.

—Es ese otro que piensa que porque estuvimos “unidos” por varios días puede tocarme o mirarme... Si vieras en que forma me sonrío y me mira con esos ojos casi perfectos que parecen dos luceros, son intensos y... —Alía miró seria a su hermana—. Emma, creo que Evan está tramando algo contra de mí. No existe otra explicación que justifique su extraño comportamiento. Siento que debo mantener las distancias de él... Si vieras como me mira...

Emma contuvo con todas sus fuerzas la carcajada que luchaba por salir. —¿Te mira como si te quisiera *devorar*? —no pudo contenerla más y la dejó salir.

Alía frunció el ceño. —No entiendo tu sarcasmo.

—¿En serio? Es tan obvio lo que está suce...

—Emma... —los ojos de Alía se abrieron enormes—. ¿Por qué el libro está brillando?

Emma dirigió inmediatamente la mirada hacia el libro que tenía entre las manos; este estaba al rojo vivo. Rápidamente lo dejó caer al suelo y junto a Alía echó a correr. Justo al atravesar la puerta una enorme explosión destruyó toda la choza lanzándolas bruscamente contra los árboles cercanos.

Minutos después Emma abrió los ojos y miró dificultosamente a su alrededor; todo estaba envuelto en humo.

—¿Emma, estás bien?! —gritó Alía mientras se agachaba junto a ella,

Emma no lograba escuchar bien y su mirada estaba ofuscada.

—¿Emma, estás herida?!

Poco a poco fue reaccionado hasta que logró oír y ver con claridad. Rápidamente se alzó. —Sí, estoy bien... ¿Y tú?

Alía peinó con sus dedos el cabello desordenado. —Sí, estoy bien... El libro provocó una explosión. Seguramente era un hechizo de seguridad para que nadie lo pudiera leer.

De repente Emma recordó que no estaban solas y miró asustada hacia todas partes. —Oh, Dios mío... ¿Bryan?!

—¿Emma?! —respondió él mientras emergía del humo. La abrazó

fuertemente. —No encuentro a Evan.

Iniciaron a buscar a Evan entre los escombros y las llamas que ya se estaban extinguiendo gracias a la nieve que cubría la tierra. Escucharon algunos lamentos y corrieron inmediatamente. Evan se encontraba en el suelo con un pedazo de madera que penetraba su vientre de lado a lado.

—¡Oh no, no! —gritó Bryan mientras se colocaba al lado de su amigo moribundo sin saber qué hacer. —Evan, hermano, mírame. Evan...

Emma miró hacia Alía, la cual se mostraba tranquila e indiferente ante aquella situación y se cruzó de brazos mientras miraba de un lado hacia el otro, ignorando la mirada de su hermana.

Emma la miró muy seria. —Alía...

Alía resopló. —¡Está bien!... Tú ocúpate de que regresen los caballos y yo salvaré a Evan —rodó los ojos y se agachó junto al muchacho que estaba sin conocimiento. Empujó a Bryan—. Hazte a un lado. Necesito espacio.

Se arrodilló junto a Evander y extrajo bruscamente el pedazo de madera. Inmediatamente puso sus manos sobre la enorme herida y cerró los ojos. Respiró profundamente y sus manos se iluminaron levemente. Pronunció repetidamente algunas palabras mientras la luz en sus manos se intensificaba.

Mientras tanto, Emma, a algunos metros de allí, alzó sus manos y una fuerte ventisca rodeó su cuerpo. Cerró los ojos y llamó mentalmente a los caballos que se habían espantados con la explosión y corrían desbocados por el bosque, ya lejos de allí. La voz de ella penetró en sus mentes y rápidamente se detuvieron... Segundos después se voltearon y echaron a correr velozmente siguiendo el llamado de la bruja.

Alía se puso de pie y miró hacia Bryan. —Ya él está bien, su herida ha sanado y su corazón late regularmente.

—¿Y por qué no se despierta? —preguntó el príncipe preocupado.

—Porque ha perdido mucha sangre... despertará dentro de poco, no te preocupes —la mirada de Alía se dirigió hacia su hermana que estaba con la mirada fija hacia la profundidad del bosque.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Bryan.

—Está corriendo junto a los caballos, los llama, los guía hasta aquí... Es

ese su don —Alía sonrió con la mirada fija en su hermana—. Emma puede comunicar con los animales y... los animales la aman.

En ese momento cuatro caballos se acercaron a Emma y ella los acarició con afecto. Luego se volteó hacia Alía y Bryan que la miraban sonriendo. —Vámonos de una vez de este lugar.

Al llegar al palacio entraron por la puerta trasera, en la cocina, y subieron a Evan a su habitación cuidando de no ser descubiertos por el rey Adam; tendrían que darle muchas explicaciones y sabían bien como él solía preocuparse. Bryan se veía muy preocupado, aunque no dijera nada; el hecho de que su amigo no despertara aún lo preocupaba enormemente... y tal vez tampoco confiaba del todo en Alía, tanto así que ella pudo percibirlo en su mirada.

El príncipe se quedó un rato con su amigo en la alcoba.

Emma y Alía subieron a la alta torre y conversaban en el balcón acerca de lo sucedido:

—Por cuestión de segundos no acabó con nosotras esa desgraciada y su estúpido libro —rugió Emma mientras sacudía sus vestimentas de los vestigios de tierra que adquirieron durante la explosión.

—¡Ni lo digas! ¡Un poco más y no quiero ni imaginar..!

Emma se volvió hacia su hermana. —El pobre de Evan no corrió con tanta suerte, fue muy afortunado de que estuvieras ahí con nosotros; si no a esta hora Bryan estuviera destrozado por su muerte.

—Hmm... Bryan... —murmuró Alía entre dientes, mirando hacia el horizonte.

—¿Qué sucede?... ¿hay algo que te preocupe de él? —Emma se le acercó un tanto encogida por la expresión que tenía en el rostro.

—¡No!... Bueno, a decir verdad; noto su desconfianza hacia mí, pero no lo culpo... no he sido... mejor dicho no he tenido un pasado muy limpio que digamos. Es normal que desconfíe de mí.

A Emma le afectaba la intolerancia entre las dos personas más importantes de su vida. La verdad ya ella lo había notado; y mucho más desde el incidente donde Evan casi pierde la vida. —Se le pasará, cuando Evan despierte y vea que está bien gracias a ti; estará en deuda eterna contigo y verá que tu corazón es noble.

Alía sonrió. La conmovió la preocupación reflejada en la mirada de Emma. Entendió cuánto la afectaría si su hermana y su novio no se llevaran bien. Le tomó una mano. —No te preocupes, trataré de limar asperezas; solo por ti... Te prometo que trataré de ganar su confianza.

Para la cena, ya Evan estaba recuperado, y se presentó en la mesa completamente ileso; para alegría de Bryan que sonrió ampliamente al verlo llegar. Los cuatro jóvenes se miraron entre sí y sonrieron.

Esa noche su majestad, el rey Adam, anunciaría su viaje a Ovelnor al salir el sol, y le daría instrucciones a su hijo para que se encargara del reino en su ausencia.

—Partiré al amanecer con una veintena de hombres. Calculo que en unos seis días estaré de vuelta; cuanto más en una semana —dijo Adam, mirando directamente a Bryan—. Confío en que cuides de todo como el hombre justo que me he encargado de formar todos estos años.

Bryan rodó los ojos. —No es la primera vez que sales, padre. Nunca antes tuviste tanto empeño en dejar todo bajo mi cuidado —miró a su padre algo intrigado del actuar extraño que había adoptado

El rey sonrió y lo miró con amor. —Eres mi único hijo, heredero al trono de Krestus; es de mi interés que comiences a interesarte más por los asuntos de tu reino... Yo ya estoy viejo, no estaré siempre, y me gustaría antes de morir ver que eres un soberano justo y correcto con este pueblo que ha servido a mi reinado con el mayor beneplácito.

—¿Por qué hablas así? —Bryan sonrió, pero luego su rostro se llenó de preocupación—. Tal parece que estuvieras... despidiéndote.

—No es eso... es solo que debemos estar preparados para todo.

El resto de la cena transcurrió en silencio. Al terminar todos se alzaron y tomaron distintos rumbos.

Emma salió al jardín y Bryan la siguió; la abrazó por detrás, sorprendiéndola, haciendo que esta se sobresaltara.

—¿Te asusté?

Emma sonrió y se volteó hacia él. —¿Tú a *mí*?... Aquí la bruja soy yo. No lo olvides —lo besó en los labios, sintiendo un bienestar delicioso al estar entre sus brazos.

—Esta noche me siento... raro...

—¿Por qué? —preguntó ella curiosa.

—Estoy feliz por estar aquí contigo, así, muy juntos... también porque tu hermana sí sanó a Evan; no sé qué hubiera hecho si él hubiera muerto en aquella cabaña por mi culpa, yo le pedí de llevarme a ese sitio...

—Bueno —ella le rodeó el cuello con los brazos—. ¿Entonces, no desconfías de Alía verdad? Es por ella que Evan sigue aún entre nosotros.

—Lo sé, mi amor... tal vez sí me equivoqué al desconfiar de ella, perdón; le estaré agradecido siempre por lo que hizo.

Emma sonrió y recordó que él le contaba por qué se sentía raro. —Bueno, ¿y entonces?... si estás tan contento... ¿qué es eso que te preocupa? Lo noto en tus ojos.

Bryan le tomó las manos y se las besó suavemente. —Es... mi padre, no sé por qué; pero su manera de hablar... no me gustó, sentí como si estuviera previendo su ausencia.

—Y lo hizo, amor... partirá temprano de hecho.

La mirada del príncipe se perdió en el vacío. —No, me refiero a otra cosa; cuando dijo que estaba viejo y que el reino quedaría en mis manos y todo eso... me preocupó mi viejo.

—Todo estará bien, verás...

La besó con ternura. —Eso espero, amor... eso espero.

Alía por su parte, se había adelantado al balcón de la torre donde contemplaba la luna. Sabía que Emma llegaría en cualquier momento; pero prefirió subir antes para pensar un poco en el cambio que había dado su vida de repente. Por primera vez en muchos años sonrió por sentir un poco de paz en su corazón.

—¿Interrumpo esos pensamientos? —preguntó Evan que se acercaba lentamente.

—¿Hmm! ¿Tú?... ¿Qué haces aquí? Tu amigo no está por acá, estoy solo yo; y no veo motivo para que estés aquí... conmigo —resopló ella fríamente sin dirigirle la mirada, la cual permaneció perdida en las estrellas.

—Sólo te robaré unos minutos, por favor...

Ella suspiró resignada y se volteó hacia él. —Está bien, pero luego te marchas; tu compañía no me es grata.

Evan le sostuvo la mirada por un momento y eso la puso nerviosa, cuestión esta que ella intentó disfrazar muy bien.

El chico sonrió. —Sólo quería agradecerte por... por haberme sanado; Bryan me contó cómo hiciste.

La mirada de ella era bastante fría. —Agradécele mejor a mi hermana, lo hice por ella; no por ti en particular.

—¿Por qué me tratas con tanta frialdad?... Sé que no nos conocimos en las mejores circunstancias pero... te pido que me des una oportunidad de acercarme a ti...

Ella rió a carcajadas, irritante. —¿Tú?!... ¿Acercarte a mí? ¡No me hagas reír! ¿Y por qué tendría que hacer eso?

Evan era un hombre impulsivo y no contuvo sus deseos, se acercó repentinamente y le tomó las manos. —Sencillamente porque yo siento que no saliste del todo de mi cabeza. Porque te tengo en la mente a toda hora, te pienso a cada instante y no consigo olvidar tu rostro, aún con ese aire de frialdad con que me miras...

Alía se sintió asustada de la proximidad del joven. No comprendía por qué aquel hombre no le temía y osaba tocarla, y le desconcertaba aún más lo nerviosa que se sentía con su cercanía.

Se soltó de sus manos y le dio la espalda. —Mejor te marchas y me dejas sola antes que...

—¿Antes qué?... Me vas a...

Pero en ese momento las risas de Emma y Bryan que se acercaban abrazados muy oportunamente para Alía, hicieron que Evan callara.

—¡Evan, amigo! —prorrumpió Bryan mientras se acercó sonriente y le tendió el brazo por encima de los hombros—. Te he buscado desde hace rato, acompáñame, hermano; quiero revisar que la comitiva que acompañará a mi padre esté en orden para mañana...

—Sí... vamos —respondió Evan, mirando a Alía por última vez antes de alejarse.

Bryan le dio un beso a Emma y antes de irse posó una mano en el hombro de Alía y le sonrió. —Buenas noches, Alía... que descansen.

Alía no escondió su asombro de aquella extraña reacción del príncipe. — G-Gracias... Igualmente.

Cuando las dos hermanas quedaron a solas...

—¿Qué le sucede ahora a tu "principito"? ¡Primero me mira como a un engendro del demonio y ahora es amable! ¡No entiendo nada! —soltó Alía haciendo reír a su hermana.

—Simplemente te vio a través de mis ojos... y comprendió que eres un ser maravilloso y especial — Emma le dio un abrazo de repente—. ¡Estoy tan feliz de tenerte aquí hermana!

Alía no respondió, no sabía cómo decirle a Emma que debía volver a Antkar a más tardar cuando el rey Adam regresara de su viaje.

—Emma... recuerdas que te dije que tendría que volver a Antkar —Alía la vio a los ojos—. Esperaré que regrese el rey Adam y partiré, no sé cuánto tiempo estaré por allá...

—Y yo iré contigo —dijo con firmeza—. Sé que cosa tienes que hacer allá y mientras tú resuelves tus cuestiones con el rey Nicanor yo puedo investigar acerca de la tal Lisa... Seguramente la tal Juliette puede darnos más informaciones.

Alía permaneció en silencio por algunos segundos, reflexionando. Pensó en lo que su hermana le había apenas dicho. Sabía que le sería imposible hacerle cambiar idea, de igual manera no quería que estuviera en el palacio de Antkar. La vida en aquel lugar era completamente diferente. La verdad era que Alía tenía miedo que su hermana la viera sin el disfraz de chica buena.

Se aclaró la garganta. —Allá las cosas son diferentes, Emma... Las personas que trabajan para mí me temen y yo...

—¿Y tú tienes que continuar a hacerte respetar, verdad? —dijo Emma, dejando a la otra sin palabras—. No te preocupes. Te prometo que no me meteré en tu vida o en la manera que manejas tus problemas... o en la manera en que los solucionas. Pero de una cosa estoy segura... partiré junto a ti para Antkar.

Alía no tuvo más remedio que consentir. —Está bien, entonces partiremos cuando el rey regrese...

—No, partiremos mañana mismo y de paso aprovecho para escoltar al rey Adam hasta el confín con Ovelnor —concluyó Emma y se retiró a sus

aposentos.

Alía sonrió. En realidad su hermana era testaruda y muy decidida, cuando decía una cosa nadie la podía hacer cambiar idea. Y esta era una de las tantas cosas que las dos hermanas brujas tenían en común.

Capítulo 9

Como planeado las dos muchachas se prepararon para el viaje. El rey Adam no estuvo de acuerdo, pues viajaría más sereno sabiendo que Emma estaría en el castillo durante sus días de ausencia, cuidando de este y sobretodo de su hijo. Pero Emma lo tranquilizó haciendo junto a su hermana un hechizo de protección al palacio; ninguna bruja sería capaz de atravesar las puertas.

El príncipe Bryan y Evan no soportaban la idea de dejarlas ir solas, pero ellos no las podían detener y Bryan no podía dejar tampoco el reino.

Partieron a las primeras luces del alba. Anduvieron por un día entero hasta

llegar al confín donde se separaron. Alía y Emma tomaron el camino hacia Antkar, aún les faltaba un día y medio para arribar. Al anochecer del segundo día acamparon en cercanía de un río. Los caballos estaban agotados y sedientos... y ellas también. Prendieron una pequeña fogata con dificultad dentro de una cueva y cenaron. Luego improvisaron un lecho con algunas cobijas que llevaban y se dispusieron a dormir. Empezarían nuevamente el viaje antes del amanecer, querían llegar a palacio al mediodía.

—¿Emma..? —dijo Alía mientras se volteaba hacia su hermana, que al igual que ella no lograba quedarse dormida.

—¿Sí? ¿Qué sucede? —Emma se volteó y la vio a los ojos.

Alía desvió la mirada, fijándola en un punto del entorno. —Yo nunca habría lanzado el maleficio, cuando lo creé fue en un momento de rabia contra todos... pero nunca ...

—Lo sé, no tienes que...

—Déjame terminar, Emma —la interrumpió Alía con los ojos aguados—. Nunca le he hecho daño a un inocente. Sí... los he maltratado con mis palabras, pero nunca le he quitado la vida a uno que no se lo mereciera. Quiero que sepas que me arrepiento enormemente de haber creado algo así maligno y te pido disculpas por haber puesto tu vida y la de todos en peligro. Y estoy tan feliz de haberte encontrado...

—Resolveremos todo, Alía, juntas... —Emma sonrió tristemente—. Te lo prometo.

Antes de que el sol surgiera, las dos muchachas emprendieron nuevamente el viaje. Y como previsto llegaron al Palacio al mediodía. El rey Nicanor estaba almorzando cuando un sirviente lo informó de la llegada de las dos brujas. Rápidamente mandó a preparar dos cubiertos y esperó pacientemente a las dos chicas.

Ellas se cambiaron y luego se presentaron ante el rey. Emma hizo una reverencia y tomó puesto, Alía se limitó a mirarlo y rápidamente ocupó su lugar en la otra cabecera.

—¿Entonces? —Nicanor se veía impaciente.

Alía lo fulminó con la mirada. —Hablares luego, Nicanor. Ahora quiero

sólo comer en paz porque estoy hambrienta.

—He estado preocupado por ti, podías al menos mandarme un mensajero para advertirme que estabas bien —de repente golpeó levemente la mesa—. Hace días atrás ha sucedido algo extraño, pues todos nos hemos quedado dormidos inesperadamente...

Alía miró hacia Emma y comenzó a reír dejando al rey confundido. —¿Has puesto a dormir el palacio entero?

—También a los animales —respondió la otra riendo.

—¿Entonces fuiste tú? —demandó Nicanor mirando hacia Emma; ciertamente no a los ojos.

Alía lo dignó de una mirada. —Han sucedido muchas cosas en estos últimos días... he estado muerta, luego entré en la cabeza de tu... de un joven que fue el que me mató —miró hacia Emma, casi revela el secreto de Evan. Sonrió—. Pero gracias a mi hermana estoy aquí... en carne y huesos.

Nicanor dio un sobresalto. —¿Has estado *muerta*?! ¿Presumo que el culpable ya está bajo tierra?

—En realidad no —declaró y el rey quedó asombrado. Ella se puso muy seria—. Las cosas han tomado un rumbo diferente, la bruja que estaba buscando es más fuerte de lo que pensé y sus propósitos son macabros, está en juego la vida de todos... compresa la tuya —se puso de pie, inició a caminar lentamente hacia el rey, el cual permanecía en silencio. Lo miró a los ojos—. Ya no tomarás los otros reinos como habíamos planeado. Como te he dicho... las cosas han cambiado.

La mirada de él se llenó de rabia. —Tú me lo habías prometido...

Emma estaba en silencio. Le había prometido a su hermana que no se entrometería en sus asuntos y así lo haría.

Alía golpeo la superficie de la mesa, justo ante Nicanor. —Agradéceme el hecho que te dejaré vivo, porque podría matarte ahora mismo...

Al decir esto los sirvientes se retiraron de inmediato cerrando las puertas. Emma bebió un sorbo de vino. Sí que era terrorífica aquella versión de su hermana.

Alía continuó. —En tu testamento soy yo la única heredera de este reino y

sabes bien que nadie se interpondrá a mi voluntad, podría quedarme con todo si quisiera —acarició el rostro asustado del rey—. Pero no te preocupes, no lo haré. Por el momento tengo que concentrarme en encontrar y matar a esa maldita bruja ... Si hubiera querido ser reina me hubiera casado contigo muchos años atrás... ¿Te queda claro cómo están las cosas?

—Clarísimo como el agua —él pareció convencido—. Renunciaré a mi deseo de poder y me conformaré con reinar en un solo reino, después de todo la idea de tomar los otros reinos era tuya. Entre los dos eres tú la que aspira a la supremacía.

Después de almuerzo, Alía y Emma fueron por dos caballos y salieron al bosque. Anduvieron por un poco y luego Emma se detuvo y descendió de su caballo. Estaba silenciosa.

—¿Qué sucede, Emma? —preguntó Alía que aún estaba sobre su corcel.

—He estado pensando mucho y... y creo que deberías ayudar al príncipe Evander a recuperar su reino —dijo Emma y Alía desvió la mirada. Emma se acercó—. Es injusto lo que hizo Nicanor con él y con sus padres, tiene que pagarlo.

Alía se rascó la cabeza y se arregló un mechón de cabello detrás de la oreja. —Emma... esto no es un problema mío ni tuyo, Evan se la tendrá que ver solo.

—Evan no tiene a nadie que lo ayude. No puede comenzar una guerra contra su hermano, esto lo llevaría solo a una muerte segura...

—Te recuerdo que Evan me quiso matar dos veces y la segunda lo logró —gruñó Alía, descendiendo de su caballo.

Emma le tomó la manos y la miró suplicante. —Sabes bien que no lo quiso hacer, que fue controlado por una bruja y que pensaba que hacía lo correcto. Sólo te pido que cuando todo esto termine lo ayudes a desenmascarar a Nicanor y a tomar lo que es suyo por derecho.

—¿Sabes que eres la persona más bondadosa y honesta que conozco? Tienes un corazón enorme, hermana... Lo pensaré —dijo, esbozando una sonrisa,

Emma sonrió también y abrazó a su hermana con fuerza. Sabía que detrás de aquella chica malvada se escondía un ser lleno de bondad.

Alía se puso nuevamente seria. —Pero no te lo prometo. Además el tal "príncipe Evander" trama algo contra de mí .

Emma sofocó una carcajada. —Sí, ya me lo habías dicho.

—¡Es verdad, Emma! Se comporta muy extraño, me mira raro y la verdad es que eso me pone muy nerviosa —desvió la mirada—. Estoy segura que no me dejará en paz...

—O tal vez esa actitud "extraña" sea que ...

—¿Qué cosa? —preguntó Alía al cuanto nerviosa.

—Que tú le gustas —murmuró Emma sonriendo.

Alía la miró inmediatamente y sin darse cuenta sonrió. —¿Tú dices? ¡Ah! —montó rápidamente en su caballo mientras aun su hermana reía—. Ahora vayamos a ver a Juliette es ya tarde.

Prosiguieron el camino en silencio. Alía continuaba a pensar en lo que Emma le había dicho acerca de Evan. No dejó de sonreír por todo el camino.

Un rato después llegaron ante la enorme roca. Amarraron bien los caballos y entraron.

Juliette las estaba esperando. —Estoy contenta que estés bien —dijo mirando hacia Emma y luego dirigió la mirada hacia Alía—. ¿Qué quieres ahora?

—La tal Lisa me tendió una trampa y casi muero.

Juliette la miró de pies a cabeza. —Pero veo que falló —arqueó una ceja y sonrió.

—Hemos encontrado en su guarida un libro... ¿Te dice algo el nombre "Primum"? —preguntó Emma de prisa antes que su hermana dijera algo acerca de la evidente insinuación de Juliette.

Juliette se puso seria al escuchar ese nombre. —Primum fue la primera secta de brujas, fundada por tres gemelas hace más de doscientos años atrás; Las primeras —caminó hacia su librería—. La leyenda cuenta que las quemaron vivas. ¿Sabes por qué queman a las brujas? —miró a Emma pero no esperó una respuesta—. Porque el fuego es el único a mandar nuestras almas al infierno... Pero ellas no querían ir al infierno e hicieron un maleficio para que sus almas permanecieran en la tierra, entre los vivos. Se dice que las guardaron en un lugar muy especial para ellas... Ese lugar es entre las páginas del diario. Quien lo abra liberará las almas... Por suerte Lisa no tiene el poder para abrir el libro, nadie en doscientos años ha logrado abrirlo. Quien lo posee escucha solo las voces... y temo que Lisa esté haciendo lo que estas voces le ordenan.

Alía pasó sus dedos, acariciando algunos libros. — Y al parecer estas voces le están pidiendo mi hechizo.

—Es natural, tu hechizo puede hacer realidad sus deseos; destruir la humanidad —dijo Juliette, lanzando una mala mirada a Alía. Aquel era el

motivo por el cual no la soportaba y la odiaba—. Espero que no hayas abierto ese maldito libro, porque aunque deteste decirlo, eres una de las pocas hijas de la luna que tiene el poder de abrirlo.

Alía miró inmediatamente a su hermana, la cual estaba en silencio y paralizada.

—Yo abrí el libro —confesó Emma con un hilillo de voz apenas—. El libro explotó... ¡Oh, Dios mío! Explotó porque las almas se liberaron.

—Pues eso quiere decir que tendremos que enfrentar una bruja loca y tres fantasmas encabronados y muy poderosos. Y pedir al cielo que no encuentren la manera de tomar mi maldita piedra —comentó Alía, parecía no estar preocupada, pero en realidad lo estaba, aunque no lo diera a notar.

—¡Oh no! —Juliette inició a caminar de un lado al otro—. En el diario no se encontraban solo las almas de las tres gemelas... allí ocultaron las almas de todas las brujas de su secta; eran más de cien.

Alía y Emma se miraron y esta vez estaban visiblemente asustadas. Les era imposible esconder el terror en sus miradas. Habían liberado más de cien espíritus de brujas sedientos de venganza, y en estos momentos caminaban entre los vivos buscando la manera de retornar en vida. Y una vez que lo lograran vendrían por ellas y no se darían por vencidos hasta obtener lo que querían.

Las dos hermanas se marcharon inmediatamente sin saber qué hacer, pues ya el daño estaba hecho. No había modo de regresar atrás. Les quedaba solo mantener la piedra al seguro, y luchar con todas sus fuerzas para que no cayera en las manos de la secta de las gemelas.

Corrían velozmente sobre sus corceles de retorno al Palacio. No había tiempo que perder. Tomarían la piedra y se marcharían para siempre de aquellas tierras. No veían otra vía de salvación. El único plan que les vino en mente fue huir lo más lejos posible y alejar el peligro de los seres que amaban. Sabían que aquellas las seguirían sin descanso...

Pero lo que ellas no sabían era que ya era demasiado tarde...

Los caballos se detuvieron de golpe en la entrada de un pueblecito de Antkar y comenzaron a pegar respingos y a relinchar, espantados; sentían la presencia maligna en esa aldea. Les fue difícil a las dos jóvenes permanecer

pegadas a la montura. Alía fue la primera en caer y dio vueltas en el suelo mientras veía a su corcel que se alejaba desbocado desapareciendo entre los árboles. Emma, con las riendas en las manos, intentaba calmar su caballo, pero fue en vano, cayó al lado de su hermana, perdiendo también su animal.

Se alzaron lentamente y voltearon sus miradas hacia la aldea, quedando completamente petrificadas. Una ventisca violenta irrumpió en sus rostros advirtiéndolas de la presencia de brujas. Tomaron fuerzas e iniciaron a caminar sobre la nieve que cubría la tierra, escuchando sólo sus pasos, pues el pueblo parecía deshabitado. Las puertas de las chozas estaban abiertas y emergía el humo de sus chimeneas; más sin embargo no percibían ni siquiera un hálito de vida.

Continuaron a avanzar, lentamente. Los pasos de ambas hermanas eran dudosos. Dirigieron sus miradas hacia el suelo y vieron algunas gotas de sangre, y otras más adelante... Iniciaron a seguir aquel rastro. Eran conscientes que no sería agradable lo que encontrarían al final de aquella callejuela.

Se detuvieron minutos después cuando las pequeñas gotas de sangre se unían a una única y enorme mancha roja en medio de la pequeña plaza de la aldea. Ante sus ojos yacían más de doscientos cadáveres mutilados y todos eran hombres.

De repente la nieve comenzó a descender y el viento se tornó más fuerte. Las dos hermanas se voltearon encontrándose cara a cara con las mujeres de aquella aldea. Todas vestidas blanco y las manos ensangrentadas. Alía y Emma se miraron por un segundo y luego escucharon una voz provenir de sus espaldas.

—Gracias por habernos liberado —dijo una joven que se encontraba agachada junto a los cadáveres.

—¿Quién rayos eres tú? —demandó Emma volteándose junto a su hermana.

La chica se alzó y limpió sus manos manchadas de rojo en su largo vestido blanco. —Mi nombre es Beth —se presentó, caminando hacia ellas sonriendo.

Repentinamente de su cuerpo emergió otra joven idéntica. —Mi nombre es Nora —dijo la segunda gemela sonriendo.

Segundos después del cuerpo de Nora emergió la tercera hermana. —Y yo soy Mary.

Eran idénticas. Inquietantes. Espeluznantes...

Se colocaron una al lado de la otra frente a Alía y a Emma, las cuales sabían que sería casi imposible salir ilesas de aquella situación. Las demás brujas iniciaron a circundarlas, dejándolas en medio de un círculo junto a las gemelas.

Beth sonrió. —Qué gran placer estar hoy frente a ustedes. Pienso que podamos encontrar una manera de ponernos de acuerdo *amigablemente*. No quiero que entre nosotras haya ningún tipo de discordia —se inclinó un poco hacia las dos chicas, su sonrisa desapareció al instante y su voz se volvió más profunda—. Pero si ustedes se oponen a nuestra voluntad tendremos que optar por la violencia...

—Sería verdaderamente una lástima tener que matar a dos de nuestras hermanas... sí, porque ustedes ya forman parte de nuestra hermandad —se entrometió Mary, caminando alrededor de las dos.

Nora suspiró, su mirada estaba clavada en sus largas uñas manchadas de sangre, con aire indiferente. —No queremos hacerles daño. Queremos sólo que nos den la piedra.

Alía miró hacia su hermana. —¿Tú que piensas de todo esto, Emma? —la voz de Alía se tornó burlona—. Ellas quieren llegar a un acuerdo “amigable”.

—Me parece correcto, Alía, además... hasta nos dan la oportunidad de formar parte de una "hermandad" —Emma le siguió el juego a su hermana.

—Sí, es una propuesta muy *tentadora* —Alía sonrió malditamente irritante.

Emma se arregló un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja. —Aunque a mí me pareció más una amenaza que una propuesta.

Las tres gemelas comenzaron a encabronarse al sentir aquel tono irónico y aquellas sonrisitas que ambas tenían dibujadas en los labios.

Alía se volteó hacia las tres y les sonrió mientras le tomaba una mano a Emma. Sus ojos se volvieron intensamente rojos. —Yo y mi hermana optamos por la violencia.

Inmediatamente Alía, junto a su hermana, inició a pronunciar el peligroso hechizo de teletransportación, rezando porque funcionara. Un fuerte viento las envolvió de repente y las otras brujas no podían acercarse a ellas. Escapar era la elección más correcta en aquel momento. No era más valiente, eso sí. ¿Pero qué

otra cosa podían hacer? Habían un montón de brujas sedientas de sangre...

Minutos después un torbellino apareció en el jardín del Palacio y de este emergieron Emma y Alía. Cayeron revolcadas contra los muros del laberinto. Emma logró alzarse, se tocó la nariz y sus dedos se marcharon de sangre. Alía estaba del otro lado vomitando...

Poco a poco recuperaron nuevamente las fuerzas y se incorporaron. Inmediatamente corrieron a la habitación de Alía y tomaron la piedra. Debían volver a Krestus cuanto antes, pues sabían que las gemelas atacarían a sus seres queridos y los usarían contra de ellas.

—¿Y ahora cómo rayos nos transportaremos a Krestus?! ¡No puedo permitir que le hagan daño al reino del rey Adam! —Emma se llevó las manos a la cabeza.

Alía la miró preocupada. —¡Ahora sí tenemos un problema! Si viajamos a caballo tardaríamos mucho en llegar, y esas arpías pueden adelantarse... Pero si volvemos a usar la teletransportación; pudiéramos perder la vida.

—Es cierto —suspiró Emma pasando un dedo por su nariz y constatando que ya no brotaba sangre—. Pero tendremos que arriesgarnos nuevamente; ¡no me perdonaría que les sucediera algo a los habitantes del reino!

Alía la miró e imaginó que no tendría cómo persuadirla; y ella no la dejaría ir sola por nada del mundo, así que asintió con la cabeza y abandonaron corriendo la habitación.

Emma realizó nuevamente su hechizo de la vez pasada y todos quedaron rendidos, incluso Nicanor; que en ese momento las había visto y pretendía acercarse a Alía para hablarle de alguna de sus estupideces.

—¡Rápido! Dame tu mano —dijo Alía mientras ambas cerraban los ojos y pronunciaban las palabras que las llevarían a viajar contra el tiempo.

Esta vez cayeron en el bosque, un poco apartadas del palacio. Alía despertó y se puso de pie con trabajo. Al caer se golpeó fuertemente la cabeza contra un árbol. Cuando su mente se estabilizó comenzó a buscar a Emma por todas partes, gritaba su nombre y esta no le contestaba; hasta que la divisó tendida en el suelo. Corrió hacia ella e intentó reanimarla desesperadamente;

hasta que esta finalmente abrió los ojos.

—¿Lo conseguimos? —Emma intentó ponerse de pie.

—¡Sí, estamos en Krestus! Pero debemos darnos prisa, porque estamos en el bosque. Por fortuna dejamos el palacio protegido por un hechizo que aguantará un poco ante la presión de esas desgraciadas si aparecieran; pero el resto del reino sigue vulnerable.

—¡Apurémonos entonces! ¡Debemos proteger cada aldea, cada comuna del reino! —exclamó Emma y se incorporó decidida.

Corrieron sin cesar hasta la aldea más cercana. Constataron que todos estaban bien y suspiraron aliviadas. Caminaron por cada callejuela, rezando sus hechizos. Sabían que esto no las protegería permanentemente, pero al menos les daría oportunidad a los habitantes de escapar mientras las de la secta intentaban quebrarlo. Tomaron dos corceles y recorrieron todo el reino, sin descansar durante horas, hasta que cada pueblo quedó protegido...

Finalmente se hallaron ante el portón del palacio.

—¿Y ahora? —preguntó Emma un tanto preocupada.

—Ahora sólo resta esperar. Sé que aparecerán de un momento a otro; no descansarán hasta venir por nosotras y atacarnos por donde puedan hasta conseguir lo que quieren —dijo Alía, tocando por encima de sus ropas la piedra roja que llevaba colgando al cuello, junto a su piel.

Llegaron al palacio y aún estaban despiertos. Bryan al ver a Emma corrió a abrazarla y le dio un beso. La miró a los ojos y sonrió, mientras le decía la falta que le había hecho en el tiempo que estuvieron ausentes.

Alía permaneció en la ventana, mirando al sendero todo el tiempo, y meditando. Todo era su culpa y no dejaba de martirizarse por sus repugnantes acciones.

De repente Evan se le acercó. —No pensé que volverías... al menos no por ahora; pero me encanta volver a verte —dijo mientras atrevidamente le tomaba una mano y la besaba.

Ella retiró la mano rápidamente. Sonrió sin darse cuenta y recordó el parecer de su hermana que se lo había comentado durante el viaje; e intentó no

ser tan dura con él. —La verdad es que volvimos antes de lo planeado porque estamos en problemas... todos estamos expuestos a una severa amenaza y es mejor si nos mantenemos unidos.

—¿Cómo?! —la reacción de Evan llamó la atención de la pareja que se acercó de inmediato; poniendo toda atención.

Bryan se volvió hacia Emma. —¿Qué está sucediendo, amor?

—Como ya dije; estamos en peligro —dijo Alía mirando al príncipe Bryan.

—Desgraciadamente es la verdad. Todos corremos peligro —confirmó Emma mientras se alejó de él y se paró junto a su hermana.

Entre las dos les contaron todo lo que estaba sucediendo con las gemelas y sus brujas reclutadas. También lo que habían presenciado en aquella aldea de Antkar.

—Es por eso que hemos lanzado hechizos por cada aldea del reino, para resistir la llegada de esas mal nacidas y tener conocimiento de su presencia en cuanto intenten romperlos —los informó Alía sonriendo.

Los dos jóvenes habían quedado atontados ante semejante historia, y se miraron preocupados, luego Evan preguntó. —¿Y cómo se supone que debemos combatir a estas... brujas?

Emma miró a su hermana y luego a Evander. —Ellas quieren la piedra... y esta la tenemos nosotras. En ella se encuentra el más grande hechizo que haya existido jamás... lo ha creado mi hermana cuando su corazón estaba lleno de rabia, y me temo que sólo usando esa misma piedra podremos devolverlas al sitio de donde nunca debieron salir.

—Sólo que aún no hallamos el modo de usar la magia de la piedra en su contra —terminó diciendo Alía.

Bryan había permanecido en silencio hasta el momento, su mente trabajaba velozmente y de repente una frase de preocupación emergió de su garganta. —Mi padre... mientras esté fuera estará en peligro...

Las hijas de la luna se miraron entre sí y comprendieron que era cierto. Hasta ahora no habían pensado en el rey. Si las gemelas quisieran dañar a las personas importantes para ellas; el rey Adam, al hallarse desprotegido sería blanco fácil para herir a Emma, puesto que ella lo veía como un padre y sería

capaz de todo por él.

Inmediatamente Emma corrió al lado de Bryan y lo abrazó. —Tienes razón, pero te juro que iré por él y lo traeré de vuelta, sano y salvo.

—No puedes ir sola, ¡yo iré contigo! Es mi padre —dijo Bryan.

Emma lo miró a los ojos, y se llenó de angustia al ver la impotencia que el sentía en aquel momento. —No puedes, tienes que quedarte a cuidar del reino, como te lo pidió él antes de partir.

En ese momento el príncipe recordó las palabras de su padre al despedirse. Aquellas palabras que lo hicieron sentir una extraña sensación de despedida; y se le arrugó aún más el alma. —Pero es mi padre. Y no puedo dejarte enfrenar sola con esas enfermas.

Alía dio un paso adelante. —No iré sola a ninguna parte; yo iré con ella —dijo, sintiendo una extraña sensación en su estómago al ver tanta preocupación en los ojos del príncipe de Krestus.

Fue en vano discutirles la decisión, ya estaba tomada; y era en vano contrariar a las hermanas, puesto que sólo entre ellas mismas lograban convencerse cuando no concordaban en algo. No les quedó más remedio a los jóvenes que aceptar la decisión y esperar a la mañana siguiente, que fue el momento pactado para la partida de las hermanas rumbo a Ovelnor en busca de su majestad el rey Adam. Sería esta la primera vez en muchos años que volverían a su tierra... desde que abandonaron el territorio al ser vendidas por su padre... Cuando alcanzaron la mayoría de edad ambas por sus cuentas intentaron averiguar qué sería de su familia y su hogar; pero recibieron las noticias de que en el predio en donde vivían de niñas no quedaban más que ruinas, que hacía años su madre había muerto de tristeza y su padre había desaparecido, algunos contaban que había muerto y otros que se había marchado en un barco mercante al otro lado del mar. El paradero del padre era desconocido para ambas, las cuales esperaban que estuviera muerto, era eso lo que merecía por haberlas tratada como mercancía.

Esa noche, como de costumbre; Emma y Alía contemplaron la luna desde el balcón de la alta torre. Estaban una junto a la otra, y sus mentes parecían estar conectadas, pues sus pensamientos giraban en torno a lo mismo: el miedo.

—Alía... tengo mucho miedo —confesó Emma, agachando la cabeza por

vergüenza a revelar lo que sentía a su hermana menor.

La otra sonrió y le puso una mano sobre la de ella que se encontraba apoyada en la barda del balcón. —¿Por qué sientes pena en decirme eso?... Yo también siento lo mismo, es normal.

Emma permaneció con la mirada fija en algún lugar ante sí. —Es que... no sé; me siento rara, porque ahora no temo solo por mí y este sitio que me ha acogido como una hija más; ahora estás tú y moriría si te sucediera algo.

—¿Todavía sigues siendo la hermana mayor que quiere cargar con todo, verdad? —Alía sonrió—. Pues tranquila, porque yo no pienso dejar que me pase nada, no te volverás a librar de mí otra vez.

Ambas rieron sin darse la cara... estaban llorando...

En ese momento llegaron Evan y Bryan.

El príncipe de Krestus abrazó a Emma y le besó en la frente. —Es tarde ya, amor, vine a despedirme por esta noche... Te acompaño hasta tu puerta.

—¡Sí! —Emma sonrió y, disimuladamente, se limpió el rostro mojado por las amargas lágrimas—. Hasta mañana temprano, hermana —le dijo a Alía y le dio un beso en la mejilla alejándose rápidamente con Bryan.

Cuando Evan quedó a solas con Alía, se acercó un poco más y también contempló la luna a la par de ella. —¿Puedo acompañarte un rato?... Prometo no molestarte ni decir nada si no quieres.

—Está bien —respondió ella sin sonar tan prepotente como cada vez que se dirigía a él.

El chico permanecía en silencio, cumpliendo su promesa; pero esta vez fue ella la que inició la conversación. El silencio a veces lograba ponerla nerviosa. Y la verdad era que le incomodaba ese silencio prolongado.

—¿Te gusta la luna? —preguntó, luego se dio cuenta que era una pregunta un tanto estúpida para iniciar una conversación.

Él sonrió, contento de que ella hubiera roto aquel silencio. —Mucho —la miró por un momento a los ojos, encontrando su mirada—. Es como... como una utopía; algo hermosísimo que no podemos alcanzar jamás...

Ella desvió la mirada. ¿Por qué diablos la mirada del chico le hacía sentir extrañas cosas? Se aclaró la garganta y pensó en cuál era el tema de la

conversación; lo había olvidado por un segundo. Ah, sí, la luna... y que no se pude alcanzar jamás. —¿Jamás? Es esa una palabra muy pesada, tal vez en un futuro haya quien pueda ir hasta ella.

—¿Será? —la mirada del chico se perdió en el cielo.

—Sí, tal vez... basta que alguien idee la manera y crea en los sueños; entonces nada será imposible.

Los ojos de él continuaban perdidos en la luna y ella tuvo el tiempo de mirarlo sin que él se diera cuenta. Era un chico muy apuesto en realidad, pero antes no se había dado cuenta. ¿Por qué ahora sí?

Él sonrió. —¿Debería yo entonces continuar deseando estar en la luna?... ¿Acaso debería seguir deseándolo sólo en silencio o... o debería arriesgarme a soñar con ello?

Sin saber por qué, ella se sintió aún más extraña bajo su profunda mirada. —Creo que deberías arriesgarte... quién sabe y...

No terminó la frase, porque inmediatamente él la enmudeció con un imprevisto beso. La tomó bruscamente por la cintura al inicio; luego con más delicadeza, hasta que ella se entregó a corresponderle sin ninguna resistencia. Y sí, en ese momento ambos tocaron la luna por primera vez...

Mientras, en la habitación de Emma, Bryan le daba el último beso de despedida por esa noche.

—Mañana será un día difícil, estaré muy preocupado hasta que las vea regresar a salvo, con mi padre —dijo él, esbozando una pequeña sonrisa.

Ella le acarició el rostro. —Te lo prometo que así será, mi príncipe

—Bueno, ahora me marcho... Supongo que querrás dormir cuanto antes para estar lista mañana —él, sin deseos obviamente, se separó un poco de ella para ya dar la media vuelta e ir directo a sus aposentos...

—Supones mal —Emma lo tomó por una mano y lo atrajo hacia sí, cerrando luego la puerta de su alcoba una vez que lo hizo entrar.

Aquella noche se vivió en palacio como si fuera la última vez, que de hecho; podía ser así... Esa noche los cuatro olvidaron que a la mañana siguiente se iban a separar y no sabían con certeza si volverían a verse.

Capítulo 10

A la mañana del día siguiente, Alía y Emma partieron para Ovelnor. No se despidieron de los príncipes, salieron escurridizas del Palacio, tal vez porque no querían que las vieran llorar, porque no querían que vieran el miedo que llevaban clavado en los ojos.

Cabalgaron por horas sin siquiera pronunciar palabra alguna. Sus mentes estaban ocupadas con todo aquello que se les venía encima. ¿Cuál era el plan? ¿Esconderse eternamente entre los muros del Palacio de Krestus? ¿Estar perpetuamente concentradas en el hechizo de protección para que las gemelas no lograran atravesar las puertas?... Continuaron el viaje pensando en todo aquello, pensando en la vida que les esperaba de ahora en adelante, porque de una cosa estaban seguras; si las gemelas querían la piedra tenían que pasar sobre sus cadáveres.

Casi al anochecer llegaron al confín con Ovelnor; en ese mismo sitio donde muchos años atrás las habían separado injustamente. Y justo en una pequeña colina a más de cien metros de distancia, ante ellas, divisaron una silueta; aparentemente masculina. Se detuvieron y se miraron. Sentían aquella extraña sensación que sintieron al atravesar las puertas de aquella aldea en Antkar.

Repentinamente inició a llover. Los truenos eran fuertes y los enormes relámpagos alumbraban por pocos segundos el cuerpo que permanecía en pie sobre la colina; era el rey Adam. Estaba completamente solo.

Emma al verlo y reconocerlo echó a correr sobre su corcel desesperada.

Sabía que aquello era una trampa, pero no le importó. Su único pensamiento era salvarlo. Aquel buen hombre no merecía morir...

—¡Emma, no! ¡Emma, detente! —gritó Alía con todas sus fuerzas al ver aparecer las tres gemelas detrás del viejo, el cual estaba allí, firme, como si estuviera sonámbulo.

Emma no la escuchó. No veía a las gemelas, veía solo al rey Adam que le tendía la mano y la llamaba... Descendió del corcel y corrió, corrió velozmente, sintiendo las gotas de lluvia que rayaban bruscamente su rostro y se confundían con sus lágrimas, sintiendo el viento gélido que penetraba en su piel como mil agujas afiladas ralentizando sus pasos. Y justo al llegar ante él y sujetarle la mano tendida vio que de su pecho inició a brotar sangre... y poco después la daga que penetró su corazón se volvió visible a los ojos de ella. Él cayó en sus brazos, agonizante.

—No, no, no... —empezó a llorar Emma mientras lo apretaba fuertemente—. Verás estarás bien... No puedes morir... No, no...

Alía llegó a donde su hermana y rápidamente se arrodilló junto a ella; mientras el corazón del rey latiera ella con su poder podía salvarlo... Pero de repente una fuerza invisible la alejó bruscamente de allí, ni siquiera tuvo el tiempo de tocarlo. Aterrizó muy lejos y se golpeó fuertemente la cabeza contra una roca, quedando sin conocimiento...

—Emma... —balbuceó el rey con dificultad viéndola por vez primera a los ojos—. No pasa nada... niña mía, ha llegado mi hora...

—No, no puedes dejarme... no...

Él alzó una mano y le acarició el rostro, enjugando algunas lágrimas. —Quiero que sepas que me voy feliz, porque sé... sé que las dos personas que más he amado... han encantado el amor —dijo, robándole una pequeña y triste sonrisa—. No podría desear para mi hijo otra mujer que no fueras tú... yo... les doy... mi... bendición...

—¡No! ¡No! —gritó Emma cuando vio los ojos del rey cerrarse para siempre. Le apretó fuertemente el pecho, pero ya su corazón se había detenido... no había nada que ella pudiera hacer.

Quedó allí, llorando. Había apenas muerto un hombre que ella quería como un padre. Un hombre que nunca la juzgó, ni la repudió... Un hombre que le enseñó el significado del amor paterno.

—Esto es sólo el inicio de una serie infinita de muertes, Emma —Beth se

materializó detrás de ella, junto a sus hermanas—. Si no convences a tu hermanita a darnos la piedra el próximo a morir será el príncipe Bryan...

—¿Crees que a tu hermana le importe lo que les pueda ocurrir? —preguntó Nora riendo—. A Alía no le importa nadie, le importa solo su propia vida.

Mery se peinó para atrás el cabello mojado. —Te está solo usando como lo hace con todos los que se cruzan en su camino. Alía es así, en la única persona que piensa es en sí misma.

—Por su culpa perderás a las personas que quieres, Emma —dijeron en coro las tres gemelas y desaparecieron en la nada.

Cuando Emma alzó la mirada ya no estaban...

Poco después dejó de llover. Alía volvió en sí y dificultosamente se alzó. Se llevó las manos a la cabeza, sintiendo la sangre que mojaba su rostro. Constató que no era grave, era solo una pequeña herida en la frente. Alzó la mirada y vio a su hermana que aún estaba arrodillada junto al cadáver del rey, pero ni rastro de las gemelas.

Rápidamente corrió hacia Emma. —Lo... lo lamento tanto —dijo mientras colocaba su mano en el hombro de su hermana.

Emma enjugó sus lágrimas y miró hacia Alía. —No descansaré hasta encontrar la manera de devolverlas a la muerte.

Se puso de pie y llamó a los caballos que se encontraban a algunos metros de distancia. Con la ayuda de Alía colocó el cadáver del rey sobre uno de estos y lo amarraron bien. Luego, juntas, montaron sobre el otro corcel y emprendieron el viaje de regreso al Palacio.

Al atardecer del segundo día atravesaron las puertas del Palacio. Bryan y Evan las habían visto desde una enorme ventana y rápidamente corrieron a alcanzarlas. El príncipe Bryan se detuvo de golpe justo a poco metros de ellas y se hincó de rodillas al suelo, escondiendo el rostro entre sus manos. Evan ayudó a Alía a bajar el cadáver mientras Emma corrió hacia su amado y lo abrazó con fuerza.

El funeral se tuvo aquella misma noche en la sala del trono. Al amanecer transportaron el cuerpo hasta la cripta real, donde reposaría junto a su esposa y a sus antepasados por la eternidad. El príncipe pronunció algunas palabras de despedida y luego besó la frente de su padre por la última vez...

Al anochecer, Alía se hallaba frente a una ventana y miraba el cielo como de costumbre. Había pasado todo el día evitando a su hermana y al príncipe. No tenía el coraje de darles la cara... después de todo aquello era sólo culpa suya. Tocaba la piedra que colgaba en su cuello y esta se iluminaba al contacto con su piel. No permitiría que su hermana perdiera otra de las personas que amaba. Verla en aquel estado le partía el alma. Se maldijo mil veces por haber nacido, por haber puesto la vida de todos en peligro... Fue la primera vez que detestó ser una hija de la luna, que odió haber aquel inmenso poder...

Emma la alcanzó poco después. Estaba cabizbaja y sus ojos estaban rojos de llorar. No dijo nada, sólo se paró junto a Alía y quedó contemplando el cielo.

—Emmi... ¿cómo estás? —preguntó Alía ante el silencio de su hermana.

La otra sonrió tristemente y la miró por un segundo. —Estaré mejor; cuando consiga deshacerme de las desgraciadas que están amenazando todo lo que amo.

Alía sentía vergüenza, porque en su mente se sentía absolutamente culpable de todo lo que estaba sucediendo. Se le encogía en corazón al ver el dolor en el rostro de Emma, y sentía que no hallaba las palabras que le gustaría decirle en aquellos momentos.

—Yo soy la culpable de todo esto, soy una desgracia; no debí aparecer en tu vida nuevamente para traerte tanta tragedia. Te pido perdón, hermana.

—¿Qué dices?! —Emma se volteó y la miró a los ojos. —¡No lo vuelvas a decir jamás! ¿Crees que me sentía mejor cuando no estabas y ni siquiera sabía qué había sido de ti?!... ¿si vivías o estabas..? ¡Pues no, no era mejor mi vida! Ahora lloro al rey Adam; pero si no hubieras aparecido te hubiera seguido llorando a ti también...

—¿No estás sentida conmigo entonces? —preguntó Alía con la misma expresión que usaba de niña cuando rompía algo y se disculpaba, o cuando por su culpa su madre terminaba castigándoles a las dos.

Cuando Emma la vio a los ojos recordó aquella niñez donde fue tan feliz hasta el trágico día que las marcó para siempre. No pudo evitar conmoverse y tampoco logró frenar el impulso de abrazarla. —¡Qué bobita eres, criatura! Serás muy hija de la luna y muy hacedora de hechizos poderoso y todo eso, pero para mí, antes que todo eso; sigues siendo mi hermana pequeña, y como tal te amo y estaré a tu lado por siempre, contra lo que sea que haya que enfrentar.

Alía sonrió, Emma siempre sabía qué decir o qué hacer para que ella se

sintiera mejor. Continuaron contemplando el cielo, y al bajar la vista al jardín; vieron a Evan que caminaba solo.

Emma percibió cómo lo miraba ella, sonrió y luego le habló. —¿Ha sucedido algo quizás que no me has contado? —preguntó, viéndola directamente a los ojos.

Una sonrisa tonta apareció en los labios de Alía. —No te puedo esconder nada, ¿verdad? Aunque no pretendía ocultártelo; sólo que estábamos tan inmersas en el viaje a Ovelnor y en lo sucedido que no tuve chance... Sí, sucedió algo entre él y yo, fue... inevitable e incomparable —le brillaron los ojos.

—¿Te me has enamorado, criatura?! —Emma pareció sorprendida—. ¿Es maravilloso, verdad?... ¿Sentirse así?

Alía volvió a mirar hacia donde estaba el joven. —Pues... ¿para qué decirte que no si sí? Es algo... maravilloso. Algo que nunca pensé sentir.

—Evan es un buen muchacho, y además el mejor amigo de Bryan; estoy contenta que se quieran... ahora, ve con él —la empujó Emma, moviendo la cabeza mientras le señalaba al chico que permanecía en el jardín, sin sospechar que estaba siendo observado.

—¿Crees?

Emma la volvió a empujar. —¡Obvio!

Fue un día terrible, despidieron un gran hombre, y el reino de Krestus completo le dijo adiós a un soberano excepcional, amado como pocos conseguían serlo. Debían organizar cuando sería la coronación de su sucesor cuanto antes, no sería complicado, puesto que Bryan era el único heredero al trono.

—Tenemos que fijar la fecha para tu coronación como rey, debes presentarte formalmente ante tu pueblo como rey —dijo Emma mientras abrazaba al hombre de su vida.

Él la besó en los labios con dulzura. —No tengo cabeza para esas cosas ahora, mi amor, quisiera renunciar a todo y sólo tomarte y llevarte conmigo lejos; muy lejos de aquí, donde tanta maldad no nos alcance —la apretó fuerte contra su pecho.

Ella se sintió segura entre sus brazos. —Pues... una vez aprendí de un hombre, el más justo que conocí en mi vida y al que le debo en gran parte lo que

soy hoy... que no es huyendo la manera más correcta de enfrentar nuestros problemas, porque tarde o temprano te alcanzan, y mientras más tarde, más grandes serán.

Bryan sonrió tristemente. —Lo sé... Eso decía mi padre siempre, me lo inculcó desde niño.

—Pues honrando su memoria termina de fijar la fecha para la coronación y sucédele en el trono como él esperaba que lo hicieras; y para lo cual te preparó durante años... Has que se sienta orgulloso desde allá arriba —ella señaló el cielo.

—Tienes razón. ¿Te parece bien en una semana? Luego que termine el luto.

—Prefecto... me parece bien.

Lejos de ahí, en Antkar, en el escondrijo de Juliette en el bosque, ella estaba consultando uno de sus grimorios cuando recibió una inesperada e indeseable visita.

—¡Hola Juliette! —saludó Nora sonriendo mientras aparecían sus dos hermanas ante la mirada de pánico de la otra que no esperaba semejante intromisión.

—¿¿Ustedes?!... ¿Qué quieren de mí? ¿En qué puedo ayudarlas? Yo no tengo nada que ver con sus cosas... mejor me v... —masculló mientras pretendía iniciar un hechizo de teletransportación sin medir ningún riesgo, pero en el instante apareció también Lisa y la tomó rápidamente por el cuello, alzándola del suelo.

Las gemelas sonrieron y disfrutaron el pánico en sus ojos. Sabían que lograrían de ella lo que quisieran.

—Está bien, sé que no me dejarán en paz si no las ayudo... Pues díganme, ¿en que puedo ayudarlas? —Juliette estaba consciente que no tenía otra opción.

Beth se le acercó, penetrando la mirada en sus ojos. —¿Ellas confían en ti, verdad?

Juliette sonrió. —La respuesta es “no”. Alía y su hermana confían sólo la una de la otra.

—Pues te ganarás su confianza... ¿entendido?

Al amanecer, Evan despertó, tocó a su derecha y se dio cuenta que estaba solo. Miró hacia la puerta que daba al balcón y estaba entreabierta. Rápidamente se alzó, cubrió su cuerpo desnudo con una sábana y salió. Se asustó al ver a Alía parada en la baranda del balcón. Ella estaba allí, con los ojos cerrados y respiraba el aire fresco de la mañana... se sentía libre.

—¡Estás loca! ¡Bájate de ahí! —exigió él mientras la tomaba por una mano y la obligaba a descender.

Ella abrió los ojos y él la abrazó con fuerza entre la sábana, sintiendo los latidos acelerados del corazón de ella.

—¿Sabes que me da miedo el vacío? Y aun así me dan deseos de lanzarme —dijo ella, sintiéndose estupendamente bien entre aquellos brazos—. ¿Evan... puedes hacerme un favor?

—Lo que quieras —dijo él rápidamente.

Ella se soltó de sus brazos y entró en la habitación seguida por él. Tomó una carta que estaba en una mesa y se la entregó. —¿Puedes entregarle esta carta a mi hermana?

—¿Qué significa esto?! Parece como si... como si... —él se detuvo mientras la miraba a los ojos. Entendió de inmediato. Negó con la cabeza—. No, no estoy de acuerdo.

—Evan ... —ella le acarició delicadamente el rostro—. Yo ya he tomado una decisión y no me harás cambiar idea... lo siento pero...

—Yo iré contigo a donde sea que vayas —la interrumpió él con firmeza mientras le sujetaba la mano con la cual ella lo acariciaba.

—No, tu lugar no es a mi lado, mientras estés conmigo tu vida estará siempre en peligro —lo besó con ternura—. Dale la carta a mi hermana cuando ya yo esté lejos, por favor.

—¿Adónde irás? —exigió él, y le sujetó con fuerza la mano mientras ella se quería soltar.

—No me lo pongas difícil, por favor, sólo déjame ir —le pidió ella y logró soltarse. Rápidamente le dio la espalda para que él no viera aquellas lágrimas que se disponían a salir.

—Es tu vida y puedes hacer con ella lo que quieras... pero antes de tomar una decisión tienes que pensar en las demás vidas que destrozaste, Alía...

Ella salió por la puerta sin mirar atrás.

Su idea era ir lo más lejos posible, y llevar la piedra consigo así las gemelas la seguirían logrando alejar el peligro de ellos. Viajaría siempre. No se detendría nunca. Iría hasta la otra parte del mar... Y si la capturaban y la obligaban a lanzar el hechizo pues estaría lejos y este no afectaría a sus seres queridos.

Caminó con pasos apresurados por el pasillo, pero inesperadamente se cruzó con Emma.

—¿Adónde vas tan apurada? ¿Ha sucedido algo? —preguntó Emma viendo el rostro triste de su hermana, y luego divisó a Evan que salía de su habitación mientras se colocaba la camisa con la carta en la mano, y su rostro también era triste. Miró de nuevo a su hermana. —¿Qué está sucediendo, Alía?

—Nada —respondió Alía, sintiendo detrás de ella los pasos apresurados de Evan. Se aclaró la voz—. Quería sólo caminar un rato y... pensar.

Evan escondió rápidamente la carta mientras se acercaba a las chicas.

Ciertamente Emma se dio cuenta de todo. —¿Qué es eso que has escondido?

—No es nada, Emma —dijo Alía.

Rápidamente Emma tomó al joven por un brazo y le quitó con fuerza aquel pedazo de papel que escondía. La verdad era que él quería que Emma la viera.

Alía bajó la cabeza mientras su hermana abría el sobre que llevaba su nombre escrito. Leyó atentamente las pocas letras escritas y miró hacia su hermana. Luego le dio la espalda y se marchó sin decir nada. Alía no soportaba el silencio de Emma; aquel silencio era peor de cualquier insulto, era una espada encajada en un costado.

Alía miró hacia Evan, el cual no disimulaba para nada su expresión enfadada. Luego corrió tras su hermana. —¡Emma te puedo explicar!

Emma abrió la puerta del salón de reuniones y entró como una furia.

Alía también entró y cerró la puerta tras de sí, vio a Emma que tiraba la carta al fuego. —Es la única solución que me pasó por la mente.

—¿Pensabas marcharte y despedirte de mí con una estúpida carta? ¿Crees que esa es la solución a este problema? ¿¡Qué rayos te pasa por la cabeza, Alía?! —Emma, por favor, entiende...

—Emma, por favor, entiende...

Emma caminó hacia la otra. —¡No hay nada que entender, Alía, estás

actuando como una niña irresponsable!

Alía alzó las manos al cielo. —¡Si yo me voy ellas me seguirán y ustedes estarán al seguro!

—¡Por favor, Alía, deja ya de darte la culpa de todo, o de querer resolver todo con tus ideas estúpidas! —Emma no escondía su rabia.

—Emma, tengo miedo de lo que les pueda pasar...

—¡No! —gritó Emma, haciendo sobresaltar a su hermana. La miró directamente a los ojos—. ¡Tú tienes miedo de ser finalmente feliz, estás aterrorizada porque finalmente estamos juntas, porque finalmente has encontrado un hombre que te ama y que tú amas! Te aterroriza la idea de una vida tranquila y feliz...

Alía bajó la cabeza.

Emma continuó. —Y te entiendo, porque ahora que las personas que quieres se encuentran en peligro te sientes impotente... Pues yo también me siento así, pero nunca te abandonaría. —se le acercó y le tomó las manos—. No permitiré que te marches y que cometas una locura, aunque para eso tenga que usar la fuerza y encerrarte en una habitación.

Alía le sostuvo la mirada. —¿En serio? Pues tendrás que encerrarme de verdad porque yo ya... —fue en ese momento que se dio cuenta que no se podía mover—. Emma, Emma...

—No me dejas otra opción —Emma sonrió mientras se alejaba y cerraba la puerta tras de sí.

—¡Emma! —rugió Alía y la puerta de aquella habitación cayó bruscamente al suelo—. ¿Crees que un hechizo de inmovilización me detendrá? ¿Qué no recuerdas que entre nosotras no funcionan más estos hechizos?

En ese momento Alía logró zafarse del hechizo y siguió a su hermana por el pasillo, alzó la mano y ésta cayó al suelo.

Emma se alzó inmediatamente y rió, alzó también su mano y un búcaro voló hacia la otra que rápidamente se agachó y este cayó contra la pared destrozándose en mil pedazos.

—¿Qué rayos está sucediendo? —preguntó el príncipe Bryan llegando a donde estaba su amigo.

Evan se encontraba observando la estúpida pelea de las chicas apoyado al muro con los brazos cruzados. —No tengo la menor idea... creo que se están

peleando, y es mejor que no nos entrometamos.

Las dos hermanas se lanzaban hechizos la una contra la otra – indubitavelmente eran hechizos inocuos; no querían hacerse daño en realidad...

Un rato después, las dos chicas estaban tendidas al suelo, despeinadas, con los vestidos rotos y reían a carcajadas... y segundos después comenzaron a llorar de repente.

—Discúlpame... —dijeron las dos al mismo tiempo mientras se miraban.

Comenzaron a reír nuevamente.

—Es que no quiero estar nuevamente lejos de ti —murmuró Emma .

—Ni yo tampoco, y tienes razón, era una idea estúpida e irresponsable — Alía abrazó fuertemente a su hermana.

—Tenemos que permanecer juntas, Alía...

—Te quiero mucho hermana.

—Yo también te quiero —respondió Emma con las lágrimas en los ojos y se alzaron .

Los dos príncipes habían quedado confundidos y las miraban sonriendo; parecían dos chiquillas. Luego miraron el desastre que habían hecho en el pasillo.

—¿Crees que hayan terminado de pelear? —preguntó Bryan.

—Yo no entendí nada en realidad —dijo Evan mirando atontado las dos chicas que se alejaban conversando como si nada hubiera ocurrido.

En realidad para ellas fue solo un juego.

Al mediodía todos se reunieron para almorzar y tuvieron una visita inesperada. Una sirvienta les informó que había una mujer a las afueras de los muros del Palacio que quería hablar con las dos hijas de la luna.

Inmediatamente Emma y Alía se dirigieron hacia el enorme portón custodiado por más de cincuenta soldados. Al abrir las puertas encontraron a Juliette muy mal herida, esta dio un paso e intentó atravesar; pero las hermanas habían protegido el palacio de fuerzas mágicas. Sólo podía entrar si una de ellas la invitaba.

Alía y Emma intercambiaron una mirada. Juliette las había ayudado cuando ellas lo necesitaron. Había llegado el momento de devolverle el favor.

—Puedes entrar —la invitó Emma y finalmente Juliette pudo atravesar el portón.

La condujeron al palacio y Alía curó sus heridas, obviamente usó sus poderes. Una sirvienta les preparó un té.

Una vez que la bruja recuperó las fuerzas Alía inició con su interrogatorio. —¿Qué te ha sucedido?

—Las gemelas me hicieron una visita y pues ya ves lo que pasó, logré escapar con el hechizo de la teletransportación, creo que he perdido mis poderes —respondió Juliette temblando.

Emma le alcanzó una cobija.

—¿Qué querían de ti? —continuó Alía, arqueando una ceja.

Juliette fue invadida por un golpe de tos. —No lo sé, tal vez matarme...

Alía se le acercó y penetró su mirada en los ojos de ella como si fuera una espada bien afilada. — Por favor, Juliette, no soy estúpida... Es mejor que hables si no quien te matará soy yo.

—No lo sé, escapé antes de que hablaran... Pensé que venir aquí fuera lo mejor —los ojos de Juliette se cerraron, no tenía las fuerzas ni siquiera para hablar.

—¡Escúchame bien..!

—Alía... —intervino Emma— dejémosla descansar.

Juliette se abandonó a un sueño profundo en pocos segundos y las otras dos brujas salieron de la habitación.

—Vigilen esta habitación —ordenó Emma a dos soldados—. No la dejen salir de aquí y cuando despierte me avisan.

—Sí señora —respondieron los soldados con la mirada baja.

Más tarde Evan y Bryan estaban jugando a cartas en un salón. Conversaban, bebían y reían. Por un momento habían olvidado por completo todo lo que había sucedido y lo que podía suceder.

—¿Entonces... qué sucede con Alía? —preguntó Bryan sonriendo.

Bryan hizo su apuesta colocando algunas monedas sobre la mesa, concentrado en sus cartas. —Es complicado, creo que ella no esté lista para enfrentar una relación seria... pero de igual manera no me daré por vencido.

Bryan descubrió sus cartas y rió dado que había ganado aquella ronda. — ¿Y qué me dices de tu hermano Nicanor? ¿Has hablado con ella de ese asunto? Ella te podría ayudar.

Evan inició a barajear las cartas. —No la quiero meter en medio, ella no me habla de él, ni de su vida en aquel Palacio... en realidad no habla casi nunca... A veces pienso que entre ella y mi hermano exista algo.

—¿Crees? —Bryan lo miró con aire de duda—. A mí me pareció que ella lo controla en algún modo... pero dudo que entre ellos exista una relación *íntima*.

Evander repartió las cartas y su mirada se entristeció. —Ha vivido con él por casi toda su vida y... y mi hermano confía en ella más que en sí mismo...

—¿Y es por eso que crees que yo y Nicanor nos acostamos juntos? ¿Que yo soy la amante del rey? ¿Es eso lo que crees de mí, Evan? —Alía los sorprendió mientras entraba en aquella habitación junto a su hermana.

Evan soltó las cartas y se alzó inmediatamente. —No he dicho eso...

—Pero lo pensaste.

Él le sostuvo la mirada. —Entonces, ¿es verdad o no? —preguntó sin giros de palabras.

Ella permaneció en silencio sin responder a aquella pregunta inoportuna y ofensiva. Luego miró hacia su hermana. —Yo voy a ver si finalmente se ha despertado Juliette —dijo y se marchó.

Emma se acercó a Bryan y lo besó mientras lo abrazaba. Luego miró hacia Evan, el cual se había dado cuenta que había cometido un grande error.

—Voy con ella —dijo Emma—. Temo que Juliette nos esconde algo, no confío en ella. Ustedes permanezcan aquí.

Bryan la detuvo antes que diera un paso. —¿Por qué tenemos que permanecer aquí?

—Porque no sé lo que sucederá si no nos dice la verdad —contestó ella pausadamente, lo besó de nuevo y se marchó.

Al llegar a la habitación donde estaba Juliette encontró los dos soldados tendidos en el suelo. Entró rápidamente y Alía estaba también tendida en el suelo desmayada.

—¿Alía?! ¡Despierta, hermana! —gritó ella mientras la sacudía con fuerza

por los hombros.

Poco a poco Alía fue reaccionado, y una vez que abrió los ojos, se alzó de golpe y se tocó el cuello. —¡Oh, no no no no! ¡Maldición!

—¿Qué sucedió? —le preguntó Emma aterrada al ver que su hermana no llevaba la piedra en el cuello como debía ser.

—La desgraciada robó la piedra y desapareció. Yo entré aquí y pues... sucedió, no recuerdo nada...

—¿Cómo es posible? Solo nosotras podíamos tocar la maldita piedra —le hizo notar Emma.

—No sé, no sé... —decía Alía mientras caminaba nerviosa de un lado al otro.

Emma maldijo en voz baja. —¿Qué haremos ahora? ¿Pueden lanzar el hechizo?

Alía se detuvo ante su hermana. —Hice otro hechizo para que solo yo pudiera acceder al poder de la piedra, pero no sé, ya vez que han logrado anular la protección que llevaba la piedra... ¡No lo sé!... No lo sé...

—Ok... ok... mantengamos la calma —dijo Emma, respirando profundamente. Tratando de tranquilizarse y pensar en una solución inmediata... Luego fue desconcentrada cuando vio desde la ventana a Bryan y a Evan que caminaban hacia el portón de entrada—. Alía...

—¿Qué sucede? —preguntó la otra mientras se acercaba a la ventana.

Rápidamente la abrió y comenzó a llamar a los dos chicos, pero estos continuaban a caminar sin mirar atrás. Las dos hermanas se miraron aterrorizadas y corrieron a alcanzarlos.

Salieron del Palacio y aún gritaban sus nombres, pero era en vano. Ya era demasiado tarde, los jóvenes habían atravesado las enormes puertas y ya no estaban protegidos. Emma y Alía corrían velozmente y cuando llegaron a donde los príncipes estos estaban rodeados de las brujas de la secta Primum. Sólo en ese momento los chicos reaccionaron. Rápidamente se pusieron en guardia, pero estaban desarmados, a merced del enemigo.

Las gemelas aparecieron luego junto a Juliette.

—¡Eres una maldita desgraciada! —gritó Alía, mirando fijamente a Juliette.

—No la culpes, ella lo hizo porque nosotras la obligamos —Beth sonrió

descaradamente y luego penetró la mano en el pecho de Juliette y le arrancó el corazón.

Nadie se dio cuenta de nada hasta que no vieron la bruja caer al suelo con un enorme hueco en el pecho y Beth con su corazón en la mano.

—He visto que la piedra tiene otro hechizo —dijo Beth mirando hacia Alía, le mostró la piedra y luego se la lanzó.

Alía la aferró en el aire sin entender. Miró hacia Emma, la cual estaba en guardia y atenta a cada movimiento de aquellas.

En ese momento Nora y Mary se colocaron detrás de los dos chicos y los sometieron con un puñal en el cuello. Evan y Bryan no se podían mover, estaban paralizados del cuello hasta los pies.

Beth sonrió mostrando todos sus dientes. —Pues como ven tenemos todo bajo control. Lanza el hechizo y ellos no morirán, mientras que se encuentren dentro del palacio estarán a salvo, el hechizo de protección que ustedes hicieron no deja que ninguna magia entre. Podrán vivir felices y contentos dentro de esas paredes mientras el mundo cae a mis pies —fue esta la oferta de la gemela.

Las manos de Emma se incendiaron de inmediato.

—No te atrevas a atacarnos, Emma, porque ellos mueren —en un segundo Beth era justo ante Emma—. Se necesitan pocos segundos para encajar la daga en sus gargantas, y tu hermana no tendrá el tiempo de salvarlos a los dos y tendrá que elegir a quien salvar... pero pensándolo bien sería divertido ver a quién salvaría... ¿si a su "noviecito " o al tuyo?

Emma y Alía no se hallaban en una buena posición, pues no había forma de salir de allí victoriosas. Las gemelas siempre estuvieron un paso adelante de ellas, y de seguro las superaban en número. Tenían dos opciones; escapar con la piedra y sacrificar la vida de los dos príncipes o lanzar el hechizo, salvar a los jóvenes y sacrificar la vida de la humanidad. No tenían una tercera opción, y pues Alía tomó la decisión que pensó más correcta en aquel momento... No permitiría que su hermana sufriera nuevamente por la muerte de un ser que amaba, si Bryan moría pues Emma quedaría destrozada. Y Alía tampoco quería perder a Evan, pues era el único hombre que había logrado entrar en su corazón; Evan fue su primer hombre, el que la hizo mujer. No le fue difícil escoger a quien salvar, y no le importó sentirse egoísta y pensar sólo en la felicidad de su hermana y la suya... No le importó tener que sacrificar el mundo entero para salvar al amor de su vida y al amor de la vida de su hermana.

Por su parte Emma miraba fijamente a Alía. Sabía que en ese momento la mente de su hermana estaba trabajando velozmente. No quiso encontrarse en su posición, en la posición de tener que escoger...

Pero ya su hermana había elegido y apretó la piedra entre sus manos. — Emma, entra junto a ellos al palacio, haré lo que ellas me piden... no tengo otra opción...

—Estás loca si crees que voy a entrar a esconderme y dejarte aquí sola — negó Emma en voz baja, inclinando la cabeza hacia donde estaba Alía; pero sin perder de vista las gemelas.

—Entonces... ¿acatarás lo que yo decida? —le preguntó Alía, apretando aún más la piedra y esta comenzaba a iluminarse dentro de su mano.

Las hermanas se miraron a los ojos y pareció como si se entendieran a la perfección. La potente luz roja que emergía de la piedra mágica crecía cada vez más. Alía estaba a punto de materializar el hechizo. Las gemelas malvadas sonrieron, y dejaron libres a los dos príncipes... Emma inmediatamente los subyugó y ambos entraron al palacio sin darse cuenta siquiera de lo que hacían, y en el acto todos los seres vivos del otro lado del portón quedaron dormidos indefinidamente.

Alía comenzó a pronunciar unas palabras en voz baja mientras tomaba a su hermana de la mano y esta se le unió rápidamente. Fuero segundos de tensión. Las gemelas sonreían y aguardaban ansiosas el final del conjuro, pero para su sorpresa y decepción, lejos de ver el principio del fin, lo que vieron fue la desaparición de las hermanas hijas de la luna antes sus narices dejándolas envueltas en un mar de rabia.

—¡No puede ser! —rugió Beth.

—¡Malditas perras! ¡No debimos confiarnos y dejar ir a los príncipes! ¿Cómo han osado tomarnos el pelo de esta manera? —Nora golpeó el suelo con furia mientras las venas de su cuello parecían estar a punto de explotar en cualquier momento.

Mary sonrió, a diferencia de sus hermanas; ella era la menor de las tres por cuestión de un par de minutos al nacer. Siempre tomaba las cosas con más calma, y siempre a ella se le ocurría las cosas más crueles.

Les habló a sus gemelas con una sonrisa malvada que envolvía sus labios. —Calma queridas, ese par se ha ido dejando aquí lo que más aman;

deshagámonos de este palacio y de todos los que se encuentran en él.

Beth rodó los ojos hacia Mary. —No podemos, ya lo intentamos al llegar y fue en vano; además, objetivamente lo que necesitamos no está ahí dentro... Deja de actuar como una niña ya, Mary, no nos sirve de nada arrasar con todo esto. Ahora vámonos, tenemos que descubrir el paradero de las hermanas y la piedra... y esta vez, no podemos fallar...

Capítulo 11

Alía y Emma despertaron en un lugar completamente desconocido. Todo era blanco y el aire era muy frío. Se miraron mientras se ponían de pie con dificultad.

—¿Estás bien? —preguntó Alía.

La otra asintió y tosió con dificultad. —Sí, ¿y tú?

—Estoy bien, no te preocupes... pero —Alía escrutó su entorno—. ¿Dónde rayos estamos?

—No tengo idea, todo está muy confuso —Emma se llevó una mano a la cabeza—. Yo no llegué a terminar el hechizo para teletransportarnos; ¿tú sí?... De repente no supe qué pasó, hasta que abrí los ojos en este lugar tan... ¿frío?

—Pienso lo mismo que tú, pero tenemos que hallar las respuestas.

De repente Emma se detuvo, recordando lo más importante y miró hacia Alía escrutándola con la vista. —¿La tienes?!

La otra se llevó la mano al pecho y constató que la piedra aún colgaba de su cuello. Exhaló aliviada. —¡Sí! Está conmigo.

Iniciaron a caminar un poco y a cada paso no hallaban nada nuevo. Era como un desierto helado, pero no había nada en aquel sitio; hasta que divisaron algo bien extraño y se miraron asustadas.

—¿Quién es y qué hace aquí? —preguntó Alía deteniéndose de repente.

Emma se encogió de hombros. —No lo sé; pero es algo que debemos descubrir ahora mismo.

Continuaron avanzando hasta llegar al pie de una pequeña colina blanca. La escalaron sin dificultad y al llegar a la cima quedaron pasmadas...

Una anciana de cabello blanco y mirada dulce encorvada sobre un balance tejía una prenda. —¿Cómo les fue el viaje? —las interrogó la desconocida con una sonrisa que les infundió confianza.

—¿Entonces fuiste tú?... ¿Tú nos hiciste llegar hasta aquí? —preguntó Emma completamente impactada.

—Pues sí... les he hecho regresar a casa porque he de hacerles ver cuánto iban a equivocarse —explicó la anciana y sonrió mientras se hincaba un dedo

con una de sus agujas.

Emma y Alía miraron a su alrededor y luego a la señora, finalmente se miraron entre ellas y prácticamente no lo podían creer...

Alía no soportó más la incertidumbre. —Es que estamos en... ¿¿estamos en la luna acaso?!

La pregunta pareció tonta, pero, diablos, aquel lugar era un tanto *extraño*. No parecía la Tierra...

—¡Increíble! —exclamó Emma y sonrió, mientras se sentaba en el suelo y no podía creerlo. Sus ojos escrutaban con entusiasmo el lugar.

La anciana inmediatamente tomó una sábana que llevaba sobre las piernas y la sacudió en el aire... La tela se detuvo enfrente de las muchachas y una visión totalmente discordante con aquel sitio tan puro apareció ante sus ojos.

Se vieron a ellas mismas, una junto a la otra frente a las gemelas y su numerosa secta, las cuales tenían a los príncipes en su poder, como ellas habían presenciado un rato antes. Luego Alía se negaba a pronunciar el codiciado hechizo y la sangre comenzaba a brotar a borbotones del cuello de Bryan y Evan, cayendo luego desmadejados ante sus ojos...

En ese instante la anciana volteó la tela y apareció ante ellas otra visión... Alía pronunciaba el hechizo y en ese momento, los príncipes, que estaban a un paso del portón, caían al suelo ante la mirada enferma de Mary que llevaba sus manos cubiertas de sangre...

—¿Han observado bien? —preguntó la extraña mujer.

Emma tragó seco. —¿Esto es... lo que hubiera sucedido si no abandonamos aquel lugar?

La anciana las miró. —Pues sí... Alía estaba decidida a liberar su hechizo para salvar las personas que ama; pero realmente no lo hubiera conseguido... Las gemelas nunca cumplen su palabra, jamás olviden eso...

—Pero, ¿cómo le hiciste para traernos hasta aquí? ¿Quién eres en realidad? —preguntó Alía, tomando asiento en el suelo junto a Emma.

En ese momento Emma recordó lo que solía decir Alía de niña y sonrió, luego ella misma contestó una de las preguntas de su hermana. —Sabes quién es, criatura... Ella es... la viejecita que teje en la luna... ¿recuerdas? Siempre solías

decirme eso cada vez que mirábamos al cielo en las noches, y preguntabas si nunca se cansaba de estar siempre en la misma posición; pues parece que tenías razón.

De la mirada de la anciana emanaba confianza, era como si inspirara una enorme paz espiritual y una calma absoluta.

Las miró a los ojos y sonrió. —Sólo yo vivo en este sitio, desde siglos atrás, y aquí estaré por siempre... y he de cuidar de cada una de ustedes para la eternidad...

La viejecita extendió sus manos y las tocó en la frente. En ese instante todo comenzó a oscurecerse alrededor de las chicas. Todo inició a desvanecer inesperadamente y cayeron en el vacío absoluto. La caída parecía no tener fin, hasta cuando abrieron finalmente los ojos asustadas y confundidas. Sus respiraciones agitadas. el sudor corría por sus rostros... Miraron a su alrededor...

Se hallaban en una pequeña habitación. Las paredes de piedra. Estaban tendidas en el suelo completamente desnudas. Sus vestimentas se encontraban colgadas cerca de una chimenea.

—¿Emma, estás bien? —susurró Alía mientras se alzaba.

Emma se alzó de golpe, asustada. —¿Qué rayos nos sucedió? Recuerdo una... anciana...

—Sí, es todo muy extraño y confuso... ¿y ahora dónde demonios estamos? —Alía tomó los vestidos y los lanzó a su hermana, la cual parecía mucho más confundida que ella.

—¡Finalmente han despertado! —exclamó una jovencita mientras entraba en aquella habitación y traía entre sus manos algunas sábanas blancas.

Rápidamente Alía la tomó por el cuello y la empujó contra la pared. —¿Quién eres tú y dónde estamos?

La chica exorbitó los ojos. —No me hagas daño, las he encontrado en el bosque y las traje a mi casa... estamos muy lejos de Krestus —respondió con la voz temblorosa.

Alía la soltó y se vistió de prisa.

—¿Dónde están nuestros zapatos? —exigió Emma, mirando la chica.

—Están allí —dijo la joven, señalando un pequeño estante pegado al muro —. Han estado durmiendo por cinco días y han tenido la fiebre alta, yo...

—¿Cinco días?! —exclamó Emma, mirando hacia su hermana—. Tenemos que irnos inmediatamente.

Alía se tocó el cuello y se asustó al ver que la piedra no estaba.

—¿Estás buscando la piedra roja? ¿La piedra que contiene el hechizo más potente y oscuro que ha existido? —preguntó la joven, que al parecer sabía más de la cuenta.

Alía y Emma la miraron fulmineamente y caminaron hacia ella... y sus miradas no prometían nada bueno.

La chica se aclaró la voz. —Vengan conmigo. Ellas quieren verlas.

—¿"Ellas" quiénes? —la interrogó Emma, pero la joven les dio la espalda e inició a caminar en silencio.

No tenían otra opción que seguir aquella joven misteriosa.

Salieron de la habitación y recorrieron un largo pasillo oscuro. La joven alumbraba el camino con una antorcha. Emma y Alía se miraban, no dejaban de sentirse en peligro. Luego de varios minutos de caminata bajaron por una escalinata, y luego llegaron ante una puerta de hierro, la cual se abrió al instante. Más de diez mujeres hablaban al mismo tiempo alteradas sentadas alrededor de una gigantesca mesa. Pero al sentir la presencia de las chicas hicieron silencio.

—Finalmente entre los vivos —dijo una de aquellas, mirándolas seriamente.

Emma escrutó circunspecta el lugar. —¿Dónde estamos y quienes son ustedes?

—¿Y dónde rayos está la piedra? —Alía dio un paso al frente, su mirada destilaba fuego.

La mujer que estaba sentada en la cabecera se puso de pie. —Nosotras somos el Consejo, tenemos la autorización y el poder para decidir por vuestras vidas.

Alía se rió. —No tenemos tiempo para estas estupideces... ¿¿dónde demonios está mi piedra?! —volvió a preguntar y esta vez su voz sonó severa, amenazante.

—La piedra se fundió en vuestros cuerpos, no sabemos cómo pudo suceder... un poder así hubiera matado a cualquiera de nosotras. Cuando llegamos a donde ustedes, estaban brillando al rojo vivo. Estaban en medio del bosque de Ovelnor, pero del bosque sólo quedó la muerte, todo a vuestro

alrededor había muerto; los árboles, los animales... *todo*. Por suerte en cercanía no se hallaba ninguna aldea, porque temo que hubiera sucedido un desastre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Emma confundida y asustada al mismo tiempo.

La mujer caminó hacia ellas. —No podrán usar la magia hasta que estemos seguras de que el mundo no sufrirá ningún daño. No sabemos lo que les sucedió o de lo que son capaz de hacer con el poder que les dio la piedra. Ustedes son un peligro para la humanidad.

—Ok —dijo Alía, rodeando los ojos y sonriendo—. La piedra que creé era solo un contenedor de hechizos, no podía ser destruida y era muy potente, sí... Pero no puede dar ningún poder a nadie, yo me siento igual que siempre.

La señora sonrió, pero no era una sonrisa de las que te dicen “todo está bien”. No. Aquella era una sonrisa terrificante. —La piedra que tu usaste como “contenedor” para tus hechizos era algo más que una simple piedra, jovencita. Alguien más ocultó algo en esa piedra y te la puso en el camino, para que tú la encontraras y activaras su poder... pero nunca se activó porque se necesitaba otra bruja para activarlo. Dos brujas con la misma sangre —explicó y señaló también a Emma—. Ustedes dos han absorbido ese poder. No sabemos por qué las escogió a ustedes... El Consejo ha buscado esa piedra por años... y tres días atrás hemos percibido el poder, pero ya era demasiado tarde, la piedra había desaparecido... se disolvió en vuestras manos. Lo que buscaban las gemelas no era el hechizo que creaste, Alía, ellas querían la otra cosa que ocultaba la piedra pero no la pudieron activar porque tu hechizo se los impedía.

—¿Y querían que mi hermana lanzara el hechizo para que liberara la piedra y así ellas poder acceder a ese poder del que hablan? —Emma pareció comprender.

—Exactamente —se volteó de espaldas y se aclaró la voz—. Y aunque me cueste decirlo fue un bien que Alía creara un hechizo así potente. De no ser por ese hechizo a estas horas las gemelas habrían obtenido la supremacía absoluta.

Emma y Alía se intercambiaron una mirada y entonces entendieron; la viejecita que vieron era la fuente de ese inmenso poder que se hallaba escondido en aquella piedra. Y se los había transmitido cuando las tocó antes de caer en el vacío y luego despertar.

—Nosotras no podemos quedarnos aquí, mi reino está bajo un hechizo del sueño —dijo Emma, pensando sobretodo en Bryan—. Si ellas logran atravesar la

barrera matarán cientos de personas y yo no lo puedo permitir.

La mujer se volvió hacia ella y negó con la cabeza. —Lo siento, pero no pueden salir de aquí...

—Quienes lo sentimos somos nosotras —contestó Emma y alzó su mano de repente... y todas las del famoso “consejo”, contemporáneamente, cayeron rendidas en un profundo sueño.

Emma tomó a su hermana por la mano y salieron de allí de inmediato. Habían pasado ya cinco días desde que dejaron el reino, las personas aún dormían, pero si no despertaban morirían de hambre o de sed. Tenían que volver cuanto antes y despertarlos. Además, sabían que las gemelas no se darían por vencidas y temían por la vida de los príncipes, los cuales también estaban bajo el maleficio del sueño. Eran conscientes que podían controlar aquello que llevaban dentro, de no ser así, la piedra no las hubiera elegido para acceder a su fuente de energía.

Recorrieron el largo pasillo y luego continuaron a avanzar por un inmenso salón. Aquel lugar era gigantesco. Tomaron una escalinata que conducía a un plano superior. Parecía no tener fin... hasta cuando llegaron ante una enorme puerta. La abrieron y salieron de allí, quedando completamente sin palabras. Se encontraban en una pequeña isla, en medio del océano. Las ondas del mar irrumpían contra las inmensas rocas.

—¿Dónde diablos estamos? —Alía asombrada miró al horizonte, no veía nada más que una masa de agua ante sus ojos.

—Lejos de todo y de todos —murmuró Emma con la mirada en el extenso mar.

Alía cerró los ojos y respiró profundamente, luego los abrió y se volteó hacia su hermana. — Vámonos de aquí —le dijo sonriendo mientras de sus manos emergía una bruma roja que comenzó a envolverla haciéndola desaparecer segundos después.

Emma sonrió y abrió sus manos, y de estas brotó la niebla roja que la cubrió inmediatamente...

Minutos después apareció ante el Palacio, en Krestus.

Alía la esperaba y sonrió al verla aparecer. —No me negarás que ahora es mucho más cómodo el viaje...

—¡Ciertamente lo es! —Emma dejó escapar una sonrisa que desvaneció de inmediato—. Ahora vamos, debemos despertar el reino y luego organizarnos...

—¿Y vamos a...? —preguntó Alía con una pizca de emoción en su voz.

Emma sonrió de nuevo. — Sí... vamos a ir por esas desgraciadas, tengo la certeza que no imaginan lo que sucedió con el poder que tanto anhelan.

Los labios de Alía dibujaron una perfecta sonrisa de pura maldad. —Van a explotar cuando sepan que ese poder está en nuestras manos.

Salieron al jardín y extendieron las manos, cerrando los ojos. En cuestión de segundos el palacio pareció recobrar la vida literalmente. Cada ser al exterior de aquellos muros despertó de golpe.

Evan y Bryan salieron enseguida y corrieron a abrazarlas.

Bryan le lanzó una mirada severa a Emma. —¿Qué ha pasado? ¿Dónde han estado? ¡No vuelvas a hacerme esto, Emma! —seguidamente la besó con pasión.

Alía se sentía cómoda en los brazos de Evan. —Fue lo mejor, era el único modo de superar aquella situación en que nos pusieron las estúpidas gemelas.

—¿Y ellas? —Evan quedó expectante.

Alía lo besó fugazmente. —No lo sé, pero pronto lo averiguaremos.

Luego constataron que el resto de los habitantes estuvieran bien, y trataron de reiniciar la vida lo más tranquila posible, sólo que cada quien fue advertido de que no podían cruzar los muros del palacio hasta nuevo aviso.

En la noche cuando ocuparon la mesa para cenar los cuatro jóvenes, la ausencia del rey Adam se sintió fuerte en el salón. Bryan estaba muy serio... Había un silencio total de parte de todos.

Emma posó su mano encima de la del príncipe a su izquierda y la apretó cálidamente. —Siento mucho que él no esté más entre nosotros, amor... pero sí puedo asegurarte algo; y es que su muerte no quedará impune.

Alía intervino en la conversación. —Es cierto, príncipe Bryan, iremos por esas arpías y le haremos pagar cada muerte que han dejado a su paso; especialmente la de tu padre... Lo conocí bien poco, pero por la manera en que cuidó de mi hermana y el cariño que le tuvo todos estos años; se ganó en estos últimos días mi agradecimiento y respeto eternamente.

—Sólo les pido que me dejen estar presente ese día en que se encuentren —replicó Bryan.

—Eso es más difícil, amor —dijo Emma—. La magia es algo serio y yo no quiero perderte... Mejor hablemos de tu coronación, si mal no recuerdo, será pasado mañana, teniendo en cuenta que dormiste por cinco días.

Inmediatamente la conversación cambió el aire triste que traía y todos se concentraron a hablar del tema de la toma de posesión del trono por el nuevo soberano de Krestus.

Convinieron aplazar la coronación por cinco días, el tiempo que el palacio estuvo en completo letargo, pues había que invitar a los nobles de reinos vecinos y eso les llevaría algún tiempo. Tomarían esos cinco días para continuar viviendo de su amor a plenitud. Estaban al seguro tras aquellos muros y parecía que podrían pasar la vida entera ahí; aunque estaban conscientes que sin salir en busca de provisiones y a continuar la mercadería y el comercio con reinos vecinos sería imposible subsistir por mucho tiempo más... tendrían que pensar en ello y hallar una solución.

Mientras, en el reino de Antkar. Las gemelas aparecieron sorprendentemente en el salón del trono, frente a Nicanor; que quedó boquiabierto al verlas tan idénticas a las tres; igual de bellas y a la vez escalofriantes...

—¿Majestad? —saludaron las tres, sonriendo maliciosamente mientras utilizaban sus poderes con él, haciéndole sentir rigidez en cada músculo e inmovilizándolo.

—¿¡Quiénes son ustedes malditas brujas?! —exclamó Nicanor con dificultad, mientras en vano intentaba moverse.

—No te esfuerces más, puede dolerte insoportablemente —lo amenazó Mary y con su dedo dibujó una silueta en el aire y el cuello del rey inició a girar en contra de su voluntad provocándole gran dolor.

—¡No, por favor! —suplicó Nicanor con las lágrimas en los ojos—. ¡Ya díganme quiénes son y qué quieren! ¡Por favor!

—¡Ahora nos entendemos mejor! —Beth lo liberó de la desgarradora tortura.

Mary quedó con mala cara, como cada vez que su hermana la privaba de su

diversión. Torturar e infligir dolor era su especialidad.

Beth ignoró la mirada de su hermana y se concentró en el rey. —Estamos aquí por tu consejera real.

Los ojos de Nicanor parecían quisieras salirse de la órbita. —¿Por Alía? No sé de ella desde hace días... s-supongo esté con su hermana en Krestus.

Nora rodó los ojos, iniciaba a perder la paciencia. —¡Eso ya lo sabemos idiota! Hemos vuelto a sentir la presencia de ambas a partir de la mañana... pero necesitamos sacarlas de Krestus; y tú las harás venir hasta acá —le acarició el rostro al asustado hombre con una de sus larguísimas uñas pintadas de rojo.

—¿Yo?! —los ojos de Nicanor vagaban de una gemela a la otra—. Es prácticamente imposible, Alía no me presta ninguna atención a mí, aparte de que a su hermana prácticamente ni la conozco, ni hemos hablado nunca más de tres palabras; ¿cómo las haría venir?

—¡Invéntate algo! —dijo Beth—. Y por la otra no te preocupes... basta que sepa que su querida hermanita viene y ella vendrá también con ella.

—¿Y para qué quieren a las hermanas? —se atrevió a preguntar el rey curioso aún inmovilizado.

—Eso no te importa... tú cumple y tal vez salves tu vida, asqueroso gusano.

Esa noche en Krestus el reencuentro entre quienes tanto se amaban los llevaría a pasar una noche inolvidable. Bryan como de costumbre, fue por Emma a la alta torre donde ella solía contemplar el cielo; estaba junto a Alía.

—¿Será que nos vamos ya a descansar, Lady Emma? —preguntó él sonriendo—. He estado dormido por cinco días y la he echado mucho de menos.

Emma sonrió y sus mejillas se pusieron al rojo vivo. —¡Pues naturalmente!... Yo también he echado mucho de menos “descansar a su lado, majestad” —hizo una perfecta reverencia ante el príncipe. Luego se volteó hacia su hermana y le besó la mejilla—. Hasta mañana, criatura. Que tengas lindos sueños.

—Igual a ti —respondió Alía sonriendo—. Y que “descansen”...

Cuando la pareja se alejó, Alía continuó a observar el cielo, era inevitable no perderse en él; era absolutamente bello. Escuchó unos pasos lentos a su

espalda y reconoció el andar del hombre que amaba, sin embargo permaneció de espaldas a él y en silencio...

Evan se acercó y la abrazó por detrás, le dio un beso en el oído y permaneció un rato oliendo su pelo; adoraba hacer eso.

Alía continuó en silencio, y tampoco se inmutó.

—¿Qué sucede, mi amor? —preguntó él un tanto preocupado.

—Nada, todo está bien.

Él la tomó del brazo haciéndola girar y darle el frente. —No es cierto, estás distante... como si... como si me evitaras; casi no estamos juntos desde que llegaste.

—No creo, al llegar lo primero que hice fue correr a tus brazos. Te extrañé muchísimo... Es sólo que...

Él pareció adivinar lo que le sucedía a Alía y agachó la cabeza, avergonzado de cierto modo. —Tú estás así por... por la conversación que escuchaste entre Bryan y yo antes de que te fueras, ¿verdad?

¡Aquella conversación! Sí, ciertamente era aquello lo que mantenía alejada a Alía.

Ella lo miró directamente a los ojos. —No te voy a mentir... pues sí; no dejo de pensar en tu cara de repudio, no me sacó de la cabeza tu imagen señalándome como la amante del cerdo de tu hermano y reprochándome por eso... es algo que no toleraría.

—Perdóname —él le tomó las manos y se las apretó con fuerza—. Sé que me comporté como un idiota aquel día, y no tuve tiempo de pedirte perdón, pero me cegaron los celos... sobre todo porque la historia entre Nicanor y yo es de odio y resentimientos; no soporté imaginarme que él hubiera puesto sus manos en ti...

Ella lo miró y sonrió, en el fondo sentía una ternura indescriptible por aquel hombre. Lo tomó de la barbilla y le hizo mirarla a los ojos delicadamente. —El problema es que ni siquiera me preguntaste si eso que te atormentaba era cierto antes de comentarlo con Bryan... Debiste salir de dudas conmigo, hablarlo conmigo... Si quieres estar conmigo tendrás que aprender a contar conmigo y confiar en mí...

Él asintió. — Tienes razón, mi alma... pero por favor di que me perdonas, yo no soporto que me evadas, que ni me mires casi... es más... ni me importa si

fuiste su mujer, es algo que dejaré atrás porque yo te amo y es más fuerte que cualquier orgullo estúpido, yo te...

Ella lo interrumpió riendo sin dejar de mirarlo. —Lo estás haciendo otra vez; de nuevo te precipitas... No me has dejado hablar, no me has dejado decirte que jamás Nicanor ha puesto un dedo encima de mí.

—Yo puedo olvidar todo y —continuaba diciendo él, angustiado porque ella lo perdonara, hasta que procesó de repente lo que había escuchado segundos antes—. ¿Cómo?... ¿Has dicho que él y tú no..?

Ella asintió con la mirada enamorada posada sobre aquel ser que le había robado el corazón.

Evan la abrazó fuertemente, la apretó contra su pecho y sintió unos deseos irrefrenables de estar así por siempre, tan juntos... Luego la besó y le pidió perdón al oído incontables veces. —No volverá a suceder, jamás volveré a juzgarte; lo juro...

—Bueno y... ya te perdoné; ahora... ¿nos quedamos aquí?... ¿o será que me quitas estas ganas que tengo de ti? —le susurró ella al oído.

Luego no hablaron más, sólo se besaron y él la abrazó mientras se alejaban hacia la alcoba de Alía.

Fue una noche llena de pasión dentro de los muros del palacio. Por esa noche olvidaron cualquier amenaza que se cerniera sobre sus cabezas y se concentraron en amar y ser amados, en aceptar aquel sentimiento que era quizás lo que les daba las fuerzas para sentirse capaz de enfrentar lo que fuera...

Capítulo 12

Llegó el día de la coronación al nuevo rey de Krestus. Todos los demás reinos fueron invitados a la ceremonia, menos uno.

El rey de Antkar no fue invitado, no era un secreto para Bryan ni las hijas de la Luna la situación existente entre este y Evan; el rey no conocía de la existencia de su hermano al cual creía muerto desde hacía años y no era conveniente que se enterara por el momento, así que no se envió ninguna invitación al palacio de Nicanor... pero él no dejaría de enterarse, puesto que por órdenes de sus nuevas amas había enviado un espía a Krestus que le informaba acerca de cada acontecimiento en ese reino.

Las gemelas y su secta se asentaron en el palacio real como dueñas y señoras. Bastó un poco de presión y el cobarde de Nicanor cedió ante los caprichos y las órdenes de las maléficas hermanas.

Nora entró en su mente y él cayó prendado de las tres; completamente enamorado de su belleza idéntica, y a la merced de sus deseos.

En ese momento se hallaba en la cama con las tres brujas, todos completamente y asquerosamente desnudos...

Cuando de repente uno de sus sirvientes llamó a su puerta. —Traigo noticias frescas de Krestus, mi señor.

—¡Imbécil! ¡Estoy ocupado ahora! ¡Desaparece de mi puerta o mandaré decapitarte en el acto! —rugió el rey enaltecido, creyéndose el gran semental cuando realmente las hermanas sólo lo utilizaban y jugaban con él.

—Dejadle entrar a tu joven sirviente —le ordenó Mary sonriendo maliciosamente mientras lanzaba una mirada de complicidad a sus dos hermanas—. Tal vez merezca la pena escuchar lo que viene a contar...

Nicanor dejó entrar a su sirviente, el cual permaneció parado en la puerta con la cabeza gacha y habló con voz muy baja. —Hoy es la coronación del nuevo rey de Krestus, toda la nobleza ha sido invitada a la ceremonia...

—Menos yo —observó Nicanor un tanto incrédulo y molesto—. ¿Acaso no soy también un rey de estas tierras?

—Y... hay otra cosa que debería saber, su majestad —dijo el sirviente un poco titubeante.

—¡Pues habla de una vez! ¿Qué es lo que debo saber?

El tipo se aclaró la garganta. —Lady Alía... ella ha establecido una relación íntima con un joven amigo del príncipe Bryan...

Al escuchar esta noticia Nicanor se alzó de sobresalto y se colocó sus pantalones. Las tres gemelas se miraron sonriendo por aquella reacción que tuvo el rey al saber de la intimidad de Alía con otro.

El sirviente continuó. —Su nombre es Evan...

—¿Evan? —murmuró el rey mientras se paraba frente a la ventana con el rostro serio. Aquel nombre le hacía recordar a alguien en particular; sin saber que se trataba de la misma persona que le vino a la mente en aquel momento. Se volvió hacia el hombre parado en el umbral—. ¡Sal de aquí! ¡Ve a hacer tu trabajo!

Beth se alzó y caminó hacia el rey que tenía la mirada fija hacia el externo, exactamente miraba el laberinto de piedra que desde su habitación se observaba magníficamente. El lugar donde Alía pasaba el tiempo para meditar.

—¿Acaso su Majestad quiere participar a esa ceremonia? —le preguntó la bruja al oído, casi en un susurro—. Si usted lo desea mis hermanas y yo le concederemos ese deseo... ese deseo que lo atormenta día y noche. Te mereces un día con Alía. Y esta vez serás tú a poner las reglas.

Las otras dos se alzaron y también se le acercaron mientras reían.

—De hecho, nosotras también queremos ir a esa fiesta... haremos esto por

ti... te haremos ver cuánto podemos ser buenas contigo —le susurró Mary acariciándole el cuello.

—Yo adoro las fiestas —comentó Nora sonriendo mientras danzaba por toda la habitación y canturreaba.

—¿Pues que esperamos entonces? —consintió Nicanor mientras se volteaba haciéndolas reír.

En Krestus, ajenas al hecho que recibirían una visita indeseada dentro de poco, Alía y Emma caminaban a solas en el enorme jardín del palacio. El día era hermoso, el sol brillaba en el cielo, las plantas estaban floreciendo... Era todo perfecto.

Ya estaban iniciando a arribar los invitados en sus lujosos carruajes. Dentro de algunas horas iniciaría la coronación y luego darían una grande fiesta en honor al nuevo rey .

—No soporto toda esta gente —se lamentó Emma.

Alía sonrió, conocía a su hermana y sabía que no le gustaban las fiestas, fue siempre así. Cuando eran niñas y en su aldea daban una fiesta Alía la tenía que trajinar casi a la fuerza, porque Emma se negaba a participar.

—Es solo una fiesta Emma, durará poco. Además, creo que Bryan querrá abrir las danzas contigo —dijo Alía y comenzó a reír por la expresión en el rostro de su hermana.

—¡Que ni lo sueñe! No quiero que todos estén a mirarme...

—Lady Emma... —interrumpió una sirvienta.

—¿Sí? —Emma se volteó hacia la mujer.

—En la entrada del Palacio hay un señor que dice ser el rey de Antkar, quiere hablar con vuestra hermana y con usted —les comunicó la sirvienta y se marchó.

Emma miró hacia Alía, la cual como siempre estaba tranquila e impasible.

—¿Qué rayos hace él aquí? —preguntó Emma desconcertada.

Alía se encogió de hombros. —Creo que será una fiesta inolvidable.

Se dirigieron de prisa hacia la entrada.

Nicanor era humano y podía entrar sin problemas, más sin embargo prefirió esperar a ser invitado; su orgullo lo dominaba.

Alía y Emma llegaron a la entrada y, fuera de las enormes puertas estaba el rey, con sus vestimentas perfectas, la corona dorada en su cabeza y esa expresión de grandeza en su rostro que lo caracterizaba. Cuatro escoltas a sus espaldas con las armaduras brillantes... Pero ningún carruaje... ni caballos en cercanía. Extraño.

Las dos jóvenes lo miraron sospechosamente.

—¿Nicanor, qué rayos haces aquí? —preguntó Alía con tono prepotente.

—He venido a presenciar esta coronación, todos los reyes deben participar a la ceremonia —respondió él, esbozando una sonrisa—. Estás hermosa vestida de rojo y te dona el cabello suelto, Alía.

—¿Cómo llegaste aquí? —lo interrogó Emma .

El rey sonrió. —Con la ayuda de mis tres nuevas consejeras.

Inesperadamente aparecieron las gemelas, elegantemente vestidas y con una sonrisa que resaltaba sus labios rojos. Se colocaron al lado de Nicanor, el cual rió orondo.

—Ustedes no entrarán —dijo Emma viéndolas a los ojos.

Beth sostuvo sin ningún problema la mirada fulminante de Emma. Sonrió. —Hemos venido a festejar, hoy no es un día para pelear.

En ese momento Nora se apartó un poco y del otro lado de la barrera mágica habían varios niños que jugaban. Ella se agachó y en su mano apareció una hermosa espada de madera. Llamó a uno de los niños...

Alía y Emma se dieron cuenta y rápidamente llamaron al niño pero ya era demasiado tarde, este había atravesado la barrera de protección y estaba junto a Nora, la cual se alzó y las miró desafiantes.

—Déjenos entrar... y nadie se hará daño —pidió calmadamente Mary.

—Les damos nuestra palabra, hoy haremos una tregua, queremos solo... festejar —aseguró Beth mientras Nora continuaba a hablar con el niño, el cual pertenecía a una de las familias reales; era uno de los príncipes de Otrys.

Emma respiró profundo. —Está bien —aceptó, no podía permitir que le hicieran daño a un inocente—. Pero no se atrevan a hacer nada estúpido porque no se los permitiré.

Beth sonrió. —Puedes estar tranquila, queremos solo conocerlas un poco, después de todo pertenecemos a la misma especie, ¿no?

Emma cerró los ojos y cambió el hechizo, permitiéndoles la entrada; pero

sólo por ese día.

—Cuánto eres inteligente, Emma —el tono de Beth fue insoportablemente sarcástico. Luego miró hacia Nora y asintió con la cabeza.

Rápidamente Nora le dio la espada de madera al principito dejándolo ir.

Las tres gemelas atravesaron las puertas satisfechas. Emma caminó tras ellas, no las perdería de vista. Nicanor también entró, pero Alía lo tomó por una mano y él rápidamente se volteó hacia ella .

—No puedo creer que te hayas dejado embobar por esas tres —dijo Alía usando un tono de voz bien severo.

Él sonrió. —¿Acaso estás celosa que te haya reemplazado?

—No seas estúpido, Nicanor. ¿Qué no te das cuenta que te están usando?

—Hoy harás todo lo que yo te pida, de lo contrario ellas comenzarán a matar una a una a éstas personas —le dijo él con tono amenazador y por vez primera no sentía miedo de ella. Se sentía protegido por las gemelas, las cuales le habían dicho como hacer y qué decir para que por todo un día obtuviera la atención de Alía.

Alía negó con repetidamente con la cabeza. —¿Estás loco si piensas que..?

En ese preciso instante Mary se volteó hacia ellos y luego un soldado desenfundó su espada y se acercó a una pareja que caminaban despreocupados, ajenos al peligro que se hallaba dentro aquellos muros.

Alía se contuvo. —Está bien —musitó entre diente, lanzando una mirada fulmínea a Mary. Haciendo un gran esfuerzo tomó la mano de Nicanor, mostrándose obediente. Luego se le acercó al oído y le susurró—. No creas que no te lo haré pagar, me conoces bien y sabes que no soy clemente, Nicanor.

—No, no te reconozco más —le dijo él también al oído—. La Alía de una vez no le interesaba de la vida de los demás, no se dejaría amedrentar por nadie. Te has vuelto débil como tu hermana... y ahora soy yo quien tiene las riendas en las manos.

—Pues diviértete hoy... “cariño”, porque no te aseguro un mañana —lo amenazó ella con la mirada que destilaba fuego.

Él la besó inesperadamente en la mejilla, muy cerca de sus labios. *Demasiado* cerca. Sonrió y la tomó por la mano iniciando a caminar altanero junto a ella.

Emma se volteó hacia Alía. Las miradas de las dos denotaba preocupación.

No querían que sucediera nada, y menos ese día, que era tan importante para Bryan. Aun sabiendo que podían derrotar a las gemelas, prefirieron mantenerse calmas por el momento. No podían iniciar una pelea... no ahí. Muchos inocentes podían perder la vida. Las dos respiraron profundamente, pues estaban conscientes que sería un día muy agotador.

En su alcoba, ajeno a todo, Bryan se preparaba para su coronación. Estaba nervioso y el recuerdo de su padre lo entristeció.

En ese momento Evan entró. —¿Qué te sucede amigo mío? Hoy es tu día, debes mostrarte fuerte ante tu reino.

—Lo sé, pero nunca seré como él —dijo Bryan, mirando hacia un cuadro de su padre que colgaba en la pared de su alcoba.

—Era un rey grandioso... y una persona maravillosa... se parecía tanto a mi padre —comentó Evan y también su mirada se llenó de tristeza. Pero sonrió de repente—. Bueno ya, que hoy es un día especial, seguramente las chicas nos están esperando.

Los dos chicos salieron de la habitación. Los soldados que aguardaban fuera de la alcoba del príncipe se encaminaron junto a ellos.

Mientras se acercaban al salón del trono, donde se tendría la ceremonia, Emma se les acercó con pasos apresurados y estaba visiblemente agitada.

—¡Estás bella, amor mío! —exclamó Bryan al verla toda vestida de blanco, adoraba ese color en ella.

Ella sonrió por unos segundos, él la hacía sonreír y olvidar todo lo demás. —Tú también estás hermoso — dijo y lo besó, no podía contener sus deseos... Luego lo miró a los ojos muy seria—. Tenemos un pequeño problema.

—¿Qué sucede? —preguntó Evan de inmediato.

Emma miró hacia todas partes por un instante. —Las gemelas están aquí...

—¿¡Que cosa?! —exclamó Bryan preocupado.

—Han dicho que no quieren pelear, que quieren sólo festejar... Yo las tendré bajo control y no dejaré que estropeen este día, te lo prometo —le aseguró ella.

Él la tomó por las manos. —Prométeme que tendrás cuidado, no me importa si estropean la fiesta, pero si te sucede algo a ti...

—No me sucederá nada —lo interrumpió con un beso—. No le sucederá

nada a nadie.

—¿Dónde está Alía? —preguntó Evan preocupado, y justo en ese momento la vio entrar junto a Nicanor. Su mirada se llenó de rabia. El fuego inició a circular violento por sus venas.

Emma lo sujetó por una mano y lo miró fijo a los ojos. — No es el momento, tendrás que soportarlo.

—¿Pero no entiendo qué hace ella con él?

—Está haciendo lo que les han pedido, lo está haciendo por el bien de todos —explicó Emma—. No cometas ninguna estupidez.

Evan miró hacia Bryan y luego le sonrió, controlando la miríada de emociones que saltaban en su interior. —Entremos entonces, todos están esperando el nuevo rey.

Cuando Alía cruzó frente a Evan y los demás del brazo del rey de Antkar, dirigió una mirada fugaz hacia el hombre que amaba, pero rápidamente volteó la mirada y prosiguió al lado de su impertinente acompañante.

Emma no perdía de vista a Bryan ni un segundo. Lo acompañó hasta el palco desde donde recibiría la corona y hablaría al pópulus; pues temía que él cometiera una locura a sabiendas que las asesinas de su padre se encontraban en la celebración.

Evan y Emma ocuparon puestos tras Bryan, que no se concentraba en su discurso por estar pendiente todo el tiempo a las gemelas, las cuales estaban ubicadas en primer plano al frente del nuevo rey, mezcladas en la multitud.

Alía y Nicanor estaban un poco más atrás que las tres hermanas. Ella evitaba la mirada de Evan; sabía cómo debía estar él y el trabajo que le estaba costando contenerse...

De pronto la mirada de Nicanor se encontró con el joven que no dejaba de observar hacia Alía. —El joven detrás del rey Bryan... no deja de mirarte... ¿quién es? Su rostro me parece conocido, como si me recordara a alguien; pero no puedo discernir quién es —susurró al oído de ella, sin reconocer que se trataba de su propio hermano, el mismo que una vez hacía muchos años intentó asesinar.

Alía se mostró inmutable. —Es el mejor amigo del rey, ya déjale de mirar.

—¿Él es... el tipo al que preferiste antes que a mí?

Alía trataba de permanecer calma, pero con las malcriadeces de Nicanor

era una misión imposible. —¡Ya basta, Nicanor! ¡Estoy haciendo lo que me pides maldito seas! —bajó el tono de voz—. No es este el momento para tus berrinches estúpidos...

Las gemelas por su parte, no dejaban de observar a Bryan con ojos libidinosos mientras este pronunciaba su discurso. Emma lo percibió y estaba que le hervía la sangre; mucho más cuando Mary se mordió los labios mientras le guiñaba un ojo al nuevo rey... era más de lo que la hija de la luna podía soportar; apretó los puños con fuerza e impulsivamente intentó ponerse de pie furiosa y dispuesta a todo, pero Evan que estaba a su lado la haló fuerte por una mano obligándola a sentarse nuevamente.

El nuevo rey culminó su discurso y todos aplaudieron y lo vitorearon entre gritos de júbilo; y seguidamente inició la música y el banquete. Bryan bajó del palco furioso, no soportaba más la presencia de las asesinas de su padre. Evan y Emma estaban junto a él mientras bebían un poco de vino en una de las repletas mesas que abundaban en el jardín.

—¡No puedo más con esto! ¡No entiendo por qué las dejaste entrar! —gruñó el rey muy molesto.

Emma estaba muy mal por todo lo que estaba sucediendo. —Sabes que si hubiera tenido otra opción no estaríamos pasando por esto; sólo intento que nadie salga lastimado...

—¡¿Y ése estúpido de Nicanor qué se cree?! —musitó Evan mientras bebía un gran sorbo de vino sin quitarle los ojos de encima a su hermano que bailaba con Alía abrazada por la cintura y todo el tiempo pegado a su oído. Era inaceptable todo eso—. ¡Ya esto no da para más!

Evan colocó bruscamente su copa vacía en la mesa y dio un paso decidido a ir hasta la pareja; pero fue Emma esta vez quien lo detuvo a él.

—¡Cálmate Evan! —le dijo con voz severa pero baja—. ¿Qué no vez que tanto él como ellas sólo están provocando?... No podemos caer en su juego. Te pido un poco más de paciencia; y te prometo que esto no durará mucho, o se van por las buenas o las sacamos... pero no así, a nuestra manera...

En ese momento Emma vio como Nicanor valiéndose de la excusa de la danza, se alejaba poco a poco con Alía; y haciéndole señas a Bryan, este comprendió perfectamente y se llevó a Evan con cualquier excusa para que no se percatara de lo que estaba sucediendo. Emma intentó ir tras la pareja que ya

había perdido de vista pero Mary y Nora le salieron al paso.

—¿Adónde tan apresurada, Lady Emma? —preguntó burlonamente Nora mientras comenzaba a caminar a su alrededor lentamente,

Emma la seguía con la vista sin desatender a la otra. —Apártense... no tengo tiempo para esto ahora —dijo, con la vista clavada al suelo, conteniendo la ira que sentía en aquel momento.

—¡Uy! ¡Qué modales que tiene la futura reina de Krestus! —Mary se rió divertida—. Por cierto... deberás cuidar más de tu futuro esposo, porque el rey está... ¡bueno! ya debes saber cómo está... ¡Es un partidazo!

—Apártense de mi camino ahora —repitió Emma, ya iniciaba a perder la paciencia.

Nora sonrió. —¡Está bien! No te enojas, solo estaba... “socializando” un poco —respondió haciéndose a un lado.

Emma no perdió tiempo y fue por su hermana. Le preocupaba haberla perdido de vista y que además tampoco sabía dónde estaba Beth. Caminó como loca entre la multitud y los divisó apartados de todos, junto al portón de la salida, faltaban apenas unos pasos para que Alía atravesara la puerta con Nicanor y Beth.

—¡Detente Alía! —gritó Emma y echó a correr hacia ellos.

Alía volteó la mirada, pero en ese momento aparecieron junto a ella las otras dos hermanas y aprovechando su descuido al mirar hacia Emma; la empujaron al exterior de los muros. Inmediatamente las malvadas gemelas iniciaron a reír mientras lanzaban un conjuro con el que pretendían dominar a Alía, la cual cayó de rodillas al suelo mientras intentaba ponerse en pie con dificultad, como si cargara un peso enorme; pero resistiendo la fuerza de las tres juntas.

—¡No entiendo! ¿Qué rayos pasa que no cede? ¡No puede ser que ella sola pueda aguantar el poder de las tres unidas! —rugió Nora llena de cólera al ver como Alía se ponía lentamente de pie.

Ya Emma cruzaba también el portón y se detuvo a unos pocos metros de su hermana. Abrió los brazos y en ese momento Alía pareció recobrar toda la fuerza... Las manos de ambas se iluminaron y en ellas aparecieron unas esferas blancas que lanzaron contra sus enemigas, haciéndolas caer pesadamente a considerable distancia.

Nicanor sintió que el miedo lo dominaba e intentó echar a correr pero en

ese momento Alía lo señaló con un dedo y él cayó al suelo, intentando arrastrarse lejos de ella pero una fuerza mayor lo atraía hacia atrás y le impedía ponerse en pie. Las hijas de la luna estaban plantadas a la entrada del palacio y aquella luz que emanaba de sus cuerpos cegó a las gemelas que intentaban ponerse en guardia; haciéndolas optar por la retirada y de inmediato desaparecieron.

Alía y Emma finalmente bajaron las manos y la luz desapareció. Nicanor estaba aún en el suelo, muerto de pánico; y al constatar que sus aliadas lo habían abandonado intentó ponerse en pie pero Emma colocó su pie en su abdomen haciéndolo tragar el polvo. Luego se agachó un poco junto a él que temblaba como una rata y lo obligó a mirarla a los ojos:

—Nunca vuelvas a osar acercarte a mi hermana... —le dijo Emma pausada y amenazante con la mirada fría como un puñal clavada en los asustados ojos del hombre— de lo contrario, tendré que encargarme de ti antes de acabar con tus amiguitas.

Alía se acercó y le puso una mano en el hombro a Emma, luego esta se apartó y le dio espacio para inclinarse un poco y hablarle al cerdo de Nicanor. —Desaparece de aquí, ¡ahora! Y dile a tus aliadas que no se atrevan a aparecer nuevamente en este reino; que volveremos a vernos... pero esta vez iremos nosotras por ellas... y terminaremos con esto de una vez por todas.

Emma cerró los ojos y alzó una mano, en pocos segundos se acercó corriendo un corcel y se detuvo junto a ella, que lo acarició y le susurró algo al oído... Luego se volteó hacia Nicanor. —¡Ahora vete ya! Antes que me arrepienta de dejarte ir... ¡me das asco!

—¡Sí, s-sí! ¡Enseguida! —balbuceó el asustado y cobarde rey, trepó al animal y se alejó a todo galope, en vistas a que sus aliadas lo habían abandonado.

Las hermanas se miraron y rieron a carcajadas, hasta ese momento fueron conscientes del poder que ahora tenían, y lo disfrutaron al sentirlo y ver las caras de sus enemigas.

Luego Alía se acercó a Emma mientras caminaban al interior de los muros nuevamente. —¿Criatura... ahorita ahí, con Nicanor... lo estabas amenazando en serio?... ¿En verdad serías capaz de acabar con él?

Emma la miró un momento y sonrió. —Sólo si volviera a intentar acercarse a ti y hacerte daño de cualquier forma... Sé que ya no eres una niña;

pero sigues siendo mi hermana pequeña —respondió y sonrió levemente; luego aceleró el paso al ver a los príncipes acercarse, ya estaban ambas del lado del palacio.

—¿Están bien? ¿Qué sucedió? —preguntó Bryan mientras se acercaba.

—Ya se han marchado. No tenemos de que preocuparnos —respondió Emma y lo besó mientras lo abrazaba.

El nuevo rey y Emma se marcharon juntos, pues aún la fiesta continuaba y el rey tenía que estar junto a sus invitados; aunque preferiría estar junto a la mujer que amaba, preferiblemente a solas.

Evan miró a Alía. Ella estaba silenciosa y él estaba serio. Ella le sonrió y lo miró de los pies a la cabeza. Lo tomó por el cuello y lo besó apasionadamente mientras una niebla roja los envolvía haciéndolos desaparecer... Se materializaron en la alcoba de ella aun besándose, poseídos por la pasión. En ese momento él olvidó completamente la rabia que estaba sintiendo y se dejó dominar por ella sin objetar...

A la mañana del día siguiente, Emma despertó en la alcoba del rey cuando los rayos del sol tocaron intempestivamente su rostro. Él estaba junto a ella, la miraba extasiado y sonreía.

—¿Por qué me miras así?

Él sonrió. —Estaba pensando en las tantas veces que nos insultamos en pasado.

—Eras tú el insoportable —ella se rió.

Bryan la besó rápidamente y la tomó entre sus brazos mientras se colocaba encima de ella y la veía a los ojos, que eran rojos por los rayos del sol que entraban por las ventanas. —Entonces, ¿si te miro fijamente me convierto en tu esclavo? ¿Será usted mi ama y señora, hija de la luna?

Emma sonrió y luego se perdió completamente en sus perfectos labios.

Un rato después, Alía caminaba por los pasillos ensimismada, cuando de repente se cruzó con Evan, el cual estaba acompañado por una bella joven que reía a carcajadas.

—¡¿Alía?! —exclamó él sobresaltado al encontrarla.

—Buenos días —saludó cortésmente la joven que venía junto a Evan.

Sonrió—. ¿Eres una de las que llaman “hijas de la luna”? Mi nombre es Lara, princesa Lara de Ovelnor y hermana de Samanta reina de Antkar, creo que usted la conoce muy bien.

En ese momento se acercó otra joven y Alía no tuvo el tiempo de responder, aunque en aquel momento ella miraba a Evan muy seriamente. No supo de ser celosa hasta ese preciso instante en que lo vio junto a aquella...

—Lara, te he buscado por todas partes —dijo la recién llegada sin siquiera saludar.

Qué maleducada.

La princesa Lara sonrió ampliamente. —Evan me ha acompañado a visitar el lugar. Hemos conversado mientras paseábamos en el jardín y hemos desayunado juntos —dijo y le tomó la mano a Evan, el cual tuvo que soportar la mirada fulminante de Alía sobre él.

Evidentemente él no le había dicho a la tal Lara que tenía una relación con ella. Alía controló sus impulsos en ese momento, de no haberlo hecho hubiera sucedido un desastre en ese pasillo. Quería hacer volar a la tal Lara, tal vez hacerla volar del balcón más alto del palacio.

—Nuestros padres ya se han marchado... Les he dicho que el rey nos ha invitado a estar aquí por algunos días —la otra informó Lara entusiasmada de la idea de pasar algunos días en el palacio.

Alía continuaba a mirar a Evan, el cual estaba serio y se soltó de las manos de Lara, dándose cuenta que era inoportuno.

—¿Eleonor, Lara...? Pensé que se habían marchado —dijo el rey Bryan sorprendido mientras se acercaba junto a Emma.

—Necesitamos vuestra ayuda y la de ellas —dijo Eleonor, señalando las dos brujas, las cuales se miraron entre sí.

Alía ya sabía lo que querían las dos princesas; era obvio que querían salvar a Samanta, la esposa del rey Nicanor.

El rey las condujo a la sala de reuniones. Emma y Alía permanecieron unos minutos fuera de la puerta.

—¿Qué es lo quieren esas dos? —preguntó Emma hablando en baja voz—. Espero que no nos den problemas, esa tal Eleonor quería tomar como esposo a Bryan...

—Quieren salvar a su hermana Samanta —respondió Alía—. Pero no

pienso perder el tiempo en estas estupideces. Ahora tenemos que concentrarnos en las gemelas, no veo la hora de acabar con ellas.

Las dos entraron en la sala, y al hacerlo las dos princesas las miraron y abrieron la boca para Hablar.

Alía se apresuró. —La respuesta es no.

Eleonor dio un paso hacia ella. —Es nuestra hermana, por favor... ¿Qué harías tú si le sucediera algo a Lady Emma? —preguntó con los ojos aguados.

—Son meses que no sabíamos nada de ella, y dos días atrás nos llegó un mensaje suyo pidiéndonos ayuda , nos decía de buscarlas a ustedes... pues ella conoció a Lady Emma y le pareció de buen corazón —dijo Lara mientras de sus ojos emergía una lágrima.

Alía miró hacia Emma y asintió con la cabeza, luego salió de la habitación sin decir más.

Emma no la siguió, sabía bien que en ese momento su hermana necesitaba estar sola, pues Samanta era una de las tantas personas que sufrían por su culpa.

Miró hacia las princesas. —Está bien, las ayudaremos, pero tienen que saber...

Eleonor la interrumpió. —Sabemos todo acerca de las tales gemelas. Son años que estudiamos tu especie y estamos al tanto de todo lo que sucede en vuestro mundo sobrenatural. Una vez que salven a mi hermana las ayudaremos a eliminar esas brujas, sé que la secta es inmensa... supongo que solas no podrán acabar con todas.

—Salvaremos a tu hermana y luego no nos veremos más, esta guerra no es para simples humanos —dijo Emma tajante, luego miró hacia Bryan y rápidamente les dio la espalda, para luego marcharse tomando el mismo rumbo de su hermana.

Emma se dirigió hacia el balcón, sabía que allí encontraría a Alía.

—Es una trampa —dijo Alía volteándose hacia Emma—. Samanta está bien vigilada, no podría mandar ningún mensajero.

—Sí, lo imaginé —Emma se acercó a la barda y su mirada se perdió en el paisaje—. Esas tres ya me tienen harta, quiero mandarlas de una vez y por todas al infierno.

Mientras tanto, Nicanor cabalgaba en medio del bosque cuando inesperadamente apareció en medio de su salón del trono. Las gemelas lo recibieron riendo, pues la cara de él denotaba rabia y cansancio. Sí, era un tanto divertido.

—¿Qué no podían hacer esto antes? He cabalgado por toda la noche... Esas dos malditas tienen que pagar...

—Ya cálmate —Beth lo hizo callar de inmediato—. Esas malditas lo pagarán con sus propias vidas. Son fuertes, pero lo somos nosotras también.

—Ella vendrá a buscarme, Alía no perdona —dijo él con la mirada asustada. Conocía bien a Alía.

—Ellas vendrán y nosotras las estaremos esperando —dijo Mary sonriendo.

—Usaremos a tu esposa como carnada —tomó la palabra Nora.

Las gemelas ya habían pensado en un plan para acabar con las dos brujas que habían absorbido el poder de la piedra. Sólo matándolas obtendrían ese poder que tanto deseaban. Reunieron todos los miembros de la secta y se iniciaron a preparar para la inminente batalla.

Al mediodía, Emma y Alía se presentaron a la sala de cenas y ya todos estaban reunidos. Habían pasado toda la mañana elaborando un plan para entrar en el palacio de Antkar, afortunadamente Alía lo conocía como la palma de sus manos. Se sentaron en silencio. Alía miró hacia Evan, el cual estaba sentado junto a Lara que no dejaba de coquetear con él y reía a cada palabra que el joven pronunciaba.

—Bueno —Eleonor llamó la atención de las hijas de la luna—. ¿Cuándo piensan entrar en el palacio de Antkar?

—Esta misma noche —comunicó Emma muy seria como siempre.

—Evan, me pasas el vino, por favor —dijo Lara con aquella expresión de niña buena que siempre tenía.

Evan rápidamente tomó la tina del vino rojo y al voltearse hacia ella esta se derramó completamente sobre su hermoso vestido blanco. Ahora parecía manchado de sangre. Que desastre. Ya no era tan linda.

—Perdón, no sé cómo pudo suceder —se disculpó Evan mientras Lara se alzaba completamente mojada y él también se alzó, tomó la servilleta para ayudarla a secar sus ropas manchada de rojo .

Alía no pudo soportar más; los celos se la estaban comiendo viva. Miró hacia Evan fulminándolo con la mirada y entró en su mente. *¡Si osas tocarla te hago volar por la ventana!*

Evan la miró serio y pensó. *¿Estás celosa?*

Lara se retiró inmediatamente para cambiar sus vestimentas. Eleonor corrió tras ella.

Alía continuaba con la mirada fija en Evan. *¡No! No estoy celosa, pero no acepto que nadie coquettee con mi...* Ella hizo silencio total.

—¿Con tu...? —preguntó él, esta vez en voz alta.

Emma y Bryan estaban en silencio, pero se miraban y sonreían, divertidos de lo que estaba sucediendo.

Alía desvió la mirada mientras Evan se le acercaba interrogante. —¿Qué somos tu y yo, Alía? —preguntó nuevamente.

—Sabes bien lo que somos, pero este no es el punto... el punto es que te gusta el coqueteo de esa...

—Ella es solo una amiga...

Alía empezó a reír. —¿Y por qué no le has dicho que hay una mujer en tu vida? ¿Acaso te avergüenza estar con una bruja? Es natural, al fin y al cabo siempre me has odiado. Lo que has siempre querido es hacerme daño, ¿verdad? Pues bien, lo has logrado, porque resulta que me enamoré de ti y sí, estoy celosa. Pero ya todo terminó —se alzó alterada y se marchó sin darle tiempo a Evan de hablar.

Él quedó allí, de pie, sin entender lo que había apenas sucedido. A veces no entendía el comportamiento de las mujeres. Eran una raza un poco extraña.

Un rato después Emma fue a la habitación de Alía, la cual estaba hechizando algunas armas; las hacía letales para las brujas.

Emma se sentó en una butaca frente su hermana y permaneció en silencio.

—¿Crees que tuve una reacción... exagerada? —le preguntó Alía después de algunos minutos de silencio.

Emma contuvo una sonrisa. —Él no debía ocultar lo que hay entre ustedes, ni aceptar el coqueteo de la otra... Pero él te ama, tal vez no quería herir los evidentes sentimientos de Lara... Creo que yo hubiera reaccionado peor.

Alía se rió. —Pero me divertí al arruinar su vestido, tendrá que tirarlo a la basura.

Continuaron a conversar mientras hechizaban todas las armas que llevarían con ellas cuando irían a rescatar a Samanta. No sabían que cosa las esperaba dentro los muros del palacio de Antkar, pero no sentían temor, sabían que eran fuertes y que juntas lograrían acabar con la amenaza.

Capítulo 13

Al caer la noche, las dos hermanas brujas ya estaban listas para irrumpir en la guarida de las gemelas. Estaban todos reunidos en la sala de reuniones. Bryan abrazaba fuertemente a Emma, temía por su vida y no quería dejarla ir sola. Pero él no podía abandonar su reino, ahora era el rey y no podía arriesgar su vida, y aun conociendo el peligro de la situación insistió para acompañarla, pero Emma se negó.

—Volveré pronto, te lo prometo —le dijo Emma.

—No me lo perdonaría si te...

Ella rápidamente lo hizo callar. — Saldrá todo bien.

—Iré yo con ellas —dijo Evan mientras tomaba algunas de las armas embrujadas y las ceñía en sus indumentos de guerra.

—Nosotras también vendremos —Eleonor dio un paso al frente y al igual que el príncipe Evan tomó algunas armas junto a Lara.

—¿Están seguras? En ese Palacio se encuentran más de cien brujas con

enormes poderes —advirtió Emma.

—Es nuestra hermana, haría cualquier cosa por tal de salvarla del infierno que se ha convertido su vida desde que se casó con ese estúpido de Nicanor —la voz de Eleonor era firme y decidida.

Emma asintió. —Está bien, no seré yo a detenerte, pero harás lo que yo te diga, no quiero que dos niñas con sed de venganza como ustedes estropeen nuestro plan, ¿entendido?

Emma esperó que las dos chicas asintieran y luego se volteó hacia el rey y lo besó apasionadamente ante los ojos de todos.

Evan se acercó a Alía, la cual estaba silenciosa y de espalda a todos.

—Alía, tenemos que hablar —dijo él mientras se le paraba en frente.

Ella no lo miró. —No tenemos nada de qué hablar... y además, este no sería el momento para hacerlo.

—¿Listos? —preguntó Emma, quedando expectante.

Evan miró a Alía a los ojos, pero ella viró la cara y se volteó hacia su hermana que estaba en el centro de la habitación. —Estoy lista.

Emma y Alía se tomaron las manos mientras los demás que las acompañarían se colocaron a su alrededor. Las dos hijas de la luna pronunciaron algunas palabras e inmediatamente fueron envueltos por una bruma roja. Bryan estaba muy preocupado y sin pensarlo corrió y colocó su mano sobre el hombro de Emma entrando también en el hechizo.

Minutos después se materializaron a las afueras del palacio de Antkar, el cual estaba bien vigilado.

—¿Por qué diablos lo has hecho? —Emma estaba furiosa con el rey Bryan.

—Porque te amo y porque moriría si te sucediera algo —respondió él, la tomó entre sus brazos y la besó—. No pretendo dejarte sola. Combatiremos juntos.

Ella lo miró fijo a los ojos y luego le dio algunas armas. —Pero me tienes que prometer que estarás todo el tiempo junto a mí, ¿ok?

—El hombre soy yo, soy yo quien te tiene que proteger —le dijo él sonriendo y la besó nuevamente.

Alía los condujo silenciosamente a la parte trasera donde se hallaba un túnel subterráneo que los llevaría hasta el interno sin ser vistos. Un rato después llegaron ante un muro, Alía tocó uno de los ladrillos que sobresalían de la pared

y rápidamente una puerta se abrió. Entraron y la puerta secreta se cerró tras de ellos. Se hallaban en la enorme biblioteca del Palacio, la cual estaba desolada.

Emma abrió la puerta y controló los pasillos, los cuales también estaban desolados, por suerte. Le hizo señas a los demás y rápidamente salieron de allí. Continuaron avanzando sin dificultad hasta llegar ante la puerta de la habitación de la reina Samanta. Habían solo dos soldados que hacían la guardia, rápidamente cayeron desmayados al suelo. La puerta se abrió de inmediato, pero en la habitación no se hallaba Samanta. Entonces comprendieron que no había manera de salvar a la reina sin pelear.

Emma y Alía no estaban preocupadas pues habían venido dispuestas a todo.

Eleonor las miró. —¿Dónde rayos está mi hermana? Esto parece una...

—¿Una trampa? —Emma sonrió despreocupada—. Sí, lo es.

—¿Ustedes lo sabían y de igual manera vinieron? —preguntó Eleonor incrédula.

—No te preocupes, salvaremos a tu hermana y luego acabaremos con esas tres —dijo Emma y dio un paso atrás, tomó rápidamente uno de sus puñales y lo penetró con fuerza en la pared.

Se escuchó un grito de dolor e inmediatamente una bruja se materializó ante sus ojos. Emma sonrió y extrajo el puñal que atravesaba el corazón de aquella, la cual cayó al suelo sin vida y su cuerpo se incendió al instante.

—Las paredes tienen ojos —murmuró Emma caminando hacia su hermana, la cual miraba hacia todas partes.

—Sí, me di cuenta —dijo Alía mientras lanzaba una esfera de fuego contra el muro y otra bruja salía al descubierto, rápidamente lanzó una daga que hizo blanco en la cabeza de aquella que quemaba quitándole la vida.

Los chicos se pusieron en guardia, pues el enemigo era invisible a sus ojos. Alía y Emma podían percibir la presencia de estas. Y en ese momento se sentían completamente rodeadas. Repentinamente iniciaron a emerger de todas partes. Algunas se encontraban pegadas en el techo y caminaban por las paredes sin problemas.

—¡Salgan inmediatamente de aquí! —gritó Emma mientras sus manos se incendiaban creando una enorme esfera de fuego.

Alía se encontraba a su lado y también estaba lista para enfrentar a aquellas

criaturas demoníacas.

Todos salieron corriendo de la habitación e inmediatamente una potente luz envolvió las dos hermanas dejando visibles solamente el rojo de sus ojos. Seguidamente de sus cuerpos emergió una onda explosiva que arrasó con toda la habitación y parte del pasillo. Las brujas de la secta que se encontraban allí perdieron la vida al instante. Emma y Alía salieron al pasillo donde estaban los demás entre los escombros, pero afortunadamente todos estaban bien. Al voltear la mirada divisaron aquellas horrendas criaturas que se avecinaban velozmente. Echaron a correr, pero las brujas emergían de todas partes, el palacio estaba totalmente infestado.

Iniciaron a pelear con aquellas que les saltaban encima obteniendo la victoria, pero estas los superaban en número... Improvisadamente, luego de una dura pelea contra algunas de estas, todo quedó en silencio, las brujas enemigas se tornaron invisibles de nuevo, en pocos segundos desaparecieron de la vista de todos... Los chicos miraban hacia todas partes asustados...

Entraron en el enorme salón de bailes, pero siempre con la guardia en alto. Se escuchaban algunos susurros que hacían eco en los muros , y de vez en cuando una brisa gélida irrumpía en sus cuerpos. Sabían que ellas estaban ahí, que observaban cada uno de sus movimientos. Veían las sombras que se movían veloces en el techo y en las paredes.

Emma y Alía se colocaron una de espalda a la otra, teniendo siempre cerca de ellas los humanos que las acompañaban. Intempestivamente ante Bryan apareció una bruja y lo golpeó con fuerza lanzándolo contra una columna, luego desapareció nuevamente sin darle el tiempo a las hermanas de rebelarse. Emma corrió hacia Bryan y le tendió la mano ayudándolo a alzarse... Súbitamente Evan voló contra Emma e todos impactaron contra la pared. Emma se encontraba junto a los dos chicos revolcada en el suelo. Rápidamente alzó la mirada y vio la enorme columna que se les venía encima. Estaba inmovilizada y Evan y Bryan se encontraban aturdidos por el impacto a su lado... Sabiendo que no podía hacer nada cerró los ojos, esperando su fin...

Alía los vio en dificultad y rápidamente lanzó una esfera de fuego contra la columna haciéndola desviar y caer del otro lado. Cuando Alía suspiró y sonrió sabiendo que su hermana y los otros dos estaban bien, escuchó el grito de advertencia de su hermana. Se giró velozmente, encontrando una bruja justo ante ella.

La bruja malvada tomó a Alía por el cuello y la lanzó con toda su fuerza

contra el techo del salón. Luego movió su mano y la otra impactó contra la pared. No le dio el tiempo de alzarse y nuevamente la hizo elevar bruscamente e impactar contra el techo..

Alía golpeó fuertemente la cabeza cuando tocó el techo por segunda vez y cayó nuevamente al suelo. El impacto fue brutal y perdió el conocimiento. No se movió más.

Emma se alzó inmediatamente con dificultad, echó a correr hacia su hermana que estaba inmóvil y cubierta de sangre. Tropezó con los escombros de la columna y cayó... Se alzó nuevamente mientras iniciaban a salir al descubierto las demás brujas. Finalmente logró llegar a donde Alía. La giró rápidamente e intentó despertarla en vano. Escuchó los latidos débiles del corazón de su hermana... Sin pensarlo cerró los puños que se iluminaron de rojo y golpeó con fuerza el pecho de Alía haciéndola reaccionar de inmediato.

—¿Alía, estás bien?! —preguntó Emma viendo a su hermana abrir finalmente los ojos.

Alía no respondió, sentía un dolor insoportable en cada parte de su cuerpo y estaba perdiendo mucha sangre. Estaba paralizada, no podía mover ni siquiera una mano, pues todos sus huesos estaban rotos y algunos sobresalían de su piel.

Emma alzó la mirada dándose cuenta que estaban completamente circundadas. Eran más de cien, era difícil contarlas, no tenía vía de fuga. Lara y Eleonor se hallaban a su derecha, estaban arrodilladas y bajo un hechizo que les impedía moverse. Y a su izquierda estaban los dos jóvenes que al igual que las princesas estaban inmovilizados y trataban con todas sus fuerzas de reaccionar y combatir, pero era en vano. Emma dirigió nuevamente la mirada hacia su hermana, la cual la miraba como si aquel fuera el final y de sus ojos emergieron algunas lágrimas de dolor.

Alía intentaba con todas sus fuerzas moverse pero era inútil... No podía.

Emma besó a su hermana en la frente y le tomó una mano mientras la miraba con ternura. En ese momento vio caer la reina Samanta en el pequeño círculo donde se encontraban y escuchó una risa de satisfacción a su espalda. Se alzó lentamente y se volteó, y allí se hallaban las gemelas que reían a carcajadas.

—¿En realidad pensaban que sería fácil? —preguntó Beth—. ¿Pensaban que con el poder que obtuvieron de la piedra serían invencibles? Cada una de mis brujas son doscientos años mayor que ustedes, son mucho más fuertes... Ustedes son solo dos niñas. Esto era un suicidio.

—Yo las admiro —dijo Nora sonriendo—. Ustedes dos tienen coraje, pero desgraciadamente no son inteligentes y ahora morirán... y por vuestra culpa morirán ellos también.

Mary se le acercó silenciosa y sonriente e inesperadamente le dio una bofetada haciéndola caer de rodillas al suelo junto a su hermana.

Emma cerró sus puños para devolverle el golpe pero la detuvo la mirada penetrante de Alía, la cual haciendo un enorme esfuerzo, poco a poco, apoyó su mano sobre el puño de Emma. Alía sonrió levemente, aguantando aquel dolor que la estaba consumiendo y cerró los ojos junto a Emma... Varios segundos después, Emma abrió los ojos pero Alía permaneció con los ojos cerrados, inconsciente... Luego Emma se puso de pie dándole nuevamente la cara a las gemelas.

—Emma, tú sola no puedes con todas nosotras. Tu querida hermana no puede ayudarte, el dolor no la deja concentrarse en su magia y estás sola... *completamente* sola —sonrió Beth satisfecha.

Y desgraciadamente la bruja tenía razón, pues Alía tenía cada hueso de su cuerpo roto y el dolor que estaba sintiendo era incomparable. Su mente no la dejaba concentrar en sus poderes porque en ese momento no tenía fuerzas ni siquiera para pensar.

—¿Qué te hace creer que estoy sola? —preguntó Emma de repente y sonrió. Sus ojos se iluminaron colorándose enteramente de rojos y un fuerte viento irrumpió por las ventanas, y el hechizo que inmovilizaban a los chicos desapareció.

Estos rápidamente empuñaron sus armas e iniciaron a pelear contra las brujas que los habían sometidos. Las manos de Emma se iluminaron y un fuerte rayo emergió de estas golpeando a Beth y a Nora. Luego se volteó hacia Mary, la cual se le venía encima como una furia, pero Emma alzó su mano y esta se elevó en el aire, luego con ligero movimiento de la mano de Emma Mary se estrelló contra el vidrio de una ventana, atravesándola y aterrizando bruscamente en el jardín, permaneció inconsciente. Emma giró alrededor de sí misma y de sus manos iniciaron a emerger ondas que impedían a las brujas de acercarse. Después saltó dando vueltas en el aire y cayó justo cerca de su hermana y de los demás que peleaban vigorosamente.

Nora y Beth se tomaron de las manos y todo inició a oscurecerse al sonido de sus palabras. Repentinamente las brujas que quedaban en pie iniciaron a

duplicarse.

Emma dirigió la mirada una vez más hacia las gemelas y sonrió mientras la niebla roja envolvía su cuerpo y los de los chicos desapareciendo al instante.

Aparecieron minutos después en el salón del palacio de Krestus. Lara y Eleonor abrazaron a su hermana Samanta, estaban felices de haberla salvada. Evan corrió hacia Alía, la cual estaba tirada al suelo como antes, la tomó entre sus brazos y le acarició el rostro desesperado.

—¿Por qué no despierta ? —preguntó el chico mirando hacia Emma—. ¡No respira, su corazón no late..!

Emma se agachó junto a él y le acarició con ternura el rostro, Evan la miró confundido. —Estoy bien, amor mío, mi cuerpo sanará —le dijo viéndolo a los ojos.

—¿Alía, eres tú?

En ese momento Bryan la tomó por una mano y la haló con fuerza hacia él con la intención de besarla, pero ella lo detuvo de inmediato.

—Yo soy Alía... y también soy Emma... ok, estamos las dos en este cuerpo — dijo y Bryan la soltó inmediatamente. Ella dio un paso hacia atrás—. Es mejor que no nos toquemos hasta que yo no regrese a mi cuerpo y este sea solamente de Emma. Sería demasiado extraño.

Todos los presentes se miraron confundidos, sobre todo las princesas hermanas. Evan creyó comprender lo que sucedía, pues ya él había vivido algo similar cuando le quitó la vida a Alía una vez; y enseguida recordó lo sucedido lleno de preocupación.

—Oh no, no, no... ¿y ahora? Sólo restan cinco días para recuperar tu cuerpo, ¿cierto? ¿Qué se supone que debe suceder?

Emma se acercó a él y lo miró con ternura, reconociendo él a Alía tras aquella mirada... Luego se apartó de él, como había dicho antes, era demasiado extraño todo aquello. —No te preocupes, esto lo hemos hecho a sabiendas de lo que conlleva... Pues sí, solo tenemos cinco días para recuperarme, pero esta vez es más sencillo; sólo debemos sanar mi carne y podré volver a ser la de siempre —se volteó hacia los demás—. Y ustedes, princesas; ya tienen lo que deseaban... aunque sinceramente les aconsejo se queden unos días en palacio hasta que nos encargemos de esas gemelas locas.

Las dos asintieron con la cabeza y se retiraron a sus habitaciones, llevando consigo a Samanta; que no pronunciaba palabra alguna.

Bryan dio media vuelta y también se retiró, seguido por Evan que cargaba en brazos el cuerpo de la mujer de su vida todo maltrecho, sucio y sin vida. Lo llevó a la habitación de su hermana. Ninguno de los dos amigos se atrevía a mirar hacia Emma, o Alía; precisamente porque no sabían con cuál de las dos se encontrarían.

Finalmente Emma quedó a solas. Suspiró y permaneció un rato parada ahí, en medio de aquel salón, pensativas ambas. Luego se dirigió a su habitación con paso lento. La puerta estaba abierta, Evan había dejado el cuerpo de Alía sobre la cama. Ella se acercó y tomó agua fresca que había junto a su cama, tomó unos paños y lo limpió el cuerpo con mucho cuidado. Luego se lavó la cara y se dirigió frente a su espejo, haló la sábana blanca que lo cubría y ahí estaba Alía frente a ella.

—No sé si fue esto una buena idea —dijo Emma.

—Fue la única opción en ese momento, sabes que no lo hubiéramos logrado, hubiéramos muerto todos a manos de esas desgraciadas —le dijo la otra desde el espejo.

Emma bajó la mirada y cuando la volvió a alzar estaba cargada de rabia. — En cuanto todo vuelva a la normalidad iremos por ellas; y esta vez sin los demás, es muy arriesgado para ellos... tenemos que exterminar a las gemelas definitivamente...

—Ahora sanemos mi cuerpo, lo necesito en óptimo estado para mañana que habrá luna llena y podré volver a él sin tener que esperar días... Por lo pronto, su majestad el rey de este palacio tendrá que irse a la cama solo esta noche y tener sus manos lejos de ti... de nosotras —bromeó Alía.

Emma se rió. —¡Pues sí, igual que Evan! los pobres; ¿viste bien sus caras cuando les dijimos lo que estaba sucediendo?

Ambas rieron divertidas, pareciéndole gracioso lo que estaba pasando... no imaginaban que tal vez aquella era la oportunidad que otras esperaban para aprovecharse...

Llegó la noche y todos se reunieron en la mesa para la cena. Lara se sentó junto a Evan y no dejaba de coquetearle, con cualquier pretexto posaba su mano

sobre la de él y le sonreía a menudo. Emma lo miraba muy seria, aunque él sabía que era Alía realmente quien estaba molesta; más sin embargo no podía quitarse a la princesa de encima.

Por su parte, Eleonor tampoco perdía chance de sonreírle al rey, y en una ocasión hubo de tocarle por debajo de la mesa.

—He pensado que con todo esto que está sucediendo, no estaría demás pedirle un poco de ayuda a mi padre, majestad. No están demás un poco de hombres más por si llegara a necesitarlos... ya sabes que cuentas con el apoyo incondicional de Ovelnor para todo —dijo Eleonor sonriéndole a Bryan tontamente mientras le acariciaba una mano.

Los ojos de Emma brillaron a la luz de las velas, a la vez que sonrió levemente – en realidad sonreía Alía, pues conocía a la perfección a su hermana.

Bryan retiró su mano de inmediato. —No creo que sea necesario, pues como ustedes mismas saben, Emma y Alía se encargarán de eso... Me parece más prudente no inmiscuir a nadie más en este asunto —dijo mientras se le subían los colores al rostro ante el coqueteo persistente que notaba en Eleonor.

Lara sonrió. —Bueno pero... no sería mala idea obtener un poco de refuerzos, piénsalo “cuñadito”.

Tras las palabras de la Lara, específicamente la última palabra que se atrevió a pronunciar, un frío letal irrumpió por las ventanas helando todo el comedor, y la luz de la luna los bañó como si esta estuviera justo en el jardín.

Emma se puso de pie lentamente ante la mirada de los demás, que asustados habían quedado sin habla. Camión hasta la ventana y corrió las cortinas dejando más entrada al fresco helado de la noche. Luego se paró detrás de las dos princesas coquetas y se agachó sobre ellas, poniendo sus manos en un hombro de cada una. Susurró unas palabras al oído de Lara y esta sintió como se le congelaba la piel literalmente:

—¿Cómo es que le has llamado a su majestad, querida Lara? —preguntó sonriendo irónicamente, sintiendo el miedo en la otra.

—Yo... perdón, fue una tontería mía; puesto que su majestad y mi hermana alguna vez... No volverá a suceder. L-Lo juro —respondió Lara sin alzar la vista fija sobre la mesa.

—Bien —dijo Emma y sonrió levemente—. Me alegra que comprendas, no quiero más malos entendidos mientras estén en este palacio, así como se te agradecerá que dejes de tocar la mano del príncipe Evan y de mirarlo con esa

cara de idiota con que lo haces; ¿estamos?

Lara se aclaró la voz. Sentía un temblor insoportable. Era miedo. Terror. — S-Sí. Claro que sí. Disculpe, Lady Emma... o Lady Alía...

Emma sonrió nuevamente y se inclinó ahora sobre Eleonor que asustada no sabía qué hacer. —Y tú, niñita... espero hayas comprendido que este reino no necesita la ayuda de Ovelnor para este asunto de las gemelas; lo resolveremos solos. Más bien me parece que mañana a primera hora deberán regresarse a su reino tú y tus dos hermanas... Estoy segura que su majestad les proporcionará una considerable escolta para el viaje y nosotras le facilitaremos el viaje.... ¡Ah!, y deberías pensarlo mejor la próxima vez que tu pierna se deslice bajo la mesa; no sea que se te paralice o puedas sufrir cualquier accidente, ¿me comprendes? —clavó en ella sus ojos rojos como si estuviesen llenos de fuego.

Eleonor asintió con la cabeza sin dudar un segundo. Luego Emma sonrió mirando hacia el rey y luego hacia el príncipe Evan, dio media vuelta y se marchó; volviendo así milagrosamente la temperatura normal al salón. Nadie más volvió a pronunciar palabra en aquella mesa.

Una vez que Emma se encerró en su habitación de la gran torre, fue de inmediato a pararse ante el enorme espejo y ambas hermanas rieron a carcajadas.

—¿Viste bien sus caras de pánico? —Alía se rió sin poder contenerse.

—¡Pues sí! y espero las princesitas se aconsejen ahora y no provoquen más; porque te juro que me dieron ganas de congelarlas ahí en los asientos, sólo me dio un poco de pena Samanta... pobre de esa mujer; prácticamente ni habla, no sostiene la mirada de nadie y siempre se le ve retraída.

Alía se puso seria de repente. —Samanta me teme, Emma —agachó la cabeza—. No me enorgullezco de eso pero; no fui muy amable con ella en el pasado, realmente con nadie.

Emma vio un rictus de tristeza en los ojos de Alía y con un dedo acarició su rostro en el vidrio. —Es parte del pasado, mejor olvídalo, ¿sí?, porque ahora eres verdaderamente tú, la mujer de la que se enamoró Evan porque supo hallar eso en ti que los demás no conocen, porque te redescubrió, y te devolvió tu corazón...

Alía dejó emerger una lágrima. —¡Bueno ya! Ahora concentrémonos en sanar mi cuerpo. Mañana cuando partan las princesas a Ovelnor, debemos partir nosotras a la isla donde están las demás... será noche de luna llena y me recuperaré totalmente.

—¡Sí! —exclamó Emma y rápidamente se acercó al cuerpo tendido sobre la cama.

Colocó sus manos sobre su pecho con los ojos cerrados y pronunció unas palabras en voz baja. Luego comenzó a posesionar ambas manos cruzadas en cada sitio donde su hermana tenía una herida o un hueso roto. Una luz roja comenzó a bañar el cuerpo y finalmente la luz se tornó blanca y lo envolvió por completo. Emma abrió los ojos y se alejó dando un paso atrás. La luz se apagó y ella sonrió. El cuerpo de Alía estaba impecable nuevamente.

Camino hasta su balcón y se apoyó en la barda; y quedó ahí, sonriendo aparentemente a solas, mientras contemplaba la luna de una redondez casi perfecta. Todo había quedado listo para el día siguiente.

A la mañana del día siguiente, el sol no brilló en el cielo, pues enormes nubes oscuras lo cubrían; se avecinaba una terrible tormenta. Las princesas de Ovelnor no pudieron partir como lo habían pactado, pero estuvieron encerradas en sus alcobas por casi todo el día, bajaron solo a almorzar y luego a cenar, evitando siempre a Emma y pensando bien antes de hacer algún comentario inoportuno.

Por su parte Emma y Alía estuvieron preparando el ritual para transportar el alma de Alía a su cuerpo.

El rey Bryan y el príncipe Evander tomaron ese día lluvioso para jugar a cartas y hablar de negocios. Les era extraño estar junto a Emma, pues no sabían si hablaban con ella o con su hermana y les creaba un poco de confusión. Prefirieron estar lejos de “ellas” hasta cuando todo regresara a la normalidad.

Ya todo estaba listo para realizar el conjuro , y ya la luna estaba en posición, sólo que aún la tormenta envolvía Krestus, pero las hermanas sentían la energía de esta. Emma salió un momento y se dirigió a la habitación de Alía para tomar algunos vestidos, pues su hermana estaba completamente desnuda y al despertar lo necesitaría. Abrió el armario y tomó un vestido negro, luego se giró hacia el espejo y allí encontró el reflejo de Alía, que sonreía .

—¿Y tú por qué sonríes? —preguntó Emma acercándose al espejo.

—Pues porque esta noche podrás acurrucarte en los brazos de tu rey —dijo con tono pícaro.

Emma arqueó una ceja. —¿Segura que soy yo la que ansía “acurrucarse” en los brazos de alguien?

—Pues sí —dijo y sonrió... pero de repente miró hacia todas partes y finalmente a Emma .

—¿Qué sucede?

—Siento mi cuerpo mojado y un extraño olor —dijo Alía con la mirada inquieta.

Emma la miró, rápidamente dejó caer el vestido al suelo y salió corriendo de la habitación.

Al llegar a su alcoba y al abrir la puerta encontró a Samanta con una vela encendida en sus manos, y el cuerpo de su hermana enteramente cubierto de un líquido inflamable.

—¡No te atrevas a hacerlo! —gritó Emma parada en el umbral.

—No entiendes, este es el único modo para liberarme para siempre de ella —dijo Samanta con la voz temblorosa mientras acercaba el fuego lentamente al cuerpo inmóvil de la bruja. Gruesas lágrimas iniciaron a correr por sus mejillas —. Está siempre en mis sueños y no me deja dormir, no viviré tranquila hasta saber que ella está muerta.

Emma dio un paso hacia ella. —Samanta, esto no te hará sentir mejor — dijo, y la que hablaba era Emma, pues Alía se había refugiado en lo más profundo de la mente de su hermana para no asistir a la inminente desgracia. Emma dio otro paso—. Ella ha cambiado y perdió la vida para salvar la tuya.

Samanta negó con la cabeza y de sus ojos emergieron más lágrimas mientras sus manos temblaban. Estaba dispuesta a terminar con la vida de Alía. La consideraba culpable de toda su desdicha.

Emma dio otro paso adelante, lentamente...

Samanta se sintió amenazada y acercó aún más la llama al cuerpo de Alía. —No puedo dejar en libertad un monstruo... Nadie más sufrirá a causa suya —y dejó caer la vela...

—¡No! —gritó Emma y se precipitó desesperada hacia el cuerpo de su hermana.

Samanta la aferró con fuerza y la hizo caer al suelo impidiéndole avvicinarsi.

Emma, que hasta ese momento se había comportado bien, que hasta ese momento había mantenida la calma, no pudo soportar que alguien le hiciera daño a su querida hermana. Toda aquella bondad se transformó en pocos

segundos en pura malignidad. Repentinamente Samanta voló bruscamente, impactando contra la puerta y luego cayó al suelo. Emma alzó su mano y Samanta comenzó a elevarse en el aire sintiendo que algo apretaba con fuerza su cuello. La mirada de Emma era cubierta de un odio y una rabia sin igual, ni siquiera escuchaba la voz de Alía en su mente que le decía de detenerse.

El cuerpo de Alía estaba envuelto en las llamas hambrientas. Todo el lecho estaba cubierto por el fuego.

Justo en ese momento llegaron los demás, los cuales quedaron atónitos al ver el cadáver de Alía que quemaba y a Emma que estaba completamente cegada por la rabia y tenía a Samanta suspendida en el aire, luchando por su vida, ya no podía respirar y estaba perdiendo el conocimiento.

En ese preciso instante las ventanas se abrieron intempestivamente y las nubes se hicieron a un lado dejando visible el esplendor de la luna perfectamente redonda. Una sutil y casi invisible bruma emergió del cuerpo de Emma y se introdujo luego en Alía, la cual rápidamente abrió los ojos viéndose envuelta en las llamas que comenzaban a desgarrar dolorosamente su piel... Pero poco a poco, mientras se alzaba, su piel tornó a la normalidad aun teniendo las llamas sobre ella, y un vestido rojo se ciñó en su cuerpo. Caminó hacia Emma, la cual continuaba a someter a Samanta sin pensar en nada más mientras los demás no se atrevían a pronunciar palabra alguna, y miraban la escena terrorífica aterrorizados.

—Emmi... Ya basta. Está todo bien, hermana mía —le dijo Alía calmadamente.

La otra al sentir su voz provenir a sus espaldas y no más de su mente, se volteó súbito dejando libre la humana, la cual cayó al suelo tosiendo y llevándose las manos a la garganta dolorida.

Emma tenía los ojos totalmente rojos y poco a poco tomaron su color natural. Velozmente se abalanzó y abrazó con fuerza a su hermana, sin importarles las fuertes llamas que aún la envolvían. Y esas llamas se apoderaron también de ella, envolviéndolas a las dos. Luego Emma se separó y miró su cuerpo que también emanaba fuego, pero no sentía dolor, sentía que el fuego era parte de ella.

Segundos después las llamas se extinguieron. Emma tocó el lecho, apagando el incendio. Luego miró hacia a Samanta, la cual estaba aún en el suelo mientras sus hermanas se aseguraban que estaba bien.

—Te pedí que no lo hicieras, pero tú no me escuchaste —dijo Emma caminando hacia la puerta—. Cuando alguien toca a las personas que amo... sobre todo a mi hermana, toda la bondad que hay en mi desaparece —diciendo esto se marchó de inmediato.

Alía se acercó a Samanta, la cual bajó la mirada al igual que sus hermanas. Bryan y Evan permanecieron de pie, temían por la reacción de Alía con aquella que le dio fuego. Pero para la sorpresa de todos, Alía se agachó junto a Samanta y le tomó una mano, esta se iluminó y todas las pequeñas heridas que tenía al impactar contra la puerta se sanaron al instante.

—No te pediré disculpas por lo que te hice en pasado, fuiste tú a aceptar como esposo a Nicanor aun sabiendo cómo era —dijo la bruja mientras de sus manos iniciaban a emerger una niebla roja—. Es mejor que se marchen. Ya nos han dado demasiados problemas. Y no sé si podré controlarme la próxima vez que hagan algo que no me agrade.

Seguidamente las princesas desaparecieron. Alía se puso de pie y miró hacia los jóvenes, los cuales permanecían en silencio. Ella no dijo nada, dio la media vuelta y fue en busca de su hermana.

La encontró en el jardín, bajo la lluvia, de cara al cielo.

—¿Estás bien? —preguntó Alía.

—¿Ya se han marchado?

—Sí, las devolví a su reino... y estoy segura que no las veremos por mucho tiempo —dijo Alía mientras se paraba ante su hermana—. Emma, la estabas por matar...

—Ella quiso matarte a ti, te dio fuego... Por suerte el poder que hemos recibido nos hace inmune. Pero de no ser así... te hubieras marchado para siempre —Algunas lágrimas se confundieron con la lluvia que descendía cada vez más fuerte. Emma desvió la mirada—. En ese momento no me importó nada.

—No quiero que cometas ese error, en la guerra es diferente porque luchas por tu vida... pero cuando le tomas la vida a alguien que en realidad no lo merece luego no puedes volver atrás, te perseguirá por siempre y la culpa no te dejará vivir. Esa sensación quedará clavada en tu mente día y noche manchando tu alma —Alía le tomó las manos—. No me perdonaría si por mi culpa tú cometieras este error, no te pierdas en la oscuridad, Emma, no cometas el mismo error que cometí yo.

—Ella no es inocente, ella intentó matarte...

—Y te aseguro que lo que yo le he hecho fue peor, me quiere muerta porque tiene miedo de mí y de lo que soy —Alía no pudo contener las lágrimas—. Es culpa mía si ella es como es... yo merezco la muerte por lo que hice...

Las dos hermanas se abrazaron fuertemente. Alía no quería que su hermana perdiera el control de sí. Sabía muy bien la sensación que se sentía cuando hacías algo incorrecto, algo como matar a una persona inocente.

—¿Las interrumpo? —preguntó Bryan, al cual no le importó la lluvia, quería solo abrazar a la mujer de su vida.

Alía sonrió y se alejó de Emma. —Es toda tuya... Yo voy a cambiar mis ropas que están empapadas.

—Ven, vamos a la habitación; estás helada —dijo el rey mientras abrazaba a Emma y le besaba la frente con ternura.

Ella sonrió y respiró profundo viéndolo a los ojos, ciertamente sentía tanta dicha de contar con aquel hombre que era capaz de hacerla olvidar los problemas cuando estaba entre sus brazos... Asintió con la cabeza y sin pronunciar una sola palabra inició a caminar a su lado, rumbo a la alta torre.

Alía por su parte también se retiró a sus aposentos. Su vestido estaba empapado, así que al entrar se lo quitó de inmediato y lo colgó junto a la chimenea que mantenía la calidez en la habitación. Quedó unos minutos ahí parada frente el fuego. Pensaba en todo lo que estaba sucediendo y lo que estaba por suceder; cuando de repente escuchó unos pasos y se volteó tomando por instinto una manta que estaba sobre una silla y cubriéndose el cuerpo.

—No lo hagas... Quédate así, por favor —le pidió Evan mientras se acercaba más y le acariciaba el cabello acomodándose tras el oído.

Ella dejó caer la sábana al suelo. —No te escuché entrar, ¿ya estabas aquí acaso?

Él asintió y sus labios tocaron levemente los de ella en un beso cálido. Luego la tomó en brazos y la llevó a la cama, donde se amaron entre susurros de amor mientras las llamas de la fogata se extinguían.

Antes del amanecer, Emma despertó y al abrir los ojos, encontró a Bryan observándola desde el balcón abierto; completamente desnudo y a la luz de la

luna que bañaba aquel cuerpo viril por el que ella sentía podía morir sin dudarle. Él le sonrió y le extendió una mano en el aire, incitándola a acompañarlo...

—¿Por qué te has salido de la cama?... ¿No tienes frío aquí afuera? —preguntó ella abrazándose a él.

—Pues sí, un poco; pero sentí deseos de salir al aire libre, y verte dormir desde aquí... ¿Sabes que me encanta verte dormir? —dijo y sonrió—. Pudiera estarme horas y horas viéndote ahí, en nuestra cama.

—Pero yo prefiero que estés conmigo...

El rey la estrechó en sus brazos con fuerza. Sabía que pronto se separarían nuevamente y quería evitarlo a toda costa.

La besó y luego le preguntó viéndola a los ojos mientras los suyos parecían suplicarle. —Al amanecer partirás... ¿verdad?

Emma agachó la cabeza y luego le sostuvo la mirada. —Sabes que sí, es necesario; es urgente que todo esto termine de una buena vez para que podamos vivir tranquilos y ser felices, este reino tiene que recuperar su vida, su libertad fuera de estos muros... Pero estaré bien; te lo prometo.

—Sé que por más que te suplique no te quedarás, ni permitirás que las acompañe a Alía y a ti, ¿verdad?

Emma sonrió tristemente. —Cierto que no te dejaré hacerlo... pero te prometo que esta será la última vez que nos vamos a separar; porque no volveremos a vernos hasta que no pueda darte la satisfacción de haber librado este mundo de las asesinas de tu padre.

Bryan comprendió que era en vano discutir ese tema con ella, así que sólo se le ocurrió hacerle el amor una vez más antes que los sorprendiera el amanecer; porque sabía que llegado ese momento ella partiría y él no podría detenerla... Sus cuerpos se fundieron en uno y se amaron una vez más, entre lágrimas que ambos trataban de ocultar de vez en cuando.

Capítulo 14

Evan despertó envuelto en las sábanas y con una sonrisa de felicidad en los labios. Extendió la mano y palpó a su lado; y al constatar que ya estaba solo, su sonrisa desapareció y su rostro se transformó de repente denotando preocupación.

Un rato después bajó corriendo las escaleras y se encontró con Bryan en el salón de cenas, que lo esperaba para el desayuno.

—¡Se ha ido! Alía no está...

—Lo sé —dijo el rey con una triste sonrisa—. Emma tampoco está... hemos tenido una noche de amor maravillosa, fue esa su manera de “despedirse” supongo antes de partir a ese peligroso viaje contra esas malditas gemelas.

—¿Y tú lo sabías?! —preguntó Evan un poco sorprendido.

Bryan bebió un sorbo de leche fresca. —Pues... yo lo sentí antes que me lo confirmara en la madrugada, pero sentí que no podía entrometerme en algo que debe suceder como sea; las gemelas son brujas y... ellas también, es inevitable el enfrentamiento entre ellas... Sólo espero que vuelvan lo antes posible.

—¿Pero debo aceptarlo así como así?! ¿Que la mujer que amo exponga su vida mientras yo me quedo muy tranquilo aquí?

—¿Y acaso crees tú que a mí sí me gusta quedarme aquí? —Bryan miró al amigo a los ojos—. Pues no, pero no puedo forzar las cosas; y debo respetar su decisión, como creo que debes respetar tú la de Alía... ¡piénsalo! Creo que si no te dijo de su partida fue por esto mismo... porque sabía que no tenías la madurez para aceptar su voluntad —terminó de decir esto y se puso de pie, abandonando la mesa.

Evan estaba muy nervioso, quizás por eso fue un poco descortés con su

amigo, tal vez por ello insinuó que no debió aceptar dejarlas ir solas; pero ya se calmaría y comprendería que no debía tomar parte en aquella batalla que se cerniría.

Al estar el sol en el centro del cielo, justo al mediodía, las hermanas hijas de la luna caminaban sin rumbo fijo en una playa, tan lejana del reino de Krestus que cuando miraban al océano se les oprimía el pecho de sólo pensar en la distancia que había entre ellas y las personas que amaban.

—Estoy exhausta, criatura —suspiró Emma y se dejó caer sobre la arena, quitándose sus botas para sacudirles la arena que tenían dentro.

—Sí, yo también un poco, descansemos unos minutos...

Emma alzó la mirada. —¿Hasta cuándo debemos andar y desandar entre toda esta arena? Fue una suerte que cambiáramos nuestras vestimentas, ya imagino lo incómodo que sería con aquellos largos vestidos.

Alía sonrió. —Tienes razón... Pero debemos continuar hasta que demos con las demás hijas de la luna, las necesitamos para enfrentarnos a las locas aquellas..

—¡Rayos! Sería mucho más fácil si ellas nos hallaran a nosotras, llevamos más de cuatro horas dando vueltas y no encontramos ningún indicio... ¿será que nos equivocamos de isla?

En ese momento, una montaña de arena que se alzaba frente a ellas comenzó a abrirse, dejando visible la entrada a una escalinata que descendía hacia su interior. Emma y Alía se miraron y sonrieron. Luego se pusieron de pie rápidamente y se introdujeron al interior de la montaña de arena, la cual una vez que ellas entraron se desmoronó como si nunca antes hubiera existido.

Emma abrió los ojos y vio a Alía que despertaba junto a ella, estaban en el suelo, sobre la arena, miraron a su alrededor y les pareció estar en el mismo sitio donde habían estado días atrás junto a las demás.

—¿Estás bien?! —preguntó Alía mientras inmediatamente se ponía de pie.

—Sí, ¿tú estás bien?

—Pues sí, pero... ¿dónde están? Esto está muy raro...

Se incorporaron y avanzaron unos pasos, hasta divisar una claridad y ahí

las encontraron, las mismas que les habían contado acerca del cambio que habían sufrido al fundirse la piedra en ellas y acerca de lo que deseaban las gemelas... Todas clavaron sus ojos en ellas, y una mujer no muy joven les indicó de ocupar puesto en dos sillas que estaban alrededor de la enorme mesa, al parecer reservadas para ellas.

—Las estábamos esperando, sabíamos que volverían —dijo la que evidentemente hablaba en nombre de las demás.

—Al parecer saben mucho más de lo que pensamos nosotras, ¿cierto? —preguntó Alía un tanto inquieta mirando a su alrededor.

—Pues sí, sabemos lo sucedido y estamos asombradas de que aún estén vivas. Fue un suicidio presentarse ante ellas sin conocer del todo la fuerza y el poder que tienen ahora...

—Explícate mejor —exigió Emma con determinación.

La mujer miró a las demás y luego nuevamente a Emma. —Aún no están listas para utilizar todo el poder que les otorgó la piedra, deben ser bautizadas y ser aceptadas como parte de nosotras; y para ello deberán permanecer aquí siete días... Aprenderán todo lo que necesitan y luego decidirán si realmente quieren hacerle frente al mal.

Las hermanas se miraron sorprendidas y preocupadas a la vez.

—¿Siete días?! —exclamó Emma, pensando en Bryan.

—Es mucho tiempo, realmente vinimos por su apoyo; sé que podemos vencer esa secta y enviarlas de vuelta al infierno —dijo Alía con determinación.

Las demás se miraron y sonrieron, evidentemente las veían como unas novatas inexpertas...

—No saben de qué hablan, niñas... Es imposible que lo consigan sin ser bautizadas... así como es imposible que podamos ayudarlas sin que hayan pasado el ritual de los siete días y podamos considerarlas hermanas de alma; parte de nosotras en verdad... ¿comprenden?

—Pues está bien... haremos esta cosa de la que hablan —aceptó Alía, mirando luego hacia su hermana que estaba muy preocupada.

Siete días eran muchos, pero era la única posibilidad de derrotar el enemigo. Pues estas brujas conocían bien el poder que ellas habían absorbido de la piedra, y se dieron cuenta que solas no las podían enfrentar. No podían arriesgarse otra vez, la próxima batalla sería la última y tenían que ganar a como

diera lugar, aunque para hacerlo debían seguir las extrañas peticiones de aquellas desconocidas. Además... ¿cuánto difícil sería pasar el ritual de los siete días?

Las brujas se miraron entre sí, una de ellas se alzó y tomó dos copas que luego entregó a las hermanas. —Beban —ordenó, mirando ambas muchachas.

Emma y Alía hicieron lo que les pidió; bebieron hasta la última gota del contenido de aquellas copas sin respirar siquiera, pues el olor era disgustoso.

La mujer sonrió mostrando todos sus dientes. —Nos vemos dentro de siete días... si logran atravesar la puerta. Si no lo hacen quedarán atrapadas en una dimensión surrealista... Recuerden que tienen solo siete días...

—¿Qué cosa?! ¿De qué rayos estás hablando?! —preguntó Alía mientras sentía que todo a su alrededor daba vueltas y le era difícil mantenerse en pie.

—¿Qué diablos nos han hecho? —preguntó Emma, que al igual que su hermana comenzaba a ver las cosas a su alrededor ofuscadas.

—Liberen sus mentes y luchen contra vuestros demonios, niñas —dijo la señora sonriendo—. Encuentren la puerta de regreso...

Diciendo esto, empujó las chicas, las cuales cayeron al vacío en una caída interminable...

Emma abrió los ojos de golpe, miró a su alrededor asustada y confundida. Se hallaba totalmente sola en la profundidad de un bosque. Los árboles inmensos con sus enormes ramos no dejaban pasar la luz del sol. Se alzó despacio, y poco a poco comenzó a recordar lo sucedido, aunque todo era un poco borroso. Se llevó las manos a la cabeza mientras giraba alrededor de sí misma.

—Alía... ¿Alía?! —gritó con todas sus fuerzas y escuchó el eco de su voz que se expandía fugaz por el bosque.

Al no recibir respuesta inició a correr sin meta adentrándose en la densidad del bosque, esperando de encontrar a su hermana en algún lugar... Poco después emergió del bosque y arribó a una hermosa pradera. No muy lejos de ella escuchó algunas risas de niños y al alzar la mirada los vio acercarse corriendo hacia ella y abriendo sus brazos.

—¡Madre! —exclamó contento el más pequeño mientras le saltaba encima haciéndola caer de espaldas sobre la hierba.

Ella no entendía por qué aquel niño la abrazaba con fuerza entre risas... pero aquel abrazo le dio una sensación que jamás había sentido antes de aquel

momento. ¿Qué diablos estaba sucediendo? ¿Y por qué aquella pequeña criatura la había llamado *madre*?

—Travol, deja en paz a nuestra madre, seguramente está cansada —lo regañó la niña más grande mientras le extendía la mano para ayudar a Emma a alzarse.

Emma los miró terriblemente asustada y no se atrevió a pronunciar palabra alguna.

La niña sonrió. —¿Madre, se siente bien?

Emma se rascó la cabeza. —Yo, yo no sé...

Estaba confundida, pero aquellas dos criaturas le inspiraban un amor incondicional. Aquellos ojitos que la miraban con ternura. Era eso lo que ella había siempre soñado; una familia normal y feliz.

Los dos chiquillos la tomaron de repente por las manos y la condujeron cerca de un riachuelo no muy lejano, y allí, tendido en el suelo, bajo la sombra de un fructuoso árbol se encontraba él, que al sentirla llegar volteó la mirada hacia ella.

—¿Bryan?!

—Amor mío —dijo sonriendo—. Siéntate a mi lado. Hoy el día está hermoso para estar un rato en familia —dirigió la mirada hacia la niña que sonreía—. Kamil, ve a jugar con tu hermano y no se adentran en el bosque... recojan algunas flores para vuestra madre.

—Sí, padre —asintió la pequeña y antes de dejarlos a solas se acercó a Emma y le dio un beso en la mejilla y le susurró—. Te quiero, mamá.

Emma se tocó la mejilla con delicadeza mientras miraba la niña alejarse corriendo. Luego miró a Bryan, el cual la tomó entre sus brazos y la besó. Ella continuaba sin entender y se dejó llevar por el momento, olvidando poco a poco todo lo que atormentaba su mente, y sobretodo el motivo que la había llevado hasta ahí...

Mientras tanto, Alía abrió sus ojos intempestivamente, miró rápidamente a su alrededor dándose cuenta que estaba viajando en un carruaje. Asustada y confusa echó a un lado las pequeñas cortinas de la ventanilla a su derecha, viendo algunos caballeros que cabalgaban junto al carruaje. Unos minutos después se detuvieron y la puertecilla se abrió.

Un hombre le extendió la mano para ayudarla a descender. —Bienvenida a Antkar, mi señora —dijo viéndola a los ojos ante la mirada desorientada de ella. El hombre sonrió cordial—. Su majestad la está esperando en la sala del trono.

Ella miraba hacia todas partes sin reconocer nada en aquel lugar, no obstante fuera el lugar en el cual creció. Las personas eran totalmente diferentes, sus caras denotaban alegría y felicidad.

El señor la condujo al grande salón. Todos le sonreían al verla pasar y ella se sentía extrañamente bien. Al llegar ante el rey, este rápidamente se alzó para saludarla educadamente.

—¿¿Nicanor..?! ¿Qué está sucediendo?

—Estoy feliz de tenerla aquí conmigo. ¡La reina Samanta será contenta! —exclamó Nicanor con una amplia sonrisa en los labios.

—¿Qué está sucediendo? —repitió ella desorientada y un poco asustada. No era lo que ella recordaba, ¿o sí? Iniciaba a dolerle la cabeza.

Volteó la mirada al sentir unos pasos a sus espaldas.

—¿Ha tenido buen viaje, mi Lady? —preguntó el príncipe Evander sonriendo mientras se acercaba veloz.

Ella lo miró a los ojos y cuando lo tuvo enfrente, él la tomó en los brazos y la besó apasionadamente. Ella permaneció en silencio, todo aquello parecía un sueño.

—¿Estás bien, mi amor? La noto un poco distante.

Ella negó ligeramente con la cabeza. —Yo... no sé lo que está sucediendo. Me duele un poco la cabeza y siento como si hubiera olvidado algo importante.

Él sonrió y le acarició el rostro con ternura. —Seguramente está cansada por el largo viaje, pues es mejor si descansa porque mañana partiremos al alba.

—¿Y... adónde tenemos que ir?

—Iremos a explorar el mundo, juntos, es ese nuestro sueño... ¿recuerdas?

Ella asintió y luego se volteó hacia Nicanor que se le acercó y la tomó por una mano.

—Estoy muy feliz de que mi hermano haya encontrado una mujer como usted, no hace otra cosa que hablar todo el tiempo de cómo se conocieron y de cuanto la ama —Nicanor sonrió y parecía verdaderamente contento y sincero—. Ahora voy a cabalgar un rato con mi reina, si no soy puntual me regaña.

Alía quedó atónita mientras el rey se alejaba contento. Y frente a ella aún estaba Evan sonriendo.

Una sirvienta se le acercó y la condujo hacia una habitación. Ella no hablaba, estaba pensativa... ¿Qué rayos estaba ocurriendo? Todo aquello parecía real y a la vez extraño...

Las dos hermanas se encontraban atrapadas en una vida completamente diferente a la verdadera. Aquella vida era todo lo que podían desear, no existían guerras, no existía ni siquiera la magia... y eran vidas felices. Pero no era la vida real, y si ellas se dejaban envolver en aquella fantasía que sus mentes estaban proyectando quedarían atrapadas ahí para siempre. Tenían solamente siete días para comprender cuál de las dos vidas era solo un sueño y... despertar.

Mientras tanto, en Krestus, en la realidad, el rey Bryan caminaba por los pasillos junto a el príncipe Evander. Estaban preocupados por las mujeres que amaban, pero no podían hacer nada para ayudarlas; sabían que aquella era una guerra que sólo ellas podían enfrentar. No les quedaba otra que esperar y rezar por obtener un final feliz.

Salieron a caminar cerca de los establos , y poco después vieron acercarse cinco hombres en sus cabalgaduras. Evan rápidamente se precipitó al encuentro.

—Mi señor —dijo uno de estos hombres mientras descendía del caballo—. Le traigo buenas noticias.

Evan asintió con la cabeza mientras lo saludó con la mano. —¿Entonces?

Bryan los miraba interrogante.

El tipo se secó el sudor de la frente con el brazo. —Esas brujas han abandonado el palacio, el rey está desprotegido finalmente.

—¿Las brujas se han marchado? —preguntó Evan, quedando pensativo.

—Pues sí, dicen que una de ellas quedó herida en la batalla que tuvieron con otras brujas y deben fortalecerse para enfrentarlas, y es por eso que se dirigieron hacia las montañas para ejecutar algunos ritos mágicos... cosas de brujas. Yo no entiendo mucho de esas cosas... y señor, la verdad es que yo no las quisiera ni encontrar —terminó de hablar haciendo una mueca de disgusto.

—¿Y los demás dónde se encuentran? —preguntó Evan mientras los otros cuatro hombres daban de beber a los caballos en una fuente cerca de los establos.

—Están acampados a un día y medio de camino de aquí, cerca de la Valle,

se están preparando... Esperamos sólo sus órdenes, señor.

Bryan se cansó de estar distante y se acercó sin poder evitar entrometerse en la conversación. —¿Qué está sucediendo? ¿De qué está hablando?

Evan dirigió la mirada hacia su amigo. —Ha llegado el momento de hacerle pagar a Nicanor lo que hizo. Tengo más de doscientos hombres, y otros más al interno del palacio que me informan de todo lo que sucede y que están dispuestos a luchar junto a mí.

Bryan se aclaró la garganta. —Bien, ¿entonces estás decidido?

Evan asintió. —Este es el momento perfecto para atacar, sin sus brujas él no sabe qué hacer.

—Yo estoy contigo, hermano —dijo Bryan, colocando una mano en el hombro de su amigo, decidido a luchar también junto a él.

—No —el príncipe Evander negó con la cabeza—. No puedo trajectarte en esta guerra. Ahora eres un rey y tienes que pensar en los tuyos.

Bryan permaneció unos instantes en silencio. Luego asintió. —Está bien... pero te daré la mitad de mis hombres por si los necesitas.

—Espero no llegar a tanto. Entraré en el palacio y enfrentaré mi hermano... No quiero que pierdan la vida hombres inocentes, no quiero dar inicio a una guerra —dijo Evander y luego abrazó con fuerza a su amigo.

En ese momento un sirviente se les acercó y le entregó a Evan un pequeño cofre. El joven lo miró interrogante mientras abría la caja. Quedó sorprendido al ver en su interno el puñal de diamantes negros; el mismo puñal con el cual intentó matar a Alía la primera vez, sólo que era un poco diferente de cómo lo recordaba, pues en una parte de la hoja llevaba su nombre grabado y en la otra el de ella.

—Lady Alía me pidió de forjar este puñal con su collar y de entregarlo a usted... espero sea de su agrado.

Evan sonrió, acariciando el nombre de Alía grabado en el metal. —Es perfecto.

Se colocó su capa sobre sus armas ceñidas a su cuerpo y le dio un abrazo al rey, no dijo nada; sólo lo abrazó fuerte por unos segundos y luego se desprendió de él, despidiéndose con una mirada antes de salir a toda prisa hacia los establos.

Ajeno a lo que estaba a punto de suceder, Nicanor caminaba nervioso por

los corredores de su palacio. Se sentía completamente solo, ya no contaba ni con la reina Samanta para atormentarla con sus malos tratos, era esto algo que lo divertía y lo distraía cuando estaba atosigado. En el fondo también sentía miedo, siempre se sintió fuerte con Alía de su lado; luego con las gemelas... pero ahora que no estaba ninguna con él, quedó al desnudo su alma cobarde y miserable. Había mandado redoblar la seguridad, pero lo que temía era que regresara Alía en busca de venganza, no le cruzaba por la mente que esta vez sería su propia sangre, la sangre de su padre asesinado por él mismo; la que venía a reclamarle y a cobrarle todas las cuentas del pasado juntas.

Dos días duró el viaje del príncipe Evander hasta los dominios de su hermano, y una vez tan cerca de este que podía divisar el palacio; se apostó en el bosque con sus tropas y esperó la llegada de la noche para atacar de sorpresa.

En tanto, en ese mundo irreal adonde Alía y Emma habían sido arrojadas, cada una vivía a plenitud la dicha que en el fondo anhelaban...

—Mañana se cumplen diez años de la muerte de mi padre —comentó Bryan con la mirada triste, pero con una sonrisa en los labios mientras abrazaba a Emma en el balcón de la gran torre de su palacio.

—¿Diez años ya?! ¡Y aún esas malditas asesinas andan sin castigo por este mundo! —rugió ella.

El rey la miró desconcertado. —¿De qué hablas, amor?... Mi padre murió naturalmente en su lecho, tú estuviste ahí; me acompañaste durante toda su enfermedad...

—¿Ah sí? —susurró Emma aturdida.

Bryan la miró un poco preocupado. —S-sí, amor... ¿qué pasa? ¿No lo recuerdas?

—¡Sí! Claro, mi vida... perdón mi distracción —dijo ella, disimulando su desconcierto mientras lo abrazaba con ternura.

En ese momento aparecieron sus pequeños hijos trayéndole unas frutas frescas del bosque, le dieron un beso a ambos y sus risas inundaron el lugar mientras Kamil perseguía a Travol dando vueltas alrededor de sus padres, como era costumbre; el pequeño siempre molestaba a su hermana mayor y luego echaba a correr para que esta lo persiguiera.

—¡Ya basta niños! —exclamó Bryan pero con ternura en su regaño—. Dejen de hacer alboroto y mejor váyanse a lavar las manos para el almuerzo.

Los niños obedecieron de inmediato y una vez que quedaron a solas, el rey se acercó a su esposa al verla pensativa con la mirada perdida en el horizonte. Ella no lograba encajar los pedazos de ese rompecabezas.

—¿Qué sucede, mi vida? —preguntó él tomándole de las manos.

—Es sólo que... ¿por qué no vamos a visitar a Evan y Alía? Hace tiempo no los vemos y extraño tanto a mi hermana —dijo ella, tentando a ciegas en busca de una respuesta que le hablara del paradero de su hermana, pues ciertamente suponía que si ella vivía tan feliz con Bryan, Alía debía estar con Evander en su reino que suponía había recuperado.

—Vida mía —Bryan la vio a los ojos con pena—. No entiendo por qué estás comportándote de manera tan rara... ¿tampoco recuerdas que Alía?... ella no está más.

—¿Qué?!

—Emma... Alía murió poco después que mi padre, exactamente dentro de cuatro días se cumplirán nueve años de su muerte; a manos de Nicanor, que no soportó saber que había preferido a Evan en su lugar... Fue muy duro para ti cariño, pero hace muchos años de eso, creí que lo habías superado... y de mi amigo sabes que no tenemos noticias desde entonces, desapareció por el mundo...

Emma volteó la mirada y de sus ojos brotaron dos gruesas lágrimas. No entendía qué vida era aquella en la que vivía donde no recordaba nada del pasado. Su hermana estaba muerta y ella recordaba que apenas tres días antes anduvieron juntas desandando en una playa... Por más que se esforzaba no recordaba más. Era feliz con sus hijos, adoraba aquellos niños, era dichosa junto a su esposo y tenía todo cuanto podía desear una mujer normal; pero en el fondo algo le faltaba... Y comenzó a sentir entonces que tal vez ella no fuera una mujer normal...

Quedaban sólo cuatro días para que lograra discernir entre la realidad y aquella vida de ensueño que llevaba, y debía decidir si se quedaba en ella feliz para siempre pero sin parte de las personas que amaba; o buscaba la puerta que la llevara a la realidad.

Por su parte, para Alía estaba siendo difícil también comprender muchas cosas...

—¡Amor! —exclamó Evan mientras se unía ella que permanecía apoyada a

la barda de una enorme embarcación, mirando el cielo estrellado. Él la abrazó—. El capitán me ha dicho que al amanecer llegaremos ya, estoy ansioso. Llevamos mucho tiempo ya de travesía y anhelo estar en tierra.

—Estaba pensando, cielo.... Que hubiera sido estupendo si hubiéramos invitado a Emma y Bryan a este viaje, sé que tienen muchas obligaciones de seguro en el reino; pero hubiera sido tan lindo compartir este viaje con ellos — suspiró ella con la mirada perdida en el horizonte.

Evan la volteó hacia sí. —Ali... mi amor... es imposible eso que deseas... sabes que ellos murieron cuando aquellas brujas atacaron su reino —le recordó, agachando la cabeza.

—¿Brujas?... Pero, ¿cómo? ¡No puede ser! —exclamó Alía desconcertada por completo.

—Exactamente dentro de cuatro días se cumplirá el noveno aniversario de esa tragedia... desde entonces cada año guardamos ese día de luto, ¿no lo recuerdas?

Ella se dobló de golpe sobre la baranda y vomitó, estaba mareada y escuchar aquello que le decía Evan la había desestabilizado aún más.

—Perdón —murmuró luego con un sabor horrible en la boca.

Evan la tomó por una mano y la acercó a sí. —Estás mareada mi vida... mejor entremos y te recuestas un poco.

Ella no dijo más y le hizo caso a Evan, pero sabía que algo no estaba bien. Aquella “realidad” que vivía no era la que ella recordaba, era algo insólito acabar de enterarse que Emma y Bryan había muerto hacía casi nueve años... Nueve años y ella no conservaba un solo recuerdo de aquel suceso...

El ritual de bautizo estaba justo a la mitad de su proceso. Las hermanas hijas de la luna comenzaban a sentir dudas; pero aún estaban atrapadas, y sería complicado hallar el modo de retornar...

En la vida real; Evan trepaba a su caballo y daba órdenes a sus hombres, ya era casi media noche y suponía que la mayor parte del palacio dormía.

—¡Llegó la hora caballeros! Iré delante y ustedes aguardarán mi señal para irrumpir en el palacio...

—¿Seguro qué quiere ir solo delante, mi Lord? —preguntó el capitán de sus tropas.

Evan aferró con fuerzas las riendas. —Sí... Si consigo llegar a él antes que me descubran, tal vez podamos evitar el derramamiento de sangre.

—Como usted ordene... tenga mucho cuidado, estaremos ansiosos en espera de su señal.

El príncipe azuzó su caballo y llegó cerca de los muros del palacio, dejó escondido el animal en los arbustos y trepó la tapia trasera, hasta lograr estar del otro lado. Entró de la misma forma que lo hicieron días atrás en el enfrentamiento con las gemelas... Recorrió escurridizo los pasillos, esquivando algunas parejas de guardias que hacían sus rondas, hasta subir unas escaleras que lo condujeron hacia las habitaciones. Vio una puerta custodiada por una pareja y tuvo la certeza que ahí se encontraba su hermano. Debía hallar el modo de deshacerse de los dos soldados... Tomó la ballesta que llevaba a la espalda y desde la oscuridad disparó dos flechas que fueron a alojarse directamente en ambos, privándoles inmediatamente de la vida. Evan miró a todos lados y cuando comprobó que estaba despejado, salió de su escondite y haló los cuerpos hacia ahí... Luego abrió lentamente la puerta y entró cerrando tras de sí...

Divisó a Nicanor durmiendo junto a dos chicas, plácidamente entre sábanas de seda. Se acercó sigilosamente y alzó su espada mientras halaba la sábana, pero de inmediato se sintió inmóvil y no pudo hacer un movimiento más.

Una risa de mujer le heló la sangre mientras las antorchas de las paredes se encendieron de golpe.

—¡Pobre iluso! Príncipe Evander —dijo riendo la que se acercaba y le acariciaba el rostro, mientras él no podía moverse; se trataba de Beth.

En ese momento Nicanor se alzó, cubriendo su cuerpo desnudo mientras sonreía macabramente junto a sus dos acompañantes; Nora y Mary.

—No lo quería creer cuando ellas me dijeron que vendrías por mí, hermanito —dijo Nicanor acercándose y dándole una palmada en el rostro—. Pensé que me había desecho de ti para siempre... Ya veo que me equivoqué; pero nunca es tarde para enmendar un error.

El rey tomó la espada de las manos de Evan.

—¡No! —exclamó Nora—. ¡Detente animal!... Tienes que aprender a pensar... con él aquí podremos atraer al rey y luego ellas estarán a nuestra merced; dispuestas a todo por los hombres que aman.

—¡Bah! —resopló Nicanor despectivamente mientras lanzaba la espada al suelo.

Mary salió de la cama. —Cálmate, sé que ha de ser difícil tener en frente al hombre por el cual te cambió tu... “Lady” —sonrió burlonamente—. Pero es un buen plan; una vez que estén todos aquí, nos desharemos de ellos y tendrás todo el poder que ansías, y a nosotras, para reinar a tu lado.

Evan no dijo una palabra, sólo lamentó su suerte y temió por los suyos, por sus hombres que de seguro ya habían sido descubiertos; por su amigo Bryan; y por la mujer que amaba.

Dos días después, un hombre herido llegó ante el rey Bryan mientras este desayunaba.

—¡Majestad! —saludó el soldado haciendo un esfuerzo por mantenerse en pie.

—¿Qué ha sucedido?! Eres de los hombres de Evander, ¿cierto? —el rey se puso inmediatamente de pie y corrió a socorrerlo, pidiendo ayuda.

—Majestad... mi Lord... Evander... cayó en una trampa —lo informó el soldado a punto de desfallecer ya.

Bryan sintió una opresión en el pecho. —¿Qué sucedió?

—Ellas... lo tienen... las gemelas y el... rey Nicanor... Le mandan decir que... debe ir usted por él; sólo así... tal vez conserve su vida... y deber ir solo...

Luego el pobre hombre cayó desmayado entre los brazos del rey.

Bryan no lo dudó un segundo e inmediatamente mando ensillar su caballo. No permitiría que le hicieran daño a su amigo y no pensó en nada más. Le prohibió a sus hombres seguirlo y partió solo al encuentro de sus enemigos. Su viaje duraría exactamente un poco menos del tiempo que les quedaba a las hermanas hijas de la luna para completar el ritual y regresar, o quedar perdidas para siempre en el mundo irreal que les habían figurado.

Cuando el rey Bryan atravesó las puertas del Palacio de Antkar cayó inesperadamente desmayado de su caballo. Despertó un rato después en una funesta y sucia habitación, estaba encadenado a la pared. A su lado se hallaba su amigo que como él era prisionero. Se miraron con una expresión preocupada, pues ya habían pasado muchos días y de las hermanas hijas de la luna no tenían noticias. No dijeron nada, permanecieron en silencio a esperar lo inevitable.

En la dimensión surrealista, Alía miraba hacia el horizonte; contemplando la puesta del sol desde la ventana de una habitación en una pequeña ciudad. Desde allí se veía el mar en su plena belleza. Era hermoso asistir a tal maravilla; ver el sol ocultarse en medio del océano. Más sin embargo ella no era feliz, algo dentro de ella le creaba inquietud. Recordó a su hermana; ese día se cumplían nueve años de su muerte... una muerte de la cual no recordaba ni el más insignificante detalle.

En ese instante Evan entró, y ella rápidamente se volteó hacia él. — ¿Dónde está la tumba de mi hermana? ¿Y por qué yo no tengo poderes? —lo interrogó de repente.

—Amor, la tumba de Emma se encuentra en Krestus, reposa junto a Bryan —respondió él preocupado de aquel comportamiento—. Pero tú nunca has querido ir a visitar su tumba porque te causa mucho dolor, es por ese motivo que cada año hacemos este viaje. Y renunciaste a tus poderes el mismo día en que ella murió.

Alía negó con la cabeza. —Yo nunca renunciaría a una parte de mí... Mi mente está desorientada, recuerdo a mala pena lo que ha sucedido en estos nueve años —inició a caminar de un lado al otro nerviosa—. Esta vida no tiene sentido, Evan... Nada de todo esto tiene sentido.

Él se le acercó. —Amor mío, lo que no tiene sentido es lo que estás diciendo.

—¡Mi hermana no está muerta! ¡Y tu hermano Nicanor no es así, él es un desgraciado! ¡Tú me querías matar, Evan..!

—Cálmate Alía —la tomó por la cintura—. Mi hermano nunca haría algo malo a nadie en esta vida y yo nunca te he querido muerta... Eres el amor de mi vida...

—¡Cállate! —ella se zafó de sus brazos y se alejó de él—. Debo recordar, debo concentrarme —lo miró fijamente—. Tengo que ir a la tumba de mi hermana... ¡ahora!

—Eso es imposible, estamos muy lejos de Krestus —dijo él atónito—. No es eso lo que quieres, lo que deseas es estar aquí, conmigo... para siempre.

Él se le acercó nuevamente y la abrazó con ternura... y por un momento ella pensó que él tenía razón y se dejó abrazar del hombre que amaba. Alía se sentía bien entre los brazos de aquel hombre... Una lágrima emergió de sus ojos.

Una vez que ella se calmó, Evan se separó y le sonrió, luego caminó hacia la puerta de la habitación que estaba entreabierta. —Es mejor si cierro la puerta...

—¿La puerta? —repitió ella y en sus ojos regresó aquella mirada confusa—. Siete días, el ritual... la maldita puerta... ¡Tengo que encontrar la puerta!

Él se le acercó nuevamente al ver aquella mirada inestable en sus ojos. La tomó por los hombros y luego la besó desenfrenadamente, envolviéndola en aquel momento de pura pasión.

De repente ella lo alejó bruscamente de sí. —¡Tú no eres real! ¡Esto no es real! —gritó y se precipitó hacia la puerta.

Evan la tomó por un brazo y la haló con fuerza hacia sí, y le acarició el rostro, confundiéndola con aquella mirada intensa en sus ojos puros.

—Esta es la vida que deseas, Alía, una vida sin preocupaciones, una vida conmigo —la voz de él era suave, tierna, melodiosa... que entraba en los oídos de ella y se refugiaba en su mente encantándola...

Comenzó a acariciarla, y poco a poco la conducía hacia el lecho. La besaba haciéndole olvidar todo lo demás. Le susurraba palabras de amor al oído envolviéndola en la pasión, obligándola a permanecer en aquella habitación.

Pero Alía se sentía confundida, y lo miró a los ojos... y en ese momento, en aquellos ojos no vio al hombre que amaba. Sin pensarlo tomó una daga que él llevaba ceñida en su cinturón y la penetró con fuerza en su pecho.

Él la miró incrédulo mientras retrocedió de algunos pasos...

—Tú no eres real —fueron las únicas palabras que ella susurró antes de verlo caer sin vida a sus pies.

Aún confundida, Alía corrió hacia la puerta de la habitación y la abrió. Quedó sorprendida al atravesarla y encontrarse inesperadamente en Krestus, ante las puertas del palacio. Era todo en ruinas. Inició a caminar en la oscuridad de la noche entre aquellas paredes destruidas por el tiempo. Estaba completamente deshabitado. Recorrió los pasillos y salió al jardín de la parte trasera y no muy lejos se encontraba el templo donde reposaban los restos de la realeza.

Sin perder más tiempo abrió la cripta y buscó en las lápidas sepulcral el nombre de su hermana. Al encontrarlo buscó en todas partes algo con el cual romper el cemento... Con una vieja espada rompió el muro y dificultosamente extrajo el féretro. Se dejó caer al suelo mientras sus ojos se inundaron en

lágrimas. No sabía si aquello era lo correcto, aún su mente estaba en un estado de desorden total... pero algo dentro de ella le decía de abrir aquel ataúd. Tenía miedo, estaba aterrorizada a la idea que al abrir aquel féretro encontrara los huesos de su hermana, y que lo que ella pensara un sueño fuera la realidad... y de ser así, había apenas asesinado al hombre que amaba...

Se llenó de coraje y se puso de pie, lentamente apoyó las manos sobre el ataúd y lo abrió...

—¿Estás bien? —preguntó una de las brujas mientras Alía abría los ojos y respiraba con fatiga.

—¿Qué demonios..? Siento que la cabeza me está por estallar —dijo Alía respirando repetidamente mientras miraba a todas las brujas del Consejo que la miraban sorprendidas.

Poco a poco fue tomando memoria de lo sucedido en los dos mundos y rápidamente bajó del altar de piedra donde se encontraba y miró hacia su derecha; y aún Emma estaba dormida.

Se volvió hacia las brujas. —¿Qué diablos nos han hecho? ¿Por qué Emma aún no despierta?

—Falta poco menos de una hora para la media noche, aún tiene tiempo de encontrar la salida —respondió una de ellas.

Alía la miró preocupada, sabiendo que aquel mundo te envolvía y te confundía la mente. —¿Y si no lo hace? —preguntó entre sollozos, apretando la mano de su hermana.

—No despertará nunca más.

Emma estaba tendida sobre aquel altar frío y su mente estaba luchando también por comprender cuál era la realidad. No le quedaba mucho tiempo...

Emma estaba parada frente a la cripta donde reposaban los restos de su hermana. Había pasado todo el día junto a sus hijos y a su esposo, el cual la había llevado lejos a cabalgar por el bosque. Y desde que había regresado de su paseo no había tenido el tiempo de ir a la tumba de Alía, cada vez que se decidía algo o alguien se lo impedía por algún motivo. Pero ya no podía aguantar más los deseos de visitar la tumba de su hermana. Sus niños estaban durmiendo y también Bryan, ya nada la podía distraer.

Llevaba un ramo de flores entre las manos, las miró y luego las lanzó lejos; pues sabía que Alía detestaba las flores. Dio un paso adelante, dispuesta a entrar de una vez .

—¿Madre..?

—¿Kamil, qué haces aquí? —preguntó ella mientras alejaba su mano de la puerta y se volteaba a ver a su hija.

—Tuve una pesadilla y ahora tengo mucho miedo.

Ella caminó hacia su hija y se agachó para estar a su altura, le sonrió y le acarició el cabello largo. —¿Qué has soñado, tesoro?

—Soñé que tú te marchabas y me dejabas sola —dijo la niña y no pudo contener las lágrimas.

Emma la abrazó fuertemente, sintiendo los latidos acelerados del corazón de su hija en su pecho. —Yo nunca te abandonaré, era sólo un sueño, no era real.

—Me lo prometes, mamá. Me prometes que te quedarás aquí conmigo y con Travol... para siempre —le dijo Kamil mientras la halaba con fuerza alejándola poco a poco de la cripta.

—Claro que sí, mi ángel. Te lo prometo —respondió Emma deteniéndose y mirando hacia atrás—. Pero ahora hay algo que debo hacer un momento, entra al palacio con tu hermano, por favor; te prometo que enseguida estaré con ustedes.

La pequeña la miró con los ojos llenos de lágrimas y se le abrazó a las cintura, sin dejarla caminar hacia aquello que ella sentía en su interior que la llamaba.

—No mamá, por favor. Entra conmigo, tengo mucho miedo, no quiero que te separes de mí —lloriqueó la niña, haciendo que su madre sintiera algo inexplicable en el pecho.

—Está bien —contestó Emma segura de que estaba por dar la medianoche y terminaría el aniversario de muerte de su hermana sin que ella visitara su tumba—. Entremos pues, estaré a tu lado hasta que consigas dormir.

Kamil sonrió y halando a su madre de la mano prácticamente la obligó a entrar nuevamente al palacio; pero Emma no dejaba de mirar hacia atrás, hacia la puerta de la cripta.

Una vez en la habitación de sus hijos, comprobó que Travol dormía plácidamente; lo contempló unos minutos y sonrió, le pareció en verdad un ángel caído del cielo, con sus cabellos revueltos que caían sobre su frente. Lo besó y le

acarició la mejilla. Luego Kamil se acostó en medio del lecho y ella se tendió a su lado, le besó la frente y la abrazó, quedándose ahí, unida a ella.

Faltaba apenas un cuarto para la medianoche, y Emma no dejaba de sentir la necesidad de salir e ir a la cripta. Con mucho cuidado se libró de los brazos de su hija que se había quedado rendida prendida a su cuello, apoyó los pies descalzos en el suelo para no hacer ruido y salió de la habitación. Al pasar frente a sus aposentos la puerta estaba entreabierta, y constató que Bryan dormía mientras abrazaba su almohada; sonrió y continuó a alejarse, hasta llegar al jardín. Sentía algo inexplicable en el pecho, sin entender qué era...

Capítulo 15

El Consejo de brujas estaba reunido, incluida Alía, estaban al pendiente de todo cuanto sucedía en la dimensión donde se encontraba atrapada Emma; pero sin poder hacer nada por ella.

—¡Esto es una locura! ¡Tiene que despertar, faltan menos de diez minutos para que se termine el tiempo! —gruñó Alía golpeando con fuerza el agua en donde veía la vida paralela que vivía su hermana.

—Cálmate, Alía... sólo ella puede hallar la puerta.

—¡Por favor! —dijo Alía tragándose su orgullo que la caracterizaba—. Tiene que haber un modo de ayudarla, háganme ir con ella y hacerle ver la realidad.

Una de las brujas sonrió y le puso una mano en el hombro. —Imposible, es algo unipersonal; aunque quisiéramos hacerlo no podemos, Emma está sola en esto... con sus fantasías.

Alía dio un paso atrás. —¡Yo no quiero ver esto! ¡No puedo! —salió corriendo de ahí llorando.

Emma continuó avanzando por el jardín hasta llegar a la enorme puerta de madera, empujó y esta cedió sin dificultad. Miró hacia atrás un segundo y luego continuó, caminando lentamente; hasta estar frente a la tumba de su hermana. Una lágrima rodó por su rostro mientras acariciaba el lapidario, vinieron a su mente tantos recuerdos, pero todo era muy confuso. Recordó su niñez, la separación de ambas, luego su reencuentro y las cosas que habían enfrentado juntas... Un horrible dolor de cabeza la azotaba; y por más que se esforzaba no hallaba un solo recuerdo de la muerte de Alía, ni del nacimiento de sus dos hijos... Nada. Nada de aquella vida que estaba viviendo estaba guardado en su memoria, y esto la inquietó. Comenzó a dudar de repente llevándose ambas manos a la cabeza, hasta que alguien la haló haciéndola voltear de repente.

—¿Por qué estás aquí a estas horas? —preguntó su esposo.

—¡Amor!... he venido a la tumba de Alía, y me han asaltado muchas

dudas... yo...

—¡No debiste abandonar el palacio a estas horas! Es casi medianoche, vuelve conmigo inmediatamente —dijo el rey jaloneándole un brazo para obligarla a seguirle.

Emma lo miró desconcertada, él jamás le había hablado así; y mucho menos la había tratado de esa forma tan brusca. Se liberó de su mano y se detuvo antes de salir nuevamente al jardín. —¡Suéltame! ¿Qué te pasa? Nunca me has tratado así, es como... ¡como si no fueras tú!

Él se calmó y la besó, luego la abrazó. —Perdóname, mi amor... es que me descontrola no tenerte a mi lado, me perdonas, ¿verdad?... ¿y te vendrás conmigo a la habitación?

Emma lo miró a los ojos y no notó ese brillo que la había enamorado, ni la pureza que la hacía confiar a plenitud e él. De repente llegaron a su mente los recuerdos de la entrada a la montaña de arena en la playa junto a Alía y lo sucedido hasta que tomara aquello extraño que le habían dado... y las últimas palabras de las hijas de la luna del Consejo...

—¡No! ¡Suéltame! —gritó empujándolo con fuerza.

Bryan dio un traspié bruscamente hacia atrás y cayó de espaldas al suelo, golpeándose fuertemente en la cabeza con el marco de la puerta.

Restaban un par de minutos para la hora límite. Emma corrió hacia la tumba de su hermana y tomando una vara de acero que estaba a un costado comenzó a romperla en busca de su féretro; pero el cemento no cedía con facilidad y los segundos corrían. El corazón de Emma latía acelerado. Ya recordaba todo, y no quería vivir una vida de ensueño por muy perfecta que pareciera; porque sencillamente, no era real. Se lastimó las manos tratando de terminar de desprender los trozos de cemento, pero no desistía... Finalmente logró ver el ataúd y sacarlo fuera, volvió a tomar la vara de acero y golpeó su cerradura; pero cuando se disponía a abrirlo escuchó sus dos pequeños que la llamaban llorando mientras salían corriendo del palacio.

—¡Madre! Espera por favor...

—¡No nos dejes mamá!

Un nudo en la garganta le dificultó la respiración y sintió que estaba perdiendo las fuerzas. Ya sus hijos se acercaban; pero haciendo un último esfuerzo alzó la tapa del ataúd obviando los gritos desesperados que la llamaban...

Justo al último minuto del día, Emma abrió los ojos ante el Consejo. Estaba muy asustada, miró a todas partes y reconoció el sitio. Luego buscó a Alía con la mirada y no la halló. Un mal presentimiento se apoderó de ella y se alzó con dificultad encarando a las demás brujas del Consejo.

—¡Mi hermana! ¡¿Dónde está?!

Emma salió a la playa y respiró aire fresco profundamente, hasta llenar sus pulmones a plenitud. La luna estaba llena y se reflejaba en el mar que estaba quieto. Caminó unos pasos y divisó a su hermana sentada a la orilla de la playa, de espaldas con las rodillas abrazadas.

—¡Alía! —gritó con fuerza.

Alía se volteó de inmediato y su corazón se llenó de alivio y alegría al ver que Emma lo había conseguido, que había vuelto... Sonrió mientras se ponía de pie y se secaba los ojos...

—Pensé que... —dijo Alía e hizo una pausa para abrazar a su hermana una vez que la tuvo enfrente—. Me hiciste asustar, Emma. Creí que ...

Emma la hizo callar. —Te prometí que nunca más te dejaría sola —dijo, secando las lágrimas que corrían como un manantial en las mejillas de su hermana. Sonrió—. Y yo nunca fallo a mis promesas.

—Es que esa vida que estabas viviendo...

—No era real —dijo Emma—. Y no quiero una vida sin ti, hermana mía, porque es incompleta.

Emma la abrazó fuertemente, sintiendo que su hermana la necesitaba no obstante fuera adulta y una hija de la luna. Y era la verdad, sin Emma... Alía se sentía perdida. Desde que se reunieron Alía había establecido un equilibrio en su mente que la ayudaba a vivir en paz consigo misma. Emma la ayudaba a calmar sus impulsos y a ver el mundo desde otra perspectiva. A ser buena...

Entraron al templo de aquellas brujas, las cuales al verlas alzaron sus copas... Una de ellas les entregó dos copas llenas.

Alía negó con la cabeza. —No, no, no... no beberé nunca más lo que me den ustedes.

La bruja comenzó a reír al igual que las demás. —Este elixir no las llevará a ninguna parte, queremos sólo brindar por ustedes; por nuestras nuevas

hermanas —dijo y luego le susurró sonriendo—. Es solo vino.

Alía tomó la copa y luego miró hacia Emma. Brindaron junto a las demás y bebieron hasta la última gota.

En ese instante entró una vieja señora y todas hicieron silencio de inmediato.

—Ahora somos una familia, Emma y Alía —tomó la palabra la señora anciana—. Vuestros problemas son también nuestros. Ahora ustedes forman parte de esta secta y es nuestro deber seguirlas en la batalla —luego dirigió la mirada hacia las otras brujas asintiendo con la cabeza, inmediatamente cada una de ellas desapareció al instante.

Emma y Alía se miraron entre sí mientras en la mano de la señora se materializaba una esfera blanca.

Se les acercó lentamente y la esfera se iluminó. —Todas nosotras hemos sido elegidas para preservar la energía sobrenatural. Cada bruja que muere deja parte de su esencia y esta esfera la absorbe para mantener el equilibrio entre el mundo natural y el mundo sobrenatural. La piedra que ustedes tenían forma parte también de esta esfera —dijo, girando la esfera luminosa y les mostró que faltaba un pedazo para que esta fuera perfectamente redonda—. Ahora ustedes forman parte de esta esfera, y es vuestro deber mantenerla al seguro. Yo también fui elegida por ella mucho tiempo atrás y he esperado pacientemente que llegara mi sustituta; son ustedes, y ahora puedo finalmente descansar.

—¿A qué se refiere? —preguntó Emma preocupada mientras la señora les entregaba la esfera.

—Que ustedes tomarán mi lugar en esta secta... ahora esta esfera es vuestra —dijo la anciana y puso una mano sobre la luminosa esfera, de esta emergió una luz que la envolvió inmediatamente... segundos después desapareció sin dejar rastros.

Emma miró hacia Alía. De repente todo había cambiado. Entendieron el sentido de aquel ritual que las llevó en un mundo imaginario. Era una prueba, y ellas la habían superado renunciando a la vida perfecta. Ser las guardianas de la esfera las llevaría a renunciar a muchas cosas en el transcurso de la vida. Las condenaría a vivir por siglos y siglos hasta cuando la piedra eligiera otra hija de la luna que las sustituyera en aquella misión trascendental. Y vivir siglos significaba ver morir las personas amadas. La piedra les dio una advertencia, les mostró que el precio a pagar sería doloroso.

Las dos hermanas tragaron seco, y por el momento prefirieron no pensar en aquello. Vivirían esa vida a plenitud, hasta el momento en que terminara y comenzara la próxima...

Aún faltaban algunas horas para el amanecer y en el palacio de Antkar la tensión reinaba. Era imposible dormir sereno sabiendo que en cualquier momento podían aparecer las brujas hermanas. En el salón del trono, Beth caminaba de un lado al otro esperando el momento mientras bebía de su copa dorada. Nora y Mary jugaban tranquilamente a cartas, pero estaban preparadas para enfrentar un ataque a sorpresa. La paciencia era una de sus virtudes... Y dispersas por el palacio se encontraban las demás brujas, bien escondidas, atentas a cada movimiento; como camaleones se camuflaban en el entorno.

Nicanor estaba en su habitación encerrado con algunos soldados de su ejército, pues esta guerra lo aterrorizaba terriblemente.

Los dos amigos prisioneros comenzaban a preocuparse, pues no sabían si las mujeres que amaban estaban vivas. No les importaba morir, la única cosa que deseaban era saber que ellas estaban bien.

Repentinamente escucharon unos pasos, pero la celda estaba totalmente en penumbra y por más que se esforzaban no lograban ver nada más allá de sus narices. Segundos después oyeron un chasquido e inesperadamente el fuego de las antorchas de los húmedos y lúgubres pasillos tomó vida, y los pasos iniciaron a acercarse velozmente... Escucharon el sonido de la cerradura y luego la puerta se abrió.

Eran Alía y Emma.

El rostro de los dos jóvenes se llenó de felicidad al verlas aparecer; sanas y salvas. Rápidamente las cadenas que los sujetaban se rompieron liberándolos.

Bryan corrió hacia Emma y se besaron, él le acarició el rostro constatando que era real y no una alucinación.

—Eres un estúpido. ¿Por qué diablos has hecho esto? Te podían matar —lo regañó ella presa del pánico.

—Son dos estúpidos, ¿qué estaban pensando? —dijo Alía mirando hacia Evan, el cual se frotaba las muñecas rojas por las cadenas, pero rápidamente la tomó entre los brazos y la besó.

—¿Y ustedes cómo están? ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde estaban? —preguntó Bryan.

Emma lo miró seria. —Ahora no tenemos tiempo de hablar de esto, han sucedido muchas cosas... Ahora te haré regresar al Palacio.

Él negó con la cabeza.

—Bryan... por favor —suplicó ella.

—Es inútil que insistas, Emma, esta es mi decisión —dijo él con firmeza en el tono de su voz y luego la abrazó de nuevo.

Alía caminó hacia la puerta y Evander la tomó por una mano.

La miró severo. —Nunca más vuelvas a marcharte sin despedirte... no puedo soportarlo...

Ella le dio un beso fugaz y luego miró hacia Bryan. —Emma tiene razón, es mejor que no asistan... la cosa se puede poner muy fea.

—No las dejaremos solas —dijo Bryan que se negaba a abandonarlas.

—Y yo aún tengo una cuenta pendiente con mi hermano —dijo Evan firmemente, colocándose al lado de su amigo.

En ese preciso instante los dos chicos desaparecieron inesperadamente ante las miradas desconcertadas de las dos. Rápidamente se miraron entre sí.

—¡Si los quieren tendrán que encontrarlos! —se escuchó la voz de Beth y las risas de sus hermanas que retumbaban en las paredes fuerte y firme—. ¡Ha comenzado la caza al tesoro! ¡Dense prisa porque cuando el sol surgirá ellos prenderán fuego y tendrán una muerte muy dolorosa! —rieron a carcajadas mientras las chicas echaron a correr por los pasillos desesperadas.

Bryan y Evander se materializaron en el centro del laberinto del jardín, encadenados entre sí y rodeados de brujas. Ellas los habían maldecido; cuando el sol bañara con sus fuertes rayos los cuerpos de los dos jóvenes prenderían fuego de inmediato. Emma y Alía debían llegar a ellos antes del amanecer sino sería demasiado tarde...

Mientras corrían por los pasillos Alía se detuvo de golpe, volteó la mirada y ante ella apareció una de las discípulos de las gemelas sonriendo.

—Fuiste tú a romper cada hueso de mi cuerpo —dijo Alía y le hizo señas a su hermana para que continuara.

Emma asintió y la dejó a solas con aquella.

Intempestivamente la bruja enemiga sintió sus rodillas romperse

bruscamente y cayó al suelo arrodillada.

—¿Duele, verdad? —preguntó Alía con la mirada malvada y luego alzó la mano.

En pocos segundos cada hueso del cuerpo de la bruja se destrozó en pequeños pedazos. Los gritos de esta se escuchaban en cada rincón del palacio. Alía alzó la mirada, y se veía claramente que aquello la divertía, la bruja se elevó en el aire y luego Alía abrió sus manos... El cuerpo de su adversaria se desmembró y luego cada pedazo tomó fuego. Alía dio media vuelta y se marchó sonriendo, consciente que la estaban observando.

Emma llegó ante la puerta de la sala del trono, extendió sus manos y esta se abrió de golpe. Entró pausadamente mientras el viento irrumpió junto a ella en la habitación rompiendo los cristales de las ventanas.

Las gemelas se colocaron una al lado de la otra. Sus miradas desafiantes y una sonrisa diseñada en los labios.

—Tardaron tanto en venir —dijo Beth—. Veo que son más fuertes, pero aun así continúan a ser inferior a nosotras. Y también esta vez están completamente solas. No podrán vencer y verán sus amados quemar vivos.

Emma río a carcajadas, dejando a las tres desconcertadas. —Oh no... esta vez no vinimos solas.

En ese instante detrás de Emma aparecieron las diez brujas del Consejo, y cada una de ellas traía sus mejores secuaces; pues cada una de ellas era la líder de las varias sectas de hijas de luna que existían en el mundo. Cada líder formaba parte del Consejo para custodiar junto a la guardiana la esfera que guardaba en su interior la energía mágica de cada hermana que moría...

—Qué extraño, ahora no escucho esa risita insoportable en vuestros labios —dijo Alía que estaba sentada detrás de las tres en el trono y sonreía.

Mary cerró los ojos un instante e inmediatamente aparecieron en aquel salón todas sus discípulas. Sabían que el enfrentamiento sería decisivo y debían contar con todas sus fuerzas para esa batalla; pues algo en el interior de cada ser en aquel recinto les decía que sería la última.

Alía en un abrir y cerrar de ojos estaba junto a su hermana, y amenazantes desafiaban con la mirada a más de un centenar de enemigas; contando apenas con su pequeño ejército.

—¡Mejor se rinden, miren a su alrededor; jamás lograrán salir con vida de aquí! —les hizo notar Beth, muy seria.

Alía sonrió. Sabía que las gemelas estaban preocupadas, obviamente no contaban con la presencia de las demás hijas de la luna... Tomó una mano de Emma y rápidamente crearon una onda expansiva que hizo caer varias de las demás brujas contra la pared, iniciando así una batalla letal.

Las miembros del consejo que acudieron a respaldar a las guardianas combatían sin miedo, traían en la piel la lealtad a las elegidas por la luna para guiarlas; y no tenían miedo perder la vida en la contienda.

—¡Hay que ir por ellos! —gritó Emma a Alía en medo de la batalla mientras buscaba con la vista a las gemelas y no las hallaba.

—¡No queda mucho tiempo para el amanecer, esas desgraciadas han ido por ellos!

—¡Vayan! ¡Podremos manejar la situación! —gritó Tanya, una de las suyas mientras hacía arder cinco de las brujas oscuras que les cerraban el paso a las hermanas.

Inmediatamente Alía y Emma se materializaron en el enorme jardín del palacio.

Se miraron desesperadas y a Alía le surgió una idea. —¡Sólo pueden estar en un sitio de este palacio al que no cualquiera pudiera entrar! —dijo, mirando hacia el laberinto de piedra que se alzaba a unos pasos de ellas.

—¡Es enorme! —gritó Emma doblándose mientras apoyaba sus manos sobre las rodillas y miraba la altitud del muro que parecía reírse de ellas—. ¡Este laberinto es enorme, tardaremos horas en dar con ellos si estuvieran aquí!

—Conozco un camino a la perfección que me lleva hasta el centro, deben estar ahí, pero si estuvieran en otro de los cientos de corredores; llegaríamos tarde.

—Sólo tenemos una opción —dijo Emma, mirando a los ojos de su hermana como si así se entendieran perfectamente—. ¡Y Alía!... cuídate por favor; espero nos encontremos pronto.

—Así será, hermana —le aseguró Alía y le sonrió, asintiendo con la cabeza; y luego echó a correr hasta perderse por una de las entradas del laberinto.

Emma también echó a correr y tomó otra de las entradas. Una vez que

ambas estuvieron dentro, comenzaron a escucharse las risas de las tres gemelas que las seguían a cada paso de su loca carrera. La luna fija sobre ellas en el cielo daba la impresión que las guiara a cada paso. El laberinto era enorme, y de repente Emma creyó estar dando vueltas en el mismo sitio; sintió miedo, mucho miedo de que no llegar a tiempo, o de que fuera una trampa de las gemelas para separarlas y hacerlas más vulnerables... Le dolían las piernas, llevaba más de media hora corriendo y no hallaba nada.

Alía por su parte siguió la ruta que tomaba siempre para llegar al centro... hasta que finalmente estuvo en él... Era un espacio enorme con un banquillo al centro, y encima de este, amarrados; estaban de pie los dos chicos y detrás de ellos Nicanor con una enorme espada plateada en las manos, pero las gemelas no se veían y esto le preocupó de repente, dándose cuenta que habían caído en su trampa. Ahora Emma estaba sola en aquel sitio desconocido y ella no podría ayudarla. Inmediatamente se volteó e intentó emprender el regreso, pero la voz de Nicanor la detuvo en seco.

—No creo que quieras perderte de la muerte de tu principito y su amigo — se rió estruendosamente—. Finalmente puedo verte como siempre quise, amor mío; asustada, vulnerable, indecisa...

—¡Te juro que voy a acabar contigo miserable gusano! —amenazó ella mientras sus ojos comenzaban a encenderse llenos de ira y apretaba con fuerza los puños.

Evan y Bryan permanecían de pie, atados y amordazados de modo que no pudieran decir ni una palabra. Evan sólo gemía con desesperación y movía la cabeza negativamente a cada paso lento que daba Alía.

—Eso mi amor... decídelo ya, porque a cada segundo que dudas, más cerca está ellas de tu querida hermanita; ¿y entonces?... ¿Qué hará esta vez la invencible hechicera Alía? —reía Nicanor a carcajadas viendo la desesperación en los ojos de ella.

Estaba verdaderamente en una encrucijada, si se marchaba; era segura la muerte de los chicos en medio de las carcajadas de aquel miserable de Nicanor... y si se quedaba, Emma debería enfrentar sola a las gemelas que habían sido las artífices de aquel juego macabro para acabar con ellas. Tampoco podía pensar en teletransportarme los chicos, pues estaban a una distancia considerable y así no funcionaría el hechizo; y ni pensar en acercarse más, pues Nicanor cortaría sus

gargantas si ella se aproximaba más... Su corazón latía aceleradamente, ¿qué hacer?...

Mientras, Emma se detuvo un momento a tomar aire en medio de su fatiga, y de repente sintió sobre ella el frío de la luna que helaba su espalda; como un mal presagio; como si quisiera advertirle que un peligro muy grande estaba cerca. Alzó los ojos de repente y frente a ella se hallaban las gemelas...

—Pobre criatura indefensa —dijo Beth con voz burlona—. Sí , porque cuando estás sola, sin tu hermanita, tus ojitos toman una mirada de animalito perdido —rió a carcajadas mientras sus dos hermanas extendían sus manos y de estas emergían como cascadas miles y miles de escarabajos, los cuales súbitamente iniciaron a cubrir el cuerpo de Emma.

Los ojos de las gemelas se tornaron completamente negros.

Las pequeñas criaturas recorrían el cuerpo inmóvil de Emma sin darle el tiempo a reaccionar. En fracciones de segundos se encontraba sumergida en un lago de insectos asesinos.

En el centro del inquietante laberinto, Alía se encontraba en suma dificultad, pues Nicanor continuaba a someter los dos jóvenes.

—Nunca te he visto así... tesoro, pero tengo que decir que esta nueva tú me atrae aún más —dijo él sonriendo.

Alía lo miró enfurecida, y la mirada de ella penetró en la piel de Nicanor como una espada mortal. Él sintió un escalofrío que recorrió su cuerpo y en un abrir y cerrar de ojos ella no estaba más ante él. El rey inició a preocuparse, el miedo se adueñó en pocos segundos de él.

—¡Los mataré! —amenazó mirando hacia todas partes, mientras sentía algunos pasos fugaces a su alrededor.

Rápidamente se volteó al sentir una brisa en su cuello, y la espada que empuñaba cayó de sus manos. Él comenzó a retroceder mientras veía la espada que flotando en el aire lo amenazaba, sin que nadie la empuñara . Llegó hasta el muro, y ya no podía retroceder más, se encontraba sin vía de fuga. La espada arremetió contra el rey, el cual cerró cobardemente los ojos para no ver su fin. Se escuchó el sonido del metal que penetró el muro. Nicanor abrió los ojos y vio la espada encajada en la pared a pocos milímetros de su rostro y ante él se hallaba Evander finalmente libre.

Entre los dos hermanos inició un duelo mortal, solo uno quedaría en pie...

En ese mismo instante Alía recorría velozmente los oscuros pasillos del laberinto buscando desesperadamente a su hermana.

Emma combatía contra aquella plaga que la envolvía en sus fauces y le era imposible quitárselos de encima. Las gemelas reían viendo a Emma en dificultad mientras de sus cuerpos continuaban a emerger aquellos parásitos.

En ese preciso momento Alía arribó al lugar, quedó paralizada al ver aquellas horrendas criaturas que infestaban cada rincón, y a algunos metros de ella las gemelas concentradas, pero también los escarabajos envolvían sus cuerpos tomando el lugar de sus vestidos... tomando el lugar de sus cuerpos. Era una escena asquerosamente inquietante. Alía las vio disolverse y mezclarse en el tumulto de bichos que anegaban todo el pequeño recinto...

La joven bruja dio un paso atrás mientras veía ante sí aquel cúmulo de espantosas criaturas. Un escalofrío se deslizó por su cuerpo y respiró profundamente. De repente vio la mano de Emma emerger del bulto de asquerosos animalitos.

Hizo una mueca. —No podían ser maripositas en vez de... cucarachas. ¡Maldición! —murmuró Alía mientras tomaba el coraje de enfrentar su más temible miedo.

No lo pensó más y se lanzó como una furia en aquel pantano de insectos y aferró con fuerza la mano de su hermana. Los insectos también se apoderaron de su cuerpo mientras ella halaba con fuerza a Emma y sentía que estos le caminaban por todas partes. Repentinamente Alía pronunció algunas palabras y las dos comenzaron a incendiarse. Los insectos abandonaron rápidamente sus cuerpos al sentir el calor ardiente y concentrándose en un solo lugar formaron tres siluetas. Emma se alzó y gritó fuertemente haciendo estrellar las tres adversarias contra los muros del laberinto. Pero rápidamente los insectos se reunieron nuevamente materializándolas en pocos segundos. Las dos hermanas se intercambiaron una mirada y luego arremetieron brutalmente contra las gemelas.

Mientras tanto en el centro del laberinto, Evan peleaba contra Nicanor mientras Bryan se batía enérgicamente contra algunas brujas. Evan golpeó fuertemente a Nicanor haciéndolo caer contra la pared. El rey de Antkar limpió

con sus dedos la sangre que inevitablemente brotó del borde de su boca, y al alzar la mirada vio la espada que aún estaba encajada en el muro. Rápidamente se alzó y la tomó con fuerza. Se giró hacia Evan, el cual estaba desarmado. Nicanor movió hábilmente su espada y logró herir al joven en el rostro. Pero Evander no se amedrentó y continuó a enfrentar a su hermano esquivando la mortal espada. Nicanor continuaba a moverla velozmente y lo hirió nuevamente, pero esta vez en el vientre. La herida era grande y profunda, el joven cayó al tropezar con una roca que sobresalía del suelo. Su hermano inició a acercarse sonriendo...

Evan no tenía salida, y comenzó a barrer el lugar con su vista, esperando encontrar algo que usar como arma. Repentinamente en su mano se materializó el puñal de diamantes negros que le quitaron cuando lo capturaron días antes. Naturalmente Alía lo había hechizado para que el príncipe lo usara en el momento de necesidad. Evan miró hacia Nicanor y sin pensarlo lanzó la daga, la cual fue a incrustarse justo en su garganta.

El rey de Antkar dejó caer la espada y se llevó ambas manos al cuello, cayó de rodillas al suelo mientras sentía la sangre que lo sofocaba. Evan se le acercó y lo empujó con el pie viéndolo cerrar los ojos por última vez. Rápidamente el puñal retornó mágicamente a su mano, se giró y lo lanzó contra la última bruja que peleaba contra Bryan.

Ya el sol estaba iniciando a surgir detrás de las montañas. Las dos hermanas peleaban despiadadamente contra las tres gemelas, las cuales no se daban por vencidas...

Nora y Mary miraron hacia Alía y rápidamente del muro comenzaron a emerger algunos ramos que la sujetaron fuertemente. Emma corrió hacia su hermana pero Beth extendió su mano y un ramo que brotó del suelo la sujetó por el pie haciéndola caer bruscamente, luego la haló hasta donde Alía y también algunos ramos rodearon su cuerpo inmovilizándola. Emma y Alía se miraron mientras las gemelas caminaba sonrientes hacia ellas. Nora y Mary se les acercaron y ágilmente penetraron sus manos en el pecho de las guardianas aferrando con fuerzas sus corazones... Pero repentinamente la sonrisa que llevaban en sus labios las malvadas hijas de la luna desapareció, al ver una fuerte luz que emergía potente y que se deslizó fugaz por sus manos. Emma y Alía cerraron los ojos e inesperadamente las dos que sujetaban con saña sus corazones fueron absorbidas por esta luz que brillaba intensa en sus pechos. En

cuestión de segundos Beth quedó completamente sola sin el resguardo de sus dos queridas hermanas...

Por otra parte los dos jóvenes corrían por los senderos del laberinto buscando la salida. Pues ya el sol los estaba por bañar con sus rayos y el hechizo de las gemelas aún era vivo en ellos. Evan estaba herido y Bryan lo ayudaba a proseguir, pero no eran muy veloces.

Los miembros del Consejo habían exterminado hasta la última de las brujas de la secta Primum que se encontraban en el salón del trono, y paradas en la enorme ventana miraban hacia el laberinto en busca de las guardianas.

Emma y Alía se liberaron finalmente de los ramos que las sujetaban, y mientras flotaban en el aire aún de sus pechos emergía aquella misteriosa luz que exterminó a Nora y a Mary. Rápidamente apoyaron sus pies al suelo y abrieron los ojos sintiendo que sus poderes habían aumentado.

Beth las miró y no pudo ocultar el terror en sus ojos.

—Ahora quien tiene una expresión de animalito abandonado eres tú, Beth —notó Emma mientras en sus manos se materializaba la esfera que debía custodiar—. No te preocupes... dentro de poco te reunirás nuevamente con tus hermanas.

Intempestivamente el cuerpo de Beth comenzó a pulverizarse. Emma alzó la esfera, la cual absorbió toda la energía mágica de Beth haciéndola desaparecer de inmediato como sucedió con sus hermanas.

Alía colocó una mano en el hombro de su hermana y rápidamente la esfera desapareció. Las dos se miraron y suspiraron, pues ya todo había terminado y habían obtenido la victoria.

En ese preciso instante el príncipe Evander y el rey Bryan, los cuales corrían por el laberinto buscando desesperadamente la salida mientras la luz del sol parecía perseguirlos, sintieron una brisa gélida que tocó fulmineamente sus cuerpos. Rápidamente se detuvieron dándose cuenta que todo había finalmente terminado. Bryan ayudó a su amigo a sentarse, la herida en su vientre no dejaba de sangrar.

—¿Es posible que siempre tenga que salvarte la vida? —preguntó Alía a Evan mientras se materializaba junto a Emma ante ellos, los cuales suspiraron de alivio al verlas.

Evan sonrió, apretando con fuerza la herida en su abdomen. —Espero que

esta sea la última vez, amor mío.

Alía corrió hacia él y se agachó. Acercó delicadamente sus labios a los de él y lo besó. Sus heridas sanaron de inmediato.

Emma ya estaba entre los brazos del hombre de su vida. —¿Tú estás bien?

Bryan sonrió, le acarició el rostro y la besó con ternura. La apretó fuertemente a su pecho y le susurró al oído que la amaba con todo su ser.

Emma y Alía se intercambiaron una mirada feliz y luego se abrazaron fuertemente, porque juntas habían logrado vencer contra la oscuridad...

Pero en ese preciso instante, el cielo fue invadido por terribles nubes oscuras, y se desató de imprevisto una feroz tormenta sobre sus cabezas. Parecía que las tinieblas se hubieran despertado hambrientas y enloquecidas. Cuando Alía y Emma giraron sus miradas hacia los dos jóvenes y les extendieron la mano para llevarlos al seguro, un cruento tornado se interpuso entre ellas y los chicos alejándolas bruscamente.

Las hermanas fueron absorbidas forzosamente por el famélico remolino, el cual las liberó luego en un claro, fuera del laberinto. Rodaron bruscamente por la tierra mojada enfangando sus cuerpos mientras del suelo las raíces tomaron inesperadamente vida e iniciaron a emerger formando una potente barrera alrededor de ellas dejándolas en penumbras. Las dos hijas de la luna no se dieron cuenta de nada, todo estaba sucediendo velozmente... La lluvia descendía imponente impidiéndoles una buena visual. Aturdidas se alzaron y al abrir los ojos un polvo brillante penetró en estos confundiendo sus mentes...

De repente la lluvia cesó de caer. Las raíces habían construido un enorme recinto. Alía y Emma se encontraban una frente a la otra, más sin embargo no se veían. El rostro de quien tenían en frente se tornó opaco y luego tomó la forma de una monstruosa y oscura criatura.

Inmediatamente Alía abrió su mano y en esta se materializó una espada sin pensarlo arremetió con saña contra la criatura demoníaca que tenía enfrente, sin siquiera imaginar que aquella era su propia hermana.

Por su parte Emma sonrió, se agachó súbito y esquivó la espada hábilmente, resbaló y tomó un ramo de las paredes del recinto, y cuando este estuvo en contacto con su mano se transformó también en una potente espada.

Fuera de aquel muro de gruesas enredaderas los miembros del Consejo y los dos jóvenes gritaban desesperadamente a las dos chicas, las cuales luchaban

entre sí despiadadamente.

—¿Qué les ha sucedido? —preguntó Bryan a una de las brujas.

—Se trata de otra bruja, percibo su presencia oscura —respondió, mirando hacia todas partes, buscando con los ojos la culpable.

—¿Qué podemos hacer? Así se matarán —dijo Evan con la mirada preocupada mientras observaba la pelea desde una rendija.

—Tenemos que hacerlas reaccionar —dijo Tanya y rápidamente se colocó en círculo junto a las demás, se tomaron de las manos e iniciaron a pronunciar algunas oraciones.

En ese instante el viento se incrementó y comenzó a azotar con fuerza a las brujas del Consejo tratando de romper el círculo que habían formado. Ellas se sujetaron unas a las otras con más fuerza y alzaron sus voces energicamente.

En el centro de aquel campo de batalla, Alía se encontraba en suelo mientras Emma se le acercaba empuñando decidida su espada. Alía extendió su mano haciendo retroceder velozmente a su hermana, la cual penetró la espada al suelo deteniéndose poco a poco. Emma alzó la mirada y un fuerte rayo emergió de sus ojos golpeando a Alía, haciéndola estrellar contra el recinto. Alía se puso de pie y con ambas manos creó una esfera de fuego que lanzó luego contra Emma logrando golpearla bruscamente. Caminó hacia la otra que había caído al suelo y cerró fuertemente su puño mientras se iluminaba... En ese momento Emma abrió los ojos y esquivó el golpe. Las dos hermanas continuaron a pelear sin piedad la una contra la otra...

Las brujas del Consejo continuaban a pronunciar aquellas mágicas palabras esperando de romper el hechizo que contaminaba las mentes de las chicas.

Bryan y Evander se miraron preocupados cuando de repente vieron otra persona dentro de aquel perímetro, la cual se mantenía en una esquina observando a las hermanas que se mataban entre sí.

—Es Lisa, la bruja con la cual hice un trato —dijo Evan.

Bryan volteó la mirada hacia las brujas del Consejo y luego nuevamente hacia las hermanas que continuaban golpeándose bruscamente. El rey empuñó su espada y comenzó a golpear el recinto abriéndose un pasaje. Evander rápidamente se unió a su amigo en aquel loco intento.

—La única manera de salvarlas es matar a esa maldita bruja —dijo Bryan.

Lograron abrir un pequeño hueco y entraron fulmineamente. Corrieron

hacia Lisa, la cual estaba concentrada en las hermanas y no se dio cuenta cuando Bryan la golpeó bruscamente haciéndola caer. La bruja se puso de pie y Evan que se encontraba detrás de ella la golpeó fuertemente en la cabeza con un tronco. Y luego Bryan penetró su espada en el pecho de la bruja.

Emma y Alía estaban al centro mientras se sujetaban ambas por el cuello y ninguna de las dos se amedrentaba. Daban vueltas por el suelo ya casi sin respiración... En ese preciso instante se miraron atentamente, y poco a poco ante sus ojos el rostro que tenían enfrente fue tomando forma.

—¿Emma?! —exclamó Alía y rápidamente la soltó asustada.

—¿Qué diablos ha sucedido? Yo... —dijo Emma mirando a su hermana, se sentía confundida.

—¿Están bien? —Bryan se les acercó junto a Evander.

Ellas se voltearon y en ese preciso instante vieron a Lisa aparecer detrás de los chicos dispuesta a terminar con sus vidas. Emma y Alía se tomaron las manos y de esta emergió un fuerte rayo que pasó veloz entre los dos chicos y penetró en el pecho de Lisa envolviéndola en fuertes llamas, que poco a poco y muy dolorosamente terminaron con su vida. Las llamas se extendieron hasta tocar el recinto, y rápidamente este fue desapareciendo. Finalmente todo había terminado, finalmente el mal había sido derrotado.

El sol volvió a brillar con fuerza y algunas horas después... Emma y Alía aparecieron en aquel lugar donde cuando eran pequeñas contemplaban el astro rey ocultarse cada día. Después de tantos años regresaron a aquel lugar que para ellas era mágico, donde juntas imaginaban una vida llena de aventuras.

Se sentaron sobre la hierba y respiraron profundamente el aire fresco del otoño. Finalmente las dos hermanas estaban juntas y así sería para siempre. El amor había tocado intensamente sus corazones... Querían vivir aquel presente a plenitud junto a los hombres que amaban; sencillamente porque sentían que merecían ser felices. No sabían cuánto tiempo duraría esa felicidad. La única cosa que sabían era que la disfrutarían al máximo sin pensar en nada más, sin pensar en ese futuro lejano que les reservaba la luna como guardianas de la esfera...

Emma y Alía se miraron y sonrieron mientras la noche se extendía lentamente sobre ellas. Tantas estrellas adornaron el firmamento y la luna llena las bañó con su sutil luz. Alía apoyó la cabeza sobre el hombro de su hermana y



Yaildrys Angulo

Yeleny Villalobos

D.J.57

LAS HIJAS DE LA LUNA

permanecieron allí, observando intensamente el mágico astro que les dio la vida.

Sobre las autoras...



Yaildrys Angulo nació en Cuba en el 1988. Creció en el pueblo de Guabairo, en la provincia de Cienfuegos. Desde la infancia la “guajira de Guabairo” libera su innata y fuerte vocación por la fantasía. Después de la madurez, se dedicó por completo al arte, incluida la escultura, la pintura y muchas otras creaciones artesanales. Un encuentro cambió su vida: se casó y se mudó en Italia, donde actualmente vive con su familia, quien sigue su trabajo con amorosa admiración. Escribe sus libros junto a su mejor amiga, Yeleny Villalobos.



Yeleny Villalobos, nació en Cuba en el 1988 en la provincia de Cienfuegos, se graduó en derecho en la Universidad “Carlos Rafael Rodríguez”. Enamorada de la lectura de todo tipo y apasionada de la escritura desde la infancia, decide ponerse a prueba fuera del entorno familiar y laboral. Así inicia a escribir a cuatro manos con su mejor amiga, Yaildrys Angulo.